UNIVERSIDAD NACIONAL
DE CUYO

LIBRO DEL CINCUENTENARIO 1939-1989

EDIUNC
EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
MENDOZA

Publicación Nº 1 de la
EDIUNC
Editorial de la
Universidad Nacional
de Cuyo

ISBN 950-39-0006-9

Libro del Cincuentenario
1939-1989

EDIUNC (Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo)

Director: Prof. René Gotthelf

Comité Editorial:

Presidente: Prof. Fanny Muñoz (Directora del Departamento de Extensión Universitaria)
Vicepresidente: Prof. René Gotthelf (Director de la Editorial Universitaria)

Prof. José F. Navarrete (Facultad de Artes)
Ing. Agr. Pedro F. Rosell (Facultad de Ciencias Agrarias)
Lic. Coloma Ferrá (Facultad de Ciencias Económicas)
Prof. Dr. Mario H. Burgos (Facultad de Ciencias Médicas)
Dr. Julio E. Soler Miralles (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales)
Dr. Luis Abbiati (Facultad de Derecho)
Prof. Guillermo Z. Quiroga Yanzi (Facultad de Filosofía y Letras)
Ing. María T. Pizzuolo de Sarmiento (Facultad de Ingeniería)
Dr. Miguel Nelson Palmada (Facultad de Odontología)
Prof. Jovita Kemelmajer de Zonana (Escuela Superior de Formación Docente)
Prof. Carlos R. Tapia (Delegación Universitaria de San Rafael)

Universidad Nacional de Cuyo

Libro del Cincuentenario
1939-1989

EDIUNC
Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza, 1989.

Libro del Cincuentenario 1939-1989
Universidad Nacional de Cuyo
Dirección: René Gotthelf
Tapa, diseño, originales: Andrés Asarchuk
Diseño letras capitulares: Patricia Calderón

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

ISBN 950-39-0006-9
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
© 1989, EDIUNC
Centro Universitario, Parque General San Martín,
Mendoza, Argentina.

Homenaje a todos los que aportaron
al crecimiento de nuestra Casa.

Nota Editorial

Este **Libro** presenta los trabajos de un grupo de profesores de la Universidad Nacional de Cuyo que han sido especialmente convocados por el Rectorado para pensar y escribir acerca del Cincuentenario de esta Alta Casa de Estudios.

Con esta obra nace la Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (EDIUNC) creada por ordenanza Nº 4/89 del Consejo Superior.

El **Libro** se inicia con una exposición del rector de la Universidad Ing. Agr. Armando Bertranou. Luego siguen los trabajos y testimonios de docentes e investigadores, muchos de ellos con varias décadas de actuación en la U.N.C. y entre los que se incluyen también los aportes de profesores de las Universidades de San Juan y de San Luis, que, hasta 1972 formaban parte de la Universidad Nacional de Cuyo. El Ing. Julio R. Millán escribe por la Universidad Nacional de San Juan y por la Universidad Nacional de San Luis su rector, el Lic. Alberto F. Puchmüller.

Algunos de los autores que integran esta parte del **Libro** son docentes jubilados, otros están en actividad, varios profesores eméritos o consultos y muchos de ellos son miembros de Academias Nacionales y funcionarios o ex-funcionarios universitarios.

Esta parte también incluye los artículos referidos a la presencia de las artes en la Universidad con algunos trabajos de profesores de la actual Facultad de Artes y el agregado de dos entrevistas ilustrativas.

La única indicación que se dio a cada autor y que, al mismo tiempo constituye el hilo conductor de esta publicación, fue el objetivo de reflexionar sobre la Universidad al cumplir sus Bodas de Oro y, de esa forma, preparar una evaluación de lo realizado manteniendo la perspectiva de su proyección futura. Por ende, éste no puede considerarse como un libro de historia, aunque contiene trabajos de indudable valor histórico, sino que estimamos como primordial el valor de testimonio, personal y subjetivo de cada uno de sus autores, más allá de la clara y documentada enumeración de antecedentes o hechos acaecidos en los últimos cincuenta años.

La segunda parte consta de los «Cuadros Cronológicos» donde se sintetiza esquemáticamente el devenir de los cincuenta años de la

Universidad. Además se agregan, en forma de anexos, algunos datos, nombres, fechas y documentos de interés para la historia de nuestra Casa. El discurso inaugural del primer rector, doctor Edmundo Correas es acompañado por los recordados «apotegmas» sobre los cuales Ricardo Rojas elaboró la primera clase magistral el 16 de agosto de 1939.

Se transcribe también una nómina de todos los rectores que sucedieron al doctor Correas en el cargo hasta la actualidad y se detallan las diversas distinciones otorgadas por la Universidad y la nómina de sus profesores que han sido designados miembros de Academias Nacionales.

El rectorado de la Universidad ya hizo público su propósito de continuar con este tipo de publicaciones testimoniales. Se aspira a posibilitar la expresión de los principales protagonistas de la vida universitaria. Esta selección es necesariamente parcial y por tanto, imperfecta. Es imprescindible continuar estos trabajos y ofrecer una colorida gama de testimonios en los que estén representados todos los sectores, todos los estamentos, todas las inquietudes, todas las concepciones sobre la Universidad y los diversos enfoques interpretativos de su devenir histórico.

También es propósito de las autoridades universitarias organizar la elaboración de una historia completa de la Universidad Nacional de Cuyo a cargo de un equipo de especialistas con la colaboración de todos aquéllos que ya, de alguna manera, han iniciado la tarea o han incursionado en ella. No podrán faltar los actores centrales, es decir, los que han intervenido en su creación, en su organización, en su dirección o en su desarrollo. Este **Libro del Cincuentenario** es un justo homenaje a la Institución pero al mismo tiempo una primera convocatoria a todos aquellos que puedan aportar y colaborar en esta obra.

Aún hay mucho por delante. Nuestros profesores e investigadores han escrito y escriben sobre los resultados de sus trabajos en su especialidad pero pocas veces han recibido el estímulo para escribir sobre la Institución misma. Esta es la oportunidad. También deben ser escuchados los que han servido y sirven a la Universidad desde otros ángulos como el personal de apoyo, con destacada y larga actuación en la Casa, los egresados, con sus impresiones y experiencias tan dispares y contradictorias, los estudiantes con sus impulsos renovadores y su espíritu crítico, los funcionarios y autoridades que, en momentos difíciles o de holgura, llevaron adelante las riendas universitarias hasta llegar al día de hoy.

Es objetivo de esta Dirección, ofrecer la pluma a todos estos protagonistas que, en todos los casos, podrán ampliar nuestros conocimientos agregando una visión desconocida o una interpretación original a la reconstrucción de estos primeros cincuenta años.

Otro de los objetivos perseguidos con estas publicaciones es el rescate de datos e informaciones sobre la Universidad y la organización centralizada de toda la documentación universitaria que, actualmente, se encuentra dispersa en forma inorgánica y asistemática en medios universitarios o en algunos archivos públicos o particulares.

Es obvio que una obra de esta magnitud suma esfuerzos de muchas personas. A todos los que colaboraron, sin excepción, el más cálido agradecimiento. Nombrarlos sería, inevitablemente, olvidarse de algunos. Por ello, solamente ¡Gracias!.

El esfuerzo ha sido muy grande y los múltiples obstáculos sólo pudieron retrasar la impresión de esta poligrafía, pero no frenar el entusiasmo de los que la proyectamos. Esperamos que el **Libro del Cincuentenario** se constituya en el primer eslabón de una larga cadena de realizaciones de la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Cuyo.

Prof. René Gotthelf
Director de la Editorial Universitaria

Universidad, crisis y proyecto político

Armando Bertranou

La historia de la universidad como institución educativa esta íntimamente ligada a la aventura cultural de Occidente. Hasta podríamos ensayar una interpretación de la misma tomando como eje central a la universidad. La relación es tan estrecha que aún el gesto fundacional de Occidente tiene el imborrable prólogo de esta empresa.

Si bien la mirada atenta de los historiadores coloca a la universidad como una institución genuina del siglo XIII, sin embargo esto no deja de parecer una suerte de convención metodológica destinada a ordenar los tiempos.

Desde una perspectiva más amplia y ambiciosa, tanto la Academia de Platón, el Liceo aristotélico o las diversas escuelas de la tardía Grecia son un precedente de importancia en el que la universidad fue prefigurando su naturaleza específica.

El desafío prometeico y hegemónico de Occidente sería inconcebible sin este agente histórico que tuvo por misión conjugar y difundir los saberes de cada época.

Por tal motivo, la universidad semeja un complejo catalizador de las aspiraciones so-

Armando Bertranou
Rector de la Universidad Nacional de Cuyo.

Versión abreviada del discurso pronunciado en ocasión del Cincuentenario de la Universidad Nacional de Cuyo, el 16 de agosto de 1989.

ciales, políticas y religiosas de la cultura occidental.

Como institución sistematizadora del saber, no pudo eludir tampoco su función reproductora y legitimadora del poder, ocupando un lugar protagónico en la construcción política de una comunidad.

Lejos de ser esto un resabio de la historia, un vicio de concepción, constituye un elocuente síntoma de la relación entre la universidad y su medio. Una relación compleja y conflictiva aunque rica y fecunda por sus efectos históricos.

Con este dilatado trasfondo, que se remonta al mundo griego, hace centro en el medioevo y se proyecta al inminente tercer milenio, podría parecer soberbio celebrar estos cincuenta años.

Sin embargo es preciso reconocer que las medidas temporales son siempre relativas a un espacio y, en consecuencia, relativas a un sujeto concreto.

La cronología vacía o la historia sin escenarios ni actores es sólo una ficción de la memoria o un frágil recurso del engaño.

Esta relatividad del tiempo a un espacio y a un sujeto es lo que permite contextualizar los hechos históricos y así ver la singularidad de sus causas.

Cincuenta años en Latinoamérica.

En este sentido, los cincuenta años de la Universidad Nacional de Cuyo son los cincuenta años de una Universidad Latinoamericana afincada en el vértice estrecho del eje andino y alentada por una comunidad que junto a las luchas por la independencia y la justicia social ha sabido integrar su utopía científica y sus recursos tecnológicos.

Son los cincuenta años de una inversión histórica del pueblo mendocino que resume su vocación constructiva y su voluntad creadora. Y que más allá de las adversidades y los obstáculos de su época ha logrado erigirse como referente cultural de la región.

Estos cincuenta años deben alumbrarse en el extenso escenario de la historia nacional y latinoamericana, pero no como una ponderación retórica, sino porque constituyen una parte indisoluble de una cultura que ha impregando sus instituciones.

De este modo, el aniversario de cada universidad latinoamericana es la ocasión propicia para repensar cuál es su contribución a la integración continental y a la justicia de nuestros pueblos.

La referencia a este amplio marco de la historia no sólo está abonada

por la interacción creciente de los procesos sociales latinoamericanos, sino muy especialmente por el papel clave que le ha tocado jugar a sus universidades y los desafíos comunes que deberán afrontar.

De este modo ambicioso he querido contextualizar esta celebración, despejando un horizonte que nos permita comprender también los próximos cincuenta años de nuestra Universidad, de cara a un proceso de integración que va desde lo interno de la U.N.C., pasa por la provincia y la región y apunta a la nación y latinoamérica.

Pensar la Universidad.

La Universidad Nacional de Cuyo, al igual que toda la universidad argentina, ha sufrido el aislamiento y la desvinculación respecto de su medio social desnaturalizándose así su función, lo cual se manifiesta a través de su desconexión respecto del sistema educativo, de la economía y de la sociedad.

En este contexto, hace exactamente un año compartimos juntos la necesidad de comenzar a *pensar la Universidad*, como un ejercicio que más allá de permitir objetivar las diversas instancias de una institución, nos ayudará a recrear un nuevo modelo de Universidad; más flexible a los reclamos de la época y mucho más atenta a la demanda social.

En este sentido, el proceso de normalización institucional de la universidad fue el germen propicio para liberar la imaginación creadora de los actores universitarios, poniendo a prueba la generosidad de sus deseos, así como la ambición responsable de sus utopías.

Este fue un desafío que la Universidad Nacional de Cuyo venía madurando en silencio desde hace mucho tiempo y que circunstancialmente le tocó a esta gestión asumir y ejecutar.

«Universidad y sociedad»

Hace unos días celebró esta comunidad la realización del seminario «Universidad y Sociedad». Un evento organizado por la Secretaría de Planeamiento, que congregó a especialistas del tema e incorporó al debate a diversos actores sociales, en un desafío muchas veces declamado, aunque pocas veces resuelto.

Empresarios, gremialistas, funcionarios, políticos y un numeroso público extrauniversitario deliberaron a lo largo de tres intensas jornadas en torno de una problemática de amplia convocatoria.

El calor del debate, el diálogo abierto y sincero, y fundamentalmente

el espíritu de compromiso de cada uno de los participantes, fueron el clima diario de las jornadas.

Al dividir en tres áreas el seminario: «Universidad e ingreso», «Universidad y estructura académica» y «Universidad y producción», no cumplíamos simplemente con un criterio organizativo, sino que ensayábamos un diagnóstico de la universidad argentina.

Cada área era un eje de articulación de la problemática universitaria. Y en su conjunto formaban un espacio adecuado para discutir la crisis.

El esfuerzo por contextualizar cada tema, y advertir sus mutuas implicancias fue la clave de las discusiones, donde progresivamente la universidad se fue objetivando como una cuestión social.

Asimismo, tuvimos la oportunidad de escuchar el mensaje del ministro de Educación y Justicia, profesor Antonio Salonia, quien desde esta casa pronunció al país los lineamientos fundamentales de la política universitaria nacional.

Aún resonando las últimas voces del evento, podemos afirmar que éste ha sido un comienzo seguro y promisorio que naturalmente estará alentado por el propio ritmo de nuestra comunidad. Hemos demostrado con este seminario que la Universidad Nacional de Cuyo no sólo está en condiciones de convocar a un debate internacional, sino también a asumir un papel protagónico en la política universitaria nacional. Además, este esfuerzo serviría también para nutrir las discusiones en torno a la reforma de nuestro Estatuto.

Sistema de ingreso.

Al asumir nuestra gestión comprobamos que uno de los problemas de resolución inmediata era el tema de ingreso al sistema.

La recuperación del régimen democrático para la Argentina significó en el ámbito de la universidad nacional el restablecimiento del ingreso sin limitaciones, al menos por parte de la institución educativa.

No significó, sin embargo, la desaparición de otras causas limitantes como la deserción que se produce en los niveles primario y secundario y la situación socio-económica que, entre otros motivos, impiden que muchos jóvenes puedan acceder a la universidad.

La eliminación de esos factores, que han adquirido un carácter estructural y crónico, es una deuda que la sociedad argentina tiene que plantearse seriamente y buscar soluciones imaginativas, aunque aún en el marco de la crisis, haciéndolo con un profundo sentido de justicia social y pensando en las necesidades de la Nación.

No obstante, es justo reconocer que el advenimiento de la democracia trajo aparejada una importante posibilidad para ir suprimiendo, en grado creciente, las características limitacionistas de la educación universitaria.

El ingreso anual de la Universidad tuvo un promedio de 5.805 alumnos en el período de 1985-1989.

La absorción de este número no significa, como tal, un problema para la universidad. Los problemas son aspectos más serios, entre los cuales es importante destacar las carencias de los egresados del nivel medio para poder resolver lo que realmente desean hacer con su futuro.

Precisamente la falta de información y orientación ha traído consecuencias no deseadas para el estudiante y su familia, para la universidad y para la sociedad.

Ante esta situación, la Universidad Nacional de Cuyo, el Ministerio de Cultura y Educación de la Provincia de Mendoza y la Universidad Tecnológica Nacional -Facultad Regional Mendoza-, junto con todas las jurisdicciones de nivel medio, constituyeron en 1988 una mesa de trabajo que puso en ejecución un programa de información sobre la oferta educativo-ocupacional de la región Centro-Oeste.

Este se completó con una etapa de orientación universitaria global y una etapa de confrontación vocacional. De esta manera la universidad ofrecía un nuevo criterio, superador de la dicotomía restricto-irrestricto, asegurando la igualdad de oportunidades y el ingreso abierto como principios básicos del sistema.

Trabajamos también con el Gobierno de Mendoza y la Facultad de Medicina en la mejora de la oferta educativa en salud.

Asuntos Estudiantiles y Acción Social.

Los esfuerzos por mejorar el habitat estudiantil y favorecer su organización fueron redoblados a lo largo de nuestro primer año de tareas.

La equidad, el bienestar, la autogestión y el pluralismo, han sido los pilares valorativos que han dado sentido y profundidad a nuestra gestión en este área.

Merece citarse la experiencia desarrollada en el comedor universitario por la cooperadora de Acción Social Universitaria, creada al influjo de una necesidad creciente en la prestación de los servicios, utilizando como herramientas fundamentales la participación y compromiso de

los estudiantes y, un adecuado y responsable uso de los servicios existentes.

Como resultado de estas acciones podemos destacar las mejoras edilicias, reformas funcionales y estéticas, nuevos sistemas de atención, urbanización y una innumerable posibilidad de servicios para el bienestar universitario.

En el ámbito de deportes, turismo y recreación se centralizó el enfoque en la persona como totalidad, aportando programas, actividades y servicios tendientes a lograr una mejor calidad de vida de los integrantes de la comunidad.

Para ello se priorizó la incorporación de una nueva infraestructura deportiva y de recreación y una vasta programación de actividades afines.

Estas actividades han potenciado a un número aproximado de 4.000 participantes semanales que van dando muestra de la respuesta de la familia universitaria a los objetivos planteados.

Con el fin de garantizar la igualdad de oportunidades se otorgaron 335 becas de comedor y 300 becas de transporte así como apoyo y orientación en trabajo, vivienda, salud, transporte y alimentación.

En el marco general de la política social y atendiendo a problemas de asentamiento territoriales con la convicción de que sólo con la participación y el compromiso de todas las partes interesadas se podrá dar una solución integral y justa a este problema, la U.N.C. con el Gobierno de Mendoza se abocó a la búsqueda de soluciones para el barrio lindante de la U.N.C.; se trabaja en conjunto con entidades sociales, dependencias gubernamentales y organizaciones no gubernamentales.

Extensión Universitaria.

El Departamento de Extensión Universitaria del Rectorado, creado en 1986, ha sido enfocado por esta gestión como comunicación: comunicación de las diversas áreas de la sociedad universitaria entre sí y de éstas con el medio; comunicación con su doble vertiente de difusión y recepción.

Una primera concreción de este concepto ha sido la realización de actividades de difusión. En este sentido se han realizado diversas exposiciones y muestras así como conciertos y conferencias.

Asimismo, se ha promovido la presencia de la Universidad en eventos que realiza el medio. Tales los proyectos «La Universidad en la FIA (Feria Internacional Aconcagua)». La universidad en la ciudad y

similares que se proyectan realizar en el sur, el Valle de Uco y el este de la Provincia.

A las actividades mencionadas deben agregarse numerosos cursos, seminarios y jornadas sobre temas de interés para la comunidad universitaria, para la sociedad en general: entre ellos la «Semana de la Reforma», las «Jornadas de Comunicación Social para la Democracia», «Jornadas para la Paz».

A fines de 1988 el Departamento de Extensión Universitaria elevó al Consejo Superior el proyecto de creación de la Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (EDIUNC), el cual fue aprobado. A través de la editorial se impulsará la difusión de la producción científica, técnica, humanística y artística de la universidad, y se atenderá también a las necesidades de edición o reedición de obras de interés para la docencia y la comunidad regional.

Pero -lo apuntamos antes- Extensión Universitaria no es sólo difusión e intercambio. Debiera ser el instrumento de análisis que permita a la universidad elaborar un diagnóstico del diseño que la comunidad necesita en lo que concierne a sus políticas educativas. Porque para buscar una integración comunitaria efectiva y realista, debe sondearse cuál es la respuesta que se reclama y las implicancias que supone el quehacer universitario en la región que debe abastecer.

A fines de abril se llevó a cabo el proyecto «La Universidad en la Frontera». Junto con el Gobierno de Mendoza, esta experiencia tuvo como finalidad contribuir a crear una conciencia crítica en los universitarios para conformar una visión integral del hombre inserto en su comunidad y, por otro lado, mejorar el nivel de vida de las comunidades de Agua Escondida y Agua del Toro, del Departamento de Malargüe. Intervinieron en la tarea diversas dependencias de la Universidad y como ya mencioné, dos Ministerios de la Provincia.

Se efectuó un relevamiento socio-económico de las mencionadas localidades y, a pesar de la intensa actividad, lo más importante fue la vivencia de una realidad distinta de la habitual. La apreciación diagnóstica lograda sobre la comunidad y su problemática, permite coordinar respuestas alternativas a realizar en un futuro próximo. Por otra parte, el conocimiento de lo realizado ha llevado a que se recepten en el Departamento de Extensión Universitaria inquietudes de numerosos municipios.

Pensamos que actividades como las mencionadas enriquecen a la docencia y estimulan la investigación, al tiempo que permiten una mayor

inserción del universitario en la comunidad y profundizan ese *diálogo*, a ese *camino en común* que describimos como sinónimo de *comunicación* y de *extensión*.

Investigación en la Universidad.

El Consejo de Investigaciones (CIUNC) ha profundizado y emprendido distintas actividades en el terreno de la promoción y planificación de la ciencia y la tecnología de la universidad. Ha desafiado con creatividad e imaginación las actividades propias del organismo.

En cuanto a la formación de recursos humanos se otorgaron becas de iniciación y perfeccionamiento sobre la base de una seria evaluación de antecedentes de los candidatos, directores, lugar de trabajo y plan por desarrollar. Se realizó el seguimiento de los mismos, insistiendo en la necesidad de invertir estos recursos humanos en acciones transferenciales, perfeccionamiento de posgrado y tesis doctorales.

Esto recibió el apoyo de un curso de metodología de la investigación, con asistencia de becarios del CIUNC y del CONICET.

El permanente apoyo a la investigación ha sido un objetivo de nuestra política científica. Se otorgaron 140 subsidios para la investigación a directores de proyectos.

En la actualidad la totalidad de los datos derivados de los subsidios 1988-89, están siendo ingresados a una base de datos computarizada, lo que constituirá una plataforma para la planificación de acciones futuras y control de gestión.

Se llevaron a cabo las XII Jornadas de Investigación en adhesión al aniversario de la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo. El programa científico incluyó siete conferencias, dos simposia y alrededor de cuatrocientas comunicaciones participando en las mismas especialidades, rectores, asi como investigadores del Instituto Balseiro.

En el conjunto de relaciones que el CIUNC mantiene con el medio se ha acrecentado la Fundación de la U.N.C. (FUNC), efectivizada en el continuo apoyo de ésta a proyectos avalados por el CIUNC.

Entre estos cabe mencionar el asesoramiento científico y técnico de la Universidad en el programa frutihortícola de la Municipalidad de Santa Rosa, que constituye un polo de desarrollo para ese departamento.

Información y documentación.

Bien sabemos que la investigación y la docencia no pueden desarro-

llarse alejadas de la sistematización de los conocimientos.

En este sentido, el Rectorado ha impulsado junto con otras unidades académicas el programa de informática y documentación cuyo objetivo es lograr un conjunto de unidades informatizadas interconectadas a distintos niveles geográficos y de especialidades. Prestando de este modo un ágil servicio a la comunidad académica.

Con este fin el Centro de Cómputos, el Centro de Información Científica y Técnica y el Ateneo de Informática han formulado un paquete de proyectos que conforman el programa de información y documentación de la universidad. Este programa atiende a potenciar las relaciones humanas, los recursos de equipamiento y los espacios físicos con que cuentan estas dependencias.

Racionalidad administrativa.

Desde el comienzo de nuestra gestión advertimos que la racionalidad administrativa debía dejar de ser un mero eslogan de la época, una muletilla enfrentada con la práctica.

A nuestro criterio, el diseño de una nueva estructura administrativa es ciertamente un imperativo, pero que debe concebirse en serenidad y prudencia.

No se trata de un *organigrama* más, de crear o eliminar unidades o pasar funciones de una secretaría a otra.

Por el contrario, queremos superar las deficiencias de nuestra estructura actual, que aparece como resultado de un largo proceso de crecimiento desordenado, por una nueva estructura que refleje adecuadamente la reorganización de todo el sistema. Esta tarea se realizará con la participación de todos los sectores de la comunidad universitaria.

Así concebida la reforma, que apunta fundamentalmente al logro de la eficiencia en el manejo de los recursos organizativos, humanos y financieros de la universidad, aparece como un proceso integral donde los cambios son parte de la estrategia pensada y diseñada de acuerdo con los objetivos que la comunidad académica persigue.

Ello se ejecutará en el marco de las más absoluta *racionalización* de recursos, racionalización que supone el mejor uso de todos los insumos y la repriorización constante de objetivos.

Expansión edilicia y calidad de vida.

El uso eficiente de nuestros escasos recursos presupuestarios, y una

priorización de las obras que podían aportar ampliaciones importantes en el corto plazo ha permitido la habilitación e inauguración del

- primer módulo de la Facultad de Artes,
- Edificio del Liceo Agrícola,
- Edificio de la Escuela de Agricultura de General Alvear,
- Aulas de Odontología.

En resumen, 11.000 m^2 que representan 50 aulas y un beneficio para 2.500 estudiantes.

Se trabaja también intensamente en el seno de nuestro Consejo Superior para encontrar una salida viable para el traslado de nuestra Facultad de Derecho.

En el área de deportes se ha terminado un nuevo reservorio de agua que permitirá, por una lado, expandir las actividades deportivas, y por otro hacer un uso racional de nuestro escaso recurso hídrico.

Se construyen, además, canchas de fútbol, hockey, softbol y paddle.

Las mejoras en el comedor, caminos peatonales, iluminación y la parquización de más de 15 Ha., persiguen ese viejo y siempre nuevo anhelo de los mendocinos de transformar los desiertos en espacios verdes sombreados con la ayuda del aguaribay y el algarrobo, siempre dispuestos a darnos sombra a cambio de muy poca agua en las condiciones más adversas.

Los estudios de posgrado en la Universidad.

Por Decreto 1967/85, del Poder Ejecutivo Nacional, se creó el Sistema Interuniversitario del Cuarto Nivel (SICUN), el que funciona bajo la responsabilidad de la Secretaría de Posgrado del Consejo Interuniversitario Nacional (C.I.N.) presidida actualmente por nuestra Universidad.

El objetivo del SICUN es la formación de recursos humanos de excelente nivel, en relación con la investigación, para la resolución de problemas prioritarios para el país, tanto a nivel nacional como regional.

Recientemente, el ministro de Educación y Justicia de la Nación, profesor Antonio Salonia, reafirmó la necesidad de fortalecer los estudios de posgrado en el país, en ocasión de anunciar -en el marco de la celebración del Cincuentenario de la U.N.C.- la política universitaria del gobierno nacional.

Al sistema han adherido libremente, en uso de sus autonomías, las 27 Universidades Nacionales argentinas, con el fin de elevar al máximo posible los estudios de posgrado, coordinando los esfuerzos de cada

Universidad para el mejor aprovechamiento de los recursos humanos, académicos y materiales existentes en el país.

A comienzos de 1989, habían solicitado integrarse al Sistema Interuniversitario noventa y nueve proyectos, de los cuales cincuenta y siete se han girado a evaluación por grupos de expertos designados por el C.I.N., a propuesta de las universidades nacionales, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), y otras instituciones.

Nuestra Universidad creó, en 1986, una Comisión Asesora para el Cuarto Nivel (integrada por un representante de cada Facultad y presidida por la Secretaría de Asuntos Académicos), cuya misión es asesorar al Consejo Superior sobre las políticas a seguir en materia de posgrado, la evaluación de los proyectos para ser elevados a la consideración del SICUN y compatibilizar propuestas entre las distintas unidades académicas.

La oferta de posgrado de nuestra Universidad (integrada o no al SICUN) siguió hasta hace poco tiempo la tendencia general de las universidades nacionales: predominio de los cursos de actualización, de especialización y doctorados, sobre los cursos de maestría (o *magister*).

Sin embargo, a raíz de la política de posgrado adoptada por el Consejo Superior de nuestra Universidad, se han aprobado, recientemente, las pautas de presentación y se encuentran sometidos a evaluación en el SICUN cuatro proyectos de especialización, cinco proyectos de maestría y uno de doctorado, lo que significa un 17% del conjunto de proyectos del Sistema Nacional que se encuentran en la misma situación.

Por otra parte, su Comisión Asesora para el Cuarto Nivel está analizando la puesta al día del sistema de posgrado, para adaptarse a la nueva tendencia que indica la necesidad de optimizar el nivel de grado, reduciendo simultáneamente la duración real de sus carreras, por un lado. Y, por otro, intensificar la formación de recursos humanos de alta excelencia, a través de una oferta flexible en su nivel de posgrado.

Eventos y seminarios.

En muchas ocasiones hemos afirmado que la crítica y el debate son la razón misma de la práctica universitaria. Sin ellos no existe la identidad académica de la institución.

Por tal motivo, el Rectorado ha organizado una serie de foros que a

pesar de su diversidad temática están orientados a promover el debate entre los actores universitarios y el medio social.

Durante 1988, se realizaron las Jornadas sobre la Ley Universitaria. Asistieron la totalidad de los autores con iniciativas legislativas sobre este tema, que dejaron un material de gran valor para la discusión en el seno de las comisiones que funcionan para proponer cambios en la reforma de nuestro estatuto.

Las reflexiones iniciadas en el reciente seminario sobre Universidad y Sociedad ya tienen confirmado un segundo foro a realizarse a fines de este mes, bajo el tema «La Universidad y los sectores productivos».

Este encuentro constituye un serio desafío para la recreación de un nuevo perfil de universidad, y esperamos contar con una activa participación de la comunidad productiva.

En esta misma línea de eventos, se están instrumentando las primeras jornadas sobre biotecnología en Cuyo. Dos unidades académicas participan de este evento -Facultad de Ciencias Agrarias y Facultad de Ingeniería-, una problemática de suma actualidad que no sólo invita al análisis crítico, sino a un impostergable trabajo interdisciplinario.

Como bien sabemos, el medio siglo de nuestra Universidad es digno de una reflexión que sobrepase la reseña histórica y el elogio autocomplaciente. Es el futuro el que también preocupa a la universidad, son los próximos 50 años de vida los que invitan al diálogo. Por ello hemos pensado en la organización de un foro de confrontación de ideas: las Jornadas de Pensamiento Latinoamericano, que como auténticos días de trabajo, tendrán lugar en noviembre próximo, y su tema central será: «Universidad e Identidad Latinoamericana».

Exhortamos de una manera enfática a participar de este evento, ya que estamos convencidos de que su generosa y amplia convocatoria son el ámbito propicio para un debate sobre la estrategia de lo humano, la historia y la sociedad.

Crisis de los modelos.

Cuando elaboramos esta memoria de la gestión rectoral advertí que su verdadero sentido descansaba en el valor proyectivo de las realizaciones. Estas sólo tienen utilidad si nos permiten hacer frente al futuro. En esta capacidad de anticipación se juegan los éxitos y fracasos de una gestión.

A nuestro criterio, promover la gimnasia del debate y el replanteo, es

aprender a mirar el futuro, una condición básica para saber de qué se trata.

En este sentido, quiero detenerme sobre aquella exhortación de *pensar la Universidad* en este contexto problemático de nuestro país. ¿Qué es *pensar la Universidad*?.

Pensar hoy la Universidad no es simplemente debatir sus mecanismos de organización y funcionamiento, como una responsabilidad excluyente de los sujetos universitarios, sino preguntarse por la eficacia social e histórica de la institución ante la crisis. Y esta es una empresa necesariamente compartida con el conjunto de la sociedad.

La crisis estructural de nuestro país se ha extendido a cada una de las aspiraciones sociales y constituye un punto de inflexión de toda práctica y todo discurso. Hoy la universidad argentina debe ser debatida en términos de crisis. Asumiendo el crudo revés de la circunstancia, pero afirmando también todo lo positivo que esto conlleva. La crisis es también un momento de refundación y creación. Un momento clave para la prefiguración de un nuevo horizonte.

Sin embargo, sería una ilusión retórica exhortar a la sola voluntad de la comunidad universitaria para generar el cambio, ya que esta empresa no sólo la excede sino que aún está pendiente saber hacia dónde debe instrumentarse el cambio.

Esta es, precisamente, la medida de la crisis de nuestro sistema universitario, que más allá de intentar resolver los apremios de la coyuntura, aún no ha resuelto la precariedad de su proyecto histórico.

Modelo «profesionalista»

Asistimos en nuestros días al agotamiento del modelo «profesionalista» de universidad, rígido en su estructura organizativa y disfuncional con el medio, que con el paso del tiempo se ha vuelto un silencioso cómplice de la recesión social.

Este modelo, ciegamente empeñado en la reproducción de diplomas, como única razón del sistema, ha terminado por reproducir las causas de su propia crisis, y desdibujado los alcances de su función social.

La desarticulación global del sistema universitario -público y privado-, la duplicación onerosa de carreras, la rigidez de la red académica nacional, el uso irracional de los recursos, unido a la tentación de un ejercicio corporativo de la autonomía universitaria, configuran un débil respaldo institucional para afrontar los desafíos y las urgencias de

nuestro pueblo.

Universidad e identidad.

La universidad ha sido, como toda institución, una suerte de ecuación histórica que ha sintetizado en cada uno de sus términos los símbolos de una época, los rasgos de una geografía compartida y, fundamentalmente, las aspiraciones vitales de un sujeto social.

La universidad fue, así, la fórmula abreviada del saber de un pueblo, y su eficacia se midió por la capacidad de recrear los lazos de dicho sujeto.

De esta reciprocidad entre universidad y sociedad ha dependido la identidad de una institución.

En este sentido, el modelo profesionalista ha terminado quebrando el esquema de reciprocidad con el medio y, junto con ello ha desdibujado su identidad como institución socialmente legitimada.

La desarticulación del sistema medio y superior, la alta tasa de deserción universitaria o el estrechamiento de la oferta laboral, convocan al desafío de pensar un nuevo perfil de universidad mucho más cerca de la utopía propia y posible, que del modelo en boga aunque ajeno.

Si el problema de nuestra universidad es su crisis de identidad, -crisis de sentido y proyecto-, entonces es un problema de valores. De esta manera, el debate sobre la universidad deseada no puede excluir un horizonte de discusión axiológico, como tampoco puede excluir el escenario real de las ejecuciones.

Dicho en otras palabras, no puede estar ausente en este debate la dimensión política de todo compromiso. Es la política -en el sentido pleno de la palabra- la que informa y modela los desafíos compartidos de una época.

Proyecto nacional y proyecto universitario.

Desde esta perspectiva, creemos necesario destacar dos aspectos centrales que a nuestro juicio pueden guiar el futuro debate sobre la universidad.

En primer lugar: difícil sería pensar en un proyecto universitario transformador separado del horizonte trazado por un proyecto nacional. A la vez que sería igualmente difícil concebir un proyecto de nación sin la articulación estratégica de un proyecto universitario.

La universidad es, básicamente, una inversión social, un recurso estratégico del medio, cuya expansión no puede ser ajena a la comunidad que la sostiene.

Sólo así entendida, la universidad puede pensarse en referencia a un medio que la respalda y abandonar la autorreproducción viciosa de un órgano disociado.

En este sentido, los desafíos de una revolución productiva en los ámbitos económico, social y cultural constituyen el imaginario político de la época, y el norte de un proyecto de universidad. Ser testigos y partícipes críticos de este proceso es lanzarse a construir participadamente la identidad de nuestra institución.

En segundo lugar, la universidad que nos compete no puede descontextualizarse de la problemática del Estado. La universidad es también Estado. Forma parte del esquema institucional y está inserta como servicio educativo público, orientado a la socialización de las normas y conductas de una comunidad.

Esta perspectiva despeja un ámbito de reflexión adecuado para analizar, a su vez, la reciprocidad entre Estado y universidad, en particular ante la inocultable crisis de financiamiento del sistema de enseñanza superior.

A su vez, este enfoque permite legitimar el concepto de una **autonomía universitaria responsable**, que en estas circunstancias no admitiría sino un ejercicio solidario de la misma, que asegure la racionalidad del sistema, como una contribución primaria a la emergencia social.

Modelos y estrategias.

El modelo de universidad deseado, eficaz en la resolución de los problemas del medio y genuinamente volcado a la transformación social, deberá definirse ante la tentación de un modelo **tecnocrático** que en nombre de un falso eficientismo resolvería la funcionalidad del sistema en términos de rentabilidad económica desechando la función primariamente socializadora de la universidad, así como su carácter de gestor cultural.

Del mismo modo, deberá sortear las tentaciones de un modelo de universidad **asistencialista**, que bajo la invocación retórica de cumplir con las urgencias del medio, la coloca como servidora pasiva de intereses sociales corporativos, despotenciando su necesario rol de agente del desarrollo y su misión de crítica social.

En esta línea de pensamiento, es preciso superar el generalizado

mito de que la sociedad es un todo armónico y homogéneo, plenamente consciente de cuáles son sus demandas.

Por el contrario, la sociedad se trama entre diversidades y conflictos, donde conviven una variada gama de intereses y sujetos.

Es en esta sociedad real donde la universidad deber resolver su inserción y su papel de *reformuladora de demandas*, asumiendo un indelegable rol político en la planificación científica, académica e institucional.

He querido en estas circunstancias enfatizar de un modo especial la dimensión política de la práctica universitaria, en un intento por liberar a este concepto de un conjunto de prejuicios que muchas veces han confundido el debate.

No puedo imaginar la dinámica de los procesos académicos o las diversas realizaciones culturales o el desarrollo del saber científico -aún en sus formas más abstractas-, sin un horizonte político que impregne sus obejtivos. Y no sólo porque cada una de estas tareas exija la concertación de voluntades, la formulación de estrategias y la toma de decisiones, sino por el simple hecho de que sus *agentes universitarios son primariamente actores sociales*. Y como tales son portadores de un conjunto de valores, aspiraciones e intereses generados desde la competencia comunicativa y política de la sociedad que los contiene.

La universidad es un escenario singular en el que sus protagonistas se interdefinen social y políticamente. Asumirse como estudiante, docente, investigador o autoridad es definirse respecto de una estrategia universitaria, pero también *respecto de una estrategia* social que políticamente señala y asigna roles específicos.

Pero existe aún otra razón de importancia para recrear este concepto de lo políco. Me refiero a la particular configuración del *poder* dentro de la universidad.

La universidad es una pequeña *polis*. La diversidad de sus recursos humanos, la variedad de intereses, su complejo sistema organizacional hacen de la universidad una especie de microestructura social, altamente diversificada, aunque regida por una finalidad que le da cuerpo y sentido: *la construcción del saber*.

Y esta *polis* se ha consolidado en sus medios, sus metodologías, objetivos y fines de una manera análoga a la de cualquier sistema político. La universidad tiene su «constitucionalidad» en los estatutos académicos, tiene sus específicos órganos deliberativos que «legislan», sus instituciones ejecutivas, sus variados cuerpos de representantes y fundamentalmente un sujeto que protagoniza esa especial práctica «política».

En este sentido, si el esfuerzo de las generaciones que nos precedieron estuvo destinado a fortalecer la idea de la universidad como sistema político, como una estructura jurídica autónoma, ahora la tarea es la de recrear una cultura política donde la democracia, la participación y la justicia estén referidas a un sujeto concreto y no a fórmulas vacías que encubran los verdaderos intereses de la institución universitaria.

Al hablar de un proyecto político universitario aludimos, entonces, a la zona de encuentro donde lo ético y lo académico resuelven una identidad. Sin esta identidad difícilmente podamos articular un modelo de universidad de cara a la sociedad.

Estamos convencidos de que la Universidad Nacional de Cuyo es un escenario promisorio para la recreación de nuevos modelos y estrategias. Su medio siglo de vida abona esta observación. Esta misma comunidad ha sido testigo partícipe de históricas jornadas que hoy plenifican su acervo académico.

Esta casa de estudios se abrió con la encendida palabra de don Ricardo Rojas, y con el esfuerzo constante de don Edmundo Correas, su rector fundador.

Fue la fragua de una rica tradición humanista que irradió su saber al conjunto de la sociedad mendocina y acompañó generosamente los procesos sociales del país.

Fue pionera hace cuarenta años en la reconversión de sus funciones tradicionales al generar durante la gestión de don Ireneo Cruz, una interacción dinámica con los sectores empresarios y del trabajo. Así lo atestigua la creación del Instituto del Trabajo, destinado a la capacitación y perfeccionamiento de los trabajadores mendocinos.

Esta Universidad suma también haber sido un centro de innovación científica y tecnológica, basamento sin el cual no hubiera sido posible la creación de un instituto de excelencia como el Balseiro.

Ha unido a sus aspiraciones de fomentar un espíritu académico creativo, el desafío de concebir una nueva pedagogía universitaria, más cercana al impulso vivo del saber que a los formalismos rígidos del cientificismo.

Esta casa también lleva en su historial, el invalorable privilegio de haber llevado a su seno académico la discusión de una proyecto nacional, cuando el entonces presidente Perón expusiera los lineamien-

tos de la «Comunidad Organizada», en ocasión de celebrarse el Primer Congreso Nacional de Filosofía.

No dudamos, entonces, de que esta Universidad ya constituye un hito en la producción del saber, en la promoción cultural, en la gestión académica y, también, como hemos visto, en la prosecución de la justicia social.

En este marco de crisis estructural, de deterioro de la capacidad productiva del país y con un marcado debilitamiento del tejido social, queda por refundar un sujeto universitario que asuma responsablemente el cambio de un nuevo paradigma de universidad.

En este sentido, la Revolución Productiva constituye un horizonte político abierto y convocante, cuya primera meta es la reivindicación del trabajo como motor del cambio y como experiencia de solidaridad social.

I. Historia y testimonios

La Universidad y su contribución al desarrollo médico-biológico de la región

Mario H. Burgos

Para poder apreciar qué gravitación tuvo la U.N.C. en el desarrollo de las Ciencias Bio-Médicas nada mejor que comparar el antes y el después de su fundación.

a) Antes y durante la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo.

Antes Mendoza carecía de Universidades. Resulta inexplicable que se haya llegado hacia la cuarta década de este siglo para concretar la Fundación de la U.N.C.

Los hijos de esta tierra podían concurrir a las escuelas primarias y secundarias pero si no contaban con recursos para solventar viajes, estadías y gastos de estudio en otras provincias tenían que resignarse a no progresar o a formarse como autodidactas.

De ahí que la creación de la Universidad Nacional de Cuyo promoviera un extraordinario júbilo y adhesión tanto de las autoridades y maestros como de los alumnos los cuales en número de 3.000 colmaron la capacidad en el primer año.

Como expresión de los ideales que motivaron la creación de la Universidad en el decreto del 21 de marzo de 1939 se expresa que esta nueva fundación responde a una viva *exigencia espiritual* reclamada por la cultura de Cuyo y que la Universidad *abre*

Mario H. Burgos
Doctor en Medicina.
Profesor emérito de la U.N.C.
Director del Instituto de Histología y Embriología, Facultad de Ciencias Médicas.
Miembro de la Academia Nacional de Medicina y de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
Investigador Superior del CONICET.

nuevos horizontes a la juventud sea para formar técnicos y profesionales necesarios para el *desenvolvimiento económico y comercial de la región* sea para el estudio de disciplinas superiores creando un mayor interés científico o artístico, por los problemas de la cultura. También expresa en el artículo séptimo de dicho decreto que para fundar la UNC se necesita un profesorado que se dedique *exclusivamente* a la docencia con prescindencia de otras actividades que no sean *enseñar o publicar trabajos propios* de la materia.

Si uno analiza estas palabras encuentra de relevante y sabio la dedicación de los maestros y un adelanto de lo que en la actualidad constituye una seria preocupación de las autoridades, me refiero a la transferencia de tecnología para el desenvolvimiento económico y comercial de la región.

El punto de la dedicación exclusiva, cuando se lo puso en práctica dio los mejores resultados en la formación de investigadores y profesionales.

No quiero dejar de mencionar un pensamiento del General José de San Martín impreso en el acta de fundación de la Universidad que dice: *Ningún hombre nacido en nuestra tierra debe tomar a menos o creer que hace sacrificio viniendo a esta ciudad excelente a fundar los estudios, hasta que ellos puedan marchar por sí solos bajo la dirección de otros directores que se formen; pues así todo buen paisano trabajaría por su gloria y por el beneficio de la patria como tantos militares y otros hombres de mérito que me acompañaron en la empresa de formar el ejército de los Andes.*

Fue así con este espíritu de grandeza en el que aletea el cóndor del escudo sobre la belleza andina que esta Universidad abrió sus puertas en 1939. Su primer rector fue un hombre de vasta cultura y destacada actuación en política, docencia, jurisprudencia y administración pública, Dr. Edmundo Correas recientemente nombrado ciudadano ilustre de Mendoza.

b) Creación de la Facultad de Ciencias Médicas

Los jóvenes con vocación por las ciencias médicas, debido a la ausencia de una Escuela de Medicina en la región cuyana debían concurrir a otras provincias dotadas de tal carrera.

Como es lógico deducir tan sólo los aspirantes de familias pudientes podían darse ese lujo. Los intentos para subsanar este inconveniente tomaron como paliativo o peldaño inicial la puesta en marcha de un

Instituto de Medicina para graduados en 1947. Así se fue formando una masa crítica de interesados que gravitó a más de once años de la creación de la Universidad para dar forma a la Facultad de Ciencias Médicas el 26 de diciembre de 1950.

Los comienzos tuvieron que improvisarse en una etapa difícil, con pocos recursos, sin edificios propios ni posibilidades económicas para tenerlos. Aquí concurre en su auxilio la provincia de Mendoza, y en un decreto firmado tres días más tarde de la creación de la Facultad de Ciencias Médicas, se autoriza a realizar en el Hospital Central los estudios necesarios para la instalación de dicha Facultad, aclarando que la ocupación será *provisional* y siempre y cuando sea *compatible* con el funcionamiento del mismo.

Esta generosa oferta permitió a la Facultad iniciar sus tareas docentes al año siguiente y es interesante señalar que en los considerandos de este decreto, firmado por el gobernador Brisoli y el ministro Fernando Cicchitti se expresa que la *La habilitación de tan importante centro científico significa para Cuyo un acontecimiento de verdadero relieve médico y social, ya que a la par que concreta una legítima aspiración de la masa estudiantil de esta zona, representa un indudable beneficio para la población, que verá formarse en su seno ese ejército de esforzados profesionales que llevan latente la vocación de luchar por el bien y la salud de sus semejantes.*

Cuando uno analiza esta situación comprende cuánta cohesión, entusiasmo y lirismo había en los iniciadores de esta empresa.

Cabe mencionar aquí al primer decano organizador de esta Facultad, Dr. Amadeo Cicchitti, hombre de Mendoza, de espíritu amplio, gran cultura y clara inteligencia que concretó esta crucial etapa.

No resultó fácil tarea reclutar profesores idóneos, verdaderos maestros, para enseñar a los jóvenes con el mejor nivel posible. Pero el Dr. Cicchitti con acertado criterio no escatimó esfuerzos para atraer reconocidas figuras de prestigio nacional e internacional para ocupar la cátedras de Ciencias Básicas en los comienzos y de las Clínicas más adelante. Estos comenzaron a formar los semilleros de investigadores y docentes y jóvenes becarios salieron al extranjero para completar su formación con el aporte a su regreso de nuevas tecnologías y especialidades que no existían en el medio.

Es interesante señalar que los sitios más productivos en la formación y perfeccionamiento de investigadores y especialistas fueron dirigidos en su mayoría, por profesores con dedicación exclusiva. Esta condición

tan especial nos alerta acerca de la importancia y sabiduría encerrada en uno de los requerimientos expresados en el decreto de la creación de la Universidad cuando decía en el artículo 7 profesorado que se dedique exclusivamente a la docencia para enseñar o publicar trabajos.

Por aquel entonces comenzaron a presentarse roces entre los jefes de servicios del Hospital Central y los profesores de la Facultad y la aspiración de conseguir un Hospital Escuela tomó impulso.

c) Edificio propio.

En la época del gobierno militar de Onganía, siendo decano el Dr. Juan A. Orfila se decidió llevar adelante el proyecto de concretar la construcción de un Hospital Escuela. Previa consulta con cinco especialistas en construcciones hospitalarias antisísmicas se eligió el proyecto del arquitecto chileno Fernando Devilat. Pero el cambio de autoridades de la U.N.C. más la indiferencia del entonces Ministro de Salud Pública de la Nación, determinaron que el proyecto nunca se concretase. Frente a esta situación el decano Orfila con la colaboración de la comisión Permanente de Construcciones Universitarias logró finalizar un edificio en construcción con destino al Hospital de Niños que fue transferido a la Universidad Nacional de Cuyo en 1956, adaptándolo, por no ser antisísmico, lo mejor posible a las necesidades de las Cátedras de Ciencias Básicas, Decanato y Biblioteca. Este monoblock es el actual edificio de Medicina en este Centro. Se inauguró el 15 de mayo de 1966 siendo decano el Dr. Roger Zaldívar y rector el Dr. Carlos A. Saccone. Esta Facultad fue la primera en instalarse en el predio del futuro Centro Universitario.

Recuerdo cuando le pregunté al arquitecto King, enviado por los Estados Unidos de Norteamérica como asesor especialista en construcciones antisísmicas, su opinión acerca de este edificio destinado originalmente a Hospital de Niños, me contestó *Es evidente que en su país, no deben querer mucho a los niños porque este edificio no es, ni nunca será antisísmico.*

Pero aquí estamos y probablemente seguiremos estando por muchos años. Como si fuera poco a resultas de un incendio provocado por un horno crematorio el 2 de setiembre de 1970 el techo del edificio desapareció así como las instalaciones del último piso. Este hecho dramático motivó al rector Herrera a declarar al edificio «tierra arrasada», pero luego de calmarse los ánimos y como no giraron fondos, le pusieron un nuevo techo y todo siguió como entonces. Aquí recuerdo con-

movido la colaboración de los alumnos que ayudaron a salvar la biblioteca y casi todos los equipos de laboratorios.

Este edificio significó el punto de partida de la Ciudad Universitaria planificada y realizada durante el rectorado del doctor Carlos Saccone.

d) Ocupación en otros hospitales

Además del Hospital Central al aumentar las necesidades de la Escuela, el gobierno provincial cedió el Hospital Emilio Civit (1954). Allí desarrollaron su actividad transitoriamente las cátedras de Semiología y Clínica Quirúrgica antes de pasar al Hospital Central y la cátedra de Pediatría (1956). Además se instaló una sección de Anatomía Patológica y la cátedra de Obstetricia.

Al iniciarse las cátedras de Enfermedades Infecciosas y la de Dermatología, la provincia las ubicó en el Hospital Lagomaggiore, así como la de Higiene y Medicina Preventiva.

En 1974 se extendió la actividad docente asistencial al Hospital El Carmen y en 1978 al Hospital José N. Lencinas y al Policlínico Ferroviario.

Como ustedes pueden apreciar aún hoy estamos lejos de conseguir la tan necesaria unidad de ubicación que hace más adecuada la actividad de investigación-docente-asistencial, de una Escuela Médica Moderna. En los últimos viajes a diversos países desarrollados he podido apreciar la importancia que le dan a la interrelación ciencias básicas y clínicas. Esto permite el avance del conocimiento y la motivación de profesores y graduados.

Al problema de la falta de locales se le adicionaba el problema de la escasez de recursos. En un cálculo aproximado de las dos primeras décadas de la Facultad de Ciencias Médicas se puede apreciar que del presupuesto otorgado por la Nación más de tres cuartas partes se destinaban a la atención de los salarios del personal y el resto debía ser repartido entre las cátedras. Si uno analiza esta situación comprende cuán difícil debió resultarles a los pioneros de esta Escuela atraer figuras destacadas en la investigación y la docencia con los sueldos magros y los presupuestos ínfimos.

Al mismo tiempo es digno de destacar el espíritu de sacrificio y renunciamiento de aquellos que abandonando situaciones mejores aceptaron hacer algo de la nada.

e) Llegada a Mendoza

Recuerdo con emoción mi llegada a Mendoza en el verano de 1957. Venía de Nueva York luego de completar cuatro años de estadía en los EE.UU., los dos primeros en la Universidad de Harvard en Boston.

La motivación para hacerlo partió de una visita que el Dr. Bernardo A. Houssay nos hizo con motivo de su nombramiento como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Columbia. Eran los últimos meses de 1955 y durante la comida que le ofrecimos en nuestro departamento, me dijo: *Usted debe regresar a la Argentina, necesitamos que nos ayude a reconstruir la Universidad*. Este pedido me impactó y decidí hacerlo, porque si bien ya estaba aclimatado, trabajando bien y con ofertas interesantes para radicarme definitivamente en Estados Unidos, siempre pensaba que debía regresar a mi país a enseñar lo que había aprendido y a educar a mis hijos en mi patria.

Esta decisión se concretó al año siguiente mediante un contrato con la U.N.C. luego de varias alternativas y demoras debido a compromisos adquiridos por las autoridades con otro candidato.

Finalmente me hice cargo de la cátedra que se llamaba Instituto de Histología y Embriología, en febrero de 1957.

Para ese entonces nuevas autoridades regían los destinos de la U.N.C. y de la Facultad. El lugar asignado en el solarium del ala este del Hospital Central estaba ocupado por otras cátedras. Un estrecho reducto de dos ambientes y un baño en el sexto piso del Hospital era el lugar definitivo.

Con el apoyo del rector interventor Dr. Cucchiani Acevedo nos mudamos a un chalet en Paso de los Andes y Martín Zapata con el escaso moblaje disponible y toda una tarea desafío por delante.

Aquí debo reconocer que las autoridades nos apoyaron y con maestranza transformamos al Instituto en lugar adecuado para el trabajo.

No es mi intención enumerar en esta apretada síntesis la amistad y los ejemplos estimulantes que encontré en mis colegas de Ciencias Básicas y Clínicas, pero debo reconocer que todos contribuyeron a crear un clima de camaradería muy agradable en nuestra Escuela. En las cenas anuales del cuerpo de profesores y de las autoridades de turno de la Facultad, junto a los comentarios y discursos formales abundaban las demostraciones de amistad y buen humor que hacían memorables tales reuniones y contribuían a apretar filas en los propósitos de progreso.

La amistad, el afecto, el entusiasmo y el deseo de aprender y trabajar de los jóvenes ayudantes que me rodeaban me estimularon a dedicarme a motivarlos e investigar con ellos. Algo similar ocurría en las otras cátedras de la Escuela; así surgieron fuertes vocaciones que hoy son realidades que nos enorgullecen.

Por aquel entonces, año 1958, atraídos probablemente por la selección de estudiantes, el número de alumnos acordes a la capacidad docente, y por el elenco de investigadores incorporados a la Facultad, la Fundación Rockefeller envió a un director asociado, el Dr. Miller para conocernos y visitar la Escuela. Recuerdo que en una reunión que tuvimos en el Rectorado el Dr. Miller explicó que la Fundación Rockefeller había adoptado la política de apoyar al que anda pero no levantar al que esta caído. A este comentario el rector Cucchiani Acevedo contestó: *Como prueba de que nosotros andamos le informo que he dispuesto la compra de un microscopio electrónico para equipar al Instituto de Histología y Embriología.* Esto impactó al Dr. Miller y canalizó una ayuda casi inmediata de más de 250.000 dólares para equipar las Cátedras de nuestra Facultad a las que consideró un modelo para Sudamérica. Recuerdo que el costo del microscopio electrónico osciló alrededor de un diez por ciento de la suma donada. Esta generosa donación, sumada a la creación del CONICET ese mismo año por iniciativa del Dr. Bernardo A. Houssay, significaron aportes valiosos y el necesario respaldo para tener más fe en el futuro y ofrecer a los jóvenes con vocación por las ciencias una carrera de investigador científico.

Así nuestra Facultad se levantó a un nivel de excelencia y permitió además del equipamiento adecuado el viaje a varios centros de avanzada de Estados Unidos y Europa de profesores y becarios de nuestra Facultad para su perfeccionamiento y vinculación internacional.

En forma gradual y continuada la Universidad a través de su Facultad de Ciencias Médicas ha podido formar un elenco de investigadores y especialistas que prestigian a Mendoza y constituyen una garantía para la comunidad.

En el decreto de creación de la Facultad de Ciencias Médicas dependiente de la U.N.C. se expresaba que funcionarían las Escuelas de Medicina, Odontología, Bioquímica y Farmacia y como Escuelas Auxiliares las de Obstetricia, Kinesiología, Servicio Social y Pedagogía Social.

Por razones presupuestarias tan sólo Medicina pudo iniciar su actividad en 1951, debiendo transcurrir veintiséis largos años para poner en marcha la Escuela de Odontología en el edificio de la Facultad de Cien-

cias Médicas y con la colaboración de las cátedras de Ciencias Básicas. Desde el año pasado esta Escuela ha pasado a ser Facultad y a expandirse en el predio de Medicina.

Hasta la fecha ambas Facultades han graduado 2.346 médicos y 216 dentistas. Este notable aporte hacia la comunidad debe ser apreciado en su verdadera importancia. Mendoza en general debe estar orgullosa del nivel de la Medicina Asistencial que se presta en sus mejores centros. Podemos afirmar que sólo por excepción se hace necesario recurrir a otros centros de avanzada del país o del mundo porque prácticamente todas las especialidades están bien representadas.

Pero no todas son rosas, en el camino existen ciertas falencias que será necesario subsanar.

Una la constituye nuestra Biblioteca verdadero orgullo de nuestra Facultad de Ciencias Médicas hasta 1973 etapa en la que llegó a contar con más de 17.000 libros y 84.000 revistas, para entrar en una lamentable deficiencia por cancelación de la mayoría de las suscripciones de revistas.

Esta Biblioteca se inició en 1944 por iniciativa del Dr. Juan A. Orfila mediante la generosa donación de 303 volúmenes y veinte suscripciones aportadas por los profesionales del Hospital Central y cedidas a la Facultad de Ciencias Médicas en el momento de su creación. Aquí cabe señalar la visión y capacidad organizativa del decano Dr. Jorge R. Suárez. Durante su mandato la biblioteca llegó a tener cerca de 300 suscripciones de revistas por año para caer ahora a no más de ochenta.

Esta Biblioteca única en su género en la región cuyana debe ser actualizada y sostenida no sólo por el presupuesto de la Universidad sino por donaciones generosas de la comunidad y de ser posible de sus graduados.

Otro punto también deficitario es el entrenamiento de posgrado de nuestros graduados. Si bien existen residencias ofrecidas por la provincia, la Facultad inexplicablemente no tiene mayor injerencia en el manejo de las mismas.

Creo que los jóvenes deben formarse en los lugares donde están los mejores especialistas con los mejores equipos, tan sólo así podrán lograr el grado de preparación que necesita la comunidad.

Sé que en algunos hospitales provinciales el nivel alcanzado es excelente pero es más frecuente encontrar los equipos más modernos y los centros mejor dotados en los hospitales y sanatorios privados. Estas circunstancias van también ligadas a la presencia de profesionales destacados que bien podrían recibir algún residente.

Por fortuna ya existen indicios de alguna apertura. Como ejemplos recientes menciono al Hospital Italiano que ofrece tres residencias y el Hospital Ferroviario que participa con seis. Esta actitud que debe multiplicarse tendría que ser imitada por otros centros bien dotados.

Finalmente creo que se debe acercar cada vez más el graduado a su Escuela. Recuerdo que en la Escuela Médica de Harvard coincidiendo con la ceremonia anual de graduación se invita a las distintas camadas de ex-alumnos a participar en tal ceremonia y a convivir en un ambiente de camaradería, un foro de conferencias e intercambio muy estimulante. En estas reuniones se aprecia la amistad, el afecto y el reconocimiento de los graduados hacia su Escuela. En nuestro ambiente veo una marcada indiferencia de los ex alumnos por su Facultad. Pienso que con un poco de buena voluntad se los podría convocar festejando el aniversario de cada camada.

Antes de finalizar deseo expresar mis más fervientes deseos de que todos luchemos por el reconocimiento, la jerarquización y la dignidad del claustro de profesores y por estimular las dedicaciones exclusivas en Ciencias Básicas y Clínicas.

Comprendo que no es justo condenar a un profesor a un sueldo magro en ninguna circunstancia y menos si por sus conocimientos e idoneidad puede ejercer la profesión libremente. La solución estaría en sueldos dignos para el de Básicas y en poner en práctica el llamado full-time geográfico que no le impide al profesor a pesar de ser exclusivo en su dedicación, atender pacientes privados en el servicio del Hospital Escuela. Hospital Escuela que constituye una vieja aspiración que nunca pudo concretarse a pesar de todos los esfuerzos realizados.

También debe repararse y urgente, la injusticia que ocurre con los profesores de dedicación exclusiva al jubilarse. No están protegidos como los administrativos que siguen percibiendo sus sueldos hasta que se hace efectiva la jubilación. Aquí bruscamente dejan de percibir el sueldo y deben esperar a veces un año o más sin ingresos.

Debemos conseguir una Universidad al margen de los vaivenes políticos, con continuidad, autarquía y autonomía dada la importantísima misión que debe desempeñar en la formación de la juventud estudiosa, verdadero futuro del país.

Debe respetarse la decisión de adecuar el ingreso de aspirantes a la verdadera capacidad docente de la Escuela, mediante una selección rigurosa de los más capaces. Tan sólo así evitaremos defraudar a los

que ingresan.

Y finalizo con el principio al comparar el antes con el después de la creación de la Universidad Nacional de Cuyo. Podemos reconocer que se han formado Centros de Investigación Científica de fama internacional y Centros de ejercicio de la medicina en casi todas las especialidades de nivel excelente con los últimos adelantos técnicos y equipos de avanzada. Pero lo más estimulante es ver que tales adelantos no están en manos de profesionales contratados de otros países, sino en manos de nuestros graduados.

Cumplió así la Universidad con el pensamiento sanmartiniano: *fundar los estudios para que ellos puedan marchar por sí solos.*

Concluyo afirmando que a pesar de los inconvenientes y momentos difíciles que se presentaron desde sus comienzos la U.N.C. ha contribuido en forma notable al desarrollo de las Ciencias Biomédicas en la Región de Cuyo.

Estudios de posgrado en la Facultad de Ingeniería
Pasado, presente y futuro

Lisandro Héctor Calderón

Pasado:

La actual Facultad de Ingeniería nace con la denominación de «Instituto del Petróleo» en el año 1940, es decir un año después de la creación de la Universidad Nacional de Cuyo, con dependencia directa del Rectorado y con sede en Mendoza.

Durante dos décadas, de 1947 a 1967, con las sucesivas denominaciones de «Departamento de Combustibles», «Escuela Superior de Ingeniería en Combustibles» y por último «Escuela Superior de Ingeniería en Petróleos», sin modificar su residencia en la ciudad de Mendoza, depende académica y financieramente de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad Nacional de Cuyo con sede en la ciudad de San Juan.

En 1967 por resolución del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación adquiere la categoría de facultad con la denominación de «Facultad de Ingeniería de Petróleos» y luego de «Facultad de Ingeniería» en 1976, en virtud de la ampliación de la oferta de títulos profesionales operada por la creación de la carrera de Ingeniería Industrial en 1974, que se suma a la única y tradicional carrera de Ingeniería de Petróleos.

En 1980 se incorpora a las dos mencionadas la nueva y última carrera profesional

Lisandro Héctor Calderón
Ingeniero en Petróleos egresado de la U.N.C.
Profesor titular efectivo de la Facultad de Ingeniería.
Director del Departamento de Graduados y Extensión Universitaria de la Facultad de Ingeniería.

creada: Ingeniería Civil.

Todo este crecimiento cuantitativo de la oferta educativa de grado ha significado un gran esfuerzo económico y académico de la Universidad y de los hombres que la impulsaron desde la actual Facultad.

En este evidente desarrollo académico de la institución faltó el correlativo incremento de la investigación científica y/o tecnológica que siempre padeció de un crónico déficit presupuestario; y si no hay investigación no puede hablarse seriamente de estudios de posgrado sistemáticos y continuos.

Esta situación, que se ha mantenido hasta el presente con pocas variantes, es el resultado de numerosos factores concurrentes entre los que pueden mencionarse como los principales:

1. El origen petrolero de la Facultad condicionó desde su creación el desarrollo de la investigación y los estudios avanzados. Aún cuando entre los objetivos de la institución se encuentra la investigación, en la práctica no se concretó. Las urgencias fueron otras y además la investigación en la industria del petróleo fue, es y será cara. El núcleo de docentes fundadores del instituto no eran investigadores, ni tenían en general tales inclinaciones. Eran excelentes ingenieros, altos ejecutivos de empresas petroleras del medio, que advirtieron la necesidad de formar recursos humanos calificados que operaran y dirigieran, apenas incorporados, a las empresas que aceleradamente crecían en esa época. La investigación y estudios avanzados se realizaban en las empresas nacionales y sobre todo en las extranjeras y la innovación tecnológica se difundía en la vieja Escuela Superior a través de esos esforzados docentes, en su mayoría con dedicación simple, que nunca abandonaron las empresas de donde procedía el conocimiento. Estos profesores, que no estudiaban en el recinto de la Escuela, no formaron discípulos con vocación académica. No se generó la masa crítica de investigadores que generara conocimientos originales propios, base de la enseñanza de Cuarto Nivel. Sin embargo, sus denodados esfuerzos plasmaron una pléyade de Ingenieros de Petróleos de prestigio internacional, que acometían estudios de posgrado en centros de excelencia, financiados por las mismas empresas interesadas en profundizar la capacitación de sus cuadros directivos.

La misión de la ex-Escuela se limitó responsablemente a formar ingenieros altamente capacitados de rápida incorporación a los puestos claves de esta potente industria.

2. Nunca, hasta el presente, la Facultad ha podido retener a un grupo razonable de egresados destacados para que dediquen toda su capacidad creadora a la investigación en la ámbito de la Facultad, frente a las tentadoras ofertas de trabajo y desarrollo personal que ofrece la industria.

3. Hasta el año 1969, la currícula de la Facultad preveía únicamente el dictado de las asignaturas correspondientes al Ciclo Profesional (tres años o seis semestres), el Ciclo Básico (Matemáticas-Físicas-Químicas) se cursaba y aprobaba en cualquier facultad de ingeniería del país. En las ciencias de la ingeniería es difícil encarar estudios avanzados si no se cuenta en el *campus* del apoyo e información permanente de matemáticos, físicos y químicos.

4. La Facultad y los empresarios han interpretado mal aquella expresión atribuída a un industrial que dice: *dos años con nosotros son mejores que dos años más en la universidad* con referencia a los estudios de grado y posgrado y que en nuestro caso ha conducido a un divorcio entre universidad-empresa y al desaliento de los cursos de Cuarto Nivel. En realidad lo que esta expresión está indicando es que la industria está mejor capacitada para enseñar las aplicaciones específicas de la tecnología con el entrenamiento en el trabajo. Esto es indudablemente cierto. No obstante, la industria nunca ha propuesto tomar para sí toda la educación de la ingeniería, por cuanto reconoce que las bases científicas y de ingeniería se enseñan mejor con un estudio concentrado, no impedido por la distracción de un ambiente de trabajo.

Presente

Estabilizada la estructura académica de grado y habilitados los edificios propios en el Centro Universitario, se inicia en la Facultad un movimiento de algunos docentes en el sentido de iniciar los posgrados. La Facultad profesionalizante, con bajo desarrollo de la investigación hasta el momento, pugna por estructurar los posgrados como medio de institucionalizar la investigación y el quehacer científico.

Es un grupo de docentes el actor y promotor de la institucionalización del posgrado por su interés en desarrollar áreas de enseñanza más especializada que en el nivel de grado, por la necesidad de ampliar la escasa investigación con el concurso de alumnos de posgrado que pudieran constituirse en asistentes y colaboradores de investigaciones y por la legítima aspiración de prestigiar la institución y obtener reconocimiento y recursos financieros.

Esta decidida acción culmina en 1980 con la creación del «Instituto Superior de Exploración Petrolera» (I.S.E.P.) mediante convenio celebrado entre la Facultad de Ingeniería de la U.N.C. y la Gerencia de Exploración de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Este posgrado en la Facultad de Ingeniería se ha convertido en instrumento catalizador y movilizador de las experiencias científicas y tecnológicas que se registran en un definido medio productivo, potenciando la integración de la Universidad, no ya sólo en la óptica de la transferencia sino también como un ámbito de absorción del conocimiento generado en la realidad petrolera.

Este curso ha llenado un vacío de especialización profesional que antes debía cumplirse en el exterior del país, pero no ha logrado hasta el momento radicar en la Facultad la investigación en esta compleja área del conocimiento. En este segundo aspecto habrá que redoblar los esfuerzos para lograr su concreción. Las características sobresalientes de este posgrado pueden sintetizarse así:

Objetivos Generales del I.S.E.P.:

- Propender a la especialización de profesionales para actuar con responsabilidad al servicio de su país.
- Alcanzar una preparación en el campo de la prospección de hidrocarburos que responda adecuadamente a los requerimientos nacionales y regionales.
- Promover, organizar y desarrollar la investigación científica y tecnológica.
- Atender a la actualización, especialización y perfeccionamiento de los graduados, según su especialidad.
- Colaborar con el desarrollo de la región aportando adecuada tecnología de avanzada.

Objetivos Específicos del Curso:

Los objetivos que deben alcanzar los egresados son poco numerosos, concisos y muy profundos, por cuanto se trata de actividades altamente específicas. Los mismos se indican a continuación por especialidad:

a) Operaciones:
- Aprender a extraer datos para la técnica de prospección sísmica.
- Lograr capacidad para dirigir y ejecutar labores de registración de líneas sísmicas, con la mejor calidad de datos.

b) Procesamiento:
- Desarrollar habilidad para procesar datos de campo por medio de

múltiples y extensos métodos computacionales de alta complejidad.

c) Interpretación:
- Detectar posibles entrampamientos de petróleo y/o gas.
- Indicar con precisión posiciones de pozos exploratorios a partir de los resultados del procesamiento.

d) Geología del Petróleo:
- Realizar pozos exploratorios utilizando datos de superficie y de subsuelo.
- Extraer, analizar y evaluar muestras de material del pozo.
- Interpretar y correlacionar perfiles de las propiedades petrofísicas del pozo.

e) Estudios Especiales:
- Investigar y crear nuevos procedimientos para el tratamiento matemático y computacional de la información sísmica.
- Adaptar tecnologías y programas a casos especiales.

f) Equipos Electrónicos:
- Lograr habilidad para mantener y reparar instrumental geofísico de sofisticada manufactura. (Sismógrafos digitales, computadoras, accesorios).
- Investigar y desarrollar nuevos equipos de adquisición, registración y procesamiento de datos y/o adaptaciones de los existentes.

Metodología:

El programa del I.S.E.P. se implementa en seis bimestres con treinta y un materias en total y doce materias por especialidad.

Cada materia constituye una unidad didáctica con objetivos, contenidos y evaluación específicos.

La metodología es activa-participativa. Con lecciones magistrales, trabajos en grupos, discusiones y estudios dirigidos.

Se evalúa en forma contínua la atención y participación en clase.

Además los alumnos son ponderados por trabajos realizados, exámenes parciales, proyectos de campo, en las materias específicas.

Al finalizar cada curso los participantes deben rendir un examen global.

Existe un régimen de correlatividades que impide pasar al bimestre siguiente sin haber aprobado el anterior.

Al finalizar el curso los participantes reciben título adicional de especialización.

Se contempla la posibilidad futura de otorgamiento del título de «Magister en Prospección de Hidrocarburos» con presentación de una tesis que demuestre iniciación en un tema original en la especialidad.

Admisión:

Los postulantes deben ser profesionales egresados de las carreras de Ingeniería, Geodesia, Geofísica, Electrónica, Electromecánica, Comunicaciones, Mecánica, Civil, Petróleo, Industrial y otras afines y de las Licenciaturas en Geofísica, Matemática, Física y Geología.

Los estudiantes, que no superaran el número máximo de treinta, son preseleccionados atendiendo a la superación de un «umbral» mínimo en el promedio de las calificaciones obtenidas en los estudios universitarios. Luego se hacen encuestas pre-ocupacionales y test psicológicos para investigar si los aspectos de personalidad del postulante se encuadran dentro del perfil requerido y finalmente entrevistas individuales para detectar preferencias laborales y adaptabilidad a las tareas y grupos.

Exigencias Académicas:

Para mantener la condición de estudiante de este programa de posgrado es necesario:

- Reprobar como máximo en dos ocasiones en la misma materia o en materias diferentes.
- Cumplir el programa de estudio en el plazo de dictado del curso, es decir un año.

Becas, y ayuda financiera:

Se dispone de becas cuyo monto cubre los gastos de matrícula, alojamiento, alimentación y locomoción concedidas por doce meses.

Futuro

La experiencia adquirida durante los 9 años de funcionamiento del I.S.E.P. nos anima a diversificar el espectro de Cursos de Posgrado. Las nuevas carreras de grado Ingeniería Industrial e Ingeniería Civil así lo exigen. De ahora en más el Departamento de Graduados de la Facultad debiera tener mayor gravitación y proponerse los siguientes objetivos:

1. Organizar y sistematizar la enseñanza de posgrado o de cuarto nivel para los egresados de esta Facultad (ingenieros de petróleos, industriales y civiles) mediante la realización de cursos programados con suficiente antelación que tiendan a:

1.1. La actualización

1.2. La ampliación.

1.3. La profundización de conocimientos adquiridos en los cursos de grado.

1.4. La adquisición de conocimientos no impartidos o parcialmente recibidos en los cursos de grado, pero que su formación físico-químico-matemática le permitirán abordar si se dedica a ellos con intensidad, pudiendo así alcanzar títulos profesionales adicionales o grados académicos de nivel superior (maestrías-doctorados).

2. Organizar y sistematizar el perfeccionamiento científico, técnico y pedagógico de los docentes de esta Facultad. El profesor universitario es un graduado, cuya actualización, ampliación y profundización de conocimientos es fundamental para la calidad de la enseñanza.

3. Las actividades descriptas en 1. y 2., de hecho pueden extenderse a graduados no egresados de esta Facultad, siempre y cuando reúnan las condiciones mínimas de conocimiento y habilidades previamente adquiridas.

Estos propósitos de innegable valor académico y trascendencia deben ser articulados siguiendo las pautas recomendadas en los «Documentos Complementarios al Reglamento del SICUN» (Sistema Interuniversitario del Cuarto Nivel) publicados en octubre de 1988.

En esta publicación se sostiene que la existencia de recursos humanos docentes e instituciones especializadas en la propia universidad y en el sistema de universidades nacionales constituyen, en sí, rico potencial para la inserción de un programa de posgrado como el que se plantea.

Los objetivos centrales del posgrado deben integrarse para potenciar la transformación o perfeccionamiento de la oferta existente por vía de la organización de dos niveles crecientes de profundización académica.

A. Primer nivel de desarrollo permanente de profesionales por vía de:
1. Actualización.
2. Perfeccionamiento.
3. Especialización.

El programa de desarrollo de profesionales A., debe orientarse hacia:
a) La ampliación de la formación profesional incluyendo nuevas profesiones a través de lo interprofesional, anticipatorio de futuros cambios en la oferta de grado.
b) La actualización y perfeccionamiento de los desempeños profesionales.

c) La profundización de los campos de conocimiento, a través de la especialización en áreas vigentes o nuevas de las áreas profesionales.

B. Segundo Nivel de formación de alta excelencia académica acorde con el desarrollo científico-tecnológico.

1. Producción de conocimiento socialmente válido acorde con el desarrollo científico-tecnológico.
2. Formación de investigadores.
3. Desarrollo académico de las carreras y de la carrera docente.

El programa de formación de alta excelencia académica B. debe orientarse hacia los siguientes objetivos:

a) Promoción de la produción de conocimientos acordes con un desarrollo científico-tecnológico endógeno.

b) Integración con programas de formación de investigadores en áreas académicas afines, para estructurar la formación científico-académica de base.

c) Estímulo y desarrollo de programas multi, pluri o interdisciplinarios o bien orientados hacia campos integrados o problemas de la realidad social y económica.

La organización de un Sistema de Posgrado Interuniversitario:

La complejidad del sistema universitario nacional resulta innegable. Sin embargo, la urgencia por ofrecer alternativas de posgrado a los egresados es imperiosa.

Dado que los costos y calidad son cuestiones claves en el nivel cuaternario, la posibilidad de su dictado en común y/o especializado entre universidades se convierte en una alternativa no sólo viable sino necesaria.

Si se ubica la reflexión en la dimensión nacional y regional, la organización de posgrados compartidos interuniversitarios y/o abiertos desde una universidad para las restantes, posibilitaría la integración de profesionales y científicos; la reflexión sobre problemáticas locales, regionales y nacionales; la definición de currícula amplias y flexibles; y el intercambio regional.

Desde el punto de vista de la planificación e implementación, las ventajas son varias: mejor aprovechamiento de recursos escasos; desarrollo de experiencias piloto de mayor excelencia según las universidades; circulación de docentes entre posgrados; apoyo pedagógico interuniversitario; posibilidad de actividades conjuntas de investigación; acceso más justificado a recursos internacionales; sistema de reconocimiento de alto nivel y, por ende, evaluaciones de calidad más ajustadas.

El desarrollo de una alternativa de tal grado de integralidad y complementariedad debe estar en la mira de planificación de los posgrados nacionales. En tal sentido, las universidades deberían generar esfuerzos coordinados de diagnóstico e implementación conjunta de posgrado en sus diferentes tipos.

Alternativas académicas y tipos de programas de posgrado:

Los objetivos planteados requieren flexibilidad y articulación en la definición de alternativas académicas. Básicamente las alternativas de implementación de la formación de posgrado en cualquiera de los dos niveles A. y B. serían las siguientes:

- Cursos de formación superior: de especialización.
- Magister.
- Doctorado.

Existe acuerdo en el SICUN para definirlas de la siguiente manera:

- Cursos de formación superior: de especialización.

Tienen por objeto especializar en el dominio de temas o areas determinadas. Amplían la capacitación profesional en profundidad y/o extensión, a través de un entrenamiento intensivo. Generan una mayor capacitación y pueden, por lo tanto, conducir a títulos adicionales.

- Magister

Estudio y adiestramiento de excelencia en alguna disciplina específica, que debe completarse con la presentación de una tesis que demuestre iniciación en un tema original de investigación de la respectiva disciplina. Otorga grado académico.

- Doctorado

Es el estudio y perfeccionamiento de excelencia en temas específicos, atendiendo a la universalidad del conocimiento y cuya tesis final constituye un aporte original. Otorga grado académico.

Las reglamentaciones accesorias, mínimo de horas, duración, etc., de Cursos, Magister y Doctorados, serán dispuestos oportunamente por el C.I.N. (Consejo Interuniversitario Nacional).

Para la programación del posgrado se requiere postular un eje temporal que articule las estrategias en un corto, mediano y largo plazo, ya que el desafío para la Universidad es dar impulso a la producción de conocimiento desde el corto plazo para lograr un incremento progresivo de la excelencia académica.

La implementación de programas de posgrado cualquiera sea el nivel, puede lograrse a través de actividades en torno a cinco ejes:

a) El desarrollo de cursos y seminarios.
b) La práctica de investigación.
c) La práctica profesional supervisada.
d) La definición de un proyecto personal de desarrollo académico y/o profesional.
e) La participación en la comunidad académica de pertenencia.

Los tipos de actividades planteadas tendrán jerarquías diferentes según se trate de cada una de las categorías de estudios de posgrado, pero en todos los casos debería contemplarse su cumplimiento aunque con intensidades diversas en particular en lo que respecta a b) y c).

Así, para un Curso de Especialización será indispensable cumplimentar a), c), e) y se promoverá la introducción en b) y el diseño preliminar del proyecto individual d). Es precisamente a partir de estas actividades que un graduado especializado podría articular su formación con el nivel siguiente, el de magister y posteriormente, el de este último con el de doctorado.

Es fundamental señalar que debe evitarse que este Cuarto Nivel implique una «fuga hacia adelante» de los conocimientos propios del nivel de grado y se constituya en una estrategia de poder de valor credencialístico.

Hasta aquí los Documentos Complementarios al Reglamento del SICUN brevemente expuestos en los párrafos anteriores, establecen el marco institucional y académico en que deben desarrollarse los estudios de posgrado en nuestra Facultad. Su implementación requerirá la participación protagónica de nuestros docentes y un esfuerzo persistente y continuo.

Hay un aspecto, sin embargo, que creo necesario resaltar en nuestro caso. Cualquier proyecto de posgrado que pueda formularse debe guardar íntima relación con los estudios de grado y atender las reales necesidades del medio socioeconómico regional y nacional. La primera relación es vital. Atenta contra la demanda de estudios de posgrado la extremada duración de los planes de grado. El egresado de nuestras carreras lo hace a una edad promedio de 27 años. Urgido por la necesidad de trabajar no puede razonablemente permanecer más tiempo en la facultad con un afán de perfeccionamiento o de completar conocimientos.

Entiendo que el futuro nos obliga a dar pasos en tres direcciones estrechamente vinculadas.

1. Descomprimir y alivianar los planes de estudio de grado en cuanto a la cantidad de conocimientos, no así a la profundidad y calidad de los mismos, mediante la reducción del espectro de asignaturas y el número total de horas de dictado de la carrera, logrando un egresado de no más de 24 a 25 años de edad. Por supuesto que esta medida implicará, no hay que negarlo, una contracción de las atribuciones profesionales cuyo reconocimiento algunos de nuestros egresados tan duramente pelean en los Consejos Profesionales. Esto último es un conflicto no resuelto en nuestro país, inundado por el profesionalismo y afectado por la recesión económica que deviene en una pronunciada insensatez y falta de ética. Estoy persuadido de que alguna vez debemos empezar a elaborar «Planes de Estudio» y no «Planes de Competencias Profesionales».

2. Trasladar a cursos de posgrado o para graduados aquellas asignaturas extraídas de los planes de grado como se propone en 1., organizando su dictado en forma sistemática con los mismos docentes actuales quienes verían jerarquizadas sus asignaturas ya que se incorporarían gradualmente a planes de investigación o a trabajos especiales relacionados con la industria.

De este modo la Facultad dispondría de un cuerpo docentes estable dedicado a la enseñanza de cuarto nivel y podría ofrecer un calendario anual de cursos de treinta a cincuenta horas, publicado con suficiente antelación, dirigido a graduados propios o de otras facultades interesados por razones vocacionales, o de coyuntura laboral.

Estos cursos serán arancelados, de cupo limitado y con evaluaciones rigurosas.

Podría suceder que algunos de estos cursos no tuviera inscriptos, en un período determinado, esto no deberá significar la inmediata baja del personal docente afectado. Un docente universitario no se justifica exclusivamente cuando está frente a alumnos. Esta lamentable idea acuñada por nosotros mismos, (el profesor de tiza y pizarrón), está tan arraigada que sólo se concibe al profesor universitario dictando desde la primera a la última clase frente a alumnos, en desmedro de otras actividades tan importantes como aquellas.

Pareciera que la única forma de transferencia de conocimiento es la clase. No nos imaginamos a un profesor dedicando su tiempo a escribir un libro, monografías, artículos sueltos, o integrando grupos de estudios y análisis de problemas concretos regionales o nacionales, en definitiva, a estudiar e investigar generando la cultura propia que nos iden-

tifique. Estoy persuadido de que ningún docente de nuestra Casa está de más, aunque su actividad no se inserte en un Plan de Estudio de Grado. Solo se requiere un cambio de mentalidad, crear un clima de estudio y un adecuado y objetivo control de gestión.

Nuestra Facultad puede brillar con luz propia y no solamente reflejar la ajena. Es muy importante para los egresados el prestigio de la Institución de donde egresan y ese prestigio surge del prestigio de sus docentes.

Estabilizada la enseñanza de posgrado en nuestra Facultad, se daría naturalmente el reciclo de profesores del nivel de Grado al Posgrado y viceversa.

3. La acción descripta en 2., debe necesariamente apoyarse y completarse con el concurso de profesores y especialistas ajenos a la Facultad, procedentes de otros centros del saber, nacionales y extranjeros; como también porfesionales de empresas de punta que invitados a dictar cursos en nuestra Facultad dejarán además de conocimientos modernos, un estilo y un modo característicos de las instituciones de donde proceden.

Debemos aceptar que no tenemos experiencia en la enseñanza de Cuarto Nivel, establecer esta relación en forma permanente nos ha de enriquecer y seguramente nos ayudará a encontrar el camino concreto para salir de nuestro aislamiento en esta materia.

En síntesis, concibo el accionar del Departamento de Graduados dirigido al perfeccionamiento y desarrollo intelectual de dos grupos humanos fundamentales: los egresados y los docentes de nuestra Facultad.

En el primer caso se atenderán las expectativas de mayores posibilidades profesionales y también el despertar de vocaciones por la investigación y la docencia.

En el segundo caso se tenderá a la formación del cuerpo docente y de investigación que atienda en forma permanente, predecible y con ajuste a un calendario fijo la enseñanza de posgrado.

Para ello el Departamento de Graduados deberá establecer relaciones y recibir la colaboración de:
- Consejo Directivo.
- Secretaría Académica.
- Departamentos de Enseñanza.
- Dirección de Estudios Tecnológicos e Investigaciones (D.E.T.I.).
- Servicio de Apoyo Pedagógico.
- Centro de Egresados.

- Egresados con experiencia en cursos de posgrado realizados en el país y el extranjero.
- Centros de excelencia en investigaciones y docencia.
- Asociaciones Profesionales interesadas en el problema.
- Fundaciones, entidades empresariales y empresas.

Creo conveniente insistir en el hecho de que en todas las disciplinas de Ingeniería es cada vez más difícil de condensar en cinco o seis años todos los conocimientos que el estudiante necesitará para su carrera. Realmente el esfuerzo por hacerlo puede ser autofrustrante. Proveyendo solamente una visión superficial y empírica de un gran número de tópicos podemos estar seguros de que no obtendremos un conocimiento duradero. Uno de los objetivos de los planes de estudio de grado debe ser preparar a los estudiantes, ya sea para un entrenamiento adicional en el trabajo (a cargo de las empresas que contratan al joven ingeniero); ya para la prosecución de una enseñanza de mayor nivel (posgrado en la universidad). A pesar de que todos nosotros reconocemos la necesidad de posteriores entrenamientos (educación continua del Ingeniero), debemos hacer que nuestros estudiantes reconozcan explícitamente su necesidad de aprender mucho aún después de su graduación.

Un plan de estudio, de grado o de posgrado, debe concentrarse en:
a) aquellas cosas para lo cual el ambiente universitario es mejor.
b) aquellas cosas para las cuales el estudiante está mejor preparado en esa etapa de su vida.

La enseñanza de aplicaciones de tecnologías específicas dentro del ambiente universitario está, probablemente, condenada al fracaso. Los estudiantes olvidan rápidamente los detalles, especialmente, aquellos no requeridos para sus exámenes. Las aplicaciones específicas de la ingeniería se enseñan mejor en un ambiente donde se aplica la tecnología.

En la universidad debemos concentrarnos sobre los fundamentos requeridos para preparar a los estudiantes, aprender luego las tecnologías necesarias para su trabajo y darles suficiente base *(background)* en conocimientos científicos e ingenieriles y metodologías para aplicarlos sabia y creativamente a esas tecnologías.

En definitiva se trata de ampliar, profundizar y jerarquizar los estudios en nuestra Facultad de Ingeniería, joven institución que debe prepararse para ingresar en el tercer milenio y vivir lo que algunos anuncian por venir, la pos-modernidad.

También se trata de poner en marcha un verdadero movimiento que

tienda a elevar en plazo mínimo la excelencia profesional al nivel que el país reclama.

Se trata de soluciones prácticas e inmediatas porque la deficiencia en la capacitación terciaria y cuaternaria no concede tiempo para elucubraciones electorales.

Se requiere la actitud decidida de crear una verdadera base viva de ideas en lo más profundo de las entrañas de la crisis. Y eso no se podrá hacer con cerebros importados. Se requiere formar una generación de hombres capaces de donar su creatividad y su sabiduría al servicio del bien común, no obstante las coyunturas de poder y de la economía.

La carencia de recursos humanos debidamente capacitados es una nueva forma de dependencia y es un problema de la Argentina y de las empresas, y es grave aunque no constituya noticia ni mueva opiniones masivas. Pero esto no anula la degradación dinámica de la identidad argentina que sus efectos persistentemente producen, precisamente por su íntima relación con la naturaleza humana pues se trata de carencias de sabiduría.

Mis siete lustros en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo

Juan Carlos Fasciolo

La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo fue creada el 26 de diciembre de 1950 mediante el decreto 27258, refrendado por el ministro de Educación de la Nación, Dr. Méndez San Martín y de Hacienda, Dr. Cereijo.

En el decreto se especificaba que funcionarían las Escuelas de Medicina, Odontología, Bioquímica y Farmacia y como Escuelas Auxiliares: Obstetricia, Kinesiología, Servicio Social y Pedagogía Social.

El 4 de enero de 1951 el rector de la Universidad Nacional de Cuyo, Dr. Ireneo Fernando Cruz, puso en posesión de su cargo al delegado organizador de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. Amadeo J. Cicchitti, y a un consejo consultor formado por prestigiosos médicos del medio. En su primer decreto, el Dr. Cicchitti designó al Dr. Carlos Padín, distinguido cirujano de Mendoza, para que lo reemplazara en su ausencia.

Los cursos se iniciaron el 28 de mayo de 1951. El curso de Anatomía Normal estuvo a cargo de los Dres. Bernardo Martínez y Ricardo Roust y el de Histología de los Dres. Estanislao Wajda y Guillermo Oliva Otero, como titulares y adjuntos respectivamente. Se dictaron también cursos de idiomas extranjeros y de Historia de la Medicina.

Juan Carlos Fasciolo
Doctor en Medicina (U.B.A.)
Profesor Emérito (U.N.C.)
Académico correspondiente de las Academias: Nacional de Medicina de Buenos Aires, Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires, de Ciencias Médicas de Córdoba.
Académico Honorario de la Academia de Ciencias de América Latina.
Doctor Honoris Causa de la Universidad Juan Agustín Maza y de la Universidad de Tucumán.

Fui contratado por el Dr. Cicchitti cuando me desempeñaba en la Universidad de Tucumán como profesor de Fisiología y organizador del Departamento de Fisiología. Mi contrato con la Universidad de Tucumán había expirado, y, como las cosas cambiaron radicalmente después que el Dr. Horacio Descole fuera reemplazado como rector de esa Universidad, decidí aceptar la propuesta del Dr. Cicchitti.

Llegué a Mendoza el 7 de marzo de 1952. El Dr. Cicchitti, que siempre fue sumamente amable conmigo, me facilitó la casa de un familiar ausente, en la calle Mitre, donde permanecimos hasta que nos mudamos a un departamento en Avenida España.

Mendoza nos recibió estrepitosamente. Poco después de llegados se produjo un violento sismo, que asustó a toda mi familia y estuvo a punto de hacernos abandonar nuestra aventura mendocina.

Mi contrato por un período de 2 años como Profesor Extraordinario de Fisiología y director del Instituto de Fisiología, especificaba que debía *consagrarme a la cátedra y a la formación de discípulos, en las horas de clases aprobadas por la superioridad y en trabajos de seminarios y de investigación que a tal efecto está obligado a realizar*. Esto mostraba claramente el interés que la Universidad tenía por el desarrollo de la investigación científica, aunque desgraciadamente nada decía de las facilidades disponibles para la realización de ese objetivo.

En el art. 6º de mi contrato aparecía una curiosa cláusula: *El profesor Dr. Juan Carlos Fasciolo deberá observar neutralidad política dentro y fuera de la cátedra*. Debo confesar que esta cláusula resultó de mi agrado, pues pensé que significaba protección, en una época difícil, de persecución e intolerancia.

La nueva Facultad funcionaba en el edificio del Hospital Central, donde un enorme cartel anunciaba la «Facultad Dr. Tomás Perón». El Dr. Tomás Perón, abuelo del entonces presidente de la República, fue un médico que se distinguió cuando la epidemia de cólera en 1867.

El ministro de Salud Pública, Dr. Fernando Cicchitti, hermano del delegado organizador, había ofrecido el Hospital para que funcionara la nueva Facultad. Muchos médicos del Hospital no estaban de acuerdo en ceder, a la Facultad, locales y facilidades que consideraban necesarios para la atención de sus pacientes.

El Dr. Cicchitti deseaba que su Facultad brindara una enseñanza del mejor nivel. Considerando las facilidades disponibles, fijó un cupo de 100 alumnos. Ingresaron aquellos que habían aprobado, con el mejor promedio, las pruebas orales y escritas de un curso preparatorio de

Química, Física, Biología e Idioma. En el primer curso fueron admitidos 98 alumnos.

Esta pauta de ingreso, que se mantuvo con interrupciones, y que más tarde fue abandonada, permitió que la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo tuviera el índice más bajo de estudiantes que, en nuestro país, abandonaban la carrera durante los primeros años.

Pronuncié la Conferencia Inaugural del Departamento de Fisiología el 25 de abril de 1952, en la que expresaba mi propuesta sobre una enseñanza formativa de la Fisiología. Decía entonces *La enseñanza formativa requiere y supone un contacto diario entre alumno y docente. Supone un curso práctico intensivo, donde el estudiante pueda familiarizarse con los hechos fundamentales de las disciplinas y pueda sacar sus propias conclusiones de sus experimentos. Supone un contacto, siquiera ligero, con las fuentes de producción, en algún tópico de su materia, para que sepa cómo se crea el conocimiento científico y para que aprenda cuán lejos de todo dogmatismo están los verdaderos investigadores. Debe comprender que la ciencia que estudia, la Fisiología en nuestro caso, ha sido hecha por hombres y que, por lo tanto, es sólo una primera aproximación. Debe aprender a manejar la bibliografía elemental de la materia, para que mañana pueda recurrir a las fuentes para informarse y resolver sus problemas.*

Para cumplir con este plan de enseñanza formativa es indispensable que se llenen las siguientes condiciones:

1) Selección y limitación de alumnos a un número que esté de acuerdo con las facilidades que se disponen para su instrucción (...)

2) Facilidades para la formación de un curso práctico intensivo. Las prácticas son la parte fundamental de la enseñanza: ayudan al alumno a descubrir los hechos fundamentales de la disciplina y hablan al espíritu de observación y de crítica con el lenguaje elocuente de los hechos y dejan el sedimento de las cosas aprendidas por propia experiencia.

3) Docentes capacitados. Para que el profesor y sus auxiliares puedan impartir una enseñanza formativa, es necesario que tengan una sólida formación científica. No existe mejor escuela de la ciencia, ni mejor antídoto contra la rutina, el dogmatismo y el anquilosamiento, que la investigación científica (...)

Durante los años que fui docente de esta Universidad, traté de hacer honor al credo que había expresado y de inculcarlo en mis cola-

boradores.

Cuando comenzamos, sin embargo, no teníamos laboratorios, equipos, bibliotecas, ni docentes con experiencia en docencia y mucho menos en la investigación.

La labor que tenía por delante me resultó demasiado grande para hacerla solo. Conseguí que el Dr. Cicchitti contratara también al Dr. Jorge Suárez Estrade, un buen amigo que me había acompañado en la aventura tucumana. Suárez era un docente y un científico capaz, serio, honesto y laborioso y a partir de entonces compartimos los buenos y los malos momentos de nuestra misión mendocina.

El Dr. Cicchitti había encargado la Cátedra de Bioquímica a los Dres. J. Itóiz y O. Marsano, ambos bioquímicos que se dedicaban a hacer análisis clínicos. Ellos pusieron gran esfuerzo y empeño para estar al nivel de un profesor universitario. Sin embargo, no optaron por el full-time y su labor como investigadores y formadores de discípulos fue pobre.

La Cátedra de Biofísica fue un mayor problema. Le sugerí al Dr. Cicchitti que contratara al Dr. Walter Seelman Eggebert, un radioquímico alemán con el que había trabado amistad durante mi estadía en Tucumán. Aunque no era biofísico y su formación biológica no era muy profunda, tenía una excelente formación científica que le permitió aprender fácilmente lo que ignoraba. Como profesor adjunto actuaba el Dr. Leonardo Beltrán Plos, que luego ocupó la Cátedra como profesor titular. El Sr. Seelman nos fue arrebatado por la Comisión Nacional de Energía Atómica donde cumplió una muy importante labor.

Yo debía, con la ayuda de Suárez, dar el curso de Fisiología y controlar la enseñanza de la Biofísica y de la Bioquímica. Esta misión no me resultó difícil, dada la buena relación que mantenía con los profesores respectivos. Estaba obligado a presidir las mesas examinadoras de Fisiología, Biofísica y Bioquímica y creo que mi participación fue beneficiosa para evitar que se insistiera demasiado en exigir la memorización de cifras y fórmulas.

Yo debía, además, dar unas veinte clases de Fisiología para el «Curso del Profesorado», que debían cumplir los aspirantes a desempeñarse en la docencia universitaria. Mi misión era compleja, porque mi auditorio, médicos en la práctica privada, había olvidado las disciplinas básicas en la que se basa la Fisiología y por otra parte el curso que debía dictar tenía el nombre pomposo de «Curso de Fisiología Superior». Traté de hacer lo mejor que pude para despertar el interés de mi auditorio, pero

dudo que lo lograra. Recuerdo que en mi primera disertación se adelantó uno de los asistentes, un conocido colega que ingresaba en la tercera edad, para darme la bienvenida y decirme que comprobaría el gran interés de los médicos mendocinos por las disciplinas básicas, y en especial por la Fisiología. Apenas comencé mi exposición, advertí que el colega, que se había sentado en primera fila, dormía plácidamente. Al final del curso me agradeció las horas de reposo que le había brindado.

El comienzo de nuestra labor docente, a poco más de un mes de haber llegado a Mendoza, estuvo plagada de dificultades. Sin equipos, sin laboratorios, sin bibliotecas y sin ayudantes calificados. Pero, como contrapartida, tuvimos la gran colaboración de un grupo excepcional de discípulos, que vieron en la creación de la Facultad la posibilidad de concretar sus aspiraciones de convertirse en médicos. A este grupo, que recientemente festejó su promoción, la primera promoción de nuestra Escuela, pertenecen distinguidos profesionales del medio, profesores de nuestra Facultad y miembros del Consejo Académico. El ex vicerrector de la Universidad Nacional de Cuyo y actual decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. Alberto Binia, integró esa primera promoción. El éxito de ese grupo, no fue tanto consecuencia de lo que recibieron de la Facultad, sino del esfuerzo que hicieron para seguir instruyéndose y progresando, una vez terminados sus estudios. Sin duda nos sentimos injustamente orgullosos de un éxito, que no es el nuestro.

Con Suárez estábamos preocupados por la interrupción de nuestra labor de investigadores y deseábamos reiniciarla tan pronto como fuera posible. Aunque el Dr. Cicchitti, siempre optimista, nos había prometido tener los laboratorios adecuados en seis meses, pasaron casi tres años antes de que se habilitaran, siquiera precariamente, los laboratorios de investigación.

Finalmente con este propósito se convirtieron en laboratorios los solarios del tercer y cuarto piso del Hospital Central. Se hicieron mesadas, se llevó agua corriente, electricidad, gas y se hicieron también desagües. Todo se improvisó con buena voluntad, pero las fallas del sistema eran muy frecuentes. Se accedía a los solarios por un ascensor, que funcionaba a veces, y por una escalera, que usábamos casi siempre. Por supuesto, los solarios no tenían calefacción, para no decir nada del aire acondicionado. En invierno tiritábamos de frío con temperaturas que a veces descendían a los 5°C y en verano nos moríamos de calor cuando el termómetro alcanzaba los 40°C. A pesar de todo, estábamos felices de contar con esos «laboratorios» y reiniciamos nuestras investigaciones con todo entusiasmo.

Diariamente se presentaban problemas, debido a la frágil estructura de nuestros laboratorios. A menudo se cortaba la provisión de agua corriente y aunque en los experimentos usábamos agua destilada, aquélla era indispensable para el lavado del material y otros usos.

En el subsuelo, donde habíamos instalado el bioterio, había una canilla que casi siempre brindaba agua, a la que debíamos recurrir frecuentemente. Recuerdo una escena que era habitual al finalizar la jornada: una dedicada y robusta auxiliar subiendo trabajosamente por la escalera los cuatro pisos, desde el subsuelo, con dos grandes baldes con agua para lavar el material de vidrio.

La electricidad también planteaba problemas. La corriente eléctrica se cortaba con mucha frecuencia e interrumpía nuestra labor. Más grave aún era la falta de energía en las heladeras y los congeladores. Cuando esto ocurría durante la noche y, peor aún durante los fines de semanas, solíamos perder soluciones proteicas laboriosamente preparadas, por falta de frío. Para evitar en lo posible estos desastres, recurrimos a conectar un congelador a tres diferentes fuentes de corriente. Parecía improbable que la corriente eléctrica dejara de fluir por los tres circuitos.

Otro problema eran los sanitarios, que no los había en los solarios. Para usarlos debíamos bajar cuatro pisos y desde luego volverlos a subir por la escalera.

A pesar de todo insistimos en trabajar en estas condiciones desventajosas; el entusiasmo y el buen humor de los jóvenes que nos acompañaban nos ayudaba a superar tantas dificultades.

Tal vez crea el lector que estoy magnificando las dificultades que debimos afrontar para valorizar nuestra labor. Debo decir, en cambio, que no hubo nada de heroico en nuestra conducta. Trabajamos también porque estaba en juego nuestro prestigio, ya que éramos juzgados por nuestros maestros y nuestros pares.

En los años siguientes la Facultad de Medicina incorporó profesores e investigadores de buen nivel científico que no provenían del medio, y que fueron contratados, algunos de ellos, con dedicación exclusiva. En las disciplinas básicas, el Dr. G. Sánchez Guisande para Anatomía, los Dres. J. Echave Llanos y M. Burgos para Histología y Embriología, el Dr. D. Giménez para Microbiología, Suárez y yo para Fisiología y la Dra. E. de Wajda para Farmacología.

En las disciplinas clínicas se incorporaron los Dres. R. Muratorio Posse para Clínica Propedéutica, J. Garate para Patología Médica, J. Trías Pujol para Patología Quirúrgica, C. Morel y E. Viacava para Clínica

Quirúrgica, J. García Badaracco para Neurología, R. Etchegoyen para Psiquiatría y J. Ferreira Márquez para Dermatología. Varios de ellos provenían de universidades extranjeras. Profesionales locales colaboraron con estos docentes, contribuyendo al éxito de su gestión.

Nuestra Facultad impuso la norma de brindar una enseñanza de buen nivel, como lo muestra el hecho que contratara distinguidos profesionales de otros medios. Esta fue una de las razones que hizo que nuestra Escuela, en su momento, fuera considerada la mejor Escuela de Medicina de nuestro país.

Un hecho transcendental en la historia de nuestra Facultad fue el apoyo que nos brindó la Fundación Rockefeller. Pensaron que la selección de estudiantes, la dedicación exclusiva de los profesores y el énfasis en la investigación científica, presagiaban un buen futuro. Decidió por ello ayudarnos, creyendo que nuestra Facultad podría llegar a ser un modelo en la Argentina, como lo eran la Facultad de Medicina de Cali, en Colombia, y la de San Pablo, en Brasil, también apoyadas por la Fundación Rockefeller.

En 1956 donó 150.000 dólares y poco después 100.000 dólares más, para equipamiento de las distintas cátedras, lo que fue de gran importancia en su momento. Significó para nosotros una enorme ayuda disponer de equipos modernos, a los que difícilmente habríamos tenido acceso con nuestros medios. Aun de mayor importancia, fueron las becas externas que puso a nuestra disposición la Fundación Rockefeller. Los becarios, bien elegidos, aprovecharon su estadía en las universidades norteamericanas y regresaron a Mendoza, con una mejor formación y contribuyeron en gran medida a crear una Escuela Médica de nivel internacional

El Dr. Miller, representante de la Fundación Rockefeller, visitó Mendoza en varias oportunidades y terminó siendo un buen amigo de todos nosotros. El visitante consideró conveniente que el Dr. J. Suárez Estrade, entonces decano interventor de la Facultad de Medicina y yo, visitáramos universidades sudamericanas y norteamericanas de buen nivel académico, para estudiar los métodos de enseñanza que aplicaban. Nuestra gira, pagada por la Fundación Rockefeller, incluyó Chile, Perú, Colombia, Brasil, México y los Estados Unidos. Esta extensa gira nos familiarizó con los problemas de la enseñanza de la medicina y los enfoques de las diversas escuelas médicas visitadas, y creo que fue importante para nuestra formación de docentes universitarios.

En Cleveland, EE.UU., visitamos la Western Reserve University, que

estaba aplicando un nuevo sistema de enseñanza. No se enseñaba por materias, sino por temas. Por ejemplo al estudiar el riñón, se comenzaba con la anatomía, la histología y a continuación la bioquímica, la fisiología y la farmacología renal para pasar más adelante a la anatomía patológica y finalmente a las enfermedades renales y a su tratamiento. Las ventajas del nuevo sistema era que permitía la integración de todos los aspectos de la función renal; la desventaja, en mi opinión, era la dificultad en integrar la función renal, con la de otros órganos, cuyas funciones no habían sido aún estudiadas.

El Dr. Ham, Profesor de Medicina de los Western Reserve, expresó su opinión sobre el nuevo sistema con estas prudentes palabras: *El sistema de enseñanza que aplicamos nos está dando muy buenos resultados, tal vez no porque sea mejor que otros, sino por el entusiasmo que todos ponemos en su aplicación*. Pienso que el entusiasmo que teníamos en Mendoza, contribuía también a conseguir buenos resultados.

En Boston visitamos la Universidad de Harvard, cuya Facultad de Medicina es considerada la primera del país. Entrevistamos allí al Dr. Kendall Emerson, decano para la admisión de estudiantes de la Facultad de Medicina de esa Universidad. Nos manifestó que ellos estaban también considerando cambios en sus planes de estudios, pero que Harvard era la primera Escuela Médica del país, que formaba profesores para muchas universidades, no porque su enseñanza fuera mejor que la de las otras, sino porque hacía la primer selección y de 3.000 postulantes, seleccionaban los 120 mejores.

Creo que estas palabras encierran una profunda verdad. Más importante que lo que se enseña, es lo que el estudiante es capaz de aprender. Con estudiantes de primera categoría se tiene asegurado el éxito, aunque la enseñanza sea deficiente. Esto es, según creo, la mejor justificación de la selección de estudiantes.

En nuestra Facultad existía entonces una grieta entre la enseñanza de las disciplinas básicas y las clínicas. Parecía como si las primeras no tuvieran nada que ver con las segundas. Pensé que era necesario corregir este erróneo concepto y establecer un puente entre las ciencias básicas y las clínicas. Se creó así, siendo decano el Dr. Suárez Estrade una nueva asignatura, la Fisiología Patológica. Fui encargado de la docencia y organización de la nueva cátedra en 1957. La nueva disciplina se ubicó en el tercer año de estudios, cuando ya los estudiantes habían cursado Anatomía Normal, Histología y Biología Celular, Fisiología, Bioquímica y Biofísica. Estos conocimientos previos eran indispensables para poder interpretar los mecanismos funcionales que conducen a la

enfermedad. Los alumnos debían recordar los hechos fundamentales estudiados durante los dos años anteriores y hacer así una integración de estos conocimientos esenciales.

Aunque en las facultades de medicina de nuestro país no había entonces cátedras de Fisiopatología, que ya existían en otras universidades de América Latina, esta disciplina era enseñada en forma fragmentaria en Semiología y Clínica Propedéutica, en las Patologías Médicas y Quirúrgicas y en las Clínicas. Estimo que la creación de la cátedra, facilitó el estudio de aquellas materias, al darles una formación funcional que los llevó a interpretar la enfermedad como una desviación de la función normal.

Permanecí como profesor contratado de la cátedra de Fisiopatología hasta 1966, cuando, de acuerdo con el decano Dr. Zaldívar, decidí rescindir mi contrato para presentarme a concurso. Fui designado profesor efectivo y estuve a cargo de la cátedra hasta que me jubilé en 1977. La cátedra sigue funcionando actualmente bajo la dirección del Dr. A. Binia.

El crecimiento de la Facultad, a medida que se completaba el curriculum, se hacía más crítico por la escasez de espacio. Fue necesario alquilar edificios para ubicar algunas cátedras y también el Decanato. Hubo proyectos para construir el Hospital Escuela, y comenzar por el edificio para las ciencias básicas y se consultó la opinión de arquitectos especializados. El gran problema, como es habitual, fue disponer de los fondos necesarios para cristalizarlo.

Existía, en lo que hoy es el Centro Universitario, un edificio aún sin terminar, que había sido construido para el Hospital de Niños, pero que nunca había sido habilitado con ese objeto. Se pensó, que dada su amplitud, podría servir para ubicar las Cátedras e Institutos de las Ciencias Básicas, el Decanato, la Biblioteca y demás reparticiones. Hubo, sin embargo, polémicas sobre si la construcción era antisísmica y si no representaba un riesgo habilitarlo. Finalmente se tomó la decisión de hacerlo, lo que pareció acertado, ya que el edificio soportó dos terremotos y un incendio sin que se comprometiera su estructura.

El 2 de diciembre de 1956 se mudó al nuevo edificio la Cátedra de Fisiopatología, que fue la primera en hacerlo. Luego se instalaron las otras cátedras de Ciencias Básicas, la Biblioteca y el Decanato.

La ubicación de las Clínicas no está aún resuelta. La mayoría funciona en los servicios de los hospitales provinciales y deberán esperar la construcción de un Hospital Escuela para su ubicación definitiva.

Fue para nosotros un gran alivio, pasar de la estrechez de espacio, a disponerlo con abundancia. Esto permitió organizar mejor nuestros laboratorios de investigación, salones de prácticas, aulas, y poder recibir un mayor número de estudiantes y de jóvenes que se iniciaban en la investigación biomédica. Pero esto duró poco. El 2 de setiembre de 1970, un horno crematorio imprudentemente instalado en el edificio, prendió fuego a las estructuras de madera que soportaban el techo. El fuego se extendió rápidamente y todo el techado del edificio ardió y al colapsarse prendió fuego el piso superior, donde se encontraban instaladas las cátedras de Biofísica, las oficinas del Decanato y la cátedra de Fisiopatología. Menos afectadas resultaron las instalaciones de los pisos inferiores.

El incendió destruyó todas nuestras instalaciones, casi todos nuestros equipos, archivos, depósito de drogas, ficheros, protocolos de trabajos científicos, registros de estudiantes, material de enseñanza, colecciones de separatas, etc. Fue un verdadero desastre, años de trabajo destruidos en una tarde aciaga. Fue necesario comenzar de nuevo. La Universidad se encargó de reparar el edificio y reconstruir los laboratorios. Hubo que reponer los muebles, las instalaciones eléctricas y los servicios de agua corriente y gas. Felizmente el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas acudió en nuestra ayuda y con un importante subsidio que nos fue concedido, pudimos reponer todo el equipo que había sido destruido. Casi tres años después del incendio pudimos retornar a nuestros primitivos laboratorios y reiniciar en forma más eficiente la investigación y la docencia. Estas actividades, sin embargo, no habían sido totalmente interrumpidas, porque mientras se reparaba el edificio, ocupamos precariamente instalaciones en el subsuelo del mismo.

El desarrollo de la investigación biomédica en la Facultad de Medicina recibió el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Poco después de su creación, en 1958, el CONICET nombró una Comisión Asesora para la Región de Cuyo, que presidí durante muchos años. Las Comisiones Asesoras Regionales seleccionaban candidatos de la región para becas, asesoraban sobre solicitudes de subsidios y planteaban problemas de desarrollo científico local ante las autoridades del CONICET.

Las becas de iniciación que se otorgaron, no sólo para nuestra Facultad, fueron importantes para la formación de investigadores, pues permitieron captar jóvenes recientemente graduados, con condiciones sobresalientes, iniciarlos en la investigación y formar los recursos humanos

que la Universidad tanto necesitaba. Las becas de perfeccionamiento y las becas externas permitieron continuar la labor inicial, con aquéllos que habían demostrado aptitud y dedicación.

Con el objeto de promocionar la investigación científica en nuestra Universidad, permitir una mayor comunicación entre los pocos investigadores del medio y proporcionar una tribuna para que los jóvenes pudieran presentar comunicaciones, en 1957 se creó la Sociedad de Biología de Cuyo, que presidí durante 15 años. Fue nuestro objetivo que participaran todos los investigadores en las Ciencias Biológicas: médicos, bioquímicos, ingenieros agrónomos, veterinarios, biólogos, etc. La Facultad de Ciencias Agrarias apoyó a la Sociedad desde su creación, en especial gracias a la colaboración del Ing. R. Tizio, profesor de Fisiología Vegetal. Posteriormente se incorporó la Universidad de San Luis, con la cual ya se han realizado varias reuniones conjuntas.

Otra labor que cumplió la Sociedad fue la organización de reuniones científicas nacionales e internacionales. Organizó el Primer Congreso Argentino de Biología en 1960 en conmemoración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo; el XI Congreso Latinoamericano de Ciencias Fisiológicas en 1973, con más de ochocientos asistentes y el VII Congreso Argentino de Biología en 1978. Todas estas reuniones se realizaron en Mendoza. En el Hotel de Villavicencio, en agosto de 1974, organizamos el Simposio Panamericano de Péptidos Vasoactivos e Hipertensión, satélite del VII Congreso Mundial de Cardiología, que contó con más de treinta invitados extranjeros.

Este apretado relato de algunos aspectos de mis vivencias en nuestra Facultad de Medicina, muestran cuántas dificultades tuvimos que afrontar los que asistimos a su nacimiento y desarrollo. Sin locales, sin bibliotecas, sin laboratorios, con escasos medios económicos, su futuro parecía condenado al fracaso. Por el contrario a pesar de todo pudo subsistir, creció y ha prestado y presta, según creo, un importante servicio a la comunidad.

Alguien ha dicho: *Lo bueno de los jóvenes es que no saben que hay cosas que es imposible hacerlas; así que de todas maneras lo intentan y acaban realizándolas*. Sin el entusiasmo, y la dedicación de los que fueron protagonistas de los primeros años de la Escuela, el presente habría sido imposible. A todos los problemas que tuvimos que afrontar se agregó la intolerancia política, en las diversas etapas de los treinta primeros años.

Creo que a pesar de las dificultades actuales las cosas son algo más

fáciles ahora. Hay una infraestructura, hay laboratorios con razonable equipamiento, hay maestros de buen nivel para guiar a los jóvenes y hay bibliotecas, si bien desgraciadamente mal provistas; hay también libertad, que es un bien inapreciable. Sin embargo, parece haber ahora menos entusiasmo, más apatía. La investigación ha perdido algo del carisma que tuvo en el país después de la creación del CONICET. El título de profesor universitario no tiene ahora la jerarquía que supo tener. Los bajos salarios y la masificación de la universidad han hecho disminuir el atractivo de dedicarse a la docencia. La universidad comparte la decadencia de nuestra Patria.

Creo que la universidad argentina ha quedado rezagada y necesita un cambio total de su estructura. Esto sólo será posible si una nueva generación, dotada de entusiasmo y patriotismo, se sienta capaz de afrontar el desafío que tamaña empresa supone.

Cómo se gestó la Universidad Nacional de Cuyo

Esteban Fontana

Cuando se nos invitó a colaborar con un breve testimonio en este libro del Cincuentenario de la U.N.C., consideramos que no podía estar ausente, aunque más no sea brevemente, la relación de múltiples factores que concurrieron al hecho de la creación de nuestra institución superior. Expondremos el tema sintéticamente y trataremos al final de proyectar tales sucesos a nuestro presente y futuro. Decía el Dr. Edmundo Correas, primer rector de esta Universidad, en el acto fundacional de la misma, que tal día -17 de marzo de 1939- señalaba *el fin de un largo proceso y el comienzo de una jornada indefinida*. Agregaba enseguida que la nueva Universidad había nacido, *no al modo de la Minerva mitológica, sino como fruto sazonado de prolija y paciente gestación* [1]. Esas dos aseveraciones, muy ciertas a nuestro entender, nos ayudarán a definir la índole del trabajo que nos hemos propuesto. En efecto, estamos convencidos -y creemos que todos estarán de acuerdo con nosotros- que la erección de la Universidad Nacional de Cuyo no es un hecho repentino, surgido de la

Esteban Fontana
Profesor de Historia (U.N.C.)
Profesor de Historia de la Educación Argentina en la Fac. Filosofía y Letras (U.N.C.)
Miembro de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza.
Miembro de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Este trabajo es una síntesis de otro mayor que publicará la Facultad de Filosofía y Letras en su "Memoria histórica, II parte".

nada, fruto de la mente iluminada de un hombre o de un grupo de hombres, sino que fue el resultado de un largo proceso de maduración cultural de la región cuyana, cuya iniciación bien puede coincidir con los orígenes mismos de nuestra formación como comunidad organizada, allá por fines del siglo XVI.

Nosotros en otra «memoria histórica» ya publicada -la dedicada al período 1939-1964- acometimos la tarea de historiar uno de los factores esenciales que ayudan a esa maduración cultural: la existencia de centros educacionales medio-superiores desde principios de siglo XVIII Sostenfamos en esa oportunidad que era de justicia el recordarlos, ya que nuestra Universidad nunca se hubiera convertido en realidad sin el empuje precursor de esos institutos. Como nuestro empeño de ahora aspira a englobar a todos los factores concurrentes al hecho que nos ocupa y no solamente a uno, deberíamos dejar en claro desde un principio cuál es, según nuestro criterio, la suma exhaustiva de los mismos.

Después de reunido el material documental y testimonial que sirvió de base a esta monografía, después de estudiarlo y justipreciarlo, hemos llegado a la conclusión de que esos factores no pueden bajar de ocho: ya hemos mencionado dos, a saber, la madurez cultural y las instituciones medio-superiores preexistentes. A ellos debemos agregar las necesidades concretas de formación de recursos humanos, las aspiraciones y trabajos estudiantiles, la acción del gobierno provincial y del gobierno nacional, la prédica de la prensa cuyana y la presión de la iniciativa privada. Como se ve, el hecho que nos ocupa fue ocasionado por un complejo haz de factores, aunque -desde ya lo decimos- algunos más importantes que otros. Dejaremos para el final la elucidación del rol respectivo de cada uno.

Como ya parte de la tarea creemos haberla cumplido con la redacción de la historia de los colegios medio-superiores mendocinos, reanudaremos nuestra narración en el momento en que hemos constatado la primera inquietud por una universidad cuyana, hecho ocurrido en el año del Centenario. En efecto, el 2 de julio de 1910, decía **Los Andes** en su página 7 y bajo el título «La universidad mendocina»:

Atribúyese al Poder Ejecutivo de la Provincia la iniciativa de un proyecto de importancia extraordinaria para el porvenir de la cultura argentina en esta sección de la República. **Trátase de la fundación de una universidad con sede en esta capital** *y dotada con todos los elementos que son requeridos para que la enseñanza superior resulte eficaz y sea a la vez un centro donde las artes, la moral y las ciencias estimulen las naturales energías del espíritu.*

Y si a éste lo hemos ponderado como un buen punto de partida, el día en que está fechado el decreto nacional que erige la Universidad -21 de marzo de 1939- del mismo modo lo hemos tomado como fin de la investigación, porque a partir de ese momento comienza un nuevo período en la historia de la Universidad, el que podríamos denominar organizativo o fundacional, y eso es otro cantar. Nosotros aquí, y siguiendo con las puntualizaciones previas, digamos que en el lapso comprendido entre 1910 y 1939 creemos percibir tres etapas o períodos diferentes y susceptibles de una caracterización propia. El nombre que le endilgamos a cada uno tiene que ver con el factor que predomina en el período, y son los siguientes, los cuales también son tratados en sendos apartados del trabajo: I) Período provincial (1910-1918); II) Período estudiantil o reformista (1919-1933); III) Período de madurez o de conjunción de todos los factores (1934-1939).

I. Período provincial (1910-1918).

La iniciativa del gobernador Rufino Ortega (h) que arriba hemos citado encuadraba perfectamente con la política educativa nacional con respecto a las universidades futuras: el ministro de Instrucción Pública del presidente Figueroa Alcorta, Dr. Rómulo S. Naón, en un discurso pronunciado en 1909 en la Universidad (todavía provincial) de Santa Fe, se expresaba en términos que parecen ser una incitación directa a la creación de nuevos centros de estudios superiores: *La misión de la universidad argentina de hoy, decía, ha de concretarse en institutos de estudios superiores, donde quiera que un importante desenvolvimiento económico exteriorice la convivencia de evitar el desequilibrio siempre funesto que provoca en la vida de los pueblos, el descuido de fomentar los intereses morales.* Y a continuación indicaba quién tendría que ser el factor eficiente de esas nuevas creaciones: *La centralización universitaria tendrá que ser la obra de las provincias argentinas que al ser reconocidas como estados autónomos han cargado con responsabilidades y se han creado deberes que no les es dado descuidar, sin poner en peligro el crédito y la integridad de su propia autonomía* [2].

En nuestra ciudad, pese que a consecuencia del proyecto gubernamental se llegó a formar un núcleo pro-universitario del cual formaron parte las personalidades más destacadas del medio [3], al poco tiempo se hace claro el concepto de que nuestra región aun no estaba preparada para dar semejante paso: no obstante que era innegable su importancia socio-económica y cultural, Mendoza carecía en ese tiempo -con la única excepción, quizá, de la Escuela de Vitivinicultura- de

institutos que superaran la mera finalidad preparatoria para las universidades y otorgara un título profesional de nivel terciario. Tucumán en cambio, para dar un ejemplo, contaba con una escuela de bellas artes, una escuela de comercio y fundaciones que solamente incorporadas a una casa de altos estudios darían sus plenos frutos: un laboratorio de bactereología, una estación agrícola experimental y un laboratorio de química. Con esa base, pudo la Universidad tucumana iniciar su ciclo vital en 1914. Es por eso que no es de extrañar que cuando en 1912 se tuvo noticias de la existencias de un proyecto perteneciente al diputado nacional por La Rioja, Dr. Rafael del Castillo, fundando universidades en Rosario, Tucumán y Mendoza (que sería el primero en ese sentido), un periódico local opinara que tal gestión era *no sólo prematura sino extemporánea* [4], por lo menos para nuestra ciudad.

Las razones esgrimidas por el diario parecen haber sido compartidas por las autoridades provinciales que inician a partir de ese año una serie de creaciones educacionales que sin duda tenían la clara intención de elevar el nivel cultural y profesional del medio. De importancia decisiva en ese sentido es la creación, en junio de 1912, de la Escuela Mercantil Mixta, que con el correr de los años se transformaría en uno de los factores determinantes para la concreción de una universidad. Efectivamente, la lucha entablada en la década del '20 y continuada en la siguiente por los estudiantes, egresados, profesores y directivos de esa escuela por la nacionalización, primero de los títulos que otorgaba y luego de la misma institución, llevó casi imperceptiblemente a pedir la solución integradora de todos los problemas, o sea, la fundación de una universidad cuyana.

Porque hay que decir que la actual Escuela de Comercio «Martín Zapata» (que de ella se trata) nacería con dos deficiencias que serían por años la causa de serios conflictos institucionales y estudiantiles: la primera, que la validez de sus títulos era puramente provincial, o sea que en el resto del país no eran reconocidos; y la segunda, aún más problemática, que la entidad había nacido sin partida propia para su sostenimiento, proveyéndose con los fondos generales que la Provincia destinaba a la enseñanza primaria, origen de las quejas de los maestros que veían menguar los recursos para sus remuneraciones por costear a la que ellos calificaban como advenediza.

Algo bastante parecido pasaría con el instituto que consideramos como el esfuerzo más considerable que hizo el gobierno provincial para dotar a Mendoza de una casa de altos estudios: nos estamos refiriendo a la tan célebre como efímera Escuela Normal Agropecuaria e Industrial

«Alberdi». A principios de 1915 llegó a nuestra provincia para hacerse cargo del gobierno escolar un hijo eminente de Mendoza, graduado en la Escuela Normal de Paraná, y que ya había ocupado las más altas funciones educacionales en San Juan y Entre Ríos: el profesor Manuel Pacífico Antequeda. Sin pérdida de tiempo, el 8 de febrero de ese año, suscribe la resolución fundando esta escuela normal, agropecuaria e industrial muy semejante a la que ya creara en Entre Ríos y con el mismo apelativo, «Alberdi». El gobierno le dio todo su apoyo, y destinó ocho hectáreas de terreno situadas al N.O. de la ciudad para construir ocho cuerpos de edificios que constituyen todavía hoy la parte principal de las instalaciones del Liceo Militar «General Espejo». Los arduos trabajos que se necesitaron realizar para preparar el terreno, insumieron casi todo ese año y la gran inauguración tuvo lugar el 12 de octubre de 1915, conjuntamente con la otra gran realización de Antequeda, la Escuela para Señoritas «Patricias Mendocinas».

Infaustamente, muy poco después de su esperanzadora inauguración, el funcionamiento regular del colegio empezó a resentirse. Su ínfimo período de gestión es único en la historia de las instituciones educacionales mendocinas, como es única la envergadura de sus estudios, con la sola excepción de la Universidad de Cuyo. Es nuestra opinión que en su creación se debe haber deslizado un propósito oculto al ojo común de la gente, algo que una vez lanzado no pudo llevarse a feliz término, causando de ese modo la definitiva destrucción de la escuela. La ruina tuvo origen en la carencia casi absoluta de presupuesto con que nació al establecimiento. Lo que vino después es consecuencia de esto mismo: la costosa construcción del edificio y el no menor costo de su mantenimiento, empezó a incidir pesadamente sobre el presupuesto total de la repartición, lo que obligó a las autoridades a echar mano de los sueldos de los maestros para poder sufragar los enormes créditos contraídos. Ya en mayo de 1916 se les debía seis meses a los maestros. El profesor Antequeda hacía dos meses que estaba en Buenos Aires y la opinión predominante era que el director general estaba tramitando el rápido traspaso de la Escuela Alberdi a la Nación como única solución a todos los problemas.

No solamente estaba tramitando Antequeda la nacionalización de la Escuela Alberdi, sino también la de la Escuela Mercantil (que como hemos dicho tampoco contaba con presupuesto propio), como se colige de un telegrama que envió desde la metrópoli al delegado del Ministerio de Instrucción Pública, Prof. Juan W. Gez, quien se encontraba en nuestra ciudad estudiando la implantación de la escuela intermedia pro-

yectada por el ministro Saavedra Lamas. El ofrecimiento del gobierno provincial se resumía del siguiente modo: la entrega a la Nación de la Escuela Alberdi con su terreno de 34 hectáreas, sus instalaciones, mobiliario, etc., solicitando el pago por parte del gobierno federal de lo gastado en edificación e instalaciones por el erario de la Provincia; y nacionalizar la Escuela Mercantil, a cuyo efecto se entregaría, sin erogación alguna para la Nación, los muebles y útiles que en ese momento tenía dicho establecimiento.

El profesor Gez, luego de visitar las instalaciones de la Escuela Alberdi, se convirtió en el más entusiasta defensor del proyecto, y aún descubre en el texto del telegrama con que contesta a Antequeda, el objetivo último de todas estas tramitaciones, que no era otro que la fundación de la Universidad de Cuyo, la cual tendría, eso sí, el carácter práctico de un verdadero politécnico. Dice así ese singular documento:

El gobierno nacional y el ministro Dr. Saavedra Lamas realizarían la obra más benéfica y trascendental para la cultura moderna de Cuyo si nacionalizaran la Escuela Alberdi, que es un instituto modelo y un hermoso plantel que hace honor a Mendoza **y con cuya base podría fundarse un gran politécnico o universidad práctica como la de Tucumán**. *Hemos de empeñarnos patrióticamente en esa obra que tanto necesitan estas provincias para regenerarse con el trabajo y la acción fecunda de sus hijos. Felicítole por la participación que toma en esa iniciativa y hago votos por su éxito* [5].

Las causales por las que vino a fracasar esta vigorosa iniciativa del gobierno no se conocen con exactitud: es muy posible que el cambio político que se estaba viviendo (eran vísperas de la ascensión del primer gobierno radical en el país) tuviera bastante que ver. Antequeda, luego de su renuncia en junio de 1916, dio a luz un folleto explicativo de su política titulado «La instrucción pública en Mendoza», el cual nos ha sido imposible de encontrar, y en el que seguramente hallaríamos respuesta a todos nuestros interrogantes. Lo que sigue a esto es conocido: luego de arrastrar una criticada existencia de tres años, en la cual los maestros sin paga la hacían responsable de sus desdichas, y después de sufrir la acción destructora de una formidable inundación que la dejó sepultada en fango y arena, la Escuela Alberdi vio clausurar definitivamente sus cursos el 8 de febrero de 1919 desapareciendo de ese modo el más encumbrado establecimiento educacional que haya tenido Mendoza hasta la Universidad de Cuyo. Ahora sólo se contaba con la Escuela Superior de Comercio (nombre que había tomado la Escuela Mercantil desde 1917) para seguir bregando por una alta casa de

estudios. Y por supuesto, con el alumnado de esa escuela y las demás de nivel secundario que había en Mendoza, el cual por este tiempo empieza a adquirir conciencia de sus necesidades educativas y empezará a bregar por satisfacerlas.

Terminando ya la evocación de este primer período, vemos que en él se dan cita solamente dos factores de los ocho que hemos anunciado como concurrentes en la erección de 1939: una enérgica acción por parte del gobierno provincial sobre todo merced a las gestiones infructuosas del director general Antequeda, y la existencia de dos centros educacionales medio-superiores que podrían llegar a constituir la base de sustentación necesaria para concretar una futura universidad, o sea, la Escuela Normal Agropecuaria e Industrial «Alberdi» y la Escuela Superior de Comercio. Pero ya hemos visto cómo la misma prensa mendocina desconfiaba de nuestra madurez cultural, de qué manera el gobierno nacional hace oídos sordos a los requerimientos regionales y que las aspiraciones estudiantiles no acertaban todavía a expresarse con claridad. Menos todavía se perciben necesidades concretas para la formación de recursos humanos y por ende las inquietudes del sector privado son inexistentes. Podemos concluir entonces que todavía por 1918 no se daban las condiciones mínimas necesarias para erigir una universidad en Cuyo. Veremos qué pasa en los años venideros.

II. Período estudiantil o reformista (1919-1933).

En esta nueva etapa surge como factor preponderante la acción estudiantil que de este modo inicia una prolongada prédica que no hallaría descanso hasta conseguir la erección de los estudios superiores por los cuales bregaba. Todo esto como reflejo de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba en 1918 que luchaba por el mejoramiento integral de la enseñanza, sobre todo la de nivel terciario. Está comprobado que el movimiento de la Reforma propició también la creación de una universidad en Cuyo [6] y que en setiembre de 1919 estuvo en Mendoza una comisión de la Federación Universitaria Argentina apoyando la acción del famoso gremio magisteril mendocino «Maestros Unidos», el cual protagonizaría una prolonagada huelga en ese mismo año que tuvo repercusión nacional [7]. Pues bien, es como consecuencia de todos estos sucesos que va a surgir en nuestra ciudad en ese año 1919 la Federación Mendocina de Estudiantes Secundarios que a través de casi veinte años de lucha [8], con sus lógicos altibajos por supuesto, mantendrá encendido el anhelo por lograr la universidad para estos lares. Es por eso que nos pareció de justicia denominar "estudiantil o reformis-

ta" a la etapa que nos ocupa.

Incluso van a ser los estudiantes los que lleven a cabo la creación efectiva del nuevo instituto superior -luego de frustrarse el intento de la Escuela Alberdi- que sirviera de plataforma para el logro definitivo: nos estamos refiriendo a la Universidad Popular de Mendoza. Porque tal instituto posee una significativa diferencia con las anteriores creaciones educacionales de que hemos hablado: no serían en este caso las autoridades o la gente adulta la que se embarcaría en la concreción de este proyecto, sino que él estaría acunado por impacientes e idealistas adolescentes que sentían arder en sus espíritus la llama eterna de la curiosidad intelectual. En efecto, la idea primigenia de fundar dicha institución, pertenece a una asociación de jóvenes estudiantes denominada Centro Cultural «Alberdi» o, más exactamente, a uno de sus miembros más activos, el bachiller Ernesto A. Nicolini, a quien secundaron de inmediato, con ardoroso entusiasmo, otros bachilleres, como ser Aranzazú Márquez, Casiano A. Vega, Guillermo Silvestri, Cayetano Alterio, Modesto Sayavedra, Isidro Martí y otros. El 27 de mayo de 1920, aparecía en **Los Andes** la primera noticia dando cuenta de la quijotesca empresa proyectada, conjuntamente con la primera adhesión conseguida: el profesor Angel Lupi, titular de la cátedra de Filosofía en el Colegio Nacional, de quien habían sido alumnos la totalidad de los fundadores de la Universidad Popular. En breve tiempo llegaron otras de destacados intelectuales del medio y la nueva entidad abrió sus puertas el 1 de julio de ese año.

No abordaremos aquí la historia propiamente dicha del primer instituto que se animó a autodenominarse «universidad» entre nosotros: tampoco nos interesará constatar de qué manera, al poco tiempo de funcionar, el mismo desvió el sentido de su creación, hurtándolo a lo universal y superior para detenerse en la enseñanza primaria y secundaria, donde lo normativo e impuesto detiene el afán de investigación y de autonomía moral que rige toda vida universitaria. Lo que sí nos interesa subrayar, además de lo que hemos dicho sobre la acción protagónica de los estudiantes en su creación, es que su éxito de la primera época se debió a que era el único exponente significativo de una aspiración colectiva por lograr una verdadera universidad, y durante algún tiempo se siguió insistiendo en que la viabilidad probada de poner en marcha un instituto como ése, era el primer paso para lograr lo otro tan anhelado.

Pasando ahora al año 1921 que tiene una importancia especial en esta historia, ya que en él ocurrieron los hechos estudiantiles más destacados y los únicos que pueden parangonarse con los vividos entre 1928-29, que es cuando el movimiento estudiantil pro-universidad llega a su punto culminante. Igualmente en este año se habían iniciado en el seno de la Cámara de Diputados de la Nación los cabildeos entre el representante de la provincia de Buenos Aires a dicho cuerpo, Ricardo J. Davel, y varios diputados de la región, con el fin de presentar un proyecto de creación de la Universidad de Cuyo, que pasaría a ser el segundo intento legislativo a ese respecto. Sin embargo, debemos decir que muy poca resonancia tuvo la iniciativa en la prensa local. La misma noticia del hecho, aparecida en **Los Andes** el 16 de julio de 1921, pág. 3, consiste en una simple transcripción del proyecto legislativo, sin ninguna otra aclaración. En vano buscamos en los días posteriores alguna toma de posición por parte del diario: nunca más se volvió a hablar de él. En cuanto a los estudiantes, lo ignoraron olímpicamente como ya lo veremos cuando abordemos las deliberaciones del Primer Congreso Estudiantil. Todo eso nos está probando que el proyecto Davel no pasó de ser una maniobra política circunstancial sin ningún arraigo en el medio, y como tal sucumbió. En los borrascosos días de la terminación de la primera presidencia de Yrigoyen, la moción pasó casi desapercibida y nunca fue tratada.

Es también en este mes de julio, hacia su terminación, en que acusa su entrada -ahora ante la Federación de Estudiantes Secundarios de Mendoza- otro proyecto ambicioso, en el que venía incluido igualmente el tema de la creación de una universidad para esta región: nos estamos refiriendo a la realización anual de congresos estudiantiles para Cuyo. La iniciativa, que pertenecía al Centro Estudiantil y Deportivo Escuela de Comercio, fue aprobada en general por la comisión directiva de la F.E.S. el 26 de julio y tres días más tarde salía transcripta en un diario local [9].

Obviando el proceso organizativo, que fue largo y laborioso, digamos que a partir del domingo 18 de setiembre empezaron a llegar los delegados de San Juan y de San Luis al Primer (y único a la postre) Congreso Estudiantil de Cuyo, que conjuntamente con los de Mendoza se calculaba llegarían a unos sesenta jóvenes. Puntualmente, el martes 20 de setiembre a las 10 horas, en el Teatro Municipal de nuestra ciudad, tuvo lugar la inauguración del evento, el cual se prolongó por tres días. Lo logrado en él, digámoslo como síntesis del mismo, por muchos años se seguirá viendo como paradigma de la buena senda a seguir.

De todas las iniciativas tratadas, dejando aparte la cuestión de la futura universidad cuyana que fue por lejos la que más concitó la aten-

ción de los congresistas [10], la más significativa para nosotros es la última, pidiendo que el Congreso Estudiantil pida a la Cámara de Diputados de la Nación el pronto despacho de tres proyectos de ley, -ninguno de los cuales es el presentado por el diputado Davel en julio último-. Esto es definitivamente elocuente de lo que sentían los estudiantes por tal proyecto: simplemente, al reconocerlo como producto espurio; lo ignoraban.

Ahora sí, toca reseñar los acontecimientos culminantes de este período, los que tuvieron lugar entre los años 1928-29 y que estuvieron muy cerca de lograr el objeto buscado. En ellos juega un rol protagónico la caudillesca figura del estudiante de la Escuela de Comercio Oscar Carlos Sabez, que de ese modo se erige en el principal factor eficiente de esta etapa, como en la anterior lo fuera la del director general de Escuelas Manuel P. Antequeda.

Llegado a la presidencia del centro de estudiantes de la Escuela de Comercio en marzo de 1928, ya en abril y a causa de los endémicos desacuerdos entre las autoridades y los estudiantes de la misma, se declaró una huelga que no resultaría una más de las tantas que hubieron por esos años, sino que, mirándola con perspectiva histórica, sería el punto de partida de la máxima campaña pro-universidad de Cuyo que llevarían a cabo los estudiantes. Como tal, el paro de los alumnos duró una semana, y terminó cuando fue intervenida la Escuela y se les informó por boca del interventor, contador Edmundo del Bó, *que se habían resuelto favorablemente los asuntos que produjeron el conflicto* [11]. Sin embargo, en el transcurso de la semana de paro se habían ido tomando resoluciones que trascendían por completo las causales específicas del conflicto, y una vez terminado éste, siguieron su curso irrefrenablemente. La más importante de esas resoluciones fue encarar definitivamente en serio la nacionalización de la Escuela, para lo cual se destacaría una comisión permanente en la Capital Federal con el fin de activar y llevar a término *las gestiones para que se cree la Facultad de Ciencias Económicas o se nacionalice la Escuela* [12]. Como se ve, el luchar por lo último, llevaba imperceptiblemente a la solución ideal de una facultad de nivel terciario, y como ésta no podría existir sin tomar parte de una entidad mayor universitaria, fue por ésta por lo que finalmente se bregaría.

El día 5 de julio partió por tren hacia la Capital Federal la comisión provisoria de la Federación Mendocina de Estudiantes Secundarios -la formaba únicamente la dupla presidencial Sabez-Vera- con el objeto de llevar a los principales diarios de la urbe una noticia cierta y por-

menorizada de los alcances de la campaña emprendida, y de interesar a los más influyentes magistrados y políticos del gobierno en ese mismo sentido. Uno de los primeros en ser entrevistado fue el acreditado rector de la Universidad porteña, Dr. Ricardo Rojas, y sin duda que la cordial relación maestro-discípulo que se entabló entre éste y Sabez, fue lo más rescatable de este primer viaje a Buenos Aires de la delegación estudiantil. En cuanto a buscar apoyo en los legisladores coterráneos que actuaban en el Congreso Nacional, ello era harto problemático por las graves disensiones partidarias que tenían a nuestra provincia en ese tiempo como escenario.

Incluso durante la segunda estadía de la delegación en la metrópoli -ocurrida entre la última semana de agosto y mediados de noviembre- tuvo lugar un grave enfrentamiento entre Sabez y el diputado lencinista mendocino Francisco J. Trianes quien el 23 de agosto había presentado a la Cámara nacional a la cual pertenecía un nuevo proyecto de creación de la universidad cuyana, sin darle ninguna participación a los estudiantes que estaban trabajando por lo mismo. Sabez, recién llegado a Buenos Aires y una vez repuesto de la natural consternación en que lo sumió el enterarse del paso dado por Trianes, sin detenerse a reflexionar sobre las consecuencias, inmediatas y mediatas de su resistencia, se abocó a la redacción de una flamígera nota desautorizando el proyecto Trianes la cual inmediatamente mandó para su publicación a los principales diarios metropolitanos y de Mendoza.

El desmesuramiento de esta «carta abierta» del presidente del movimiento, significó, resumiendo, un duro golpe contra la popularidad del proyecto. En setiembre y buena parte de octubre, casi no hay noticias de la campaña en los periódicos mendocinos ni porteños. Sin embargo, Sabez permaneció en la metrópoli y consiguió dos logros considerables: hablar con el presidente electo Yrigoyen y comprometer a Ricardo Rojas para que redactara un proyecto de universidad para Cuyo. A esta última actitud se refirieron **La Nación** y **La Razón** de Buenos Aires en sus editoriales del 18 de noviembre, afirmando que el propósito de hacer una universidad eminentemente práctica era lo que había decidido al rector bonaerense a aceptar el encargo, el cual fue entregado a una delegación estudiantil cuyana que especialmente viajó a la Capital Federal con ese objeto el 14 de febrero de 1929.

Sin embargo, en ese año no fue elevado al Congreso Nacional. ¿A qué se debió tal anomalía? Los enfrentamientos entre distintos grupos de estudiantes y la desunión entre todos los que debían interesarse en el proyecto abonaron el terreno para que durante la primera mitad de

1929 nada se hiciera para presentarlo ante las autoridades. Y cuando por fin, a fines de junio se decidieron a viajar para entregar el resultado último de sus anhelos al presidente Yrigoyen, éste no los recibió. No obstante que en esos momentos todas la críticas se dirigieron contra el «Peludo» por su inexplicable y nada republicana actitud, la gente que observaba con objetividad los hechos se daba cuenta que habían sido los propios estudiantes, con los numerosos desaciertos que se habían ido acumulando a través de toda la campaña, los que habían contribuido en mayor grado para que las gestiones llegaran a este punto muerto.

Antes de terminar este período en donde hemos visto actuar en forma ineficiente a algunos otros factores -los gobiernos provincial y nacional, por ejemplo-, los más a no mostrarse lo suficientemetne maduros -el nivel cultural, la iniciativa privada, la exigencia por la formación de nuevos recursos humanos-, debemos hacer mención siquiera de un hecho que presagiaba cambios en el ambiente: nos estamos refiriendo a la fundación de la Academia Provincial de Bellas Artes en marzo de 1933 (13).

Es interesante observar que junto a los plásticos que llevaron a cabo esta tarea -la generación de 1933 formada por los pintores Lahir Estrella, Fidel de Lucía, Antonio Bravo, Roberto Azzoni, Rafael Cubillos, José Alaminos, Rodolfo Gustavino, Arturo Anzalone, Julio Ruiz, Fidel Roig Matons y tantos otros- se aparejan identificados con sus mismos ideales estéticos, literatos como Emilio Abril, Juan Carlos Lucero, Vicente Nacarato, Ricardo Tudela y muy especialmente Alfredo Bufano y Jorge Ramponi, a todos los cuales se los conoce como la generación del Megáfono (14).

No es solamente obra de plásticos, sino de toda la correntada cultural que desde principios de siglo había elegido a esta región como blanco de sus inquietudes. Es imposible que una universidad fructifique en una comunidad desprovista de esta élite de poetas, pintores, ensayistas, escultores, novelistas, y vemos claramente que Mendoza la tenía, y de respetable envergadura.

Es por eso que ya la prensa mendocina -que en este período que termina estuvo siempre a la altura de sus responsabilidades- podía decir a favor de nuestra cultura:

En Mendoza existe algo más que un ambiente literario. Se ha generalizado también un espíritu de investigación científica, al cual no puede tildarse, como suele hacerse con el literario, de mero diletantismo circunstancial. Se han publicado en estos últimos tiempos en nuestra provincia obras apreciables de sociología y de política y tratados de enología, que denotan que, **a pesar de no existir entre nosotros una universidad**, *que estimule estas actividades científicas,* **existe en cambio en formación algo que vale más que ello, y es un espíritu universitario**, *de tal manera que cuando esa institución llegue a establecerse entre nosotros será algo más que una mera creación administrativa* (15).

En efecto, ya la universidad podía llegar porque su creación no iba a ser algo artificial o prematuro: el ambiente estaba preparado para dar el gran salto, y sólo faltaba la convergencia de los otros factores. Veremos ahora cómo se dio esto.

III. Período de madurez o de conjunción de todos los factores (1934-39).

1939 fue un año muy especial, en el que ocurren una serie de sucesos que nos dicen bien a las claras que ya Mendoza merecía un instituto de nivel superior, por su madurez cultural, por el anhelo de sus estudiantes, por la necesidad de formar sus propios profesionales. Un primer hecho, muy sintomático por cierto, es la reorganización de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, que por estos años se constituirá en la entidad cultural más destacada del medio y en 1937 organizará el Primer Congreso de Historia de Cuyo, evento que tuvo la virtud de hacer conocer nuestras apetencias intelectuales al resto de la República y catapultará a quien fuera su presidente, el Dr. Edmundo Correas, para ser nombrado primer rector de la futura Universidad de Cuyo.

Casi por el mismo tiempo aparece en **Los Andes** (16) la noticia de que el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación había reglamentado últimamente la provisión de cátedras para los institutos de enseñanza secundaria, normal y especial, con la mira preferente de dar cabida al mayor número posible de los egresados de las facultades especializadas en humanidades y ciencias de la educación. Tal novedad movilizó a la opinión pública y a las autoridades buscando una solución para la formación de profesores en materias filosófico-literarias, ya que Mendoza carecía de un centro educacional adecuado a ese objetivo: casi nos animaríamos a decir que con esta inquietud la gente empieza a pensar en lo necesario que sería incorporar a la futura universidad una facultad de estudios humanísticos, cosa que hasta el momento -para Mendoza nos estamos refiriendo- no había figurado en ninguno de los proyectos presentados.

En el mes de setiembre volvía a agitarse nuestro ambiente cultural con la idea de la creación de la Universidad de Cuyo. Una asociación formada por los padres de los alumnos de los institutos secundarios, se proponía hacer propaganda por esta idea en las tres provincias cuyanas e interesar a gobiernos y legisladores. Concordantemente con esto se recibió en Mendoza la noticia que el Dr. Corominas Segura había reiterado ante la Cámara de Diputados de la Nación su proyecto de 1932 que seguía, en general, los lineamientos del «Proyecto Rojas» de 1929. Tal presentación fue calurosamente apoyada en nuestra ciudad por un mitín organizado por la Federación Mendocina de Estudiantes Secundarios, ahora ya sin la dirección de Sabez que había dejado la Escuela de Comercio el año anterior. La crónica del hecho decía que la tribuna levantada al efecto, se había visto rodeada por un buen número de estudiantes y gente del pueblo que se mostró interesada por la agitación que habían iniciado los alumnos y sus padres en pro de sus aspiraciones [17].

También a fines de 1934 empezó a tener visos de solución el crónico problema de la Escuela Superior de Comercio, que ya hemos dicho venía luchando desde principios de la década del '20 por la nacionalización de sus títulos. La iniciativa de la definitiva gestión para lograr ese objetivo parece ser que le corresponde al entonces vice-gobernador de la Provincia, escribano D. Gilberto Suárez Lago, quien a partir de este momento estará muy ligado a todos los esfuerzos y negociaciones que se harán, no sólo para jerarquizar el instituto comercial, sino para lograr como último coronamiento de todas las gestiones la tan anhelada universidad. Es que no debe perderse de vista que una cosa llevaba consecuentemente a la otra, como lo dicen con insistencia los documentos de la época.

El proyecto presentado en setiembre se convirtió en ley provincial en noviembre y consistía en una reorganización general de la escuela -que a partir de este momento pasó a llamarse «Martín Zapata»- para ponerla a la altura de las más acreditadas de la República y de este modo adquirir el derecho de exigir la nacionalización de sus títulos. En este raro caso, el engranaje burocrático parece que estaba adecuadamente aceitado, por lo que ya en junio de 1935 salía el decreto del P.E.N. reconociendo la validez nacional de los títulos que expediría la Escuela Superior de Comercio de Mendoza [18]. En uno de los artículos del decreto se decía que los planes para contadores nacionales entrarían a regir desde 1939 y agregaba algo que con el tiempo se transformaría en un gran impulsor para crear la Universidad de Cuyo, pues supeditaba la

validez de los títulos de contador público a *lo que el gobierno nacional disponga en caso de resolverse transferir a las universidades nacionales los actuales cursos de contadores que funcionan en las escuelas comerciales dependientes del ramo*. En 1938 esto es lo que había sucedido, y si no se hubiera fundado la universidad local, en 1939 los titulados peritos mercantiles mendocinos hubieran tenido que emigrar para obtener el grado de contador público nacional. ¿No se percibe esto como un gran incentivo para que el gobierno mendocino acelerara en 1938 sus esfuerzos para que la tan ansiada universidad se fundara?

Igualmente de importantes y conducentes son los restantes acontecimientos de 1935 a 1938 -que en homenaje a la brevedad del resumen obviaremos el referirnos a ellos- lo que nos llevó a llamar a este período que estamos estudiando *de madurez o de conjunción de todos los factores*. Haremos ahora una rápida referencia a cada uno de esos factores que ya anunciamos se dieron cita en la erección de 1939.

La maduración cultural, empezando, era innegable, sobre todo después de la prueba de fuego de aquel Primer Congreso de Historia de Cuyo, que a todos dejó admirados y agradecidos. Y a través de él también había mostrado sus cualidades de hombre culto y activo organizador el Dr. Edmundo Correas, que supo granjearse la amistad y el reconocimiento científico de los mejores hombres de letras, historiadores y filósofos que tenía el país. Cuando llegue la hora de elegir conductor para la novel creación, el nombre del Dr. Correas surgiría como algo cajonario e indiscutido.

A las instituciones educativas medio-superiores que Mendoza tenía en el año 1910, año en que empezamos este relato, a saber: Colegio Nacional, Escuela Normal y Escuela de Vitivinicultura, se habían ido agregando en el lapso de estos últimos 28 años otras entidades educativas que muy bien podrían servir como soporte para las futuras escuelas o facultades a crearse: tal el caso de la Escuela Superior de Comercio, la Universidad Popular y la Academia Provincial de Bellas Artes.

Las necesidades concretas de formación de nuevos recursos humanos se habían hecho nítidas en el último lustro: la reorganización de la Escuela Superior de Comercio en 1935 estaba enderezada a formar contadores públicos de nivel universitario y lo mismo se pedía para los egresados de la Escuela de Vitivinicultura. Con respecto a la formación de profesores titulados como el Ministerio del ramo lo requería, Mendoza no se conformaba con una simple transformación de la Escuela Normal con ese objeto, sino que aspiraba a un instituto humanístico de

amplia especialización, razón de ser de la futura Facultad de Filosofía y Letras.

Las aspiraciones y el activismo estudiantil los hemos visto constantemente presentes desde principios de la década del '20, siendo sus mejores años 1921, 1928-29 y 1938, año este último en que protagonizan sendas manifestaciones multitudinarias en San Juan y en Mendoza, que logran conmover al ministro de Instrucción Pública, Dr. Jorge E. Coll, y lo convencen de la necesidad de la fundación de una casa de altos estudios. Lo mismo ocurre con la acción perseverante de la prensa, que la hemos visualizado siempre acompañando y fomentando todos los actos y gestiones tendientes a lograr una universidad para esta región. En esa acción sobresale -como no podía ser de otra manera- la convicción y los recursos argumentísticos del decano de la prensa de Cuyo, **Los Andes**.

La iniciativa privada, aunque tarda en manifestarse, se convierte en protagonista en la segunda mitad de 1936, y aunque pronto pasa a segundo plano, a partir de ese momento acompaña incansablemente las gestiones gubernistas y estudiantiles, actuando como reserva o alternativa por si esos esfuerzos se frustraran nuevamente.

La acción del gobierno provincial y sus representantes en el Congreso Nacional fue ganando en confianza, osadía y eficiencia a partir de la labor administrativa y parlamentaria de dos prestigosos estadistas y políticos mendocinos: Dr. Rodolfo Corominas Segura y Dr. Gilberto Suárez Lago. Hacia 1938 el primero actuaba como resuelto gobernador convencido de que la Universidad no podía posponerse un solo año más, mientras el segundo contaba con una influencia incontrastable en el Senado Nacional y era dueño de una experiencia única en los pequeños y grandes recursos del procedimiento de hacer las leyes. Por supuesto que al nombrarlos a ellos no queremos desdeñar la labor, también pertinaz y fructífera, del resto del elenco gubernativo y parlamentario que los acompañó.

Y por último, le toca el turno al gobierno nacional, que en muchos pasajes de esta historia aparece como la causa eficiente de las distintas frustraciones que sufrieron los mendocinos en su lucha por obtener una universidad: recuérdese, a modo de ejemplo, los fracasos de Dr. Manuel Antequeda en 1916 y del estudiante Oscar Sabez en 1929. Pues bien, en 1938, y creemos que por primera vez sucedía esto, tanto el presidente de la República como el ministro de Justicia e Instrucción Pública habían hecho una formal promesa de apoyar de todas formas la creación universitaria.

Los ocho factores reseñados estaban presentes en 1938, pero también estaba presente el que se había revelado como el mayor obstáculo con que contaba el proyecto en esa década: la oposición parlamentaria de los partidos anti-oficialistas. Dejaremos asentado que la indiferencia hacia las presentaciones que había realizado Corominas Segura en 1934 y 1937 se debía sobre todo a su carácter de presidente de la bancada oficialista, en una época sumamente turbulenta del Congreso Argentino. Pues bien, la situación no había cambiado en el primer año de gobierno de Ortiz y de esto debió darse cuenta el ministro Coll cuando intentó preparar él un proyecto de ley y un mensaje que enviaría al Congreso para que se fundara la Universidad. Es muy probable que de elegir ese procedimiento, se habría arribado a una nueva frustración. Fue en este momento crítico cuando Coll decidió jugarse el todo por el todo para ser fiel a la palabra empeñada en su peregrinación a Cuyo en el mes sarmientino de 1938. Según él mismo nos lo cuenta, y el Dr. Correas nos ha asegurado ser veraz en su afirmación, fue al propio ministro que se le ocurrió la idea salvadora de fundar a la Universidad por decreto y no por ley del Congreso que es lo que hubiera correspondido desde el punto de vista constitucional. Son sus palabras:

Es un error de Raffo de la Reta atribuir a Corominas la idea de poner una partida en el presupuesto. Esa idea fue exclusivamente mía. Hablé por teléfono con Corominas Segura, gobernador, y le dije que pensaba crear la Universidad, respondiéndome: ¿Cómo, va a crear la Universidad por decreto?. Sí, le dije, la autorización legal la obtendré mediante una partida que se dispondrá en la ley de presupuesto de este año... [19].

Porque también de esto debemos enterarnos y hacernos cargo de la verdad, cuando se estudia el tema que nos ocupa. El procedimiento utilizado no es de lo más ortodoxo y en algún momento fue tachado de estar viciado de nulidad. Ocurrió en el Senado Nacional en 1941, y tocóle a Suárez Lago contestar a esa crítica, haciéndolo no muy jurídicamente que digamos, aunque sí mostrando mucho realismo. Así estructuró la defensa:

Se ha dicho, ante todo, que **la Universidad ha tenido un origen viciado, al ser establecida por decreto del Poder Ejecutivo**. *A este argumento responderé que si la Universidad Nacional de Cuyo debe su creación a un decreto del Poder Ejecutivo, es porque durante 30 años, en el recinto del Congreso de la Nación, desde el proyecto del diputado doctor Rafael del Castillo en 1913, no se ha hecho justicia al reclamo continuo y persistente de la región de Cuyo, que por boca de*

sus representantes en el Parlamento, ha pedido reiteradamente una ley para su anhelada universidad. **Es esta inercia la que el Poder Ejecutivo de 1939 ha tenido que salvar por fin,** *mediante un decreto que lo honra y que es una acusación directa, no para la institución que se crea mediante un decreto, sino en todo caso, para el Poder Legislativo que no ha cumplido con una exigencia y con un deber regionales* [20].

Por supuesto que para dictar el decreto, el P.E.N. debía contar con una partida que apareciese en el presupuesto que era preparado por cada ministerio y repartición autárquica, pero que para convertirse en ley debía ser aprobado por ambas Cámaras. Aquí es donde fue necesaria la colaboración de los legisladores mendocinos en el plan urdido por Coll, primero de los diputados pues esa es la Cámara que revisa lo elevado por el P.E.N., saca, pone o cambia montos en primer término. Aquí la gestión de defender el subsidio ínfimo que se destinaba a esa universidad todavía inexistente, debió correr por cuenta del Dr. Raúl Godoy, diputado por Mendoza e integrante de la comisión de Presupuesto. El inciso 414 de éste destinaba un subsidio de $ 8.299.803 para la Universidad de Buenos Aires; de $ 4.881.894 para la Universidad de La Plata; de $ 4.541.594 para la Universidad del Litoral; de $ 3.412.839 para la Universidad de Córdoba; de $ 1.770.000 para la Universidad de Tucumán, y en último término y fíjese lo irrisorio del monto comparado con el de las demás, figuraban $ 180.000 para la Universidad de Cuyo [21]. Creemos sinceramente que entre el fárrago de papeles y cifras que significaba la confección del presupuesto, la proximidad de las fiestas de fin de año, y lo minúsculo de la suma otorgada a esa casa de estudios, a nadie se le habrá ocurrido poner reparos por entregar ese dinero a una universidad que todavía no estaba fundada. Y de esa manera se logró hacer entrar por la ventana a alguien que reiteradamente se le había impedido su entrada por la puerta principal. Es por eso que recibida la noticia de lo acordado en Diputados, sin esperar la revisión de Senadores y sin esperar tampoco la aparición del decreto de fundación, la víspera de Navidad de 1938 estalla el bullicio de las celebraciones por lo logrado. El gobernador Corominas Segura lo comunicó exultante a los estudiantes, y envió telegramas de agradecimiento al ministro Coll y a los legisladores mendocinos [22]. Unos días más tarde aparecía en el diario la noticia que el senador Suárez Lago había logrado hacer aprobar un aumento de la partida hasta la cantidad de $ 250.000. Con esa suma, bastante precaria por cierto, unido a lo que cada colegio secundario nacional que pasó a integrar la Universidad tenía ya destinado en el presupuesto (a modo de ejemplo, la Escuela

Superior de Comercio tenía en 1937 $ 263.880), pudo la novel institución empezar a poner en marcha sus distintas dependencias.

En eso consistió el proceso previo a la aparición del decreto fundacional. Lo importante de señalar en él es que en esa hora decisiva para que nuestra Universidad se hiciera realidad, tanto el gobierno nacional como el provincial actuaron de común acuerdo para encontrarle una salida eficaz al envarado proyecto. El presidente Ortiz y el ministro Coll por su lado (este último como autor del empujón final) pero contando con el anhelo, decisión y osadía del gobernador Corominas Segura y la colaboración inapreciable de los representantes mendocinos al Congreso Nacional, todo ese conjunto de hombres y de ideales obrando mancomunadamente hicieron posible, como factor eficiente, la erección universitaria.

Pero habría que preguntar si careciendo de los institutos medio-superiores que poco a poco -en combinación con otros medios- fueron madurando la cultura de la región, si la juventud estudiosa no hubiera bregado incansablemente durante años por la existencia de dicha institución, y si la prensa y el esfuerzo privado no hubieran acompañado siempre los movimientos de opinión hacia ese objetivo, decimos que habría que preguntar si careciendo -en síntesis- de un ambiente preparado para ello, hubiera sido posible tal creación. Nosotros por nuestra parte respondemos que no: que para que exista universidad se necesita -actuando como material inflamable- de madurez cultural aceptable y de una aspiración estudiantil basada en necesidades profesionales reales: luego viene la acción de los gobiernos, actuando como simple fósforo, a encender aquel material inflamable. Por eso conceptuamos más importante a éste que llamaríamos causa determinante que aquélla que denominamos causa o factor eficiente.

Tal es también la opinión, asombrosamente comprensiva de todo este proceso que estamos estudiando, de uno de los protagonistas del evento, D. Gilberto Suárez Lago, quien en una carta fechada el 14 de agosto de 1964 dirigida al entonces rector de la Universidad de Cuyo, Dr. Carlos Saccone, en oportunidad de excusarse de asistir a las ceremonias celebratorias del 25º aniversario de la institución por encontrarse enfermo, asienta estos luminosos conceptos:

Corresponde decir, en oportunidad de la celebración que se lleva a cabo, que para la creación de esta alta Casa de Estudios, gravitaron factores impersonales que no deben desapercibirse: tal la incansable acción de la juventud estudiosa de esta provincia, que en larga y sostenida brega propugnó la existencia de dicha institución. Agréguese a

ello que la difundida cultura del medio, había forjado ya el ambiente universitario, anticipadamente a la Universidad misma. Así se comprende en síntesis retrospectiva, que la creación oficial de la nueva Universidad pudiera producirse por la simple inserción, aprobada en la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, de un item en el Anexo de la Instrucción Pública de la Ley General de Gastos de la Nación, destinando una partida global para la creación (sic) *de la Universidad Nacional de Cuyo. Esto, desde luego, con el previo, decidido y eficiente apoyo del presidente de la República Dr. Roberto M. Ortiz, y de su ministro del ramo, Dr. Jorge Eduardo Coll* [23].

Precisamente, y culminando ese apoyo, el 21 de marzo de 1939 salía el tan esperado decreto de fundación que firmaban el Presidente Ortiz y sus ministros de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Coll, y el de Agricultura, Dr. José Padilla. El mismo admite los cuatro institutos que figuraban en el proyecto Corominas Segura -Escuela Industrial (sede en San Juan), Escuela de Agricultura y Escuela de Ciencias Económicas (ambas con sede en Mendoza) e Instituto del Profesorado (sede en San Luis)- pero crea una Facultad de Filosofía y Letras -exigida por reales necesidades del medio-, una Academia de Bellas Artes que funcionaría sobre la base provincial ya existente -propósito que luego se frustró- y un Conservatorio de Música. También designa su primer rector, que lo fue y ya sabemos por qué, el Dr. Edmundo Correas.

Días después, el 27 de marzo -nos dice este último-, *quedó fundada en Mendoza. Fue una ceremonia inolvidable. Se habían reunido ministros de la Nación, los gobernadores de Cuyo, muchos hombres famosos del país y un inmenso concurso de gente. Después de los grandes discursos inflamados de patriotismo del ministro Coll y del gobernador Corominas Segura, el flamante rector se refirió al suceso y a la misión de la universidad que nacía* [24]. Por fin, el 16 de agosto del mismo año, el celebrado Ricardo Rojas -quien recordó la participación que le cupo en el intento estudiantil de 1928-29- daba una clase magistral sobre «La universidad» inaugurando los cursos en un multitudinario acto que contó con la presencia del vicepresidente de la Nación, Dr. Castillo, y de rectores y decanos de las cinco universidades hermanas ya existentes. Y una vez más, resonó allí la voz inspirada del Dr. Correas deseando una Universidad que nazca *a la vida auscultando con precisión sus imperiosas urgencias materiales y morales. Universidad a cuyo amparo amigo versificará la ciencia del agro con los hexámetros inmortales de las geórgicas virgilianas; Universidad para la vida con sus compuestos eternos e inseparables del espíritu y la materia,*

de cerebro y corazón, de Quijote y de Sancho [25]. Que se haya logrado tal admonición en forma de deseo es lo que cada estudiante y profesor, funcionario y empleado, debe contestarse en su fuero íntimo, y si no se ha logrado cabalmente en estos primeros cincuenta años, que no demoremos en ponernos en la tarea de asegurar de hoy para adelante su integral cumplimiento.

Notas

(1) UNIVERSIDAD Nacional de Cuyo, **Creación, organización y planes de estudios**. Mendoza, 1940, pág. 309.

(2) Citado en: TERAN, Juan B., **La Universidad y la vida**. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1964, pág 54 y 53.

(3) ARCHIVO privado del Sr. Oscar Sabez, **Discurso dactilografiado pronunciado por el Dr. Pedro Notti ante el Rotary Club Mendoza en el año 1949**, pág 2.

(4) Diario **El Debate**, el 23 de agosto de 1912, editorial.

(5) Diario **Los Andes**, el 11 de mayo de 1916, pág 5.

(6) DEL MAZO, Gabriel, **Estudiantes y gobierno universitario**. Buenos Aires, El Ateneo, 1946, pág 19.

(7) GONZALEZ, Julio V., **La revolución universitaria**. Buenos Aires, 1922. Un capítulo de este libro está dedicado al movimiento de los «Maestros Unidos» de Mendoza.

(8) El trabajo pormenorizado sobre el movimiento estudiantil es el de FONTANA de GARCIA, María B., *«Ricardo Rojas y el factor estudiantil en la fundación de la Universidad de Cuyo». en* **Cuyo**, vol. 1, 2 y 4. Mendoza, 1984-87.

(9) Diario **Los Andes**, del 29 de julio de 1921, pág. 8.

(10) Ver diario **Los Andes**, del 21 de setiembre de 1921, pág. 5.

(11) Diario **Los Andes**, del 1 de mayo de 1928, pág. 5.

(12) Diario **Los Andes**, del 25 de abril de 1928, pág. 5.

(13) Ver Diario **Los Andes**, del 5 de junio de 1933, pág. 5.

(14) Ver ROIG, Arturo A., **Significación americana de la Academia de Bellas Artes de Mendoza**. Mendoza, 1958.

(15) Diario **Los Andes**, del 4 de junio de 1934, pág 5.

(16) Diario del 23 de julio de 1934, pág. 5.

(17) Diario **Los Andes**, del 9 de setiembre de 1934, pág. 4.

(18) Diario **Los Andes**, del 8 de junio de 1935, pág. 2.

(19) COLL, Jorge E.: "Para la historia de la Universidad de Cuyo". En **Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza.** Segunda época, Nº 7, tomo II. Mendoza, 1972, pág. 726.

(20) SUAREZ LAGO, Gilberto, **En defensa de la Universidad de Cuyo y de la cultura argentina**. Mendoza, Best Hnos., 1942, pág. 26.

(21) Diario **Los Andes**, del 24 de diciembre de 1938, pág. 1.

(22) Diario **Los Andes**, del 25 de diciembre de 1938, pág. 5.

(23) Fotocopia que obra en nuestro archivo particular.

(24) CORREAS, Edmundo, *«Homenaje a la Universidad Nacional de Cuyo»*, en **Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza**. Segunda época, nº 6, tomo II. Mendoza, 1970, pág. 671.

(25) UNIVERSIDAD Nacional de Cuyo, ob. cit., pág. 312.

Experiencias y proposiciones académicas sobre Ciencias Económicas en la Universidad Nacional de Cuyo

Angel Ginestar

1. Introducción

Este documento ha sido preparado como respuesta a una invitación del señor rector de la Universidad Nacional de Cuyo, Ingeniero Armando Bertranou, quien está interesado en que un grupo de profesores relate sus experiencias académicas vividas en diferentes ámbitos universitarios. Tales criterios serían incluidos en una publicación de la Universidad a preparar con motivo del Cincuentenario de la creación de la misma. En mi caso, el señor rector me propuso escribir algunas de mis experiencias en la Facultad de Ciencias Económicas, atento a que he sido estudiante en esa Facultad y he recorrido casi todas las posiciones académicas en la misma, desde ayudante de cátedra como alumno hasta decano, pasando por diversas cátedras en calidad de docente y como investigador, incluyendo el haber sido director del Instituto de Investigaciones Económicas.

Angel Ginestar

Doctor en Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Cuyo.

Master de Economía de Chicago y de la Universidad de Chile (Escolatina).

Profesor de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Cuyo.

Director del Centro Interamericano de Capacitación en Administración Pública de la O.E.A.

Tal invitación fue difícil de evadir y por eso se concretó este escrito, tratando de superar la dificultades de relatar vivencias y de concretar proposiciones universitarias a modo de sugerencias académicas.

Esta versión del escrito constituye la tercera aproximación que he iniciado. Ello muestra lo dificultoso que me resulta relatar mis vivencias universitarias y presentar las ex-

periencias académicas en las cuales he participado. En general, creo que las vivencias son personales y hacen al desarrollo de cada uno, con el significado intelectual y la carga afectiva que poseen. En cambio, las experiencias académicas se caracterizan más por haber participado con otros en una actividad que tiene a su vez repercusiones en otros, sean esos otros alumnos cuando se trata de docencia, colegas cuando se trata de investigación, o la población extrauniversitaria cuando se trata de extensión universitaria.

Sin embargo, espero que el contenido de este documento sea de interés para promover inquietudes y generar esperanzas de superación, con la convicción de que nuestra Universidad Nacional de Cuyo es cada vez mejor, no sólo en el ámbito de las ciencias económicas sino también en lo que se refiere a la vida universitaria en general. Además, consecuentemente se busca promover mayor comprensión del quehacer universitario, tanto por quienes participan directamente en las actividades académicas como por quienes se encuentran en su contexto.

2. Planteo general de las experiencias y vivencias universitarias

Las experiencias universitarias en la cuales uno ha intervenido suelen presentar facetas múltiples, con derivaciones que a veces resultan sorprendentes después de un determinado tiempo, que puede ser corto o largo. Como experiencias, aunque uno las personalice por la forma que le ha tocado vivirlas, no suelen ser individuales sino que involucran a muchos. Los efectos tampoco le corresponden a uno sino que son el resultado de muchas acciones. Es casi como decir que aquello que un académico realiza no siempre es perfectamente separable de lo que hacen otros. Por ello, los frutos de una acción universitaria difícilmente le pertenezcan a uno solo. Como vivencia, creo que bastaría con decir que uno ha estado allí y debe sentirse por ello satisfecho de haber participado como integrante de una acción universitaria, aunque uno se sienta sujeto importante de ese accionar.

Los relatos que efectuaré se refieren a sólo tres experiencias universitarias en las cuales me ha tocado participar. Las mismas las he seleccionado pensando en la Universidad y por su significación como vivencia personal:

a. Experiencia sobre la organización de un grupo de economía y administración financiera del sector público (1974/1989).

b. Una experiencia de formación académica secuencial a partir del Proyecto Cuyo (1962/1968) y su repercusión hasta el presente.

c. Necesidad de defender la libertad en la universidad como valor humano que permita el desarrollo individual y de las organizaciones.

He preferido centrar en este escrito la atención en las experiencias en las que he participado más que en vivencias personales, porque creo que es de mayor interés para el lector en general. Sin embargo, a efectos de que sirva de marco general de referencia relato brevemente las etapas vivenciales por la cuales he transitado en esta Universidad.

Tales etapas las puedo identificar de la siguiente forma:

I. (1947-1950) Etapa de estudios secundarios, que realicé en San Juan, en la Escuela Superior de Comercio Libertador General San Martín, que era entonces dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Cuyo;

II. (1951-1956) Etapa de estudios universitarios, durante la cual estudié en la Facultad de Ciencias Económicas egresando de Contador Público Nacional, y Licenciado en Administración Pública, y donde también me inicié en el trabajo administrativo y académico universitario;

III. (1957-1959) Etapa de iniciación docente, primero como ayudante de cátedra diplomado en Geografía Económica y luego como profesor adjunto en Microeconomía. Esta etapa termina cuando, después de hacer un viaje de estudios con un grupo de estudiantes a Chile, tomé conciencia de los limitados conocimientos que poseía sobre análisis microeconómico, los cuales no respaldaban mi aspiración de ser un profesional y docente en Economía;

IV. (1960-1965) Etapa de estudios de posgrado, de doctorado y de iniciación en la docencia como profesor titular, habiendo realizado estudios en Chile en Escolatina de la Universidad de Chile (1960-1961), en el último curso de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de Naciones Unidas (1961-1962) y en el Centro Interamericano de Estadísticas Económico-Financieras (CIEF) de la Organización de los Estados Americanos (1961), luego me doctoré en la Facultad (1962), fui contratado como profesor titular de Economía Bancaria y de Política Económica (1962-1963), dictando por extensión la cátedra de Macroeconomía, después me fui nuevamente a estudiar al extranjero, pero ahora a la Universidad de Chicago, obteniendo el grado de Master of Arts en el Departamento de Economía (1964-1965);

V. (1966-1971) Etapa de consolidación académica, pues gané el concurso de profesor titular de Economía Monetaria , dirigí el Instituto de Investigaciones Económicas al cual se iban incorporando algunos académicos jóvenes con formación en el exterior, como continuación del

Proyecto Cuyo entre nuestra Universidad y las Universidades de Chicago y Católica de Chile, más adelante fui designado vicedecano primero y decano después;

VI. (1972-1973) Etapa de alejamiento para realizar una experiencia de profesor en el Centro Interamericano de Capacitación en Administración Pública de la OEA, con sede en Caracas, Venezuela, durante la cual mantuve estrechos contactos con la Facultad, incluso vine con un grupo de profesores a dictar un ciclo de conferencias sobre economía y administración pública;

VII. (1974-1975) Etapa de iniciación de trabajos integrados sobre el sector público, pues comencé a desarrollar un seminario sobre temas del presupuesto y de los proyectos de inversión, relacionando administración, economía y contabilidad;

VIII. (1975-1984) Etapa de separación, en la cual no estuve en la Universidad;

IX. (1985-al presente) Etapa del regreso, en la cual me incorporé como profesor con dedicación simple para desarrollar un seminario sobre administración financiera universitaria y realizar investigaciones sobre el tema, con el apoyo de los señores rectores Isidoro Busquets, Luis Triviño y Armando Bertranou, concretándose la publicación de un boletín de información gerencial del Rectorado y el cálculo de los costos de los egresados.

3. Experiencias universitarias.

a) Experiencia sobre la organización de un grupo de economía y administracion financiera del sector publico (1974-1968)

Una experiencia que he vivido con particular interés y afecto se refiere a la organización de un grupo de trabajo sobre economía y administración financiera del sector público iniciado en 1974, en el cual actué como coordinador, con la participación de los profesores de finanzas públicas de entonces y de otras cátedras, entre los cuales se puede mencionar los profesores Juan Argentino Vega, Orlando Braceli y Pedro Marsonet. Tal experiencia fue adquiriendo con el tiempo cierta proyección y significación, en especial por mérito de quienes estuvieron en Mendoza desde octubre de 1975 en adelante. Esta proyección ha adquirido vigencia operativa y una magnitud muy importante en los dos últimos años.

Inicialmente, se planteó la necesidad de integrar la formulación política económica con la programación presupuestaria y los proyectos

de inversión pública en la administración del sector público. Consecuentemente, se planteaba la necesidad de hacer compatible la toma de decisiones económicas y la forma de expresar la política económica con los indicadores del seguimiento y el control del presupuesto y gestión de los proyectos de inversión pública.

Tal grupo, de una forma u otra, subsistió y se desarrolló hasta llegar al presente, tocándoles a los profesores Vega y Braceli un rol fundamental en el desarrollo de diversas ideas sobre economía y administración financiera gubernamental. De ese modo, desde 1988 al presente, en el gobierno de la Provincia de Mendoza donde ambos se desempeñan como ministro y subsecretario de Hacienda, ha sido posible implantar y desarrollar un sistema de administración financiera sobre la base del instrumento presupuestario, cuyas características generales son las siguientes:

- Formular un presupuesto por objetivos;
- Realizar un seguimiento y control presupuestario por resultados;
- Identificar las actividades públicas como actividades productivas, que sirvan de base para las relaciones financieras y el cálculo de flujos de fondo;
- Determinar los responsables de las actividades públicas tanto al definir objetivos como al controlar los resultados de las mismas por unidades de gestión y según sea la agregación institucional;
- Propiciar el trabajo en equipos interdisciplinarios, tanto para formular los objetivos del presupuesto, como para estimar los resultados de la gestión administrativa;
- Propiciar el autodiagnóstico por unidades de gestión, que identifiquen las actividades a ejecutar según los resultados esperados y para presupuestar.

Todo esto fue acompañado de acciones complementarias en el área de administración tributaria, a cargo del subsecretario contador Morganti, quien impulsó ajustes para asegurar una adecuada recaudación de los ingresos provinciales, como una de las bases del presupuesto.

Esta experiencia provincial constituye un buen ejemplo de la aplicación de las teorías y técnicas de la administración presupuestaria en el presente, pues propicia tanto el presupuesto por objetivos y la programación presupuestaria sobre base cero como el seguimiento y control presupuestario por los resultados productivos y financieros del sector público. Esto constituye una prueba de lo que se puede lograr desde la

universidad cuando se aplican metodologías adecuadas con el deseo firme de generar cambios. Para ello esta experiencia ha movilizado a más de 1.700 funcionarios gubernamentales y ha generado una demanda de economistas, administradores y contables con cierta orientación en su preparación.

Quienes se sienten desalentados por las limitaciones en las oportunidades de aplicar los conocimientos económicos, administrativos contables, deberían estudiar esta experiencia para que se den cuenta de la lenta maduración de todo esfuerzo académico, pero también que evalúen y tomen conciencia de sus significativos alcances. Además, debe destacarse que no basta para cumplir la función social universitaria con alcanzar un adecuado conocimiento técnico para la docencia interna o para preparar documentos académicos, también se debe contar con la voluntad de aplicarlo y de realizar un cambio en el contexto dentro del cual la universidad está inmersa.

Esta experiencia muestra que la Universidad en general, y la Facultad de Ciencias Económicas en particular, pueden generar cambios y desarrollos de interés teórico y operativo, no sólo en lo regional sino también con proyecciones más allá del ámbito local. Este es un ejemplo donde se demuestra que el desarrollo y aplicación de algunas técnicas puede introducir transparencia en la información, eficiencia en la asignación de recursos y efectividad en la gestión gubernamental.

Sin embargo, cabe señalar que los aspectos múltiples que comprende el desarrollo metodológico de esta experiencia no se puede decir que estén completamente estudiados. Por ello, el análisis de dicha experiencia puede servir de fuente de inspiración para iniciar investigaciones en el ámbito universitario, tanto por los académicos como por los alumnos que deseen terminar sus estudios en cualquiera de las tres carreras. Muchos aspectos económicos, administrativos y contables están esperando ser problematizados y estudiados con rigurosidad académica, lo cual no implica separar la aproximación teórica de la realidad cotidiana.

b) Una experiencia de formación académica secuencial a partir del Proyecto Cuyo (1962/1968) y su repercusión hasta el presente.

El mencionado Proyecto Cuyo fue iniciado gracias a gestiones de las entonces autoridades de la Facultad, cuyo decano era el profesor A. Corti Videla, y a la disposición del profesor Arnold Harberger de la Universidad de Chicago, en el año 1961 y siguiente.

Este proyecto, que según creo constituyó el primero de la Alianza para el Progreso (A.I.D.) en América Latina, mediante cursos en el país y en la Universidad de Chicago, permitió formar un conjunto de profesionales en el análisis económico moderno a nivel teórico y práctico. Con tal formación fue posible intentar un cambio de programas de estudios dentro de la Facultad de Ciencias Económicas e impulsar la creación de la carrera de Licenciado en Economía. La trascendencia de esto implicó que a partir de este Proyecto fue posible mejorar sustancialmente el nivel de la enseñanza de la Economía, que en esa época tenía más bien un sentido doctrinario y sólo en algunas asignaturas se había empezado a introducir instrumental analítico microeconómico.

En estos momentos no puedo dejar de recordar que al recibirme de Licenciado en Ciencias Económicas en la Facultad, en el año 1966, no tenía conocimientos del modelo de demanda y oferta, ya fuera de carácter teórico o práctico. La compra por la biblioteca, en la cual me desempeñaba como director, de los libros traducidos al español de G. Stigler sobre «teoría de los precios» y de K. Boulding sobre «análisis económico», seleccionados de los catálogos un poco por curiosidad, nos permitió a un grupo pequeño de recientes egresados descubrir la existencia de la oferta y la demanda. Ante nuestra ignorancia creíamos que habíamos encontrado un tema que estaba en la frontera del conocimiento económico.

Esto muestra la significación que tuvo para el crecimiento académico de la Facultad el Proyecto Cuyo y de los profesores estadounidenses de la Universidad de Chicago o chilenos de la Universidad Católica de Chile, cuyo primer grupo estuvo integrado por Larry Sjaastad como director y Ernesto Fontaine y Raúl Yver como profesores. A ellos le sucedieron otros profesores que ayudaron a elevar el nivel de la enseñanza económica. A partir de ese momento, conocer economía no era conocer una doctrina sino conocer instrumentos analíticos y teóricos para actuar profesionalmente.

Este convenio entre nuestra universidad y dos universidades extranjeras dio pie para intentar hacer luego lo mismo en el área de la administración. De esa forma también se inició una transformación en el análisis administrativo, en especial, gracias al apoyo de la Universidad de Chile. Esto fue acompañado de la contratación de profesores argentinos que tenían formación especializada, quienes eran dirigidos por O. Margalef, un salteño que también ayudó a superar la situación en esta otra disciplina y a impulsar la creación de la Licenciatura en Administración.

Y hoy día, 1989, es posible impartir enseñanza en Contabilidad, Economía y Administración de forma tal que los egresados sean profesionales que puedan volcarse al medio con buen nivel técnico.

Mucho camino ya se ha recorrido desde aquel Proyecto Cuyo, pero se están cosechando sus frutos, aquí en Mendoza, en la Argentina y en otros países u organismos internacionales donde están algunos de nuestros egresados.

Además, si bien ese Proyecto fue inicial, después se vio que era posible y necesario mejorar la formación de nuestros profesores o futuros profesores mediante el concurso de estudiar en centros de estudio o universidades extranjeras de relevancia. Así se cuenta en estos momentos en nuestra Facultad con profesores que han realizado estudios de posgrado en diversas universidades y países. Todo un logro por sí mismo, aunque también se cuenta con profesores que no estudiaron en el exterior pero que saben de su valía porque ahora se conoce lo que pasa en otros lados y se mantienen intercambios con otros centros del conocimiento en las ciencias económicas.

Ha quedado muy lejos la posibilidad de que se efectúe el descubrimiento de algún divulgado modelo o proposición teórica con mucho atraso, como fue el caso de descubrir la existencia de la oferta y demanda en 1966, ocurrida con un rezago de casi un siglo. Eso de que todo tiempo pasado fue mejor no creo que se aplique a nuestro ámbito universitario. El hecho de haber ido mejorando el conocimiento y el grado de profesionalización de nuestros egresados es ya suficiente prueba. A ello ha contribuido, como elemento potenciador, el cumplimiento de las distintas actividades de investigación, jornadas, conferencias, prácticas de trabajo, etc., contemplados en los dieciséis convenios celebrados por la Facultad con distintos entes públicos y privados, en los últimos dieciocho meses.

c) Necesidad de defender la libertad en la universidad como valor humano que permite el desarrollo individual y de las organizaciones.

Nuestra Facultad se ha caracterizado por su adhesión a la necesidad de defender la libertad como valor que permite al hombre realizarse, progresar y crear un mundo mejor. Tal valor no tiene sólo significación individual sino también afecta al mundo de las relaciones y, por ende, a las organizaciones que integran los hombres en su accionar con libertad. Nuestra Facultad, como organización también debió ser un ejemplo de ello. Sin embargo, algunos de sus profesores tenían actitudes

que eran la negación de la libertad que pregonaban.

Por cierto que propiciar la libertad pasa por fomentar simultáneamente el conocimiento. El hombre es libre en la medida que conoce posibilidades alternativas de elegir y hacer. Por eso, en cierta medida, el estado de escaso conocimiento en análisis económico que teníamos los licenciados en Ciencias Económicas hasta la década del '60, inclusive, era una forma de restringir nuestra libertad. Sin conocimientos no éramos capaces de crear posibilidades para elegir y resolver los problemas económicos. Con nuestros limitados conocimientos apenas si podíamos recomendar que hubiera libertad en los intercambios, como decíamos, sin tener ideas muy claras de todas las formas que ello implicaba ni del rol del sector público en tales situaciones.

La relación con otras universidades o centros de conocimientos en ciencias económicas amplió las posibilidades y nos hizo más libres en los hechos. Claro que esto generó en lo mediato un cierto enfrentamiento entre dos culturas académicas, quienes propiciaban el tener cuidado con el avance técnico y quienes hacían gala de su utilización. Para los primeros las matemáticas y técnicas econométricas fueron consideradas como instrumentos contrarios a la libertad, mientras que los otros insistían en el hecho de que la ignorancia sólo podía ser instrumento de la dominación, de coartar la libertad económica. Esto está desapareciendo en la actualidad, pero no por el triunfo de la razón y de la revisión valorativa de las experiencias sino por razones generacionales. Muchos de los profesores que se opusieron o resistieron a la utilización de los instrumentos económicos simplemente ya no están.

En esta oportunidad recuerdo una anécdota que muestra hasta dónde llegaban algunos profesores en la restricción de los conocimientos para «defender la libertad». En 1975, cuando estábamos en una cola para cobrar nuestro sueldo, detrás de mí se ubicó el profesor Mauricio López, y luego se ubicó un profesor paladín de la libertad pero desconfiado de las virtudes del conocimiento. Sin mucho preámbulo, el paladín se dirigió al profesor López diciéndole que había visto que en el programa de su asignatura se incluían temas que no eran compatibles con la concepción liberal, agregando, si no consideraba que tales temas atentaban contra la libertad. El profesor López, religioso protestante de alto rango y ex-profesor en universidades del Norte, simplemente le contestó si no consideraba que su proceder era incompatible con la libertad al controlar los programas de los demás para ver qué temas incluían, temas que de todas maneras eran necesarios para una formación más completa en un universitario de ciencias económicas y for-

talecer así su capacidad para ser libre. Allí terminó la conversación. Lamentablemente el profesor Mauricio López ya no está con nosotros, pues desapareció en enero de 1977, y el paladín continúa como profesor.

Para terminar esta anédocta conviene recordar que la libertad no es algo que se imponga autoritariamente. Simplemente se puede fundamentar, se pueden señalar sus efectos en el desarrollo de las personas y de las organizaciones, incluyendo la socledad como un todo. Y quienes la propician tienen que dar testimonio de su accionar diario, lo cual empieza por el respeto a los demás y por favorecer el desarrollo del conocimiento en los otros.

4. Proposiciones académicas.

De las tres experiencias relatadas es posible derivar algunas proposiciones que pueden ser de interés para el accionar académico:

a. La universidad puede y debe tratar de trascender al medio con sus pensamientos y metodologías de punta, para ganar en experiencia, completar los conocimientos y perfeccionar las propuestas;

b. La universidad debe trabajar en temas de punta o en aquello que no existe formación profesional en el medio, pero no realizar trabajos de consultoría de nivel profesional, pues para ello está «produciendo» sus propios profesionales con la formación adecuada;

c. El trabajo en equipo es una variante que cada vez se presenta como una necesidad operativa, por eso la universidad debe propiciar la integración profesional e introducir la enseñanza y práctica de esta forma de trabajo en todas sus carreras, lo cual exige organizar entre las facultades seminarios taller para realizar prácticas mediante equipos interdisciplinarios;

d. La formación y actualización académica requiere de la oportunidad de realizar periódicamente estudios o intercambios de profesores con otras universidades o centros de estudios nacionales o extranjeros;

e. La organización e implantación del año sabático constituye una necesidad para el mejoramiento y desarrollo docente y de investigación universitaria, lo cual puede considerarse complementario de la formación y actualización docente;

f. El propiciar y lograr una adquisición lo más completa posible de conocimientos ayuda tanto a la idoneidad de los futuros profesionales como a la formación de hombres libres;

g. la formación profesional requiere que el nivel de los estudios permita llegar en algunos temas a la frontera del conocimiento, especialmente en las asignaturas del doctorado y en algunas de los últimos años de las licenciaturas;

h. El profesional que desee perfeccionarse en algún tema puede tener la posibilidad de cursar aquellas asignaturas de su carrera o de otras carreras que sean de su interés, pero ello requiere un nivel, en los conocimientos a impartir, muy bueno en las carreras universitarias. Por lo tanto, en vez de organizarse maestrías como cursos de posgrado, debe realizarse el esfuerzo para internalizar el nivel de maestría en nuestras carreras;

i. El desarrollo de la currícula universitaria debe hacerse pensando en la coherencia interna del sistema teórico de conocimientos y en las necesidades del medio donde la universidad está inmersa, lo cual requiere también desarrollar el sentido de compromiso y responsabilidad social de sus académicos, alumnos y egresados; y

j. El desarrollo cultural de la universidad se debe hacer sobre la base del análisis crítico aportando observaciones, argumentos y testimonios de lo que puede hacerse para elegir lo que se considere mejor para la docencia, la investigación y la cooperación universitaria con el medio, favoreciendo la libertad de cada académico para que desarrolle su concepción dentro de un sistema de compatibilización de objetivos universitarios, de actividades a ejecutar y de trabajo en equipo.

5. Conclusiones

Del relato de estas tres experiencias y de las proposiciones académicas derivadas, se infiere que se debe tener una posición optimista sobre el proceso de desarrollo universitario. Creo que el mejoramiento es evidente. La universidad de hoy es muy superior a aquella de 1950 y esperamos que nuestro esfuerzo diario permita que la universidad de mañana sea netamente mejor a la del presente. Eso sería nuestra gran recompensa, porque como dicen mis colegas... de los sueldos ni hablar.

Para terminar, brindo un cordial saludo a profesores y autoridades universitarias, a sus profesionales y alumnos y a todo el personal de la universidad de siempre por su participación en organizar, reestructurar y mejorar nuestra universidad a lo largo de estos cincuenta años desde su creación.

Medio siglo para el saber y la cultura

Alfonso Martínez Caballero

Deseo volcar en estas carillas mis reflexiones y vivencias en los cincuenta años de vida de la Universidad Nacional de Cuyo. Es para mí una oportunidad para expresar mi profunda gratitud a la Institución donde viví muchas horas de regocijo y otras aciagas, las menos. El saldo ha sido positivo, muy positivo. Quizás no llegue a ser lo suficientemente objetivo en mi relato, pero, es sabido que es muy difícil ser juez y parte y consecuentemente lo real se entrelaza con apreciaciones subjetivas, por ello, reitero, que mis opiniones sólo son mis vivencias y reflexiones, son mi verdad.

El Poder Ejecutivo Nacional, presidido por el Dr. Roberto M. Ortiz, respondiendo a peticiones reiteradas de intelectuales, gobernantes y estudiantes de Cuyo, decreta la creación de la Universidad Nacional de Cuyo en 1939. Su ámbito fundacional abarcó las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis. Su misión: la búsqueda de la verdad, la transmisión y acumulación del acervo cultural de su pueblo, la búsqueda de nuevos conocimientos y la formación de recursos humanos para satisfacer las necesidades del país, y en especial los requerimientos de la región cuyana. Esta creación de la Alta Casa de Estudios posibilitó el acceso de numerosos estudiantes secundarios impedidos de concurrir a otros centros universitarios.

Alfonso Martínez Caballero
Doctor en Ciencias Políticas y Sociales.
Profesor titular Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (U.N.C.).
Ex director de la Escuela de Estudios Políticos y Sociales.
Ex vicedecano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (U.N.C.)
Ex rector de la Universidad del Aconcagua.

Es necesario destacar que en el mismo año 1939 se declara la segunda guerra mundial, enfrentando a dos sistemas de vida antagónicos: la democracia occidental y el bloque nazi-fascista. El gobierno argentino en controvertida actitud se declara neutral, no obstante, en el pueblo prenden preferencias por uno y otro bando, los más por la democracia occidental.

La Universidad de Cuyo inicia sus actividades en este clima, bajo la conducción de su primer rector, el prestigioso intelectual mendocino Dr. Edmundo Correas. Sus cátedras son cubiertas por profesionales con vocación educadora provenientes del medio. También prestan su concurso profesores de otros centros del país y del extranjero. El paso de estos docentes por las aulas de la Universidad ha dejado un bagaje de sabiduría que aún perdura.

El espacio físico para desarrollar su cometido fue una vieja casona de la calle Rivadavia esquina 9 de Julio, donde se instalaron el Rectorado, la Escuela de Ciencias Económicas, la Facultad de Filosofía y Letras, Bellas Artes, Biblioteca, Salón de Actos y Club Universitario. A medida que transcurrió el tiempo se arrendaron otros tantos caserones, antiguas residencias de familias tradicionales cuyanas. Realmente todo en la Universidad tenía un contenido provinciano característico y propio de este Cuyo, que alguien llamó tierra para envejecer despacio.

En estas condiciones ha de transitar nuestra Universidad en su misión educadora, con muchas dificultades, pero, con una irrenunciable vocación de servicio. Con humildad la novel Casa de Estudios encenderá la antorcha de la esperanza en un mundo envuelto en crisis de valores. Su esfuerzo es grande para no caer en el escepticismo claudicante. Extiende sus alas como el cóndor simbólico de su escudo, expresando libertad y coraje para alcanzar su propio espacio en la ciencia, la cultura y las artes. Se trata a sus alumnos como adultos para que sean adultos. Se concibe a los hábitos intelectuales que el alumno adquiere como la más válida contribución de la Universidad a su comportamiento ético. Se parte de la premisa que el espíritu inquisitivo, el deseo de buscar evidencia, el cultivo del razonamiento, son fuentes de un agudo sentido autocrítico que debe condicionar la total actitud del graduado ante la vida. Se piensa que la educación tiene que ver con el poder moral, que la mente abierta y la inteligencia entrenada son potentes ayudas para la autorrealización y felicidad humanas.

A sólo cuatro años de su creación la Universidad de Cuyo es intervenida por el gobierno militar surgido del golpe de estado de 1943. Se alejan funcionarios y docentes. El gobierno universitario hasta entonces

de ideología conservadora es sustituido por nacionalistas católicos. Se produce una nueva orientación en todo el sistema con una proyección hacia los valores nacionales.

En 1946, en la primera elección presidencial con absoluta limpieza después del golpe de 1930, llega al poder el general Juan D. Perón, apoyado por las clases menos pudientes y es a ellas a quien dirige su acción de gobierno. Reivindicando derechos a la educación, abre las puertas de las universidades, las hace masivas y populares. En su doctrina movimientista fija como prioridad la investigación pura como medio de hacer florecer el progreso técnico para afrontar las grandes empresas. Se parte de un principio: la función docente es enseñar y la del estudiante aprender. Se hace hincapié en la creación y sostenimiento de institutos de investigación y cursos de perfeccionamiento y la divulgación de las investigaciones científicas y fomento del desarrollo de publicaciones y actividades sociales, jurídicas, económicas, literarias y filosóficas.

La Universidad de Cuyo, cómo las del resto del país sigue una política instrumentada a través de los objetivos fijados por el poder central. Se hace hincapié en un proceso cultural de exaltación de los valores nacionales y un fundamento moral y apto para una convivencia en tolerancia y estabilidad como base para la educación.

Se reformulan contenidos curriculares y se adecuan horarios para facilitar el estudio a los trabajadores, el aislamiento de la universidad deja de serlo para participar más activamente con los distintos sectores sociales. Se parte de una premisa: que la universidad más que instruir debe educar, formar hombres aptos para cumplir los grandes objetivos del país fijados como prioritarios por el poder central. Las políticas son claras y precisas y de obligado cumplimiento por autoridades, profesores y estudiantes. Todo el quehacer debe confluir en tres objetivos básicos: soberanía política, independencia económica y justicia social.

La docencia universitaria es revalorizada económicamente partiendo de la premisa: *no se puede pretender que cada docente sea un héroe que viva un sacerdocio y en consecuencia, cada uno debería estar en permanente sufrimiento, concluyéndose: no es lógico, no es natural ni humano exigir eso a la docencia.*

El apoyo incondicional hacia los postulados gubernamentales por parte de los estudiantes se canaliza a través de la Confederación General Universitaria (C.G.U.). Su actuación está enmarcada en una participación activa en el poder decisional.

Si bien el sistema oficialista tiene mayoría en los claustros, se van ge-

nerando oposiciones. Algunas encubiertas y otras frontales. En Cuyo no se exteriorizan con la violencia de otros centros educativos del país. Esta situación se agrava por una permanente y sistemática oposición de los partidos minoritarios que unidos actuarán en el golpe militar de 1955. Durante la presidencia de Perón se crea la Facultad de Ciencias Médicas, modelo en su género por el aporte que recibe de destacados profesores del país y del extranjero. Cuenta desde sus comienzos con una gran vocación de servicio y con una capacidad creadora que da sus frutos en sus egresados: investigadores y médicos que siguen los pasos de sus maestros, alcanzando muchos de ellos nombradía en el ámbito nacional y en el extranjero.

Sobre la base del Instituto de Ciencias Políticas y Sociales, se crea la Escuela de Estudios Políticos y Sociales. Su sede, es una casa de capacidad física insuficiente. Su claustro docente cuenta con ocho profesores, el plan de la licenciatura está formado por treinta materias, por lo tanto, el resto se cursan y rinden en las Facultades de Filosofía y Ciencias Económicas. La Escuela se funda con una currícula que comprende: las ciencias sociales y la historia, la historia de las ideas políticas, el derecho internacional, finanzas, filosofía, economía, objetivos y metodología de la ciencia política. En una Universidad de carreras tradicionales, hasta entonces, resultó algo inédito e incomprensible, para algunos, un engendro partidista del oficialismo.

Es así, que se crea una actitud negativa por parte de numerosos componentes del sistema universitario y que va a eclosionar con el acceso al poder de los militares en 1955 y su apoyo civil, que con inusitada diligencia intervinieron la Escuela para posteriormente cerrarla, situación que no se concreta por la acción que se despliega por parte de alumnos y que encuentra eco en una segunda intervención de un destacado profesional mendocino, que no sólo desecha el proyecto clausura, sino que presta su más amplio apoyo para su posterior desarrollo.

Es así que en 1976 se vuelve al tema clausura por parte de los golpistas. Pareciera que la «fobia» hacia la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, ha sido una obsesión neurótica de los gobiernos de facto.

Efectuada esta disgregación y retomando el período del gobierno de Perón, diremos que al inicio de su segunda presidencia constitucional se intensifican los ataques opositores en todo el país. En la Universidad de Cuyo se vive una atmósfera de adhesión incondicional partidista, asimismo, una silenciosa resistencia por parte de sectores enfrentados con el sistema. Se suscitan permanentes conflictos ideológicos entre ambas partes en pugna.

El desgaste del poder y las urgencias partidistas producen ataques que tienen su desenlace en el golpe militar de 1955 que cuenta con el apoyo de los partidos minoritarios que van a llenar las posiciones oficiales. La Universidad de Cuyo es intervenida. El lugar lo ocupa un declarado enemigo del peronismo que cesantea a numerosos docentes y funcionarios, con brillantes fojas de servicio y reconocida capacidad académica. No cae el telón de los golpes y consecuentemente las intervenciones. Es así, que los gobiernos constitucionales de Arturo Frondizi, 1958, de Arturo Illia, 1963 y de Isabel de Perón, 1974, son derrocados antes de cumplir sus mandatos.

Estas crisis permanentes van deteriorando las Instituciones de la Nación, como también, a la universidad argentina que atraviesa dificultades para desarrollar sus objetivos científicos, culturales y educativos. La autonomía universitaria en grandes períodos es un mito. Los enfrentamientos una constante. La Universidad de Cuyo no estuvo exenta de esa angustiosa realidad, en sus claustros se produjo el deterioro propio de la incomprensión, el revanchismo y la «caza de brujas». Todo esto ha hecho que su labor no haya sido fácil, lejos de ello, debió luchar por su continuidad histórica y su misión específica. Es así que no cejó en ser dinamizadora de cultura y formadora de profesionales, como asimismo, en implantar nuevas carreras requeridas por la sociedad.

En este período la Universidad de Cuyo participa de proyectos de envergadura para la Región: el Instituto de Nivoglaciología, el de Zonas de Fronteras y el de Zonas Aridas.

En la década del '60 se da categoría de Facultades a la Escuela de Estudios Políticos y Sociales y a la Escuela de Ingeniería en Petróleos.

Como respuesta a una angustiosa necesidad, a treinta años de su fundación se proyecta y construye la Ciudad Universitaria en distintas etapas que configuran un valioso complejo a tono con los más evolucionados del país. Resalta en el conjunto el edificio destinado a la Facultad de Filosofía y Letras por su suntuosa conformación, los materiales empleados y su superficie cubierta.

Sin embargo, la ciudad universitaria quedó inconclusa en su jeraquía arquitectónica, hubieron muchos detalles complementarios que no se materializaron como ser caminos interiores pavimentados totalmente y no en forma parcial; no se construyeron senderos peatonales en un nivel adecuado; faltaron ejecuciones estéticas como ser bosquecillos, jardines, etc., que estaban previstos en el proyecto original. El plan de construcciones aún está inconcluso y lo peor es que se hace difícil su

continuidad por la falta de recursos financieros. Esperamos que en un futuro no muy lejano pueda llegar el centro universitario a ser arquetipo en su género.

Corresponde destacar que el rector en ejercicio, en el corto tiempo de su mandato de apenas un año, cubre las falencias de parquización, algunos tramos de caminos internos y resuelve un agudo problema de riego. Lo meritorio de este quehacer es que con escaso respaldo financiero y mucho ingenio, va transformando un erial en un vergel para el goce de quienes desarrollan sus tareas en el *campus* o sus visitantes.

Ha sido y es un tema muy debatido la inserción de la Universidad de Cuyo en el medio; se han expresado en tal sentido partidos políticos y organizaciones económicas quienes han dicho en síntesis: *En el momento histórico que vive el país no nos parece adecuado el silencio de la universidad como institución y frente a la gravedad de los problemas que nos aquejan. Resulta insólito que la palabra que debiera ser rectora en materia política cultural, social, económica no se oiga jamás. Creemos que la universidad debe decir al pueblo, en la forma más adecuada y oportuna, qué opinan los hombres que constituyen la imagen pensante del país.*

Por ello entendemos que la universidad que guarda silencio frente a la realidad, de algún modo distorsiona su misión específica.

En fin, qué les pueden decir los que se supone son los hombres más lúcidos de la comunidad, a los distintos sectores sociales que por estar en otros tipos de actividad carecen de los conocimientos y las perspectivas necesarias para ver la totalidad del problema. Entendemos que ésta es una obligación histórica de este momento que la universidad debe asumir, de lo contrario, lo asume cada parcialidad social con los riesgos que ello implica.

Otro de los comentarios ha sido: *Consideramos que la universidad cumple en lo tocante a la especificidad de formar profesionales, pero sin duda no se advierte una proyección al medio, es decir, no participa ni opina de muchos y variados problemas actuales. Prácticamente lo que se logra en la universidad queda en la ámbito de la misma, por falta de comunicación con otros organismos estatales y privados.*

Entendemos que estas apreciaciones han constituido un sentir legítimo, aunque en el fondo es una aspiración de un «paternalismo» de la universidad hacia los sectores sociales. Sin embargo, creemos que salvo excepciones, canalizadas a través de algunas facultades, no se han concretado peticiones de servicios a la universidad.

Eso no quita que ésta haga sus evaluaciones y busque los medios más idóneos para alcanzar la «interrelación», la «participación», con empresarios, sindicatos y otras asociaciones. Hay que crear la habitualidad de parte de estas instituciones a buscar respuestas a sus problemas.

La Universidad de Cuyo debe, junto al Estado, elaborar proyectos y participar de su ejecución, intercambio y aprovechar la mutua información que se obtenga.

No se cumple una verdadera integración con el medio, con sólo actuar la Universidad como polo de emisión de un mensaje y la sociedad como receptora de ese mensaje. Sabemos que la Universidad no enseñará, ni investigará, ni producirá técnicamente nada por sí misma, porque sus temas emergen de la sociedad donde está inserta.

Debemos expresar que salvo situaciones temporales especiales la Universidad Nacional de Cuyo, a través de sus facultades o directamente, ha ofrecido su tribuna a numerosas personalidades que expresaron sus ideas sin ninguna clase de impedimento ni censura alguna.

La actual situación económica y social del país y las consecuentes implicancias de la Universidad en esta encrucijada, obliga a sus componentes a replantearse un modelo que sirva al país para recuperarlo. La Universidad no es una isla aséptica y consecuentemente es parte de una realidad concreta: la Nación.

Dentro de la gran empresa del desarrollo nacional cabe a la gestión educativa el desempeño de un papel que excede el mero cumplimiento fiel y eficiente de los planes de estudio, considerando a éstos como pautas rectoras de la tarea de impartir conocimientos. De la misma manera en que dentro del cuadro del desarrollo corresponde atender de manera muy particular a la educación como instrumento idóneo para la capacitación del elemento humano, cabe a la educación desempeñar un papel vital en la creación de las condiciones para que el mismo desarrollo deje de ser una simple entelequia y se transforme en el elemento motor puesto al servicio de la sociedad.

La democratización de la enseñanza marca con su influencia un aspecto importante de la naturaleza de la institución. Tanto que su puesta en práctica, la apertura indiscriminada de carreras, ha producido la crisis estructural de la universidad y va camino de violentar incluso sus principios de organización tradicional.

Como es natural en todos los órdenes, no son abundantes las personas dispuestas a alentar reformas de fondo, que necesariamente afec-

tan situaciones humanas e institucionales a menudo de vieja data, sobre todo si existen desconfianzas sobre los alcances finales de las propuestas o sobre las intenciones verdaderas de sus autores.

La universidad fundamentalmente es generadora de profesionales, pero ello no debe significar constituirse en simplemente una «fábrica» de títulos. La hora presente obliga a un replanteo que exige que las carreras que se implementen deben ser necesarias y para ello debe existir una evaluación del mercado para ver las posibilidades de trabajo. No se debe insistir en carreras tradicionales abarrotadas de aspirantes a la frustración o en profesionales en permanente éxodo del país. No es justo, en absoluto, dilapidar el dinero de la sociedad.

Sabemos que cada vez van más personas a la universidad en busca de profesiones, confiando que con su ejercicio se les abrirán mejores oportunidades de trabajo. Surge así la responsabilidad de los que dirigen el sistema educacional para orientar a los postulantes. El no acertar con la profesión significa frustración del egresado y un costo social.

Debe aspirarse a buscar los medios idóneos para redimensionar la no duplicación de carreras en al ámbito regional. Sabemos que es difícil la propuesta, que nadie la disiente, pero que en los hechos se torna menos fácil porque se trata de concertar voluntades y de sacrificar posiciones consagradas.

Lo cierto, lo concreto, es que la estructura clásica de la universidad en facultades es onerosa y de una practicidad relativa en función de dos aspectos importantes: la duplicidad de cátedras, el no aprovechamiento integral del espacio físico.

Las autoridades de la universidad deben estudiar con amplitud de criterio las posibilidades de un cambio. Hay experiencias sobre el tema y abundante bibliografía. En el caso concreto de nuestra Universidad sabemos que no se puede seguir pagando alquileres que son aberrantes, como en el caso de la Facultad de Derecho y de otras dependencias aún dispersas. También somos conscientes de las dificultades y más aún de la imposibilidad de nuevas construcciones. Hay dos alternativas válidas solamente: administrar con racionalidad los fondos universitarios o de lo contrario la Universidad no podrá subsistir. Sabemos que estamos atravesando el peor momento de la historia de la Universidad como parte de una economía nacional en quiebra, que con el apoyo de todos, podemos reflotar en beneficio de futuras generaciones. Las respuestas no deben ser coyunturales sino planificadas y pragmáticas.

El avance científico y tecnológico nos lleva también a otra problemática: la investigación. Esta actividad no ha tenido, por lo menos en sus resultados, gran éxito. No obstante, reconocer algunos logros a nivel de facultades. Estimamos que debe estimularse la investigación en el ámbito universitario, sabemos que no existen recursos suficientes, pero a lo poco que se obtiene darle el mejor destino. Nos parece oportuno poner en marcha los artículos 104 y 105 del Estatuto Universitario de 1958 y vigente en nuestra Universidad. Para ello se debe consolidar la «carrera de investigador». Aquello que todo docente debe investigar, y a la inversa todo investigador debe hacer docencia, resulta inapropiado por desconocer las aptitudes necesarias para ser docente y para ser investigador; muy pocas veces se dan juntas en el mismo individuo.

Es necesario acrecentar organismos de asesoramiento, coordinación, evaluación y control de las tareas científico-tecnológicas en la Universidad. Debe orientarse la libertad de investigación, esencialmente en función del medio y de las posibilidades inmediatas.

Debe superarse uno de nuestros grandes males: la soledad y la incomunicación en que viven y trabajan los que se dedican a la investigación científica. Pero lo que importa sobremanera, y especialmente en este momento crucial del país, es que los investigadores -tan difícil de definir y más difícil de coordinar- cumplan su misión esencial de pensar y sentir en grande, sin vacilaciones y sin claudicaciones, con fervor y autenticidad. La tarea que los investigadores despliegan en todos los campos es fundamental y aún más, apremiante para la autopercepción y autoconciencia de cada pueblo, para la revelación de sus esperanzas y posibilidades, y para la definición y fijación de sus objetivos inmediatos y mediatos y la determinación de un rumbo y de los esfuerzos necesarios. La seguridad, la firmeza y la capacidad de negociación exterior se verán sin duda fortalecidas.

Cuando llegan tiempos de crisis profunda como los actuales, en que está a punto de romperse toda normalidad y se están por decidir los destinos nacionales, resulta obligatorio para todo investigador y en todos los campos de la investigación, hasta salir de su profesión y ponerse sin reservas al servicio de la necesidad pública, lo que deberá traducir o expresar en la temática de la investigación.

Las horas decisivas para el futuro nacional no son propicias para el tan mentado aislamiento en «torres de marfil». El investigador en la universidad, como intelectual que es, debe asumir su función de brújula orientadora.

La creatividad es el pilar fundamental del desarrollo genuino del país. Todo el sistema educativo debe estar infiltrado por la creatividad. Debe arrancar desde los niños, deben ser iniciados en el pensamiento lógico, el método científico y la actividad creativa. Se advierte que el problema de la investigación científica en la universidad, tiene raíces más extensas y profundas y que empiezan con los primeros niveles de la educación.

En el campo de la investigación científica en la universidad deben ser resueltos un conjunto de complejos temas:

a)Definir la extensión y profundidad de la investigación.
b)Determinar la estructura científica y tecnológica más eficiente.
c)Determinar programas de investigación adecuados.
d)Encarar la formación del personal científico.
e)Clasificar la presupuestación y financiamiento de las actividades científicas y tecnológicas.

En el ámbito universitario es difícil fijar prioridades de áreas. Pero sí cabe fijar prioridades en relación con determinados temas que implican la prosecución de especializaciones en el exterior; con lo cual el investigador o no regresa -con pérdida del costo invertido consiguiente- o si regresa exige equipos que el país no puede conseguir, generándose frustración. Y si con un especial esfuerzo se consiguen los equipos, éstos resultan pronto obsoletos ante el avance tecnológico de los grandes centros.

Cada país ha organizado su sistema de investigación científica por medio de universidades, consejos de investigación e institutos científicos o tecnológicos. Se espera del sistema organizado, además de los resultados de la investigación básica, que produzcan los avances que conducen a «patentes de invención».

El conocimiento así adquirido y sus derivaciones en forma de lo que se llama «saber técnico» (know-how), son transferidos a cambio del pago de regalías y derechos -impuestos a la ignorancia-. Esta transferencia de tecnología es en esencia transferencia de la creatividad de los individuos de un pueblo y beneficia a todos.

¿Qué pueden hacer los países en desventaja para desarrollar su bagaje científico y tecnológico con el mínimo de dependencia permanente?. Con la enseñanza y la investigación como bases fundamentales, las tres acciones disponibles para disminuir la brecha tecnológica, son las denominadas «3C», esto es «copiar, comprar y crear» que ha sido el modelo japonés inicial.

Se comienza por determinar una política nacional de creatividad en el sector ciencia y tecnología y sus prioridades, para comenzar acumulando información por copia y compra, mientras se prepara individual y grupalmente a los individuos para la creatividad, sea mediante cursos especiales o por la incorporación permanente de la creatividad al sistema educativo.

Más del 60% de las investigaciones que se realizan en el país se concentra en las universidades.

Es fundamental un trabajo conjunto entre la universidad, la investigación y la empresa, para la buena marcha, progreso y desarrollo del país.

Las instituciones de alta enseñanza deben dedicarse ante todo a la investigación pura, a la búsqueda de la verdad en todos los sectores, por la verdad misma, sin desdeñar desde luego, las aplicaciones técnico-prácticas que han de ser el lógico resultado de tales investigaciones. Las empresas son las destinatarias directas de tales trabajos, y deben ser receptivas para efectuar y realizar sus fines de una manera más científica, amplia y más perfecta. Esto en beneficio indudable del país.

Por ello las empresas deben unirse a las universidades buscando su colaboración inmediata para sus fines propios, mediante contrataciones especiales en cada caso. Pero más alla de esto, deben colaborar desinteresadamente en la investigación pura sabiendo así que fundamentan las bases sólidas del desarrollo nacional. Y sin que cada una -universidad y empresa- pierdan su indentidad y misión específica.

Se puede advertir el campo amplio y fértil que estas ideas abren para la actividad de la universidad en la investigación, interesando y captando colaboración de empresas y reintegrando el apoyo de éstas en transferencia de resultados positivos.

En los cincuenta años de la U.N.C., es mucho lo que ha dado a su sociedad. Mucho más es lo que de ella cabe esperar en el futuro, pero es imprescindible una actitud previa de respeto y confianza en la inteligencia de sus integrantes. Se puede decir que las facultades se están recuperando en sus niveles académicos. Es preciso de una buena vez dejar de pensar que en las facultades deben impartirse materias «humanísticas», como si la cultura fuera, según lo expresara Eric Gill, una salsa que se agrega para ser tolerable un manjar rancio. Hay que partir de la base de que todas las disciplinas universitarias son integrantes de la cultura y que deben insertarse «naturalmente» en ese ámbito totalizador que el hombre crea como su hábitat específico y diferencial.

Ninguna facultad puede prescindir de la enseñanza de la historia de

la civilización, de la historia de las ideas, de la antropología cultural, que armonicen en su programación con las materias especializadas que esa facultad imparte. De este modo se alcanzará la universalidad de la universidad, pues no puede pensarse en la facultad como en una productora del «homotecnocraticus». Si así fuese tendríamos que llegar a la triste conclusión de que la universidad no existe y que sólo tienen vigencia las facultades que -incluso desde su etimología- sólo tienen como objeto preparar hombres que hacen.

El estudiantado durante estos cincuenta años fue permanente fuente de energía e idealismo, actuó con la sinceridad de la juventud, siempre tuvo mucho que decir mal o bien, lo hicieron con la emoción y el coraje de lo que entienden deben defender. La mayoría de sus protestas arrecian durante las crisis en el país. Su voz se alza contra la inmoralidad, la pérdida de valores éticos y la quiebra permanente de las instituciones. Sus inquietudes y causas de transformación no son más que las inquietudes y anhelos que ha vivido el mundo. No ha sido un fenómeno argentino, sólo que en nuestro país la permanencia de crisis ha hecho permanente las convulsiones estudiantiles. En los tramos de la vida universitaria, donde hubo participación de los estudiantes, las protestas disminuyen, los canales de comunicación dan oportunidad a ser escuchados y poder opinar sobre los problemas en el ámbito natural de la conducción. La participación en algo hace tomar conciencia que ese algo le pertenece.

Los estudiantes deben dejar de ser «facultativos» para convertirse en «universitarios», hombres con una visión de los problemas totales, aunque su misión sea la solución de los problemas parciales. Se ha dicho, más de una vez, que los dirigentes deben salir de las universidades.

La Universidad de Cuyo tiene una honrosa trayectoria. Excelentes profesores y egresados que han sobresalido no sólo en su contexto, sino, en el país y en el extranjero. No ha sido un mero organismo sin receptividad a las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo. En sus aulas han resonado las voces contradictorias de las distintas vertientes del intelecto creador. Erradicada la violencia y el nihilismo, la libertad de expresión y la libertad de disentimiento han caracterizado a nuestra Universidad signada por un profundo contenido nacional. Esta Universidad de Cuyo por la riqueza de sus ideas corporizadas en sus profesores, sus científicos y en sus estudiantes, producirá los hombres que nuestro país necesita para las tareas conductivas y constructivas que requieren temple moral, formación intelectual y una inclaudicable dosis de amor a la patria.

Bodas de Oro de la Universidad Nacional de Cuyo

Julio Rodolfo Millán

A mediados de marzo de 1943 ingresaba a la Escuela de Ingeniería de la Facultad de Ciencias de la U.N.C., con sede en San Juan. Integraban esa Facultad las Escuelas de Ciencias Económicas y de Agronomía, las tres con asiento en Mendoza.

Julio Rodolfo Millán
Ingeniero de Minas (U.N.Cuyo).
Prof. de Tratamiento Mecánico de Minerales y de Economía y Tasación de Minas.
Secretario general y decano de la Facultad de Ingeniería, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.
Delegado organizador y Rector normalizador de la U. N. San Juan.
Miembro del Colegio Argentino de Ingenieros de Minas.
Profesor emérito de la U.N.S.J.

Las nuevas especialidades de la Ingeniería que ofrecía esta Escuela: Minas y Petróleo, únicas en el país en aquel momento, habían despertado mi interés y motivaron mi traslado de mi lejano terruño de San Pedro (Buenos Aires) y del natural habitat universitario para esa zona: Buenos Aires, La Plata, Rosario.

La carrera de Ingeniero de Minas requería seis años de estudios en San Juan. La de Ingeniero de Petróleo, tres en San Juan y dos en Mendoza, en el Instituto del Petróleo, que tenía sede en esa ciudad.

Durante ese año 1943 tuve oportunidad de vivir en lo que diría yo, la casi semi colonial ciudad de San Juan. Gente maravillosa y costumbres hermosas. Recordaré dos que impactaron mis jóvenes veinte años: La retreta dominical en la Plaza 25 de Mayo (la principal) donde las chicas caminaban en un sentido y los muchachos en el contrario, de manera de poder verse con frecuencia, y las reuniones juveniles en casas de familia, los sábados.

Pero volvamos a la Escuela de Ingeniería. Era director de la misma el Ing. Rogelio Boero, brillante profesional sanjuanino recibido en la Universidad de La Plata. De clara vocación matemática, fue calculista en el Observatorio Astronómico de esa Universidad. Además dictaba dos materias de la carrera, en los primeros años: Geometría Analítica y Estática Gráfica. Eran materias de lo que hoy se denomina Ciclo Básico. El secretario de la Escuela, era el profesor Antonio de la Torre, distinguido poeta sanjuanino y prosecretario el Profesor Miguel Marín Ibáñez. Si bien es cierto que la población estudiantil no era muy numerosa -alrededor de cien alumnos en 1943- el profesor Marín Ibáñez tenía la virtud de conocernos a todos por nuestros apellidos.

En ese sector de la carrera actuaba un brillante matemático español, el doctor Pedro Pi Callejas. El alto nivel de la matemática que impartía y su natural hablar rápido hacía que nos costara entenderle. Alguna vez dijo: *No sé si yo hablo muy ligero o ustedes son lentos para entender.* Creo que se daban las dos cosas. Una anécdota pinta entero el nivel universitario de este catedrático. En enero de 1944 se hallaba en playas uruguayas de vacaciones. Estudiaba su posible traslado a otra universidad del exterior, disgustado por una injusta huelga de alumnos que le habíamos hecho por sus exigencias docentes. Enterado del terremoto, de inmediato volvió a San Juan, quedándose por varios años más.

La designación de un matemático argentino, el doctor Angel Guarnieri como jefe de trabajos prácticos de las dos materias que dictaba el doctor Pi Callejas vino a resolver el problema. Guarnieri era un hombre muy paciente, muy claro y de gran dedicación, de modo que cuando daba los trabajos prácticos, iba resolviendo todas nuestra dudas. En ese mismo sector de la carrera actuaron otros distinguidos profesores: ingeniero Pascual Rodríguez, ingeniero Enrique Gatti, profesor Abraham Caputo, doctor Héctor Crescentino, doctor Luis Rovira, doctor Alberto Tomaghelli.

En los cursos superiores actuaban los profesores ingenieros Macagno, Ferrera y Pontoriero. El ciclo de la especialización en la carrera de Ingeniería de Minas, por la cual opté finalmente yo, estaba a cargo de un grupo muy especial de profesores extranjeros, alemanes como los doctores (geólogos) Kittl y Leidolh e ingeniero Rochna; sueco como el ingeniero Westerdalh y húngaro como el doctor Szegedy. Junto a ellos, dos argentinos formados en el exterior: el ingeniero Victoria en U.S.A. y el ingeniero Ruiz Bates en Bolivia.

La actividad como alumnos era intensa pero disponíamos de tiempo para actuar en la dirigiencia estudiantil, en el naciente Centro de Estudiantes de Ingeniería, del que en su oportunidad fui presidente. Estábamos al servicio de nuestros compañeros. Para facilitar la edición de apuntes y la adquisición de libros y material de trabajo, el Centro creó una cooperativa.

Además practicábamos deportes y no éramos renuentes a la vida social. Ya he hecho referencia a las reuniones de los sábados en casas de familia. Pero el Centro de Estudiantes realizaba una vez por año, a fines de octubre, un baile que llegó a constituir un acontecimiento social de nota en la vida de la ciudad.

Esto no fue óbice para que desarrolláramos nuestra carrera regularmente. Me recibí el 7 de abril de 1949, es decir casi exactamente a los seis años de mi ingreso. Fui el octavo ingeniero de minas egresado. De inmediato conseguí trabajo en la mina Incahuasi, de oro, ubicada al pie del salar de Hombre Muerto, 4.100 m. sobre el nivel del mar, en el sector de la Puna Argentina, antiguo Territorio Nacional de los Andes, en la jurisdicción que correspondió a la Provincia de Catamarca cuando este territorio se dividió e incorporó a las tres provincias vecinas: la citada y la de Jujuy y de Salta.

En 1951 gané el concurso de profesor adjunto en la cátedra de «Tratamiento Mecánico de Minerales», del departamento de Minas, de la entonces Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. La original Escuela de Ingeniería se transformó en Facultad en el año 1947, lo mismo que las citadas Escuelas de Ciencias Económicas y de Agronomía. Desaparecía así la inicial Facultad de Ciencias.

Durante todos esos años he visto cómo crecieron y se desarrollaron la Facultad y la Universidad.

La primera se orientó por un camino muy especial que la caracterizaría entre sus pares del país: el desarrollo de los Institutos de Investigación especializados, al servicio de los organismos y empresas del estado y también privadas.

En esta materia, el Instituto de Investigaciones Mineras creado en el año 1946, fue el precursor de esta actividad de servicio.

En el año 1953, la dirección del Instituto elaboró un proyecto de Convenio entre la Universidad y la por entonces Dirección Nacional de Geología y Minería (hoy Secretaría de Minería). Por el mismo, el Instituto se hacía cargo de realizar un conjunto de estudios mineros geológicos de interés para la repartición, en plazos de tiempo establecidos y contra el pago de una suma de dinero debidamente presupuestada, a pagar en cuotas conforme con el desarrollo del trabajo.

Este proyecto causó conmoción en la administración de la Universidad. Nunca se había asumido un compromiso de este tipo. No se entendía que la Universidad celebrara contratos asumiendo obligaciones y cobrando dinero. Esto era algo inédito. Tal fue así que motivó un viaje a San Juan del doctor Toribio Lucero, por entonces a cargo del rectorado de la Universidad y del contador Vázquez Viera, Director General de Administración de la Universidad. Necesitaban se les explicase qué era lo que se quería hacer.

Sin duda la explicación fue exitosa pues el convenio se firmó y se repitieron otros, muchos con esa repartición y con otros organismos y empresas del estado y privadas.

Esto dio pie para que se fueran desarrollando otros Institutos por especialidades de la Ingeniería. Hoy en la Facultad existen quince Institutos de Investigación, y cuarenta y cinco en la Universidad Nacional de San Juan.

Contribuí a ese desarrollo y a ese crecimiento de la Facultad y también de la Universidad. No me limité solamente a la docencia. Participé activamente en la conducción directa de ambas.

En 1954 fui designado secretario general de la Facultad de Ingeniería. Tenía treinta y un años. En aquel tiempo el único funcionario político que acompañaba al decano. Algo así como un primer ministro. En 1958 volví a ocupar ese cargo y en 1959 se me designó como asesor docente de la Facultad. Es el primer desdoblamiento de la Secretaría General. Hoy la Facultad tiene cuatro Secretarías.

Para el período estatutario 1963/1965 fui elegido, por los estamentos universitarios, decano de la Facultad. Como tal, integré el Consejo Superior de la Universidad que presidía el rector doctor Carlos Saccone. Tenía entonces cuarenta años.

Durante esa gestión compartí la iniciación del complejo universatario en Mendoza. Naturalmente, obtuve una parte para San Juan, donde la Facultad de Ingeniería desenvolvía su actividad en los galpones de emergencia construidos en 1944/45, luego del terremoto del 15 de enero del primer año citado: se proyectaron y se inició la construcción de los edificios para las carreras de Ingeniería de Minas, Ingeniería Electromecánica e Ingeniería Hidráulica.

Todas las funciones cumplidas en el decanato de la Facultad y en el Consejo Superior de la Universidad tuvieron orientación y objetivos definidos: el progreso, el crecimiento y el desarrollo de las dos instituciones. La Universidad, uno de los tres grandes amores que reglarían

mi vida. Los otros dos, mi familia y mi profesión.

En el caso de la Universidad, ese progreso constante deriva en la segregación de dos nuevas Universidades: la de San Juan y la de San Luis.

Una gran satisfacción me habría de deparar mi vida universitaria. En 1973, se me designa como delegado organizador de la Universidad Nacional de San Juan y un poco más tarde como primer rector organizador. Había llegado a los cincuenta años.

El compromiso era hacer nacer una gran Universidad.

Como a esta nueva Universidad se la pone en marcha en la segunda quincena del mes de junio de 1973, se acuerda que todas las unidades científico-educativas que pasaban a integrarla, administrativamente continuarían, durante ese ejercicio, dependientes de sus entidades originarias. La incorporación de las mismas a la Universidad Nacional de San Juan fue puramente académica. Así, la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales prosiguió, durante el segundo semestre del año 1973, dependiendo de la Universidad Nacional de Cuyo; el Instituto del Profesorado Domingo Faustino Sarmiento, del Ministerio, por aquel tiempo, de Cultura y Educación y la Universidad Provincial Domingo Faustino Sarmiento del Gobierno de la Provincia.

El gran desafío fue integrar estas tres casas de altos estudios, de orígenes y estructuras diferentes, en una nueva unidad universitaria, sin causar trastornos en la actividad normal que cada una de ellas venía cumpliendo. Fue ésta una tarea inédita en el quehacer universitario nacional. Poner en marcha una nueva Universidad en base a tres instituciones en plena actividad. Muy distinto por cierto a crear una nueva Universidad de su origen.

El reordenamiento estructural de esta tres entidades y en base al mismo, la fomulación de un proyecto de presupuesto para el ejercicio 1974, fue una tarea ímproba que debió ser asumida por una comisión técnica universitaria especial, en trabajo conjunto con un equipo de profesionales especialistas en presupuestos. Todos ellos bajo la conducción conjunta de los señores decanos de las Facultades y el equipo de secretarios del Rectorado presididos por mí, como delegado organizador de la Universidad.

En esos tiempos, en la Facultad de Ingeniería, de originaria dependencia de la Universidad Nacional de Cuyo, no se veía con optimismo el paso a la subordinación de una nueva Universidad. Era corriente oír decir: *es preferible ser cola de león antes que cabeza de ratón.*

En los comienzos de 1974 se logró la aprobación del presupuesto para ese ejercicio de la flamante Universidad Nacional de San Juan. Se alcanzó el octavo lugar en el monto total, dentro del elenco de las veintiséis universidades nacionales. Si no tenemos en cuenta las cuatro grandes universidades: Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Rosario, por razones de escala, San Juan ocupó el cuarto lugar, luego de la Universidad Tecnológica, de la de Tucumán y de la de Cuyo. Es decir, una posición de verdadero privilegio, anterior a varias universidades más antiguas. Se había conseguido hacer un nuevo león.

Mi amor a la Universidad, a partir de ese momento, quedó compartido entre dos personas jurídicas: la vieja y muy querida Universidad Nacional de Cuyo, donde me formé hasta mi madurez y la joven Universidad Nacional de San Juan que ayudé a nacer, aplicando todo lo que en mi paso por la vida me había enseñado la primera.

¡Salud Universidad Nacional de Cuyo en éstos, tus primeros cincuenta años de vida tan fecunda! Es el voto de un hijo tuyo que ya alcanzó sus 65 años.

Nuestra Facultad y la medicina de Mendoza

Recuerdos y reflexiones

Rodolfo Muratorio Posse

Sólo pretendo en este artículo ordenar algunos recuerdos de mi paso por esta Facultad y hacer sobre ellos algunas reflexiones, con la pretensión de entroncarlos con un pasado y buscar entre ellos algo útil para el futuro. Quien pretenda leer un trabajo completo y documentado, desde ya le aconsejo no seguir adelante. Para ello, no conozco nada mejor que el que publicó el Prof. Francisco Amengual en la Revista de la Facultad de Ciencias Médicas en 1985 y a su lectura lo remito.

La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo fue fundada a fines de 1950 sobre la base de un proyecto, o varios, que podemos calificar por lo menos de ambiciosos, habida cuenta de los programas que se pusieron en marcha en los primeros años de su existencia.

Rodolfo Muratorio Posse
Doctor en Medicina (U.B.A.)
Profesor Emérito de la Facultad de Ciencias Médicas (U.N.Cuyo).
Ex profesor titular de Clínica Médica (F.C.M.-U.N.Cuyo).
Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.
Ex decano normalizador de la Facultad de Ciencias Médicas (U.N.Cuyo).
Vicedecano en ejercicio de la Facultad de Ciencias Médicas (U.N.Cuyo).

En ese momento la Universidad contaba con poco más de diez años de vida y se extendía por la provincias de Mendoza, San Juan y San Luis. La medicina de Mendoza estaba adelantada y estaban representadas allí casi todas las especialidades de la época, en algunos casos por profesionales que ostentaban un título universitario de especialistas. Muchos médicos hacían cursos de perfeccionamiento en otros centros del país o en el exterior, actividad que era decididamente apoyada por la entonces Dirección de Salubridad de la Provincia.

Se llevaban a cabo reuniones científicas y acudían a Mendoza especialistas y catedráticos de otros puntos del país y de países vecinos a dictar cursos. El nivel de aquella medicina no estaba dado únicamente por la idoneidad profesional de sus integrantes, sino que existían ya en Mendoza profesionales, o grupos de profesionales, dedicados a la investigación de algunas enfermedades propias de la región, como la enfermedad de Chagas-Mazza, el bocio endémico, la brucelosis, etc. Los resultados de estas investigaciones tenían validez en el ámbito médico de todo el país.

Debemos tener en cuenta que, cuando se crea la Universidad Nacional de Cuyo en 1939, los hombres que la gestaron y le dieron el impulso inicial a través de sus primeras facultades, escuelas e institutos, tenían *in mente* un proyecto de universidad que, necesariamente, debía compadecerse con un proyecto previo de país. Yo tuve la suerte de ser médico del Dr. Corominas Segura y creo que, más aún, puedo vanagloriarme de haber sido su amigo, lo que me permitió mantener con él largas conversaciones sobre lo que fue ese proyecto, sobre el sentido que se le dio de lucha contra la ignorancia, contra el empirismo y de búsqueda de nuestras propias esencias a través del desarrollo de las ciencias y las artes.

El advenimiento de la Facultad de Ciencias Médicas se produce entonces en un ámbito perfectamente definido desde el punto de vista académico, pero prospera porque cae en un terreno fértil cual era el de una profesión médica ya estructurada, con intereses científicos desarrollados y núcleos de investigación clínica en plena tarea. La necesidad de aglutinar todo esto en una institución no era tampoco una novedad pues, amén de otros antecedentes de opinión, en 1947 la Universidad había creado el Instituto de Medicina para Graduados y en el ámbito profesional ya habían aparecido las primeras sociedades científicas.

La Facultad comenzó a funcionar con su primera promoción de estudiantes en 1951, algunos de los cuales habían decidido antes esperar su creación y no emigrar a otros puntos del país para estudiar. Hasta el momento en que esa primera promoción termina su carrera, en 1957 (seis años de cursado y uno de internado), el esfuerzo realizado por sus organizadores y sus primeros docentes es digno del mayor respeto. La Facultad tenía un decano organizador, que era el Dr. Amadeo Cicchitti y un Consejo Asesor integrado por los Dres. Hugo Arrigoni, Ernesto Martín, Carlos Padín y Jaime Vallés. También es menester destacar la excelente disposición de las autoridades del Ministerio de Salud Pública de la Provincia, que dieron cabida a la administración de

la Facultad y a todas sus cátedras en el edificio del Hospital Central, que se convierte así en un verdadero Hospital Escuela, como orgullosamente lo proclamaba un cartel de su frontispicio.

Esa primera etapa ha sido, con seguridad, particularmente difícil porque las cátedras que había que cubrir eran las de Ciencias Básicas, para las que no bastaba con ser un «distinguido profesional», por lo que se apeló al recurso de traer gente de otros puntos del país y del exterior, en muchos casos figuras de verdadero relieve en su lugar de origen. Pero también fue preciso acudir a los profesionales del medio, tanto para cubrir algunos cargos profesorales como para los de auxiliares de la docencia, para lo cual muchos de ellos debieron someterse a las normas académicas impuestas para las designaciones.

Simultáneamente la Facultad encaró la tarea de formar su propio cuerpo docente, estructurando una Carrera de Profesorado que fue proyectada para seis años de duración. En estos cursos se inscribió la casi totalidad del cuerpo docente, incluyendo a algunos miembros del Consejo Asesor, lo que está indicando a las claras que todos aceptaban la necesidad de una formación específica en la técnica de la enseñanza, También se reglamentó la *Venia Docendi* para aquellos casos cuyos antecedentes garantizaban la posesión de ese entrenamiento.

Esa Facultad que estaba naciendo, tenía además metas mucho más amplias. Cuando se funda la Facultad ya existía en San Luis una Escuela de Farmacia, que pasa a depender académicamente de la nueva Facultad, que no olvidemos, no se llamaba de Medicina sino de Ciencias Médicas. En esa época todavía no se hablaba de Ciencias de la Salud. En consonacia con esos objetivos, en 1952 se constituyeron en la Facultad sendas comisiones para reglamentar el funcionamiento de otras Escuelas anexas a aquella: la de Bioquímica, la de Kinesiología, la de Obstetricia y la de Odontología. De estos proyectos, el único que se concreta, aunque mucho más tarde, es el de Odontología, que comienza como Escuela y hoy ya es una Facultad independiente. En 1959 se crea la Escuela de Visitadoras Sociales, con especialidades en Salud Pública, Maternidad e Infancia, Higiene Escolar, Medicina Forense, Higiene Mental, Higiene Industrial, Higiene Rural y Rehabilitación y también se formula un proyecto para crear la Escuela de Enfermeras Universitarias.

A nivel estudiantil, en esa Facultad que pujaba por estructurarse, se dictaban cursos de tres idiomas y un curso de etimología griega y latina. En 1953, cuando los alumnos de la primera promoción van a tomar su primer contacto con pacientes, la autoridades de la Facultad dictan

una resolución inspirada en la idea de que lo que exteriormente se manifestaba por un cambio en el color del guardapolvo (de uso obligatorio), que viraba del caqui al blanco, debía corresponder a un cambio fundamental en la actitud del estudiante, al que se le exigía, ceremonia mediante, la pronunciación de un «Juramento Hipocrático Menor» cuyo texto vale la pena reproducir:

¿Juráis en nombre de Dios y sobre estos Santos Evangelios proceder con leal sentir y entender ante el paciente que os cede, junto con su dolor, los medios para vuestro aprendizaje de la Medicina?

¿Juráis con toda la nobleza del corazón servir a la Patria, respetar sus leyes y dignificar la Casa de Estudios que os cobija?

¿Juráis guardar silencio en bien del ser humano cuya salud y dignidad os ha sido confiada?

Es preciso colocarse por un momento en el lugar de esos profesionales, que eran a la vez autores y responsables de poner a los enfermos, «sus enfermos», en manos de esos chicos y querían, es evidente, infundir en ellos la convicción de la trascendencia de todos y cada uno de sus actos. La experiencia me ha demostrado muchas veces que es casi imposible ser original, pero debo admitir que de cuanto yo conozco en materia de educación médica, esa decisión es inédita.

La incorporación de sucesivas promociones a la tarea con pacientes, hace que paulatinamente se vayan incorporando otros hospitales a la enseñanza. En 1954 lo hacen el Emilio Civit y el Lagomaggiore, en 1974 el hospital de El Carmen y en 1978 el Ferroviario. En 1958 la Facultad decide ocupar el edificio que estaba destinado a un hospital materno-infantil, que había sido transferido en propiedad a la Universidad. La idea era ubicar allí la administración, las cátedras de Ciencias Básicas y dejar el resto para Hospital Escuela. Para estudiar el proyecto viaja a Mendoza gente de primer nivel procedente de Chile, Perú, Brasil, de la Fundación Rockefeller y de la Oficina Sanitaria Panamericana y finalmente se desecha la idea de hacer un hospital escuela.

Mi primer contacto con esta Facultad y con la Universidad Nacional de Cuyo se produjo en marzo de 1956. Debo aclarar que nunca había estado en Mendoza ni sabía de conocer a nadie de esta provincia.

El año anterior se habían formado en Buenos Aires varios grupos de estudio, o de reflexión, para encarar los graves problemas que aquejaban a la universidad argentina y buscar caminos de solución. Se vivía un clima de esperanzas en el futuro que, por encima de las grandes pasiones en juego entonces, reunía a mucha gente bajo esa bandera multi-

color que es el deseo de «hacer algo». En Medicina yo formaba parte del grupo, que reconocía como *alma mater* a Eduardo Braun Menéndez. Como tarea se me encargó realizar una encuesta que fue publicada en una revista de gran tiraje. Los encuestados fueron José Babini, Eduardo Braun Menéndez, Venancio Deulofeu, Bernardo Houssay, Juan Mantovani y José Vivanco. Ese año, las autoridades de la Facultad de Mendoza habían iniciado gestiones en busca de profesores para algunas de las asignaturas de sexto año, al que ingresaba la primera promoción en 1956. En esas gestiones tomaron contacto con el Dr. Houssay quien los remitió a Braun Menéndez y, por ese camino, me llegó el ofrecimiento de Mendoza. De más está decir que fue el mismo Braun Menéndez quien más insistió en que aceptara el ofrecimiento. Las tratativas quedaron en suspenso, pero se reiniciaron en julio y con bastante premura nos ofrecieron el contrato y nuestro inmediato traslado a esta ciudad. El plural en que estoy escribiendo se debe a que los involucrados en este ofrecimiento fuimos Clemente Morel, Jorge García Badaracco y yo, para ocupar las cátedras de Clínica Quirúrgica, Clínica Neurológica con Psiquiatría y Clínica Médica respectivamente. Los primeros en trasladarnos fuimos Morel y yo, que llegamos a Mendoza el 16 de julio. Ese último lapso en Buenos Aires había sido para nosotros un verdadero infierno, pues de Mendoza nos urgían para que nos hiciéramos cargo de nuestras tareas y, para ello, debíamos dejar arregladas infinidad de cosas personales, profesionales y universitarias en Buenos Aires. Nuestros pasajes a Mendoza estaban en mi poder y el día 12 Morel me llamó para proponerme postegar el viaje 24 horas, que para nosotros era mucho. No encontré razón para negarme y quedamos en que cambiaría la reserva, pero luego me pareció que habiéndonos comprometido a llegar a Mendoza en una fecha, no era correcto que la cambiáramos a último momento y peor aún que esa fuera nuestra primera actuación en nuestra nueva Facultad, de modo que el 13 lo llamé a Morel y le pedí que dejáramos las cosas como estaban, lo que comprendió y aceptó. El avión que hubiéramos tomado el 17 sufrió un accidente en Río Cuarto y murieron todos sus ocupantes. No había duda que nuestro destino era que viniéramos a Mendoza.

Las dos cátedras, Clínica Médica y Clínica Quirúrgica, fueron ubicadas en el hospital Emilio Civit, en un pabellón que comprendía cuatro salas con sus consultorios y enfermería, unidas por un conjunto de locales donde se instalarían las salas de operaciones para Clínica Quirúrgica y un aula, la secretaría, el laboratorio, una sala de Rayos X y una morgue, que compartíamos. Todo esto estaba absolutamente vacío; nuestras cátedras tenían sólo un piso, paredes y techo. La excelente

volundad de las autoridades de la Facultad y de la Universidad, así como la amplia colaboración del Ministerio y de la Dirección del Hospital, hicieron posible que en muy poco tiempo todo estuviera en funcionamiento: pacientes internados, consultorios externos, laboratorio, clases, trabajos prácticos, ateneos, revistas de sala, reuniones anatomoclínicas, etc. Por ejemplo, el Laboratorio de Análisis Clínicos, el servicio de Rayos X y el de Anatomía Patológica, se inauguraron el 27 de agosto.

Debemos recordar que, en esos años, la enseñanza de la medicina se había convertido en una verdadera *vedette* en todo el mundo. En 1953 se había realizado el Londres el Primer Congreso Mundial de Educación Médica; en 1955 la Oficina Sanitaria Panamericana había organizado en Viña del Mar el Primer Seminario sobre Enseñanza de la Medicina Preventiva, que se repitió en Tehuacán en 1956; en 1956 la Sociedad Médica Brasilera organizó una conferencia sobre educación médica en Ribeirao Preto; en setiembre de 1957 se reunió en México el Primer Congreso de Facultades de Medicina de Latinoamérica y en noviembre del mismo año La Asociación Médica Argentina convocó al Primer Congreso Nacional de Educación Médica, que se llevó a cabo en Buenos Aires con un temario exhaustivo. A raíz de ese congreso quedó constituido, en el ámbito de la asociación, el Comité Permanente de Educación Médica, que me cupo el honor de integrar como representante por Mendoza. El resto de sus integrantes eran: Eduardo Braun Menéndez, Florencio Escardó, Oscar Gómez, Alfredo Lanari, Carlos E. Ottolenghi, Alfredo Pavlosky y José Manuel del Sel por Buenos Aires; Severo Amuchástegui por Córdoba; Manuel M. del Carril y Vicente Ruiz por La Plata; Juan P. Picena por Rosario y Carlos Raúl Landa por Tucumán. Poco después nacían la Asociación de Facultades de Medicina de la República (AFAMERA) y la Federación Panamericana de Facultades y Escuelas de Medicina (FEPAFEM)

Hubo pues una simultaneidad de ese *boom* de la educación médica y esos años en que se estructura nuestra Facultad. Además, el mismo hecho de que la Facultad fueran tan joven permitía ciertas «osadías» que no hubieran sido fáciles en estructuras más asentadas, a lo que se agregaba cierto bienestar económico y otras características que pertenecían a la Universidad y a la sociedad en que todo esto se desenvolvía.

Una prueba de ese espíritu renovador progresista lo da la reforma curricular que se lleva a cabo, de la que fuí coautor en lo referente al ciclo clínico. Se creó la cátedra de Fisiopatología que, en el contexto del curriculum y junto con Anatomía Patológica, enseñaban el correlato patológico de los que se aprendía previamente en Anatomía, Histología

y Fisiología normales. Esta asignatura, tan importante, no se enseñaba en otras facultades estatales del país y creo que sigue sin enseñarse. Cuando yo estudiaba medicina en Buenos Aires, la cátedra se denominaba Anatomía y Fisiología Patológicas, pero la enseñanza se reducía estrictamente a lo estructural. También se creó la cátedra de Psicología Médica, siendo la nuestra la primera Facultad de Medicina del país que incorporó esa fundamental disciplina a su curriculum. Otro cambio sustancial fue la fusión de la Semiología y la Patología en los respectivos cursos de Clínica Médica y Clínica Quirúrgica, que se extendieron a tres años cada uno. Finalmente se impuso el año de Internado Rotatorio después de haber aprobado todas las asignaturas del curriculum y como requisito para obtener el título.

Todos esos cambios y esas actualizaciones curriculares el dieron a nuestra Facultad un particular prestigio y a sus graduados un sello o estilo que eran innegables. En ese momento nuestra Facultad recibió un impulso notorio gracias al apoyo de la Fundación Rockefeller, el Population Council y otras instituciones de los EE.UU., así como del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que significaron la posibilidad de adquirir equipamiento, otorgar becas, financiar viajes, comprar libros, suscribirse a revistas, etc.

Quienes vivimos la situación actual del país y de nuestra Universidad y hemos vivido también esas épocas, admitimos sin reparo alguno aquello de que *todo tiempo pasado fue mejor*. Entre los innumerables hechos que podrían citarse en apoyo de lo dicho, voy a recordar sólo dos que, dadas las diferencias con el presente, resultan casi graciosos. En 1954 se plantea el primer caso de solicitud de reinscripción por parte de dos alumnos que habían perdido su condición de tales.

El problema preocupa tanto a las autoridades que se decide efectuar una consulta jurídica y se elige como consultores nada menos que a Rafael Bielsa, Adolfo Vicchi y Federico Moyano! Los jurisconsultos responden con el mayor celo a la demanda y desinteresadamente elaboran un meticuloso informe. El otro hecho se produce en 1958, año en que la Facultad concede tres pasajes de ida y vuelta por vía aérea de Mendoza a Buenos Aires y de allí a México, más de $10.000,- como viático, para que tres estudiantes asistieran al Segundo Congreso Americano de Estudiantes de Medicina!

Todo lo que he señalado y muchas otras cosas que podría agregar, permiten imaginar cuál era el ámbito de esta Facultad y de la Universidad cuando nosotros llegamos a Mendoza. Creo que realmente se podía hablar de un ambiente de creación y de innovación, en el cual el

«experimento» docente o pedagógico o la introducción de lo que era realménte novedoso, no provocaban ningún rechazo ni eran objeto de esa actitud obstructiva tan característica de nosotros. No fue difícil, en ese terreno, desarrollar lo que traía planeado como programa básico para la cátedra. Una de las primeras tareas fue la formación de un equipo, para lo que fue preciso detectar y apoyar los intereses, las inclinaciones y las posibilidades de cada uno y comenzar a enviar gente a otros lugares del país y al exterior, para ir formando las que más adelante serían las cabezas de cada sección especializada de la cátedra, protegiendo y reforzando siempre ese «estilo» para encarar cada paciente como una totalidad, que es lo que define al clínico. En esa tarea decidí también alentar el estudio de disciplinas que recién comenzaban a desarrollarse en el mundo o que aún no ocupaban un lugar prominente en los centros de Clínica Médica del país. Así nacieron la sección de Inmunología, en un momento en que en Mendoza sólo se hablaba de alergia y la sección de Génetica Médica, disciplina que sólo se cultivaba en Ciencias Agrarias y que no existía como sección especializada en ningún centro de clínica médica del país, universitario o no. Estas secciones comenzaron su tarea con pacientes, desarrollaron programas de investigación clínica y comenzaron a formar especialistas y hoy se han convertido en institutos independientes, respetados en todo el país. También desde la cátedra se impulsó el desarrollo de las técnicas de diálisis, peritoneal y extracorpórea (riñón artificial), las de biopsia por punción de hígado, riñón y pleura y el uso sistemático de la fonocardiografía. En todas estas y otras secciones de la cátedra se desarrolló la investigación clínica y sus resultados eran presentados en la Sociedad Argentina de Investigación Clínica.

Otro hecho altamente significativo para el desarrollo de la medicina de Mendoza, fue la implantación del régimen de residencias médicas. Desde la creación del Comité de Educación Médica de la Asociación Médica Argentina, fuimos muchos los que luchamos por la difusión de ese sistema en el país, lo que me valió que, en 1960, dicha Asociación creara el Subcomité de Residencias Hospitalarias y me honrara con la designación de Miembro Honorario del mismo. En los años subsiguientes se fue plasmando la idea en Mendoza y, gracias a la colaboración del Ministerio de Salud Pública de la Provincia, en 1967 se consiguió implantar el sistema en Clínica Médica y Clínica Quirúrgica. En 1968, en la reunión de Ministros de Salud Pública del país realizada en Neuquén, se me eligió como representante por las provincias ante el Consejo Nacional de Residencias Médicas (CONAREME), institución que durante muchos años normatizó y supervisó las residencias médicas de todo el

país, con indudable beneficio para el sistema y para la formación de médicos. Lamentablemente el sistema se ha desfigurado paulatinamente y, salvo algunas excepciones, ha perdido sus condiciones primordiales convirtiéndose en otras cosas que se cobijan bajo el todavía pomposo título de residencia médica.

Toda esta tarea, que he descripto en forma un tanto salpicada, toda esa búsqueda, esa ilusionada programación, que se repetía en otras cátedras del ciclo clínico y que contaba con el apoyo de las autoridades de la Facultad, de la Universidad y del Ministerio provincial, cristalizaba en sucesivas promociones de médicos que se diseminaban por la provincia, en tanto que otros emigraban a distintos lugares del país o del exterior. Esos graduados era portadores del mensaje de nuestra Facultad, mensaje cuyo texto era la preparación de cada uno de ellos y de todos en conjunto. Comenzaron entonces a llegar las noticias de que uno u otro de ellos ocupaba ya posiciones de relevancia en los lugares que había elegido y, en el ámbito de la provincia, esos graduados comenzaron a organizar cursos de perfeccionamiento en sus lugares de trabajo o bien formaban equipos que lograban que se destacara el hospital de la localidad. El conocimiento, ese instrumento distintivo del ambiente académico, válido en sí mismo e independiente del éxito profesional, había logrado un lugar en el reconocimiento general. No me cabe duda de que a esto contribuyó en gran medida la opinión de los mismos estudiantes, jueces insobornables del saber de sus profesores.

Creo, sin embargo, que el impulso ha perdido vigor, que muchos proyectos murieron como tales y que estamos un poco dormidos sobre los laureles de lo que se hizo. En los últimos tres o cuatro lustros el país ha sufrido grandes y penosas conmociones políticas, sociales y humanas y ha retrocedido prácticamente en todos sus aspectos. No son, sin embargo, ni el lamento ni la diatriba los instrumentos más válidos para salir adelante. Los que hemos vivido este periplo de nuestra Facultad de Ciencias Médicas, no podemos desconocer que aquellos «chicos» que estaban en sus aulas hace treinta años son, felizmente, iguales a los que ahora las ocupan. Con ellos puede volver a hacerse ese Siglo de Oro que tuvo nuestra Facultad.

Algunos aspectos de la contribución universitaria al progreso científico y técnico del agro cuyano

León Nijensohn

En 1989 la Universidad Nacional de Cuyo inicia su quincuagésimo año de vida, y con ella cumple idéntica edad la actual Facultad de Ciencias Agrarias, que formó parte de su núcleo fundacional con el nombre de Escuela Superior de Agronomía, integrante de la entonces Facultad de Ciencias. A este 50º aniversario le corresponde con propiedad el nombre de **Jubileo**, denominación reminiscente de la tradición bíblica (**Levítico**, 25 y 26), de acuerdo con la cual la finalización del sábado de los años sabáticos y el inicio del siguiente eran marcados solemnemente por el sonar de las trompetas hechas con cuerno de carnero (**iovel**, en hebreo). Este era un especial tiempo de "júbilo", por el trascendente significado de los preceptos a cumplir durante ese año, disposiciones ligadas a conceptos inmanentes de justicia social y de libertad individual.

León Nijensohn
Ingeniero Agrónomo
Profesor Emérito de Edafología, Facultad de Ciencias Agrarias, U.N.C. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, Investigador del CONICET, ex-Director del Instituto de Suelos y Riego, U.N.Cuyo.

El jubileo de nuestra Universidad es también oportunidad para el regocijo, tanto por lo que significa el mero hecho de sobrevivir y desarrollarse, a pesar de las múltiples dificultades y crisis de las últimas cinco décadas de la vida nacional argentina, como, sobre todo, por ser ocasión propicia para una suerte de balance de realizaciones cumplidas y de objetivos aún por concretar.

Un aporte parcial a esta finalidad es el propósito de esta reseña, que no intenta abarcar

en detalle la totalidad del panorama de contribuciones que las diversas disciplinas de las Ciencias Agrarias han efectuado a través de la actividad universitaria, sino que está limitada necesariamente a una visión general, con mayor desarrollo de la temática más cercana a mi experiencia personal, aunque sin tampoco pretender ser exhaustivo dentro de ella.

Evocaciones introductorias

Antes de entrar en materia específica, creo útil traer a colación unos pocos de mis recuerdos que ayudan a recrear y comprender la atmósfera peculiar que rodeaba a la Universidad de Cuyo en sus primeros años y que explica el nostálgico cariño con que la recordamos los que tuvimos el privilegio de participar de ella.

Conocí a Mendoza en 1939, año de fundación de la Universidad y de mi graduación profesional, como alumno del último curso de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, cumpliendo el tradicional viaje al interior del país que coronaba la carrera de ingeniería agronómica.

Fue un amor a primera vista el que despertó en mí su campo tan prolijamente trabajado, la pujanza que se advertía en sus establecimientos agroindustriales, la serena modernidad de la ciudad cabecera, con la generosa amplitud de sus calles arboladas, su magnífico parque y estratégicas plazas, la ubicua percepción del flujo de agua domada inervando el oasis, y la belleza apabullante del escenario montañoso con sus contrastes de relieve y color. Por otra parte, la vastedad de sus llanuras desérticas planteaba un desafío incitante a la imaginación todavía ingenua del agrónomo en pañales. Una oportuna y copiosa nevada que plasmó en sensaciones físicas lo que para un porteño como yo era hasta ese entonces sólo una aspiración a experimentar, surgida del conocimiento literario y de la tradición familiar, terminó por sellar el encanto.

De ahí que cuando recibí tan sólo un par de años después, en abril de 1942, el inesperado telegrama desde Mendoza en el que se me comunicaba mi designación como profesor de la cátedra de Química Agrícola, asignatura que comenzaría a dictarse de inmediato ese año, se unió a la percepción de la tremenda responsabilidad que asumía, sobre la base de mi corta experiencia como docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires, la sensación inefable de la vivencia de un sueño.

Encontré en la Universidad Nacional de Cuyo tres factores excepcionales que alentaron, potenciándolas, mis modestas e incipientes capacidades y estimularon una entrega total a la enseñanza y a la investigación.

El primero de esos factores lo constituyó la vigorosa figura de su rector fundador, una personalidad de juvenil madurez, que derivaba su singular magnetismo de la fuerza de sus convicciones y ejercía su gobierno rectoral con una clara visión del fin central concebido: una Universidad excelsa tanto en la ciencias objetivas, como en las artes y las humanidades. El Dr. Edmundo Correas supo aunar una decorosa solemnidad, con la que presidía los actos universitarios, con un trato exquisito a nivel individual con el que infundía en su interlocutor una estimulante sensación de autoestima, por el interés que le manifestaba por su desempeño y sus inquietudes.

Entre otros episodios que ayudaron a afirmarme en la difícil superación de la timidez propia del novicio que era en aquel entonces, nunca olvidaré la convocatoria a una entrevista: ¡el rector en persona había notado mi ausencia en el último de los habituales conciertos de cámara de los viernes y se interesaba por mi salud!

El segundo factor excepcional lo constituía la calidad de las primeras camadas estudiantiles, cuyo entusiasmo por aprender, seriedad y responsabilidad en las tareas asignadas, corrían parejas con una franca actitud de exigencia frente al nivel y dedicación de los docentes. Justamente el año anterior a mi incorporación como profesor tuvo lugar la primera huelga estudiantil en la Escuela Superior de Agronomía, bastante atípica por cierto en sus planteos: no se reclamaban «condicionalidades» ni otras «ventajitas», sino mejores y más exigentes profesores, más horas de trabajos prácticos, iniciación de labores de investigación, etc. Debo, indirectamente, a este movimiento mi ingreso al cuerpo docente de la Universidad; el rector solicitó al entonces decano de la Facultad de Agronomía de Buenos Aires que le recomendara candidatos para las cátedras vacantes y uno de ellos, y sin saberlo, fui yo.

Completa la tríada de factores a los que hice referencia como causantes del clima de singular y contagioso fervor creativo con que se vivió en los primeros años de infancia universitaria, una pléyade de colegas profesores, muchos de ellos de temprana madurez, que unían a su empuje entusiasta una excelente preparación básica, curiosidad y vocación por la investigación y por la formación de discípulos. Recuerdo, sin agotar la nómina, a profesores de materias básicas como los doctores O. R. Ferrari, J. Giménez, F. Marín y E. Itoiz, y entre los de especialidades agronómicas, los ingenieros G. Covas, B. Schnack, R. Ortiz Mal-

donado, R. Ponce, E. Schiel, F. González, F. Albani, J. Christensen, G. Stura, M. A. Hurtado Delgado, H. Contardi, Belçaguy, A. Maveroff, etc. que dejaron su impronta en múltiples generaciones de ingenieros agrónomos cuyanos.

Características generales y aspectos de la agricultura regadía influidas por aportes científicos de la Universidad Nacional de Cuyo.

Las ingentes inversiones significadas por el costo de las obras hidráulicas necesarias para la captación, almacenaje, regulación, conducción y entrega del agua; por la sistematizacón de los terrenos; así como los considerables insumos que requiere el sistema para su operación dentro y fuera del predio y, por sobre todo, el carácter limitado del recurso hídrico en sí o de los suelos que pueden beneficiarse con él, determinan una diferencia fundamental entre la agricultura de riego y la de lluvia. Mientras esta última puede, hasta cierto punto, satisfacerse con niveles medios de productividad, la rentabilidad individual y social de la agricultura intensiva regadía depende del logro de elevados índices de rendimiento, referidos ya sea a la unidad de superficie o de agua utilizada, según cuál de ellos sea el factor más crítico.

Es por eso que la explotación agrícola bajo riego, en su concepción moderna, se asimila en su planteo y conducción a la de una empresa industrial en un medio muy competitivo, en la que se busca optimizar todos los factores de producción.

Ello requiere, a más de un manejo eficiente de la tecnología agraria, un planteo correcto de los aspectos económicos vinculados a costos, mercadeo y organización empresarial. Todo ello implica un conjunto de conocimientos y habilidades que en parte ya integran el acervo de las diversas disciplinas que conforman las Ciencias Agrarias, y cuya enseñanza en las sucesivas generaciones profesionales es uno de los objetivos de la facultad respectiva.

Pero la misión de la universidad no se agota con la transmisión pasiva de las verdades científicas ya adquiridas, sino que debe intervenir activamente en la creación, adaptación y perfeccionamiento de nuevos conocimientos, criterios, técnicas y destrezas. Si bien es cierto que esta actividad creadora es deseable en todos los campos de la cultura, en el caso de las Ciencias Agrarias es absolutamente indispensable, ya que una cierta producción agropecuaria está inserta dentro de un complejo ecológico regional determinado, distinto en cada caso, lo que plantea problemas específicos que, a su vez, exigen respuestas específicas.

Al respecto, es del caso consignar que la labor docente y de experimentación de la Universidad no comienza en Mendoza *ex nihilo*, sino que reconoce una larga tradición de inteligente empirismo, de excelente enseñanza técnica de nivel secundario, especialmente en vitivinicultura, y de acción profesional por parte de algunos pocos pero excelentes técnicos formados en el exterior (Francia, Italia, EE.UU.) y en las Universidades de Buenos Aires y La Plata. Además de las reparticiones públicas nacionales y provinciales que ejercieron una discreta actividad de control y de difusión tecnológica, es digna de destacar la importante labor de fomento desarrollada por el entonces ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico. A esta empresa debe Mendoza las primeras colecciones de frutales, estudios de adaptación de variedades introducidas e instalación de viveros para su propagación.

Una interesante y bien documentada reseña de esa época, y que se extiende incluso a las últimas décadas, puede consultarse en la publicación **Historia de la colonización y de la evolución de la ciencia agraria de Mendoza**, por el profesor Jorge Tacchini, director del Instituto de Economía Agraria de la Facultad de Ciencias Agrarias de la U.N.C.

Para sistematizar la mención de distintos aspectos dentro de la agricultura regional donde la Universidad Nacional de Cuyo a través de su facultad de Ciencias Agrarias ha realizado aportes científicos y tecnológicos, se los esquematiza en un diagrama donde se intentó representar las relaciones entre factores de distinta naturaleza y áreas de conocimientos respectivos que confluyen en la producción agrícola (fig. 1). En la exposición que sigue se han agrupado los temas que se citan, dentro de las limitaciones consignadas en los párrafos iniciales de este trabajo, relacionándolos con los apartados del diagrama de referencia.

El ser productivo, la planta.

Estudios fundamentales sobre la **taxonomía** y **fitosociología** de la flora mendocina fueron realizados por A. Ruiz Leal, con la colaboración primero y prosecución, luego de su desaparición física, de los profesores M. Cáceres, F. Roig, J. Ambrosetti y otros docentes de la cátedra de Botánica Agrícola. El apoyo de la **citología** en la dilucidación de problemas taxonómicos fue introducido en nuestro medio por G. Covas y B. Schnack y continuado por C. Cherubini. Todas estas contribuciones permiten no sólo un conocimiento más detallado de los recursos florísticos regionales desde un punto de vista científico puro sino que arrojan luz sobre aspectos vinculados con aplicaciones directas de interés agrícola y ganadero como, *v. gr.* relaciones entre flora espontánea y fac-

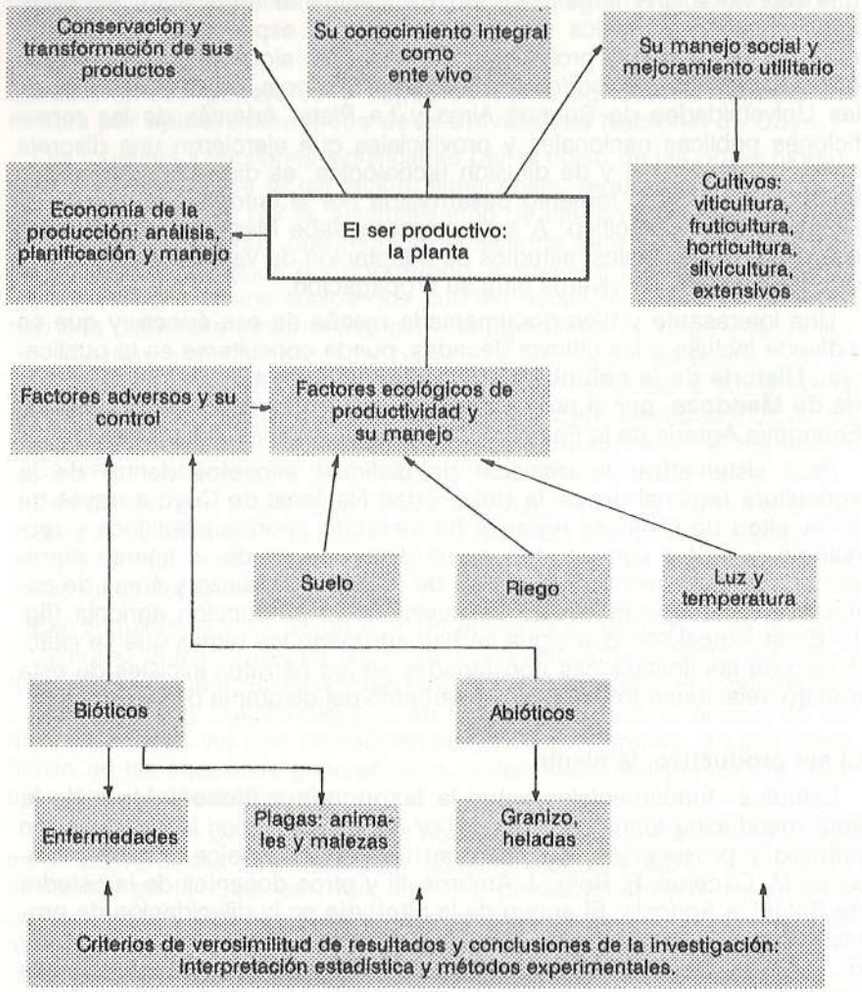


fig. 1

tores ecológicos de tipo edáfico y climático, asi como valor bromatológico de especies de potencial forrajero (P. Wainstein y colaboradores).

En el campo de la **fisiología vegetal** son de especial relevancia las líneas de trabajo de R. Tizio, S. Trione y B. Cavagnaro, quienes con la colaboración de jóvenes investigadores estudian mecanismos fisiológicos básicos con la mira puesta en aplicaciones tecnológicas a la agricultura regional.

Con relación a los problemas de reconstrucción vitícola y al estímulo del desarrollo de Malargüe como zona productora de papa-semilla, son dignas de citar contribuciones referentes a: rizogénesis en vid (inhibidores y su eliminación; papel y manejo de las relaciones auxinas: inhibidores); mecanismos hormonales de la tuberización en papa (donde se aclaró la interacción de las fitohormonas, los compuestos fenólicos y la luz) y puesta a punto de la metodología y desarrollo de la producción masiva por micropropagación de vid y papa, con los objetivos de obtención de plantas y minitubérculos clonales, libres de virus.

De aplicación potencial en el manejo de cultivos en condiciones de semiaridez o de recursos hídricos limitados, se destacan experiencias dirigidas a definir períodos críticos de estrés hídrica en cebolla, ajo, pimiento y papa, en las que colaboró la prematuramente desaparecida ingeniera B. Rubinsky de Lis.

Cultivos y su manejo.

En lo referente a la **viticultura** las contribuciones de la cátedra respectiva comenzaron en sus primeros años con la actuación de los ingenieros R. Ponce y J. Vega, para en la últimas cuatro décadas continuar, bajo la dirección del profesor P. Zuluaga, con la labor de E. Zuluaga, J. Lumelli, Almela Pons, y actualmente, E. De la Iglesia y colaboradores. La colección ampelográfica, por su organización y el número de variedades que incluye, está considerada como la más significativa de América y constituye un valioso repositorio de material vitícola. Los estudios de ecología de la vid en Argentina, realizados sobre la base del seguimiento fenológico de 480 variedades de Vitis vinífera, merecieron el premio de 1976 de la Organización Internacional de la Vid y el Vino (O.I.V.). Los nuevos parámetros bioclimáticos propuestos servirán para fundamentar criterios de adaptación de variedades y tipificación de vinos. Aportes de singular importancia a la solución de problemas de productividad de los viñedos y su reconstrucción cualitativa, lo constituyen trabajos experimentales sobre: biología floral y sus relaciones

con la fecundación; empleo de reguladores de crecimiento en la obtención de uva sin semilla, defensa contra la putrición del racimo y mejoramiento de la calidad de exportación; manejo del viñedo en condiciones de post-granizo y post-heladas y mejoramiento de métodos y tipos de injertos. Una mención especial como contribución al medio la merece la formación de técnicos injertadores, realizada a través de cursos teórico-prácticos, como tarea de difusión extra-universitaria.

En **fruticultura**, siguiendo los pasos pioneros de los profesores F. Roby y R. Ortiz Maldonado, la cátedra, bajo la dirección desde hace treinta años de la ingeniera E. M. L. Welkerling de Tacchini, ha realizado aportes de significación relativos a: problemas de autoincompatibilidad y polenización cruzada en perales y manzanos, con identificación del comportamiento de las variedades involucradas; compatibilidad de pies e injertos de damasco, peral, duraznero y ciruelo e influencia del portainjerto en el contenido de glucósidos de las almendras. Introdujo en el medio, a través de plantaciones demostrativas en la Facultad, nuevos sistemas de conducción adaptados a plantaciones de alta densidad, de mayor productividad y posibilidades de mecanización. La puesta en vigor de la legislación internacional que protege las variedades patentadas, ha actualizado en forma imperativa la necesidad de creación de variedades locales, desafío que ha recogido la cátedra a través del estudio de mutaciones de manzana deliciosa. La incorporación al equipo docente y de investigación de la ingeniera C. Arjona y un grupo de jóvenes colaboradores ha permitido a la cátedra hacer punta en nuestra región en la micropropagación de manzano, kiwi, pistacho, y otros, a través del cumplimiento de todas las etapas que se inician con los cultivos de tejidos *in vitro* y concluyen con el vivero *in solum*.

En **horticultura**, el Instituto respectivo dirigido desde hace tres décadas por el profesor L. O. Melis, con la colaboración de los ingenieros C. Cherubini, A. Ormeño, C. Bartucciotto, ha acumulado un importante caudal de material experimental, obtenido en pacientes trabajos de mejoramiento y selección. Su Banco de Germoplasma es conocido en el país y en el extrajero, lo que le permite mantener relaciones de intercambio con instituciones de prestigio internacional. Sus contribuciones de variedades que han encontrado buena recepción en el medio incluyen los géneros Lycopersicum (tomates para consumo e industria); Phaseolus (porotos enanos de desgrane, así como enanos y de enrame para cosecha de chauchas verdes y amarillas); Cucúrbita (zapallo y zapallitos); maíz para consumo en fresco, etc. La Facultad ha registrado dos variedades de acuerdo a la nueva ley de semillas y tiene 10 más en

curso de registro.

El cultivo de **forestales** y la tecnología de la madera en el área regadía mendocina debe a la cátedra de Silvicultura aportes significativos. Los nombres de los profesores J. Burgos, R. Carretero y R. Romero están ligados a los primeros estudios básicos sobre comportamiento y manejo de forestales en la región cuyana. Su labor la continúan hoy la profesora R. Arreghini con un núcleo calificado de colaboradores.

La implantación en la finca «Gral. San Martín» de la facultad de Ciencias Agrarias, en El Sauce, de parcelas de introducción de diversas coníferas y latifoliadas constituyó una labor pionera en el medio y hace posible el estudio de su evolución por largos períodos.

Las principales contribuciones de la cátedra están referidas a Salicáceas (álamos y sauces) y comprendeh estudios de técnicas culturales en vivero y en plantación definitiva, y cualidades comparativas de cultivares. Desde la cátedra de Genética, el profesor A. Lotti ha obtenido por procedimientos fitotécnicos una cantidad de líneas nuevas de Populus cuyo comportamiento está en estudio.

En lo relativo a tecnología de la madera se han concretado trabajos sobre preservación para uso como postes en agricultura regadía, secado solar y características físico-mecánicas de especies y cultivares.

Los convenios realizados con el Instituto Forestal Nacional (IFONA) y con el Gobierno de la Provincia de Mendoza reconocen a la Facultad como principal centro nacional de Silvicultura bajo riego.

También en lo referente a **cultivos extensivos** regadíos la Facultad registra contribuciones. En la cátedra de Agricultura Especial el ingeniero L. Rabino Mathus estudió el comportamiento de distintas variedades de sorgo forrajero en busca de contenidos mínimos de glucósidos cianogenéticos, y el profesor M. Bajuk y su equipo, en convenio con una empresa industrial del medio, viene realizando trabajos con cebada cervecera y lúpulo.

Por su parte, los profesores A. Lotti y V. Silvestri de la cátedra de **Genética y Fitotecnia**, han concretado la obtención de maíces precoces para grano adaptados a los cortos veranos del sur de la provincia, y una variedad sintética de muy buen comportamiento.

Factores ecológicos de productividad y su manejo: suelo, riego, luz y temperatura.

La problemática relacionada con el suelo y el agua reviste en la

agricultura regadía una importancia particular y ha merecido una especial atención por parte de la facultad de Ciencias Agrarias, a través de su **Instituto de Suelos y Riego** y las cátedras que lo conforman. Junto con el autor de esta reseña, y además de becarios y auxiliares por períodos limitados, han participado, y muchos de ellos lo siguen haciendo, de la labor creativa desarrollada, los profesores F. Olmos, M. O. Avellaneda, P. Wainstein, B. R. Pérez Valenzuela, A. Maffei y L. Marti, y los docentes e investigadores O. C. Pizarro, H. Pilasi, S. Gaviola de Heras, S. Cuccia de Pellizzoni, M. C. Aruani de Caligari, M. H. Pacheco y M. C. Avagnina de Gandolfi (suelos) y los profesores C. J. Grassi, C. Romanella, J. Chambouleyron y N. Ciancaglini y los docentes e investigadores D. Mihalovich, P. Fernández y E. Rearte (riego). Cerca de 200 publicaciones y comunicaciones documentan los trabajos realizados, que en apretada síntesis cubren los siguientes temas centrales:

1. Salinidad de suelos: En este problema clásico de la agricultura regadía la contribución de la Facultad fue plonera en el país, e incluso se propusieron métodos originales de aplicabilidad mundial, en lo relativo a caracterización, influencia agrícola, dinámica y manejo. En la metodología de diagnóstico se desarrollaron técnicas originales para la deteminación de la conductividad eléctrica de extractos de suelo y aguas de riego y para el control físico de los análisis químicos; para cuantificar los valores de intercambio catiónico en suelos salino-yesosos; para determinar los requerimientos de calcio en la recuperación de suelos sódicos y para caracterizar los niveles de salinidad a partir de extractos de quíntuple saturación. Se describió por primera vez en el país la sintomatología de la intoxicación de vides, álamos y sauce álamos, por cloruros y boro; se fijaron criterios de diagnóstico de estas afecciones, se establecieron sus relaciones con las fluctuaciones freáticas, y se definieron experimentalmente diferencias de comportamiento específicas y varietales, en salicáceas.

En la recuperación de suelos salinos y yesosos se demostró experimentalmente la mayor eficiencia del riego por goteo como método de lavado, y las ventajas de las siembras anticipadas, con adecuada fertilización, en las técnicas de lavado por inundación.

Una contribución teórico-práctica de validez general la constituye la propuesta y demostración de una ecuación racional para cuantificar la «eficiencia de lavado».

2. Calidad del agua de riego y su influencia en el manejo: Se introdujeron las modificaciones necesarias para juzgar aguas yesosas, como las predominantes en Cuyo, y se efectuó el análisis crítico y experimental de los criterios para fijar valores de los requerimientos de lixiviación, tomando en consideración las relaciones entre capacidad de saturación y de campo y los factores de eficiencia de lavado.

3. Fertilidad edáfica y nutrición mineral: En este campo los aportes son de real significación. En sucesivos trabajos se demostró que el fósforo es el nutrimento al que con mayor frecuencia y magnitud responden los cultivos regadíos en suelos cuyanos, siempre que las aplicaciones se hagan en plena zona radical, y se estableció una metodología de diagnóstico (extracciones carbónicas) que hasta ahora, y a pesar de sus limitaciones, no ha sido superada por otras técnicas químicas y microbiológicas ensayadas, aún las que involucran intercambio isotópico. En la fijación de umbrales para parámetros edáficos de probabilidad de respuesta a la fertilización, se introdujeron criterios que aprovechan la natural heterogeneidad de los suelos aluviales, transformando así el principal componente del generalmente temido «error experimental» de los ensayos de campo en una valiosa fuente de información.

Los criterios de interpretación, incluyendo a nitrógeno y potasio, fueron complementados por estudios, algunos de ellos en desarrollo, de diagnóstico tisular en vid, olivo, papa, tomate, arveja, etc.

Se efectuaron trabajos exploratorios sobre micronutrimentos y su importancia en el medio regional, habiéndose ya informado contenidos edáficos de hierro, cinc, manganeso y cobre disponibles en tres grandes grupos de suelos pastorlles mendocinos y sobre relaciones del cinc, hierro y fósforo de maíz y sorgo. También ha sido abordado el problema de la clorosis férrica en vid y frutales.

La posibilidad de diagnosticar modalidades específicas de la nutrición mineral ligadas a las propiedades físico-químicas de las raíces, lo que contribuiría a explicar competencias y adaptaciones diferenciales a distintas condiciones edáficas, llevaron a perfeccionar una técnica para la determinación de la capacidad de intercambio catiónico de las raíces y el estudio, con ese método, de especies de vid y álamo.

En lo relativo al abonamiento órganico y utilización de materias residuales, se estudiaron la influencia de materias grasas de subproductos industriales en las condiciones físicas de los suelos y las modificaciones en los niveles de fósforo diponible y de la actividad físico-química por incorporación de distintos abonos verdes. Ultimamente se desarrollaron una serie de trabajos relacionados con las características del barro cloacal digerido de la ciudad de Mendoza, en el que se demostraron propiedades retardatorias de la nitrificación, de aprovechamiento en

estudio, en conjunción con el uso de fertilizantes amoniacales.

Con el fin de aumentar la eficiencia de recuperación de nutrimentos que son fijados por el suelo, se propuso y desarrolló un nuevo método de fertilización, al que se denominó «absorción radical extraedáfica», en el cual raíces caulinares criadas y mantenidas fuera del suelo en un medio físico-químicamente inerte son las vías de penetración de nutrimentos y sustancias de actividad biótica.

Su eficiencia fue demostrada en vid y álamos y abre un interesante panorama de posibilidades.

4. Relaciones suelo-agua-planta: En este campo central de la problemática de la agricultura regadía las contribuciones efectuadas pueden agruparse así:

a) Desarrollo metodológico: El objetivo es lograr la cuantificación de valores hídricos edáficos fundamentales, con técnicas adaptadas a las posibilidades locales, y su aplicación a suelos regadíos argentinos. Es así que se perfeccionó un método rápido de campo por presiometría de acetileno, para determinar el contenido hídrico; se desarrolló una técnica para la cuantificación reproducible de la capacidad de saturación hídrica y se establecieron correlaciones con propiedades texturales y con la capacidad de marchitamiento del suelo; se experimentaron distintos tipos de instrumental de control de potencial hídrico y se llevó al diseño de un tensiómetro original, con vacuómetro de acople múltiple, que abarata sensiblemente las instalaciones de redes de control con finalidad de riego.

Se demostró experimentalmente la relatividad del concepto «capacidad de campo» y su dependencia cuantitativa de la lámina de agua infiltrada; con ello se estableció el fundamento teórico del concepto de «capacidad real de campo», introducido a nivel internacional.

b) Diagnóstico de la necesidad de riego: Sobre la base de que un déficit hídrico, que influiría en la producción de materia seca, debería reflejarse un una disminución de la transpiración, regulada por la apertura estomática, se desarrolló un procedimiento sencillo de campo, al alcance del agricultor, para medir la capacidad relativa de transpiración y se demostró su aplicabilidad, en principio, al riego de la vid y del duraznero. La cámara transpirométrica diseñada no requiere la presencia de estomas en ambas fases de las hojas y hace aplicable el método a plantas donde los medidores de apertura estomática por flujo viscoso son inoperantes.

La interdependencia del contenido hídrico del suelo y las velocidades

de transpiración y evaporación fueron estudiadas experimentalmente en tomate y se propusieron ecuaciones analíticas que permiten predecir la marcha de ambos procesos y la curva de agotamiento de agua en un período determinado.

c) Respuesta de cultivos regionales a distintos regímenes de riego: Una importante serie de experiencias fueron realizadas, para determinar los umbrales óptimos de riego, periodicidad, consumo evapotranspiratorios reales y su relación con los predichos por las distintas fórmulas, en cultivos de importancia actual o potencial y en distintos tipos de suelo y de zonas regadías argentinas. Se propusieron parámetros básicos para optimizar los regímenes de riego en: ajo, tomate, cebolla, papa, vid, maíz, alfalfa, trigos panadero y candeal, poroto y pimientos.

Interrelaciones del nivel de fertilidad con el régimen hídrico sobre la producción cuanti-cualitativa fueron estudiadas en una serie de experiencias de riego y de fertilización en trigo semiduro y candeal las que demostraron la especificidad varietal en el tipo de respuesta y la posibilidad de influir a través del manejo del agua o de los fertilizantes en el rendimiento o en la calidad del grano.

5. Diseño y operación de riego y del drenaje: Los aportes realizados y difundidos a través de publicaciones y cursos nacionales e internacionales estuvieron referidos a los siguientes temas: estudio comparativo de sistemas y métodos; control y análisis de los distintos componentes de la eficiencia global; criterios de diseño y evaluación de proyectos zonales y parcelarios de drenaje.

6. Estudio y clasificación de suelos: Además de la ejecución directa de relevamientos pioneros, como el que estableció las series tentativas para la región regada por el Río Mendoza, los estudios sobre suelos hidromórficos de los departamentos de Maipú y Lavalle y la identificación de molisoles de altura, las contribuciones del Instituto de Suelos y Riego se orientaron preferentemente a la colaboración metodológica, dirección y control cooperativo con otras instituciones como el CONICET (Alto Valle de las Carreras; Nordeste mendocino; Alto Valle del Río Las Tunas); gobiernos de Santiago del Estero (Proyecto del Río Dulce) y de San Juan (Valle del Tulum).

7. Luz y temperatura: Con relación a estos factores de productividad y con excepción de un trabajo experimental pionero en nuestro medio, del Instituto de Suelos y Riego, acerca del empleo de coberturas de polietileno en la obtención de melones de primicia, la contribución de mayor transcendencia por su continuidad y gravitación la constituyen los

valores recogidos por el Observatorio Agro-meteorológico dependiente de la cátedra de **Meteorología Y Fenología Agrícolas**, bajo la dirección sucesiva de los profesores M. Krause y A. Ortiz Maldonado, que lleva acumulados 31 años de datos sistemáticamente registrados, los que constituyen parámetros suficientes como para definir el clima de la zona de su influencia con la consiguiente importancia en la planificación agrícola.

Factores adversos y su control.

1. Factores bióticos. La cátedra de **Fitopatología** a través de las investigaciones realizadas a lo largo de estas cinco décadas por los profesores y docentes investigadores E. Vitoria, A. Alcalde Lasalle, R. Pontis Videla, R. Fischetti, J.C. Rivera, J. Feldman, A. Kligner, B. Velasco, H. Lucero, C. Linardelli, A. Soto y G. Perinetti, plasmadas en más de 100 publicaciones, identificó y estudió la biología de enfermedades que afectan regionalmente a frutales, hortalizas, forestales y frutas. En virología la cátedra fue pionera en la región y actualmente ocupa un lugar de vanguardia en el estudio de micoplasmas.

Dignos de mención especial, por la importancia económica involucrada, son los estudios sobre cancrosis del álamo y del manzano, viruela de los frutales de carozo, podredumbre de la uva y problemas fitopatológicos de la papa-semilla y de frutas durante la post-cosecha.

En estrecha asociación con la anterior, la cátedra de **Terapéutica** ha contribuido, a su vez, a la solución del control de algunas de estas enfermedades, con trabajos experimentales relacionados con tenacidad de funguicidas, efectos secundarios de productos antiperonospóricos, lucha contra Botrytis cinerea y manejo sanitario de vectores de enfermedades de papa.

En lo relativo a plagas animales, la cátedra de **Zoología Agrícola**, con la actuación de los profesores e investigadores J. Christensen, G. Magistreti, A. Moyano, A. R. Mallea, G. S. Mácola, J. G. García Sáez y colaboradores, ha desarrollado una continuada actividad reflejada en numerosas publicaciones científicas y una constante labor de extensión a través de cursos de posgrado, conferencias, charlas a productores y artículos periodísticos.

Merecen destacarse estudios bioetoecológicos de distintas plagas; enemigos naturales de aplicación en el control biológico, con localización de nuevas especies para la región; dinámica poblacional de especies dañinas y benéficas e inventario faunístico de las vinculadas a la

agricultura. Fue por iniciativa de la cátedra que la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación declaró como: **plagas nacionales de la agricultura** a la «polilla del tomate» (Scrobipalpula absoluta) y al «cascarudo del olmo» (Galerucella luteola).

Contribuciones de importancia científica y práctica en el conocimiento y control de los nemátodes en ajo, tomate y vid, se vienen efectuando en la cátedra de Terapéutica por la profesora S. del Toro y colaboradores.

El ingeniero G. Almela Pons y, en la cátedra de Microbiología Agrícola, los profesores R. E. Solanes y P. F. Rosell, hicieron los primeros trabajos exploratorios en nuestro medio acerca de la producción y empleo del B. thuringiensis en la lucha contra el «bicho de cesto».

2. Factores abióticos. La cátedra de Cálculo estadístico y biometría elaboró, con la dirección del profesor E. Mavrich, un fundamentado informe crítico relacionado con metodología de lucha directa contra el granizo, el que a pesar de su importancia no fue debidamente considerado por el gobierno provincial.

Un estudio valioso por sus implicaciones en una potencial política aseguradora contra daños de granizo es el realizado recientemente en la cátedra de Meteorología y fenología agrícola por los ingenieros A. Ortíz Maldonado, L. Fornero y A. Caretta sobre **Características graniceras del norte de Mendoza**, en el que se han zonificado y cuantificado los riesgos.

Conservación y transformación de la producción agrícola.

La edición del tratado de **Enología** del profesor A. Maveroff en 1949, marca una temprana y muy significativa contribución de la Facultad a la ciencia y tecnología vinícolas regionales, enriquecidas también por la actividad del experto italiano contratado por la Universidad, Dr. P. G. Garoglio. Los sucesivos aportes de los docentes e investigadores R. Vega, J. Formento, J. R. Morales, E. O. Flores, H. Mathey y colaboradores, realizados en las cátedras de Enología I y II; como los desarrollados en la cátedra de Microbiología Agrícola e Industrial por N. Palleroni, Rigone de Pritz, se refieren a los siguientes grupos temáticos: a) Técnicas analíticas: se concretaron métodos que fueron adoptados como oficiales argentinos, o de referencia internacional (fosfatos, ácido monocloroacético; alcoholes metílico y etílico en vinos; y azúcar en mostos); b) Selección de levaduras vínicas y cerveceras (adaptación a altos niveles alcoholicos y mejor calidad); c) Prácticas enológicas mejoradas

(aplicación del ácido sórbico y su sales como antifermentativos y del ácido metatartárico como estabilizante); d) Constitución físico-química de vinos y mostos nacionales: algunos de estos estudios sirvieron de base para la fijación de límites oficiales de tolerancia.

En lo referente a la conservación y transformación de frutas y hortalizas, el **Instituto de Ciencia y Técnica de los Alimentos (ICTA)** ha tenido una considerable influencia en el medio, ya sea por las innovaciones originales introducidas, por los cursos de capacitación dictados a técnicos intermedios, como por su papel protagónico en la gestación del CITEF, actualmente bajo dependencia del INTI. La creación en el seno de la facultad de Ciencias Agrarias de la carrera de **Bromatología** es también, en gran parte, mérito y responsabilidad del ICTA.

El citado profesor P. G. Garoglio, a través de una obra enciclopédica sobre los aceites vegetales editada por la Universidad durante el período de su contrato (1948-1953) contribuyó a la difusión de los conocimientos tecnológicos relacionados con la joven industria del aceite de oliva, complementando así el objetivo perseguido por la Planta Piloto de la Facultad.

Entre otros aportes del ICTA y de la cátedra de Bromatología, a través de los investigadores y docentes M. F. Bocklet, Arrigo Bonino, A. O. Mei, H. R. Roby, H. Estrella, A. M. Domenech de Baldini, M. Bauzá de Faliti, R. Medina de Diaz; M. E. Zimmermann, A. Gascón, así como becarios y auxiliares, merecen citarse: introducción del uso de los capachos de alambre; necesidad de la acidificación en las conservas de pimiento y su incorporación a la legislación alimentaria; mejoras en las técnicas de elaboración de conservas de tomate y su control; estudio sobre jugos semipulposos y néctares de frutas; conservación frigorífica de uvas de mesa, peras y manzanas en atmósferas modificadas; efectos de distintos tratamientos de conservación sobre el valor nutritivo y aptitud para el consumo de frutas y hortalizas diversas, y empleo de radiaciones ionizantes en la conservación de alimentos de origen vegetal y animal.

Un considerable efecto multiplicador en la difusión de correctas tecnologías en la conservación de alimentos lo tuvo la realización de 4 cursos para Asesoras de Hogar Rural del INTA, que contaron en total con cerca de 100 participantes.

Economía de la producción

En el análisis de planificación y manejo económicos de la producción

agropecuaria regional, con proyecciones nacionales, y hasta repercusión en el extranjero, se han destacado los estudios y las realizaciones prácticas del **Instituto de Economía Agraria (I.E.A.)**, a través de las dos cátedras que lo integran. Colaboran con su actual dirección, a cargo desde 1965 del profesor de Economía Agraria J. Tacchini -el que fue antecedido, retrospectivamente, por los profesores C. Gutiérrez, M. Cereza y M. A. Hurtado Delgado- el profesor L. H. Hernández y, entre otros, los docentes e investigadores J. C. Pina, A. J. Schneider, C. Guevara, K. Hiramatsu de Carballo, M. A. Gallar, D. R. Pizzi y M. E. Van den Bosch de Rosell.

El carácter de las contribuciones efectuadas obedece a una definida orientación pragmática, donde la sólida formación teórica sirvió de base a la investigación aplicada a problemas concretos. Las numerosas publicaciones realizadas cubren: costos de producción y su discusión crítica; estudios de integración agro-industrial; investigaciones de mercado; orientación de la producción con fines estratégicos a largo plazo y flexibles al corto; y modelos productivos y de desarrollo en los que se adecua la tecnología aconsejada a las características culturales y socioeconómicas del medio donde será aplicada.

Como parte de un enfoque de revaluación del factor humano dentro del esquema productivo, el I.E.A. integró equipos interdisciplinarios que le permitieron investigaciones donde la agronomía recibió los aportes metodológicos de la historia, la psicología, la sociología rural y la antropología.

El I.E.A. no se limitó a la formulación teórica, sino que fue un pionero en el país en la concreción de explotaciones demostrativas, donde se evaluaron en la práctica diferentes alternativas que constituyen «paquetes tecnológicos». Una de esas experiencias, referidas a explotación tambera en Mendoza, mereció el «Premio Nacional Fiat Concord de la Investigación en el Agro». Realizaciones similares fueron encargadas al I.E.A. por gobiernos provinciales y a su director, por intermedio de F.A.O., en la República de Santo Domingo. En lo referente a proyectos de colonización, planificación territorial y reestructuración agroeconómica, el I.E.A. realizó contribuciones de significativa magnitud en las provincias de Río Negro, San Luis, La Rioja, La Pampa y Mendoza a través de convenios y contrataciones con los respectivos gobiernos, instituciones privadas y el Consejo Federal de Inversiones.

La Universidad, a través del I.E.A. con la acción concurrente de varias cátedras de su Facultad de Ciencias Agrarias, puede acreditarse precursoras iniciativas relativas a la necesidad de la diversificación agrícola; a

las propuestas de certificación de origen, tipificación y corrección varietal de la producción vitivinícola, al fomento de la uva de mesa, y a la propuesta y demostración técnica de la factibilidad de la creación en Malargüe de un centro semillero.

Consideraciones finales.

1. La revista anterior, como se advirtió liminarmente, no pretendió ser exhaustiva, ni en cuanto a asuntos referidos ni en la mención de todos quienes han contribuido a que la Universidad haya hecho sentir su influencia en el medio agrario regional. Un estudio integral, de mayor detalle y más equilibrada ponderación, será necesario efectuar en el futuro.

Aspectos, autores, temas y pormenores específicos, adicionales a los ya citados en esta reseña, pueden surgir de la consulta de las siguientes publicaciones de la Universidad Nacional de Cuyo: **Revista de la Facultad de Ciencias Agrarias**, **Experimenta**, **Cuadernos de Dasonomía** (Instituto Forestal), **Intersectum** (cátedra de Zoología Agrícola), **Informes Científicos y Técnicos** (Instituto de Suelos y Riego), **Serie Científica** (Instituto de Economía Agraria), **Boletín de Investigaciones** (ICTA) y resúmenes de trabajos y comunicaciones presentados desde las primeras a las duodécimas Jornadas de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo y a las I y II Jornadas de Investigación y Docencia de la Facultad de Ciencias Agrarias.

Referencias sobre otros trabajos publicados en revistas nacionales y extranjeras por docentes e investigadores de la Facultad de Ciencias Agrarias pueden encontrarse en: Pauliello de Chocholous, Hebe, **Catálogo de las publicaciones de la Universidad Nacional de Cuyo, 1939-1979**, tomo I, pp. 35-95. Rectorado-Biblioteca Central, Mendoza, 1979.

2. Tanto o mayor valor que los aportes resultantes de la investigación y la experimentación directas aquí reseñadas, tuvo para el progreso del agro cuyano la labor docente de la Universidad, que enriqueció al medio con la actividad de algo más de 1.000 ingenieros agrónomos, que en función pública en instituciones provinciales y nacionales, o en ejercicio privado de la profesión, contribuyeron a elevar el nivel tecnológico del medio.

3. En estos cincuenta años de vida universitaria, la actividad creadora ha sufrido, indudablemente, las consecuencias de las periódicas crisis políticas y socio-económicas de la sociedad en la que está inserta.

Las fracturas en el orden constitucional provocaron, en cada ocasión,

el injustificado alejamiento temporal o permanente de valiosos docentes e investigadores.

La decadencia económica general, y la agrícola en particular, de los últimos lustros, quitó alicientes a las inversiones en tecnología, afectó al mercado ocupacional de los ingenieros agrónomos y desalentó potenciales capacidades.

Sin embargo, y aunque con ritmo fluctuante, la vocación y el espíritu de servicio de muchos profesores e investigadores mantuvieron ininterrumpida la labor docente y científica, franqueando limitaciones presupuestarias con los magros subsidios a los que se hicieron acreedores y adaptando sus planes de trabajo a las posibilidades objetivas.

De subsistir esta actitud positiva, dentro del panorama depresivo que nos circunda, tenemos la convicción de que, junto con la necesaria superación de la actual coyuntura, sobrevendrá, en el camino a su **Segundo Jubileo**, un renovado ciclo de **creatividad universitaria** para beneficio de la sociedad toda.

La cultura filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza

Diego F. Pró

I. La cultura filosófica argentina antes de la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras.

Por estas fechas, hace cincuenta años, el 21 de marzo de 1939, se firmaba el decreto del Poder Ejecutivo Nacional que fundaba la Universidad Nacional de Cuyo y con ella se erigía su Facultad de Filosofía y Letras. Esta Casa de Humanidades nacía al mismo tiempo que la Universidad, circunstancia que hay que destacar, puesto que en otras universidades las Facultades de estudios humanísticos llegaron con retraso. Merece señalarse esta situación, no por razones de simple cronología o de amor al dato erudito, sino por razones más profundas.

Las actividades culturales son tan diferentes que, en apariencia, parecen circular por cauces que nada tienen que ver entre sí. ¿Qué vinculación o qué nexos pueden ligar las tareas económicas, industriales, políticas, científicas, artísticas, educacionales, filosóficas y religiosas? Pero apenas se contempla con visión de conjunto las actividades culturales de un pueblo, sea su desarrollo histórico total, o bien dentro de una época o una generación, se observa que por arriba de los rasgos típicos de estas actividades, existe un fondo común de preferencias de estimaciones, de

Diego Francisco Pró

Profesor emérito de la Universidad Nacional de Cuyo. Profesor de Filosofía y Director del Instituto de Filosofía de la U.N.C. y de la U. N. de Tucumán. Ex Decano y Vice rector de la U.N.T.

Director del Instituto de Historia del Pensamiento Filosófico Argentino y Americano (U.N.C.).

Miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras, de la Academia Mediterránea (Roma) y del Instituto Superior de Ciencias del Hombre (Universidad de Pavía).

modos de ver al mundo y la vida. Consciente u omniconscientemente un mismo fondo axiológico, un común sistema de valoraciones anima todas las actividades humanas de una época, desde las de carácter técnico y económico hasta las de índole artísticas, científicas, filosóficas y religiosa. Este fondo axiológico forma parte de la tradición de un pueblo y se ha formado por obra de la eficiencia histórica de sus hombres. Constituye en cierto modo el aspecto de necesidad que presenta el proceso histórico y se concilia con el aspecto de contingencia y libertad que está representado por la acción eficiente del hombre histórico. De algún modo y en alguna medida, las valoraciones comunes que emergen de ese fondo axiológico destiñen en todas las actividades culturales y se las reconoce en sus obras.

Son precisamente las ciencias humanistas las que toman conciencia crítica del sistema de valores, estimaciones y preferencias que alientan en la vida de un pueblo y en sus actividades culturales. Y de un modo particular, el pensamiento filosófico rescata y saca a luz las valoraciones vividas muchas veces de un modo inconsciente por las gentes. La crítica filosófica desoculta en las letras, la plástica, la política, la educación, las tendencias económicas, el sistema de ideas, la concepción del mundo y la vida que late visible u ocultamente en tales actividades. De allí la importancia de las disciplinas que se cultivan en la Facultad de Filosofía y Letras. No son ellas ciencias puramente verbales y hasta podríamos decir que se da la paradoja de que en estas facultades es donde se cultiva con mayor rigor la sobriedad verbal. No abundan en ellas los hombres polifónicos. Para decirlo de otra manera: son las ciencias humanísticas las que confieren profundidad y tercera dimensión a la cultura de los pueblos.

En la Argentina de vida independiente, el cultivo universitario y técnico de la filosofía sobreviene bastante tarde. Los próceres, los grandes héroes civiles del siglo XIX tuvieron sistemas de ideas y creencias más o menos fundados, que les servían para justificar e iluminar la acción política. Era una filosofía más vivida y actuada que pensada críticamente. Si tomamos en cuenta toda la historia del país, incluyendo el período pre-independiente, encontramos las siguientes etapas o períodos filosóficos, sin perjuicio de la coherencia y continuidad del proceso histórico y del sistema de creencias básicas del Cristianismo: 1º. la filosofía escolástica, cuyo desarrollo predominante se extiende desde 1536 hasta el último tercio del siglo XVIII. Caracteriza casi todo el período español; 2º. la filosofía de la ilustración francesa, cuya penetración en el Río de la Plata se produce a fines de aquel siglo y alcanza hasta

1830. Esta filosofía mueve la acción revolucionaria de algunos hombres de Mayo, particulamente Belgrano, Moreno, Vieytes, Castelli, Monteagudo y Moldes. El segundo momento, y con el nombre de Ideología alienta la acción de Rivadavia y de los hombres que actuaron a su lado, en especial de los unitarios. En filosofía tiene como representantes a Lafinur, Fernández de Agüero y Alcorta. Bueno es advertir, siquiera sea de paso, que estas ideas de la filosofía de la Ilustración se mezclan (oponiéndose) con las de la filosofía tradicional escolástica, que explican la acción de hombres como Saavedra, el Deán Funes, Gorriti, Sáenz, Chorroarín, Fray Castañeda y tantos más. De tal modo que el proceso histórico-cultural resulta algo así como un ovillo de distintos colores. 3º. El tercer período está representado por el historicismo romántico y el eclecticismo espiritualista. La penetración del primero se produce con los hombres de la generación de 1837: Echeverría, Alberdi, Sarmiento, López. El eclecticismo espiritualista llega con la generación de los constituyentes y se extiende, a través de la docencia secundaria hasta la década de 1870-1880.

El cuarto período corresponde a la penetración del positivismo, la filosofía de Comte, Spencer, Darwin y tantos más, que se impone hacia 1880 como filosofía predominante. Junto a ella, y en oposición a ella, como una constante filosófica se prolonga la filosofía tradicional escolástica. El positivismo tiene como portaestandarte a Cambaceres, Wilde, Ramos Mejía, Podestá, Pirovano, Groussac y otros. Representan a la filosofía tradicional figuras como la de Estrada, Goyena y Frías. En un segundo momento hacia 1896, el positivismo adquiere sesgos de filosofía científica, tendencia ésta conocida con el nombre de cientificismo. La sostienen Ameghino, Piñero, Ingenieros, Matienzo, Bunge, Alvarez. La influencia de estas ideas llega hasta 1920, aunque por esta fecha ya estaban superadas.

El quinto período lo constituye la reacción antipositivista y la penetración de las filosofías idealistas, el vitalismo, la filosofía de Bergson y la epistemología francesa. Esta actitud la mantienen los hombres que comienzan a actuar alrededor del centenario, tales como Rojas, Alberini, Rougés, Peradotto, Taborda y Korn, que venía de más lejos en el tiempo, se convierte en una de las figuras importantes de esta generación.

El sexto período se caracteriza por el desarrollo de doctrinas filosóficas de sentido afirmativo: la fenomenología de Husserl, Scheler y Hartmann, la filosofía existencial de Heidegger, Sartre, Jaspers, el espiritualismo filosófico de Lavalle, Marcel y Blondel, el realismo tradicional de Garrigou-Lagrange, Gilson, Maritain, Grabmann, Sertillanges y otros. Ad-

quiere particular intensidad el estudio de la ontología y de la metafísica, antropología filosófica, la ética, la estética, la filosofía de la ciencia. A este período pertenecen los hombres de la generación de 1925: Guerrero, Astrada, Romero, de Anquín, Gugliemini, Virasoro, Vasallo, Fatone y algunos más.

Si de momento atendemos a las instituciones educativas de interés filosófico, las distintas etapas precitadas están señaladas con establecimientos que realizaron una fecunda labor de educación filosófica. Es bien sabido que en el período pre-independiente hubo dos centros de enseñanza de la filosofía: la Universidad de Córdoba (1613), con estudios de filosofía y teología y su Colegio de Monserrat; y el Colegio San Carlos (1783) en Buenos Aires, donde se educaron hombres de la Revolución de Mayo y algunas de las figuras que actuaron junto a Rivadavia. Estas instituciones impartían enseñanza filosófica de acento escolástico.

Creación de los hombres influidos por la filosofía de la ilustración fueron el Colegio de la Unión del Sur (1818), el Curso Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires (1821) y el Colegio de Ciencias Morales (1823). Estos establecimientos conocieron la enseñanza de Lafinur, Fernández de Agüero o de Alcorta. Al historicismo romántico y al eclecticismo espiritualista se debe la difusión de la filosofía en los colegios nacionales, que comienzan a fundarse durante los años de la Confederación Argentina (Colegio de Concepción del Uruguay, 1854, Colegio de San Miguel de Tucumán, 1853) y durante la presidencia de Mitre. El Colegio Nacional de Buenos Aires se fundó en 1863. En esta época adquirió gran difusión el Manual de Filosofía de Jacques, Simon y Saisset. A la época positivista pertenecen las escuelas normales, entre ellas la más famosa, la Escuela Normal de Profesores de Paraná, fundada por Sarmiento en 1870. En 1907 se anexa a la Universidad Nacional de La Plata, el Colegio Nacional de esa ciudad y se funda el Liceo de Señoritas.

Preciso es señalar una institución y una fecha decisiva en el desarrollo de la cultura filosófica argentina: la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, fundada en 1895. La fecha es significativa: dice que es una creación de los hombres del positivismo filosófico, aunque había sido una larga esperanza de la generación anterior. A partir de aquella fecha, la cultura filosófica en la Argentina ha sido obra de un largo esfuerzo en favor de su desarrollo. La Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, fertilizó el terreno cultural en el cual se habrían de dar después tantos frutos. Se la puede considerar la heredera de la tradición

humanística en nuestra patria, que arranca de los días cuando el cordobés Tejeda leía a Ovidio e interpretaba a Platón en la Córdoba del siglo XVII, y se prolonga en la sucesión de las generaciones posteriores a Mayo. Durante sus primeros años aquella Facultad recibió el apoyo de figuras como Mitre, Cané, Obligado y muchos otros.

El primer tramo de la vida de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires estuvo influida por hombres que provenían de otras facultades universitarias y que se improvisaban un poco en profesores de filosofía. Hombres competentes en sus disciplinas jurídicas o médicas aficionados a la filosofía. Recordemos los nombres de Rivarola, Matienzo, Quesada, Piñero, Rodríguez Etchart.

En 1918 y en los años subsiguientes, se produce una profunda transformación espiritual en aquella Facultad de Filosofía y Letras. Coincide el cambio con la Reforma Universitaria. Se modifica el alma, el espíritu de la casa de estudios. La renovación la traen los egresados, que llegan a las cátedras de filosofía con otros puntos de vista y sistemas de ideas con respecto a la cultura argentina. Abundan los profesores de idealismo y de filosofía bergsoniana. Con su fuerte impulso espiritualista producen la revaloración de la metafísica y echan las bases sólidas del desarrollo posterior de la filosofía en el país. Desarrollan la erudición, la crítica y la originalidad filosóficas.

La segunda institución de docencia filosófica, de nivel universitario, es la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. Cuando Joaquín V. González fundó aquella Universidad en 1905, encomendó a Víctor Mercante la organización de tres secciones: de Pedagogía, de Filosofía y de Historia y de Letras. Todas dependían de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Las secciones se fundaron 1906 y constituyen la base de lo que años después, en 1914, se convirtió en la Facultad de Ciencias de la Educación por la fusión de las secciones mencionadas y a iniciativa del Dr. José N. Matienzo. Esta Facultad se transforma en 1921, como consecuencia de los cambios culturales del país en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Durante los años iniciales se advierte la influencia y predominio de Ferreyra, Carbó y Victoria. A partir de 1918 se produce una renovación semejante a la que encontramos en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Esta segunda etapa está representada por hombres como Korn, Calcagno, Rezzano, Alberini, Ricci, Nelson, Chiabra, Ramos y otros. En la generación de 1925 surgen otros nombres: Mantovani, Guglielmini, Cassani, Romero, Arévalo, Guerrero y algunos más.

El tercer centro universitario de formación filosófica fue la Facultad de Ciencias de la Educación de Paraná, creada en 1920, de acuerdo con los términos de la ley de fundación de la Universidad del Litoral. Esta Casa de Estudios, como las que se han creado posteriormente en las Universidades más recientes, no pasó por la etapa positivista. Sustituyó a la vieja Escuela Normal de Profesores de Paraná, que podemos decir que desaparece con su último gran director José María Torres, en 1920. En aquella facultad iniciaron su enseñanza filosófica algunos hombres de la generación de 1925, entre ellos Vasallo, Fatone, Guglielmini, Reula, Ortiz de Montoya y otros. Esta Facultad interrumpió su actividad en 1930 para volver a ser restablecida posteriomente.

En la zona norte del país, en Tucumán, su Universidad fundada por la provincia en 1912, es nacionalizada dos años después. El Departamento de Filosofía aparece muchos años más tarde, en 1938 y al año siguiente se transforma en su Facultad de Filosofía y Letras. Tampoco esta Casa de estudios pasó por la experiencia positivista, aunque sí la Universidad. Allí enseñaron el profesor español García Morente y algunos hombres de la generación de 1940: Sánchez Reulet, Pucciarelli, Frondizi. Más tarde lo harán Vázquez, Farré, Gonzalo Casas, Zuchi, Pró, Dalma y algunos profesores europeos como Mondolfo, Treves, Roger y Elizabeth Labrousse, Turin y otros.

En Córdoba la Universidad funda en 1922 un seminario filosófico, que posteriormente en 1933, se trasforma en Instituto de Filosofía y finalmente en Facultad de Filosofía y Letras. Allí enseñaron Taborda, Gouiran, de Anquín, Villada Achával y algunos más. Además de todas estas instituciones, verdaderos focos de irradiación filosófica, justo es mencionar también la actividad de los Institutos Nacionales del Profesorado de Buenos Aires, Paraná y Catamarca.

Es indudable que a través del esfuerzo de todas estas Facultades e Institutos, el nivel y la intensidad de los estudios filosóficos se acrecentó notablemente en el país. Con densidad de agua dulce durante los últimos años del siglo pasado y los primeros del nuestro, fue adquiriendo con el correr del tiempo densidad de agua salada. No sólo aumentaba la erudición filosófica y se despertaba el espíritu crítico y la capacidad de asimilación, sino que también fueron apareciendo rasgos originales en algunos pensadores argentinos. A esa densidad de la cultura filosófica contribuyeron en no poca medida, prestigiosos filósofos europeos, entre los que indicamos los nombres de Ortega y Gasset, D' Ors, García Morente, Janet, Dumas, Blondel, Einstein, Keysserlin, De Ruggiero, Mondolfo, Maritain, Langevin y algunas figuras americanas como

Rodó, Vaz Ferreira y Waldo Franck.

Se comprende, a través de este sucinto repaso de los estudios filosóficos en la Argentina, que una región de la importancia geográfica, histórica y social como la de Cuyo, no podía carecer de Universidad ni, dentro de ésta, de una Facultad de Filosofía y Letras. El crecimiento, por decirlo así, automático de la cultura argentina, el progreso histórico de país en todas sus actividades, explican las condiciones preparatorias que dieron origen a la Universidad Nacional de Cuyo y a su Facultad de Filosofía y Letras hace un cuarto de siglo.

II. Los antecedentes filosóficos en la cultura de Mendoza.

No hay que olvidar, por otra parte, el hecho de que las humanidades y, en particular, los estudios filosóficos, tenían una larga tradición en Mendoza y en la región de Cuyo, especialmente del nivel que confería la segunda enseñanza. ¿Cómo olvidar los nombres de los jesuitas del siglo XVIII, los padres Francisco Funes, Esteban Sienfuentes, Juan José Godoy, que enseñaron en el Colegio de los Jesuitas, fundado en 1616?. Aquellos sacerdotes enseñaron filosofía entre los años 1757 y 1767. Los franciscanos la enseñaron en los últimos años del siglo XVIII y de ellos conservamos el nombre de fray Mariano Sayo, que dictaba la cátedra de Filosofía hacia 1808.

Durante el siglo XIX, hay que mencionar algunos colegios de segunda enseñanza y con sesgos de enseñanza superior: el Colegio de la Santísima Trinidad, fundado por San Martín en 1817. Poseía caracteres semejantes al de la Unión del Sur o si se quiere al Monserrat de la Universidad de Córdoba. El Colegio Nacional de Mendoza, fundado en 1864, aunque comenzó a funcionar en 1865, durante la presidencia de Mitre, propagó ampliamente las ideas del eclecticismo espiritualista de Jacques, Simon y Saisset. La Escuela Normal de Maestras, fundada por Sarmiento en 1878 y la Normal de Varones en 1879, difundieron por obra de los profesores egresados de la Escuela Normal de Profesores de Paraná, las ideas del positivismo filosófico y pedagógico. Basta recordar aquí los nombres de Carlos N. Vergara, Julio Leónidas Aguirre y Manuel P. Antequeda.

En nuestro siglo es preciso puntualizar otros jalones que están representados por algunas instituciones educacionales: la Escuela Normal Provincial «José Federico Moreno» (1912); la Escuela Normal Agropecuaria Industrial «Alberdi» (1915-1919), que de acuerdo con investigaciones recientes, parece haberse fundado con el propósito de

convertirla con los años en una universidad politécnica; la Universidad Popular (fundada en 1920), que entre los distintos ramos de su enseñanza bosquejó un profesorado en filosofía y letras, con planes de estudios de tres años. Sólo alcanzó a desarrollar el primero y entre sus profesores hay que recordar a don Angel Lupi, hombre de vasta cultura clásica, de formación europea, antiguo profesor de filosofía en el Colegio Nacional de Mendoza y autor de escritos filosóficos; y la Academia Provincial de Bellas Artes, creada en 1933, en cuyos planes de estudio aparecían algunas asignaturas de interés filosófico.

Por lo que hace a las personalidades que gravitaron en la docencia filosófica en Mendoza, ¿Cómo no recordar aquí a Lafinur, Llerena, von Kunowski, Sáez, Aguirre, Alvarez, Antequeda, Lupi y tantos más?

Si a estos antecedentes de la enseñanza filosófica en Mendoza, vinculamos, el crecimiento de otras actividades culturales, tales como la ciencia, las letras, las artes plásticas y musicales, el periodismo, la población estudiantil, los requerimientos económicos sociales, bien se comprende cómo la cultura de esta región del país estaba preparada para sostener y dar un fuerte impulso de desarrollo a la Universidad y su Facultad de Filosofía y Letras. Se ha dicho que la fundación de la Universidad de Cuyo llegó con algún retraso histórico. No hay que olvidar, sin embargo, la interrupción y el hiato histórico-cultural que trajo aparejado el terremoto de 1861, que repercutió indiscutiblemente en las condiciones preparatorias históricas y culturales. La necesidad social de los estudios humanísticos tenía sus propias raíces en la cultura de Cuyo. Manifestaciones de la misma aparecían cada vez con mayor frecuencia a partir de la segunda década de nuestro siglo, particularmente a través del estudiantado secundario que tenía que alejarse de sus hogares para realizar estudios universitarios en otras regiones del país. Ricardo Rojas recordó en su disertación acerca de «La Universidad», el 16 de agosto de 1939, cómo años antes, en 1929, a instancias de jóvenes presididos por Oscar Sabez, presentó al Congreso de la Nación un proyecto de creación de la Universidad de Cuyo. Y no es el único antecedente legislativo. Hay que señalar también los proyectos que presentaron en 1921 los diputados Devel, Quiroga, Raffo de la Reta, Denos, Gallego Moyano y Diógenes Taboada, y que vuelve a ser actualizado en 1924; el que presentó en 1924, el diputado nacional Dr. Francisco J. Trianes, que tampoco logró ser tratado; el del diputado Domingo Rodríguez Pinto, en 1932, para la fundación de la Universidad Politécnica de Cuyo y el del diputado nacional Dr. Corominas Segura en 1937. Todo ello sin olvido de alguna lejana página de Joaquín V. González y de los editoriales

de los diarios de Cuyo, en especial de Mendoza así como también las expresiones de deseo de sus fuerzas vivas en el terreno económico, industrial, social y educacional, que coadyuvaron para crear las condiciones favorables a la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo.

Para que el proceso histórico no se volatilice y desaparezca sin dejar huellas visibles, es preciso que se solidifique en instituciones, usos, costumbres, normas jurídicas, obras de arte, actividad científica, acción política, documentos históricos. Estas concreciones históricas se alzan un poco como las rocas en la corriente del río y perduran en el movimiento del proceso histórico. No son sin embargo todo el proceso histórico: son sus obras, sus resultados, sus coagulaciones. Hasta se podría decir que constituyen un *mínimun* de historia. Pero hay que convenir que si se prescinde de esas concreciones históricas, que son algo así como los trozos de hielo que se desplazan en las aguas heladas, el proceso histórico se vuelve imponderable y se disipa silenciosamente. Una larga y lenta incubación se reconoce siempre en el origen de las instituciones, las normas del derecho, las conquistas científicas, las creaciones artísticas y las ideas filosóficas. Naturalmente el proceso histórico-cultural que dio origen a la Universidad Nacional de Cuyo y a su Facultad de Filosofía y Letras no escapa a esta situación.

Todo el pasado intelectual del país y de Cuyo, que hemos apretado en forma de síntesis y con visión de conjunto, constituyen las condiciones necesarias y los antecedentes históricos que hicieron posible la fundación de la Universidad y su desarrollo ulterior. Esas condiciones históricas no eran menos reales en su existencia pasada que en sus consecuencias presentes al fundarse aquella Casa de Estudios. Se conjugaba así tradición e innovación, necesidad y libertad históricas. Había en esas condiciones preparatorias cierta madurez, cierta forzosidad, cierta necesidad. La fuerza de esas condiciones no significa que la Universidad tuviese que fundarse con una estructura determinada. Junto a las condiciones preparatorias hay que destacar al mismo tiempo, y con igual vigor, el aspecto de la libre eficiencia humana, de la capacidad de visión y de innovación que tuvieron los hombres que fundaron la Universidad y su Facultad de Filosofía y Letras. Esos hombres tenían conocimiento de la tradición intelectual del país y de Cuyo, del ordenamiento jurídico y de la política educacional de la Nación para dar existencia y orientación adecuadas a la nueva Universidad como realidad jurídica y cultural.

¿Quiénes realizaron la labor de preparar las condiciones históricas, culturales y materiales que dieron origen a la Universidad y su Facultad

de Filosofía y Letras? Fuera superfluo pretender puntualizar aquí sus nombres, desde que esas condiciones se extienden desde el lejano pasado intelectual, social y cultural del país y de Cuyo hasta el pasado inmediato y próximo a la fundación de la Universidad. De uno u otro modo son muchísimos los que, inclusive en el último tramo, visible o anónimamente, contribuyeron a crear esas condiciones preparatorias y favorables. Pero el momento de la Fundación y concreción históricas de la Universidad como persona jurídica y comunidad de trabajo, el momento de libertad de ese proceso histórico comienza a partir del día en que fue autorizada su fundación por la ley, en este caso, por el decreto del Poder Ejecutivo Nacional del día 21 de marzo de 1939. En ese documento figuran los nombres de los fundadores, de los que dieron existencia real y efectiva a la Universidad Nacional de Cuyo.

El decreto del Poder Ejecutivo Nacional lleva la firma del presidente de la Nación, doctor Roberto Ortiz, de su ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Eduardo Coll y de su ministro de Agricultura, doctor José Padilla. Sería injusto no destacar aquí, dentro del ámbito del Estado Provincial de Mendoza, el nombre del doctor Rodolfo Corominas Segura como gobernador fundador, que impulsó la antigua iniciativa por las adecuadas vías institucionales. En el art. 12 del decreto de fundación se designan las primeras autoridades universitarias. Ellas fueron: rector, doctor Edmundo Correas. Consejeros, señores Julio C. Raffo de la Reta y Manuel G. Lugones, por Mendoza; doctor Salvador Doncel e ingeniero Renato Aubone, por San Juan; y doctor Nicolás Jofré y señor Reinaldo Pastor, por San Luis.

La Universidad se funda con una estructura modesta, que bien pronto se ensancha rápidamente a raíz de las necesidades culturales de la región de Cuyo. El art. 5º del decreto de fundación establece las facultades e institutos de la nueva Universidad. Transcribimos:

Facultad de Ciencias: a la cual corresponden la Escuela Industrial, que continuará rigiéndose, por ahora conforme al plan aprobado el 7 de marzo de 1939, y tendrá, además, las especialidades siguientes: agrimensura, topografía, geodesia, cálculo y dibujo de cartografía, todo conforme al plan del Instituto Geográfico Militar (sede en San Juan). Escuela de Agricultura, estudios de vitivinicultura, enología, fruticultura, arboricultura, industrias de granja, lechería, etc. (sede en Mendoza). Escuela de Ciencias Económicas (sede en Mendoza). Liceo, Escuela de Comercio y Escuela Normal (sede en San Luis).

Facultad de Filosofía y Letras: a la cual corresponden los siguientes institutos y cátedras: Biblioteca, Archivo y Museo cuyano; Filosofía, Historia, Literatura (sede en Mendoza).

Academia de Bellas Artes: que comprende: Arquitectura, Pintura, Escultura (sede en Mendoza).

Conservatorio de Música: (sede en Mendoza).

El art. 9º establece las escuelas especiales y de segunda enseñanza que pasaban a depender de la Universidad Nacional de Cuyo. Ellas fueron: a) Escuela de Minas e Industrial de San Juan; b) la Escuela Superior de Comercio de Mendoza; c) la Escuela de Agricultura y Enología de Mendoza, que dependía del Ministerio de Agricultura de la Nación; d) la Escuela Normal de Maestros de San Luis. Pocos meses después se creaba la Escuela de Lenguas Vivas en Mendoza y el Instituto del Profesorado en Física y Matemáticas en San Luis. Estos dos últimos establecimientos educacionales contribuyeron, con la Facultad de Filosofía y Letras, al desarrollo de las humanidades en la región de Cuyo.

Con fecha 27 de marzo de 1939, se realizó el solemne acto en el local que fuera de la Escuela «Arístides Villanueva», en el cual se dejaron constituidas las autoridades universitarias designadas por el decreto a que hemos hecho referencia. En ese acto se dio lectura al mencionado documento e hicieron uso de la palabra para destacar la importancia de la fundación de la Universidad el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Jorge E. Coll; y el gobernador de Mendoza, doctor Rodolfo Corominas Segura; el delegado de la Universidad de Tucumán, doctor Manuel Andreossi y el rector de la Universidad de Cuyo, doctor Edmundo Correas, quien recibió para sí y para los consejeros nombrados las investiduras que se les otorgaba.

Desde el 27 de marzo hasta el 15 de agosto, las autoridades de la novel Universidad, presididas por su rector, realizaron con todo empeño las tareas de organización de la Casa de Estudios y la preparación de sus funciones universitarias. El 16 de agosto, en horas de la mañana, en solemne acto académico se inauguraban las clases en el Salón de Grados de la Universidad. En esa ocasión se escucharon los discursos del rector, doctor Edmundo Correas, del representante del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Raúl Godoy, del doctor Sofanor Novillo Corvalán, rector de la Universidad de Córdoba; del doctor Julio Presbich, rector de la Universidad de Tucumán; del doctor Rafael Arrieta, representante de la Universidad de Buenos Aires, del doctor Hilario Magliano, decano de la Facultad de Ciencias de la Educación y del Dr. Nicanor Molina, representante de la Universidad del Litoral. Ese mismo día, por la tarde, el doctor Ricardo Rojas disertaba acerca del tema «La

Universidad». Comenzaba de esta manera, hace 50 años, la vida universitaria en Mendoza y Cuyo. Y con ella la vida de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya docencia filosófica es motivo de estas páginas.

III. Tendencias y orientaciones de la enseñanza de la filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras.

La cultura filosófica de carácter universitario y técnico se inicia en Mendoza con la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras. Podemos decir que, en el sentido técnico de los vocablos, la cultura filosófica comenzó con esta Casa de estudios, aunque haya antecedentes valiosos como los reseñados.

El estudio de los planes de enseñanza, los programas, las notas de cursos y lo que no es menos importante, el conocimiento personal de los profesores que han tenido a su cargo la docencia, revelan que en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza han habido varias tendencias, actitudes y orientaciones filosóficas. Ninguna de ellas tiene carácter exclusivo y absoluto, pero algunas llegaron a ser predominantes y se reflejaron no sólo en la docencia, la investigación y las publicaciones, sino también en los criterios de gobierno universitario.

Desde la iniciación de los estudios filosóficos universitarios en 1939 hasta la realización del Primer Congreso Nacional de Filosofía, en 1949, las tendencias filosóficas predominantes en la enseñanza de la Facultad fueron las mismas que las que aparecían por aquellos años en los ambientes especializados del país, mayormente en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, que imponía sus criterios a las demás facultades humanísticas. Estas repetían, poco más o menos, las tendencias filosóficas, literarias e historiográficas de la más antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Argentina.

Muchos, la mayoría de los profesores que actuaron en la década señalada, provenían de las aulas filosóficas de Buenos Aires y La Plata. Entre los profesores de filosofía recordamos los nombres de Héctor Catalano, Luis Felipe García de Onrubia, Juan José Arévalo, Juan Villaverde, Horacio Schindler, Manuel B. Trías. Otros habían pasado por ellas, como el Pbro. Juan R. Sepich, que llegó a Mendoza desde la Facultad de Teología de San Miguel. Algunos provenían de Paraná y Córdoba (Diego F. Pró, Guido Soaje Ramos, Adolfo E. Atencio, Ricardo Pantano). Todos ellos representaban el conjunto de tendencias filosóficas de la época.

¿Cuáles eran esas tendencias? Algo hemos dicho al hablar de las co-

rrientes filosóficas en la Argentina. En los ambientes universitarios convivían hombres de larga actuación docente con otros más jóvenes, pero maduros para el quehacer filosófico. Estaban también los que hacían sus primeras armas en la docencia de la filosofía. Convivían culturalmente hombres de tres generaciones. De la más antigua, la del Centenario de 1910, las figuras más representativas por aquellos años eran las de Coriolano Alberini y Alberto Rougès. Alejandro Korn había desaparecido en 1936. Entre los hombres de la generación siguiente, de la de 1925, actuaban con la plenitud de su capacidad de estudios Luis Juan Guerrero, Vicente Fatone, Francisco Romero, Leonardo Castellani, Miguel Angel Virasoro, Carlos Astrada, Julio Rey Pastor, Carlos Cossio, Tomás Casares, León Dujovne y algunos otros. La tercera generación, la de 1940, la formaban hombres que comenzaban a actuar por aquellos años en las cátedras universitarias y entre ellos figuraban los profesores jóvenes de la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza.

La coexistencia de hombres de distintas generaciones era también convivencia de distintas tendencias filosóficas, algunas predominantes y otras que comenzaban a abrirse camino. Como hemos ya dicho, la generación de 1910 trajo la revaloración de la metafísica y desarrolló ampliamente la teoría del conocimiento, la filosofía de las ciencias y la axiología. Entre sus hombres predominaban las tendencias idealistas: las neokantianas, el idealismo italiano, las filosofías vitalistas, el pensamiento bergsoniano y los epistemólogos franceses. Hacia 1925 se difunde la fenomenología de Husserl, la filosofía de Scheler y Hartman, y comienza la penetración de las tendencias existencialistas. Conjugada con estas corrientes del pensamiento europeo, se desarrollaba la filosofía tradicional de Gilson, Garrigou-Lagrange, Sertilanges, Maritain, Grabmann, que influyen en Casares, Castellani, Terán, Quiles y otros. Las otras direcciones filosóficas estaban representadas por Romero, Astrada, Virasoro, Guerrero, Taborda, Fatone, Vasallo. En los hombres más jóvenes aparecía la profundización de los clásicos de todas las épocas, y gracias a ellos se despertó el interés por los estudios histórico-críticos en filosofía.

Naturalmente, esta situación de la cultura argentina se reflejó en las enseñanzas de la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza. En la docencia y en los escritos de los profesores Catalano, García de Onrubia, Schindler, Arévalo, Sepich, Soaje Ramos, Trías, Villaverde, Rimoldi, Atencio, Pantano y Pró reconocemos las tendencias filosóficas predominantes en la época. La breve actuación del profesor Hilario Rodríguez Sanz, se inscribe en este mismo marco filosófico.

Durante la década que transcurre entre la fecha de fundación de la Facultad y la realización del Primer Congreso Nacional de Filosofía, se difundió ampliamente el pensamiento de Bergson, Husserl, Scheler, Croce, Gentile, Hartmann, Heidegger, Ortega y Gasset, Maritain, Catherin, Gilson y otros. Entre los clásicos se estudiaba a: Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Suárez, Descartes, Kant y Hegel.

La segunda etapa filosófica de la Facultad, comienza con el Primer Congreso Nacional de Filosofía en 1949 y se prolonga hasta 1955. La realización de este Congreso, cuyo desarrollo no vamos a considerar, trajo a Mendoza un selecto grupo de profesores españoles. Algunos de ellos fueron contratados para la atención de importantes cátedras, vacantes por la incorporación a otras Universidades de varios profesores de filosofía que habían actuado durante los primeros años de la Facultad.

A partir de 1949, adquirieron vigor las tendencias filosóficas que anteriormente aparecían en conexión e integradas con importantes direcciones del pensamiento filosófico contemporáneo: el bergsonismo, el idealismo, la fenomenología, la filosofía de la existencia. Aludimos a la filosofía tradicional escolástica, que durante los primeros años de la Facultad llegaba a las cátedras por vía de sus fuentes bibliográficas y a través de autores franceses e italianos (la Escuela de Milán) y que en esta etapa arriba a través del pensamiento español. Retrocede la influencia de la filosofía germánica pasada por Madrid (Ortega y Gasset, García Morente, Xavier Zubiri, Fernando Vela y otros) y sobreviene la influencia escolástica de tradición española. Esta corriente estuvo representada con otros matices en la primera época de vida de la Facultad por los profesores Juan R. Sepich, Guido Soaje Ramos, Manuel B. Trías, Ricardo Pantano. Entre 1949 y 1955, la representan Angel González Alvarez, Antonio Millán Puelles, Manuel Trías, Guido Soaje Ramos, Ricardo Pantano, Juan Carlos Villagra y Raúl Alberto Calvo. La breve actuación de Luigi Pareyson, quien dictó un intenso curso sobre la filosofía de Fichte no tuvo ninguna repercusión inmediata. Conviene señalar, sin embargo, que el contenido de este curso fue recogido en libro, después del regreso a Italia de su autor, y la obra mereció altos elogios de la crítica filosófica europea. Otros profesores, Adolfo Ruiz Díaz, Mauricio López, Francisco Maffei, Cayetano Piccione, Manuel B. Trías, prolongaron las tendencias iniciales de la enseñanza filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras.

La tercera etapa comienza en el año 1956. Se ha vuelto a ensanchar el horizonte filosófico no sólo en cuanto a tendencias y orientaciones,

sino también por lo que atañe al cultivo de disciplinas filosóficas. Los estudios de Historia de la Filosofía han adquirido intensidad y amplitud. Los profesores Luis Noussan-Lettry, Manuel Gonzalo Casas y Arturo Roig están consagrados de lleno a los mismos. Se ha retomado el estudio de Historia de las Religiones que desarrollara durante los primeros años de vida la Facultad del Pbro. Juan Ramón Sepich. Estos estudios han recibido incremento en esta etapa con la acción del profesor Juan Adolfo Vázquez entre 1959 y 1966.

De no menor interés es el desarrollo adquirido por los estudios en Psicología dinámica y la profundidad que orientaba la enseñanza del profesor Ladislao Boda; los de Filosofía de la Historia y Antropología Filosófica, que han difundido Miguel Angel Virasoro, Rodolfo M. Agoglia y Norberto Espinosa; los estudios estéticos de Adolfo Ruiz Díaz, los sociológicos de Luis Campoy y las investigaciones del pasado intelectual argentino de Diego F. Pró. Hay que señalar, además, los trabajos y la docencia filosófica de Cayetano Piccione, Carlos L. Ceriotto y Ubaldo Mazzalomo.

La actividad filosófica concentra cada vez mayores energías de profesores, egresados y estudiantes, es visible la presencia de estos estudios en libros, revistas, boletines, cursos y conferencias. Todo lo cual permite afirmar que, si se dejan andar como hasta ahora los estudios filosóficos, se pueda considerar los primeros veinticinco años de la Facultad de Filosofía y Letras, tomados en conjunto, como una etapa de la fundación de la cultura filosófica en Cuyo.

IV. Desarrollo de la enseñanza de la filosofía.

El estudio del desarrollo de la docencia filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras, exige la consideración particular de la enseñanza de las distintas asignaturas a través del primer cuarto de siglo de la Casa de estudios. La tarea pide el estudio de qué y cómo se ha enseñado filosofía en las distintas cátedras. Una guía para esclarecer estos aspectos más concretos y particulares son los programas de las diferentes materias y cátedras, así como el conocimiento personal directo de los profesores que han tenido la responsabilidad de la enseñanza filosófica. Son los aspectos que no vamos a considerar en homenaje a la concisión.

V. Influencia filosófica de la Facultad de Filosofía y Letras.

Con la fundación de la Universidad Nacional de Cuyo, las ciudades

de esta región del país adquirieron caracteres de la universalidad espiritual. No son ya ciudades casi exclusivamente para el dinero. En ellas aparecen lugares donde se pueden cultivar las ciencias, las artes, las técnicas, la filosofía, además de intensificar la vida agrícola, ganadera, comercial e industrial. La Facultad de Filosofía y Letras ha desempeñado, de modo particular en la provincia de Mendoza, papel importante en la transformación de la sociedad. Junto a las escuelas de Artes, la de Artes Plásticas y el Conservatorio de Música, ha realizado una labor cuyas consecuencias beneficiosas son bien notables. El potente crecimiento económico, comercial, industrial, arquitectónico y científico y social, no ha sido menor en los aspectos de las humanidades y la vida cultural y en las actividades que, a la postre, hacen la vida digna de ser vivida.

La influencia de la Facultad en materia filosófica se inicia con el comienzo de sus actividades docentes de investigación en el año 1939. Esas influencias han seguido varios cauces durante el período de treinta años que consideramos, con visión de conjunto. El más inmediato es el de la vida misma de sus alumnos y la labor transformadora realizada por la Facultad y sus profesores en los sucesivos contingentes de estudiantes. Esos influjos se extendieron no sólo a los alumnos del Departamento de Filosofía, sino también a los otros Departamentos de estudios, puesto que existían siempre en ellos varias asignaturas filosóficas de estudio obligatorio, que se entrecruzaban en la urdimbre de las diferentes especialidades. La educación filosófica tuvo en los alumnos un sentido fermentativo de problemas, respuestas, actitudes, preferencias y valoraciones nuevas que iba más allá del hecho circunstancial de los exámenes y las calificaciones, para consustanciarse con la vida personal, mediante la marcación de rumbos y apertura de horizontes filosóficos. Nunca fueron los exámenes ni las calificaciones índice del inasible e imprevisible valor fermental de la filosofía en la vida de los hombres. Esas influencias decisivas de la educación y el espíritu filosófico también penetraba en el medio familiar y social, y en alguna manera pueden ser aferrados en datos estadísticos a través del número de egresados.

Otra línea de los influjos filosóficos de la Facultad se abrió precisamente cuando sus egresados comenzaron a actuar en la enseñanza media. A través de ellos ha realizado una perdurable labor de renovación filosófica en sus escuelas y colegios secundarios y especiales. Gracias a la formación filosófica especializada la enseñanza de Introducción a la Filosofía, Lógica, Psicología, Teoría del Conocimiento, Etica y Metafísica

han recibido todas un notable impulso y han contribuido a la formación humanística de los adolescentes y los jóvenes. Hasta antes de la fundación de la Facultad, la enseñanza de la filosofía en el ciclo medio de la educación se limitaba a algunas escuálidas nociones, transmitidas generalmente, con excepción de la enseñanza filosófica de egresados de facultades humanísticas y alguno que otro profesor de formación europea, por distinguidos profesionales de otras carreras, que no hacían de la educación una consagración definitiva y que eran por lo general aficionados en filosofía. La presencia de los egresados de la Facultad cambió la calidad filosófica de la enseñanza, cambió su espíritu, transformó los métodos y formas propedéuticas, produjo cambios en los planes de estudio e influyó en los criterios de gobierno educacional en tales establecimientos.

El tercer cauce de las influencias filosóficas de la Facultad, la hallamos en la proyección social de la labor docente y de investigación. Durante los treinta años que abarca el lapso que estudiamos, muchos conocimientos, actitudes y preocupaciones filosóficas, han llegado al medio social de Mendoza y de la región de Cuyo, a través de congresos, jornadas, mesas redondas, paneles y conferencias. Parte de esa labor ha sido realizada por el Instituto de Filosofía, fundado en 1943. Gracias a las publicaciónes especializadas, como la revista **Philosophia** y los libros de sus profesores, la presencia filosófica de la Facultad ha ido más lejos y ha llevado su nombre a todo el país y a los más importantes centros filosóficos del exterior. Y es indudable que estas publicaciones intelectuales y educacionales de la región han acrecentado su densidad cultural.

Uno de los hechos filosóficos más importantes durante el período que estudiamos fue la realización del Primer Congreso Nacional de Filosofía, que tuvo lugar en Mendoza en 1949. La iniciativa de ese Congreso partió de la Facultad de Filosofía y Letras y de su Instituto de Filosofía, dirigido por el Pbro. Juan Ramón Sepich. La preparación y organización del Congreso adquirió proyecciones nacionales e internacionales, y en esta etapa contó con la dirección técnica del doctor Coriolano Alberini, vinculado a la Universidad Nacional de Cuyo desde su fundación, a quien secundaron en sus tareas los doctores Luis Juan Guerrero y Felipe García Onrubia, y un conjunto de profesores universitarios.

Este Congreso, que fue prohijado por la Universidad Nacional de Cuyo y contó con el apoyo de todas la universidades y del gobierno nacional, ejerció indiscutiblemente profunda influencia en el contorno

social de Cuyo y de la Argentina, no sólo por la asistencia de relevantes figuras europeas, de América y el país, sino porque esa repercusión se prolongó a través de los tres valiosos y nutridos tomos de las Actas.

Hay que señalar también las Segundas Jornadas Universitarias de Humanidades (1964), organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza, de gran importancia como lo muestran, por un lado, el rico y denso volumen de sus Actas y, por otro, la publicación de la historia de aquella Facultad en sus primeros veinticinco años de vida.

No quisiéramos dejar de puntualizar la influencia en el concierto de las demás Facultades y Escuelas Universitarias. En los primeros años de la Universidad Nacional de Cuyo, las influencias fueron decisivas. Nació la Facultad al mismo tiempo que la Universidad, junto a la Facultad de Ciencias, la Academia de Bellas Artes y el Conservatorio de Música. Poco después se creaba el Instituto del Profesorado en Física y Matemáticas en San Luis, la Escuela de Lenguas Vivas y el Instituto del Petróleo en Mendoza, y la Escuela de Ingeniería en San Juan. Los elementos humanísticos que figuraron en esas facultades y escuelas, Institutos y Escuelas, así como en los establecimientos de segunda enseñanza dependiente de ellos, se deben a la orientación humanística predominante durante aquellos años en la política educacional de país, representada en Mendoza por el primer rector fundador, doctor Edmundo Correas y los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, entre ellos Ireneo Fernando Cruz, Juan Corominas, Ricardo Callais-Bois, Salvador Canals Frau, Bruno Roselli, Claudio Sánchez Albornoz, Enrique Anderson Imbert, Julio Cortázar, Juan José Arévalo, Juan Villaverde y algunos más. La inspección general de enseñanza secundaria desempeñó una eficaz labor de asesoramiento, presidida por el doctor Ireneo Fernando Cruz.

Con los años, aquellas escuelas universitarias que nombraba el decreto de fundación de la Universdad se convirtieron en Facultades: la de Agronomía o Ciencias Agrarias; la de Ciencias Económicas; la de Ingeniería; el Instituto Pedagógico de San Luis, más tarde transformado en Facultad de Ciencias de la Educación. Se crearon Facultades nuevas y nuevos institutos de investigación: la Facultad de Medicina, la de Ciencias en San Luis, el Instituto (después Facultad) de Estudios Políticos. Al irse constituyendo en su vida histórica la Universidad Nacional de Cuyo, realizándose el concepto universal concreto de tal, la Facultad de Filosofía y Letras retrajo su influencia interuniversitaria, muy vigorosa durante sus primeros años. A diferencia de otras universidades argentinas, en la cuales las Facultades humanísticas llegaron con

retraso, y fueron siempre un poco las Cenicientas de la vida universitaria, en la de Cuyo la Facultad de Filosofía y Letras fue de las primeras en organizarse y tuvo presencia predominante, en el período que consideramos, y más tarde un lugar honroso en el concierto de todas las Facultades de la Universidad de Cuyo.

VI. Conclusiones.

Tras este recorrido de la enseñanza filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras, podemos asentar algunas observaciones generales.

1º. En estos casi treinta años filosóficamente se sucedieron tres fases que podemos ubicar entre estas fechas: 1939-1949; 1949-1955; y 1956-1966. En el lapso comprendido entre los primeros años, las tendencias filosóficas que se cultivaban en la Facultad coincidían con las de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y de la Argentina en general. No se dialogaba en círculo con un solo filósofo o una única época, sino que se leían los clásicos, los modernos y los autores contemporáneos. La recepción de esas corrientes filosóficas se hizo a través de los jóvenes profesores de filosofía que se incorporaron a la novel Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza y de un modo directo por el asesoramiento de antiguos profesores de aquella casa de estudios, particularmente del doctor Coriolano Alberini y sus alumnos.

Hacia 1947 la enseñanza filosófica comienza a adquirir sesgos tradicionales escolásticos, de acentos especialmente tomistas o neotomistas, de decidido carácter hispánico, especialmente en las lecciones, cursos y publicaciones del Pbro. Dr. Ramón Sepich. Esta corriente se vigoriza en 1949, después del Primer Congreso Nacional de Filosofía con la contratación de algunos profesores españoles que habían participado de aquel Congreso de Filosofía. Hay que recordar a los doctores Angel González Alvarez y Antonio Millán Puelles, quienes escribieron obras filosóficas y docentes, creando la Sociedad Cuyana de Filosofía, y dejaron huellas perdurables entre sus alumnos. Hay que mencionar, además, la figura del Dr. Hilario Rodríguez Sanz, traductor de la **Etica** ... de Max Scheler, de formación Orteguiana, que actuó por aquellos años en la Facultad.

A partir de 1956 y hasta 1966 la enseñanza filosófica vuelve a adquirir el carácter abierto que había reunido en los años iniciales de la Facultad. Se conjugan las corrientes de la filosofía: La fenomenología de Husserl, Scheler y Hartmann, el existencialismo de Heidegger y Sartre; algunas cátedras introducen el conocimiento de Mircea Eliale, Levinas,

Marcuse, Ricoeur, Zubiri, Julián Marías y otros. Entre los profesores de ese decenio figuran Miguel Angel Virasoro, Rodolfo Agoglia, Juan Adolfo Vázquez, Manuel Gonzalo Casas, Diego F. Pró, Luis Noussan Lettry, Carlos Ceriotto, Adolfo Ruiz Díaz, Ubaldo Mazzalomo, Nolberto Espinosa, Luis Chacón, Hilda Calderón de Baldrich, Ladislao Boda, Arturo A. Roig, Cayetano Piccione. Los estudios de Historia de la Filosofía, de las Religiones y del Pensamiento Argentino adquirieron particular intensidad y se objetivaron en publicaciones especiales.

2º. Hay que asentar, como aspecto no favorable a la enseñanza e investigación filosóficas, el frecuente cambio de catedráticos, a veces por transferencia a otros centros universitarios, a veces por decisiones personales o políticas. La labor de formación de discípulos, y aún la de simples alumnos, pide tiempo, esfuerzo y continuidad. Con actuaciones docentes de investigación más o menos precarias poco se puede hacer en profundidad en materia filosófica. La inestabilidad de los profesores, que con frecuencia han tenido que desarraigarse de su medio social debido a los desplazamientos del poder político son dañosísimos y constituyen un grave síntoma de inestabilidad social. Para el desarrollo fecundo de la filosofía no basta con el respeto casi místico de las gentes. Es preciso satisfacer tres exigencias: libertad de cátedra, estabilidad en las funciones docentes y de investigación y apoyo de medios suficientes (bibliotecas, recursos, etc.).

3º. La Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza ha realizado en los tres primeros decenios de su vida, una intensa labor filosófica. Ella se ha reflejado en las tareas cotidianas en la enseñanza e investigación, y en la vida y desarrollo de su Instituto de Filosofía. Buen testimonio de esa labor, que celebramos en este cincuentenario de la Universidad, son los congresos y jornadas, las conferencias, mesas redondas, publicaciones y revistas, entre las que hay que destacar la revista **Philosophia**, la de Historia de las Religiones y la colección de obras filosóficas producidas por sus catedráticos.

4º. Un aspecto de no menos interés es la seria formación filosófica de sus egresados, algunos de los cuales han continuado ahondando estudios en universidades europeas, norteamericanas y latinoamericanas; y cuya contracción, preparación y perseverancia les ha permitido incorporarse al claustro filosófico de la Facultad. En esta situación se hallan, a fines del tercer decenio, algunos profesores titulares, adjuntos y jefes de trabajos prácticos.

5º. La eficiencia universitaria de la Facultad se puede apreciar, por lo demás, en un hecho significativo: después de treinta años sus profesores, egresados y estudiantes iniciaron la delicada tarea de autogobernar la Facultad. Y bien se sabe que la madurez de las Facultades, Escuelas e Institutos Superiores, se puede valorar por su capacidad de autogobernarse. Por cierto, esa capacidad es un aspecto del impulso vital creador de la misma Facultad, que ha sido eficaz, crítico y constructivo para realizar los altos fines y objetivos de esa comunidad de docencia, investigación y cultura que animan la Universidad Nacional de Cuyo.

6º. Esta fragmentaria revisión de la cultura filosófica en la Universidad Nacional de Cuyo, que hemos recorrido desde 1939 hasta 1966, quizá ayude a tomar conciencia histórica de su pasado intelectual y documente la fuerte irradación filosófica realizada por la Facultad de Filosofía y Letras. Mucho se había hecho en ese tramo de su historia, pero mucho habría de hacerse posteriormente. Pero su estudio requiere otras páginas.

Universidad Nacional de Cuyo, después de medio siglo

Alberto F. Puchmüller

El Cincuentenario de la Universidad Nacional de Cuyo es un acontecimiento sociocultural de innegable magnitud para buena parte del país. Lo es para Mendoza, su sede actual e inicial, y lo es también para San Juan y San Luis, que fueron asimismo sedes facultativas durante treinta y cuatro años de quehacer solidario. Lo es para una región que abarcó al comienzo las tres provincias cuyanas y, por obra y gracia de la influencia ejercida por la radicación de sus egresados, se ha extendido fundamentalmente hacia el centro-oeste del país

Alberto F. Puchmüller
Licenciado en Bioquímica (U.N.Cuyo-San Luis).
Profesor de la Facultad de Química, Bioquímica y Farmacia.
Rector de la Universidad Nacional de San Luis.

A partir de mayo de 1940, en ambientes cedidos por el Colegio Nacional «Juan Crisóstomo Lafinur», situado frente a la tradicional Plaza Pringles, los docentes designados para poner en marcha el Instituto Nacional del Profesorado de San Luis iniciaron una tarea nada fácil; se trataba de organizar un establecimiento destinado a la formación de profesores en matemáticas, física y química en una *tierra de maestros* y con un plantel mayoritariamente foráneo. Quien se interese por la historia reciente de esta región, podrá encontrar un testimonio por demás atractivo y ameno en las páginas de un libro **La Argentina que yo viví (1927-1944)**, que editó en México no hace muchos años el Dr. Juan José Arévalo, prominente pensador y ex-presidente de Guatemala,

quien dirigiera el Instituto Pedagógico de San Luis (sucesor del organismo precitado) entre 1941 y 1942. Allí se incluyen episodios donde la precisión de las anécdotas permite conocer el ambiente puntano, una comunidad mediterránea de arraigadas costumbres que reaccionaba con algún recelo frente a esta invasión ilustrada de jóvenes diplomados provenientes en su mayoría de La Plata y Buenos Aires. Fue, sin duda, un sacudón decisivo para la calma proverbial de una población cercana a los treinta mil habitantes, buena parte de los cuales vieron en los recién llegados la avanzada de los tiempos nuevos, que arremetía, quizá sin proponérselo, contra una tradición recoleta y ensimismada; que proponía a la juventud un cambio de actitud hacia horizontes nuevos, liberados de prejuicios y sectarismos hasta entonces dominantes.

Con los vaivenes esperables en un período de cambios políticos a nivel mundial y nacional, el Instituto pasó años más tarde a constituir la Facultad de Ciencias de la Educación. La matrícula se incrementó considerablemente y el Profesorado en Filosofía y Pedagogía sumó nuevos docentes a la cátedra sanluiseña. Llegó entonces un período de rápido desarrollo que aceleró el crecimiento cualitativo y cuantitativo de la Facultad puntana, que pasó a denominarse de Ciencias en 1958, superando el millar de estudiantes y mostrando la influencia cada vez más significativa de la Escuela de Química, Bioquímica y Farmacia.

San Luis fue entonces, junto con San Juan, bastión del pensamiento reformista en el ámbito de Cuyo, resultando ambas representaciones en el Consejo Superior de la U.N.C. artífices de proyectos innovadores para la Casa cuyana. Uno de los primeros profesores incorporados a San Luis, el Dr. Pascual A. Colavita, fue electo para desempeñarse como decano de la Facultad, llegando a ejercer el rectorado de la Universidad Nacional de Cuyo. Su mandato se caracterizó por una administración minuciosa donde los principios de periodicidad de la cátedra, perfeccionamiento de los jóvenes docentes e investigadores en el exterior y apertura de carreras allanó el camino hacia el afianzamiento de lo que ha sido una característica predominante en los institutos universitarios sanluiseños: sólida formación básica y auspicio a la investigación científica. Ya se contaba con más de quinientos docentes y cerca de tres mil alumnos en 1970, y en ese año el Consejo Superior dispuso la subdivisión de nuestra Casa en las Facultades de Ciencias Físico-Químico-Matemáticas y de Pedagogía y Psicología.

Hacia 1972 se generó un movimiento coincidente con el énfasis dado a la creación de nuevas universidades -el llamado «Proyecto Taquini»- que condujo a la división de la Universidad regional en tres Casas de

Estudio: Cuyo, San Juan y San Luis. El 10 de mayo de 1973 fue promulgada la Ley 20.365, de creación de nuestra Universidad Nacional de San Luis, abarcando las facultades preexistentes en nuestra capital y creando la Facultad de Ingeniería y Administración con sede en la ciudad de Villa Mercedes. Presidió nuestra Casa el Prof. Mauricio A. López y en el breve período de su mandato se avanzó en materia de renovación curricular, elaboración de un proyecto de departamentalización y énfasis en la misión cultural de la Universidad, a través de una tarea de extensión que encontró eco y acompañamiento en la comunidad.

Pero los acontecimientos políticos nacionales troncharon esta época de intensa labor universitaria. Instalada la dictadura militar, nuestra Casa no se vio exenta de persecuciones ideológicas y marginación de alumnos y profesores que no sólo deterioraron los planteles, forzando el éxodo de docentes formados e investigadores calificados, sino que sustituyeron el clima de pluralismo y participación por el ambiente inhóspito del autoritarismo y el silencio.

Vuelta al anhelado ambiente democrático la sociedad argentina, en 1983, inició un período de recuperación institucional que transitamos hasta hoy. La juventud estudiosa de la región Centro-Oeste (área de influencia que para nuestro caso se extiende desde las provincias andinas hasta proximidades de la costa atlántica y desde el noroeste hasta la Patagonia) acudió masivamente a los claustros universitarios puntanos, incrementando la matrícula a más de 8.000 alumnos en el corriente año. En consonancia con este crecimiento, en los últimos dos años se han construido 35.000 metros cubiertos de aulas, laboratorios y ámbitos para acción cultural y administración. La U.N.S.L., continuidad de la hemicentenaria Casa cuyana, no olvida sus raíces.

A esta altura del camino, es posible analizar la influencia ejercida por nuestra Casa de Estudios en el desarrollo de la sociedad que es marco y destino de este quehacer. Y digo *nuestra Casa* por varias razones: por nacimiento y permanencia pertenezco a Cuyo; por trayectoria académica he sido sucesivamente estudiante, integrante de los cuerpos de gobierno y luego egresado y docente de la U.N.C. Hoy, en virtud de la vigencia del sistema democrático que rige la vida universitaria nacional, ejerzo por segundo período consecutivo la conducción de una de las tres Universidades Nacionales que, nacidas en el seno de la Institución fundada en 1939, sirven a la región sin perder la idea de origen y destino compartidos. Por ello, al recordar el discurso inaugural de los cursos universitarios en San Luis, el 6 de mayo de 1940, se me hace presente la mención de una pregunta lanzada por Pasteur en otro

tiempo y otro sitio, pero que se expresó entonces y hoy suena admonitoria y sincerante para la universidad de aquí y ahora: *¿Qué he hecho por mi país?*

Creemos que la Universidad Nacional de Cuyo puede responder con la elocuencia de los hechos esta requisitoria. Cuesta hallar ámbito cultural, área profesional o proyecto comunitario donde no haya participado algún egresado de nuestras Casas de Estudio. En estos azarosos años de la vida argentina, Cuyo y las regiones circunvecinas que reciben su influencia han visto modificar su vida política, estructura institucional y quehacer económico. En tal proceso, hombres y mujeres formados en nuestros claustros han sido mayoritariamente protagonistas identificados con los principios básicos que *en la universidad y más que nada en ella, por ser una república de estudiantes*, aprendieron y ejercieron: el respeto irrestricto a los derechos que hacen a la condición humana, libertad de pensamiento, libertad de expresión, aversión a toda forma de cercenamiento de la búsqueda y defensa de la verdad y la justicia. Hoy queremos resaltar aquí la figura de un egresado de la Universidad Nacional de Cuyo que ofrendó su vida en aras de esos ideales superiores: el profesor Mauricio Amílcar López, primer rector de la Universidad Nacional de San Luis, maestro y amigo que estará siempre presente en la conciencia de los universitarios de Cuyo.

Podemos afirmar que San Luis, como parte integrante de la Universidad Nacional Cuyo, ha aportado el trabajo meritorio de sus egresados, ya sea en funciones de docencia de todos los niveles y en toda la extensión del país, como en centros de investigación y empresas públicas y privadas, en Argentina, en toda América y aun en Europa y Asia. Educación, salud, energía nuclear, informática, minería y tecnología química, por mencionar algunos ejemplos, son manifestaciones concretas de las múltiples aplicaciones que la formación en Ciencias Básicas y Educación -característica que ha otorgado bien ganado al quehacer universitario puntano- ofrece a la juventud.

Afirmamos una vez más que las Universidades de Cuyo tienen un derrotero común a transitar; de ahí nuestro ahincado esfuerzo por establecer cursos de acción que reúnan a nuestros docentes, investigadores y alumnos en procura de metas definidas en función de las expectativas de una comunidad compuesta esencialmente por hombres y mujeres capaces de construir el futuro con sus manos, con la lucidez del intelecto, pero también con la fuerza de la esperanza.

Al celebrar estos primeros cincuenta años de la U.N.C., asumimos el compromiso de proseguir fraternalmente un camino progresista.

Sentido y arquitectura de la Universidad

Arturo Andrés Roig

1. Preliminares

Partiremos de la distinción establecida por Frege entre "referente" y "sentido" de un signo. Por cierto que haremos un uso traslaticio de esos conceptos en cuanto que no pretendemos hacer una investigación de tipo semiótico. De todos modos, el hecho de que con la palabra "Universidad" no quede sabido lo que con ella se quiere decir depende precisamente de un problema de identificación del referente y esa identidad se alcanza cuando captamos el sentido con el que es enunciado el término. Dentro del análisis de tipo fraseológico o discursivo ese sentido se lo establece a partir de ciertos "rasgos" lingüísticos, método que no seguiremos aquí por lo ya dicho.

Podríamos decir que nos vamos a poner -si la mediación del lenguaje nos lo permite- en un momento anterior al de la manifestación de aquellos rasgos, a saber, el de la experiencia, tanto la que podemos leer en textos con suficiente densidad como en la propia. Nos vemos asimismo en la obligación de decir que lo que aquí entendemos por esa experiencia que pretendemos rescatar no se reduce a una constatación sino que incluye dentro de ella, como toda experiencia plena, las formas ideales que integran cualquier *constructo* mental con el que se pretende ordenar una acción. Ese aspecto de "idealidad" nos permite captar

Arturo Andrés Roig

Ex-profesor principal de la Universidad Nacional de Cuyo, Universidad Nacional de San Luis, Universidad Autónoma de México, Pontificia Universidad Católica del Ecuador y Universidad Central del Ecuador.

Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Investigador Principal del CONICET. Director General de CRICYT (Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Mendoza). Condecorado por el Estado Ecuatoriano con la Orden del Mérito Cultural y miembro de numerosas sociedades académicas.

uno de los valores semánticos de la noción de "sentido", la que se resuelve básicamente más que nada en una "direccionalidad". En efecto, en el caso de los referentes, que pertenecen al orden de la cultura, no sería plenamente captable su "sentido" si no tuviéramos en cuenta ese movimiento que les es esencial. Precisamente por eso no nos proponemos hablar de la "estructura" de la Universidad sino de su "arquitectura" (un individuo o una institución, en este caso) que posee un arte o una ciencia y que con ellos dirige u ordena una construcción.

En este ensayo centraremos nuestras consideraciones sobre el tema propuesto teniendo en cuenta dos importantes y sugestivos textos de comienzos de siglo que muestran un conjunto interesante y por momentos notable de coincidencias "La Universidad del porvenir" (1916) de José Ingenieros (cfr. **La Universidad del porvenir y otros escritos**, Bs. As., ed. Meridión, 1956, p. 15-37) y "Misión de la Universidad" (1930) de José Ortega y Gasset (cfr. **Obras completas**, Madrid, Revista de Occidente, 1947, tomo IV, p. 313-353). Ambos nos han dejado apreciables ideas, fruto de sus propias experiencias personales, acerca del sentido que la Universidad tiene en cuanto institución social, vale decir, histórica, y nos ofrecen sanos criterios que nos permiten, a su vez, capitalizar nuestra experiencia y expresar nuestras ideas.

2. Palabras originarias

Las palabras originarias son siempre una vía para aproximarnos a las definiciones en la medida en que nos abren a contenidos semánticos que en unos casos nos ayudan por su vigencia, en otros por su ausencia y en otros, en fin, por sus modificaciones. Atendiendo a esas posibilidades, debemos preguntarnos por el sentido de la vieja palabra "Universidad".

El término *Universitas*, que pertenece al latín clásico, no tenía como referente en sus orígenes una institución educacional, al modo como ahora, de manera inevitable, lo entendemos, sino que debía ir en cada caso acompañada de una especificación que le daba el contenido. Simplemente *Universitas* significaba un "conjunto" o un "todo" de algo, el que si no era señalado dejaba vacía la expresión. Y así, en los primeros textos, entre fines del siglo XII y comienzos del XIII se hablaba de *Universitas magistrorum et scholarium* y a la vez de *Universitas litterarum*, con lo que se quería decir: "el conjunto (o el todo) de los maestros y los escolares" y, a su vez, el "conjunto (o el todo) de los estudios". Lógicamente *Universitas* podía expresar la noción de "conjunto" respecto de otras cosas. Más tarde la palabra *Universitas* pasó a significar un conjunto por antonomasia, y la palabra "Universidad" no necesitó ser aclarada.

Lo interesante para nosotros es el modo como inicialmente se cualificó a la Universidad. En efecto, se la caracterizaba, por una parte, como una reunión de maestros y alumnos, y por la otra, como un conjunto de saberes. Estos por cierto, aparecían también especificados, en la medida en que no se trataba de una sabiduría oral, sino de saberes que recibían su cualificación del hecho de ser escritos, es decir, literarios.

A su vez, el "conjunto de saberes" *(universitas litterarum)* en función de una inevitable división del trabajo intelectual, se ordenó en "facultades" *(facultati)* dándole a este término el alcance de "ciencias" o "artes", pero también el de "capacidad" o "virtud". Aún en nuestros días se mantienen ambos sentidos cuando decimos "estudiar en la facultad de..., tal o cual ciencia o arte (matemáticas, medicina, etc.) o decimos "estoy facultado para... ejercer o enseñar (la medicina, las matemáticas, etc.).

Esta brevísima excursión en la historia del término nos pone frente a aquellos valores semánticos que decíamos nos ayudan en un intento definicional. Resulta evidente que se expresa con él una unidad y a la vez una diversidad. También, en cuanto en unos casos resulta cualificado de un modo y en otros, de manera diferente, ya sea que se hable de la totalidad de quienes integran la institución, o del todo de los estudios que en ella se llevan a cabo, resulta claro que se están señalando dos estructuras que se condicionan mutuamente. Los estudios existen por los estudiosos, mas éstos están divididos según los estudios. Podríamos también hablar de una doble tensión entre "diversidad" y "unidad" que le da al viejo término un fuerte sentido dialéctico. El antiquísimo ejemplo de la armonía del arco y de la lira imposible sin una tensión de contrarios, tal como nos lo explicaba Heráclito, se nos viene inevitablemente a la memoria. La tensión implica, además, direccionalidad, en cuanto que si bien la pluralidad se opone por definición a la unidad y viceversa, hay un movimiento de la una hacia la otra. Y, a propósito de esto, debemos dejar bien en claro que no se trata de una "unidad" mítica al modo como lo era "Lo Uno" en la filosofía de los neoplatónicos que atraía hacia sí al mundo "inferior" de lo "múltiple". Estos esquemas no nos sirven, sin duda, para explicar una institución -histórica, como lo son todas las instituciones- en la que tanto valen y con igual peso los estudiosos, como los estudios. En una Universidad cabal los maestros y los estudiantes construyen su unidad en el trato diario y, a su vez, en conjunto la del mundo del saber como totalidad. La "unidad" en el doble sentido que muestra la Universidad según sus viejos contenidos

semánticos *(universitas magistrorum et scholarium y universitas litterarum)* es el fruto de una construcción histórica.

3. "Profesionalismo" y "cientificismo": negación de la universidad.

En un primer nivel, pues, el término "Universidad" alcanza su sentido atendiendo a esa doble tensión que marca aquel aspecto de direccionalidad que señalábamos inicialmente al hablar de los signos. Mas, también decíamos que esa direccionalidad no sólo surgía de lo que podríamos entender como el ser del referente, sino también de su deber ser. La Universidad es una unidad con una interna movilidad dialéctica. Ahora bien, ¿en todos los casos se logra alcanzar esa unidad? Tal es precisamente el problema que se plantean Ingenieros y Ortega y Gasset en sus sendos estudios. El primero de ellos nos decía que era justo reconocer que en nuestras universidades *las facultades que se destinan a la formación de profesionales... producen abogados, ingenieros, médicos, etc., cuya preparación es muy completa. Pero lo que ha desaparecido al mismo tiempo que se han desenvuelto esas Facultades* -concluía- *es la Universidad...* (p. 16). Y así como nuestro filósofo denunciaba el vicio que suele llamarse "profesionalismo", el pensador español, por su parte, insistía con fuerza en otro defecto que asimismo implica la desaparición de la Universidad: el "cientificismo". *Ha sido desastrosa* -nos dice- *la tendencia que ha llevado al predominio de la "investigación" en la Universidad. Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura* (p. 339), con lo que quería decir Ortega -como veremos enseguida al tratar qué entendía por tal- que lo que se había eliminado era la Universidad.

No cabe duda que en aquel intento de determinación del sentido de la palabra "Universidad" habíamos dado más con un deber ser que con un ser, el que en casos límites puede llegar a reducirse a un edificio el que, invertidas las relaciones, da nombre de "universitarios" a quienes lo habitan. Tal cosa es la que nos quería decir Ingenieros cuando afirmaba que *no existen estudiantes universitarios, sino estudiantes de una profesión determinada* (p. 35).

Parafraseando a Kant diríamos que las universidades, sin sus escolares, sin sus maestros, sin sus facultades, son "vacías" y sin principio categorizador que les dé unidad, son "ciegas". De aquí surge una pregunta que mueve tanto a Ingenieros como a Ortega, ¿cuál es ese principio que nos permite no estar ante una institución vacía y ciega, sino ante otra, plena y con clara visión de sí misma? Tal vez debamos ciertamente aclarar la paráfrasis y decir que eso de "vacío" puede darse -y

esto sonará a paradoja- aún estando las aulas repletas de docentes y de alumnos.

Ahora bien, absurdo sería suponer que las críticas de Ingenieros y Ortega al *profesionalismo* y al *cientificismo* implicaban un rechazo de ciertas funciones que son para ellos irrenunciables en cuanto derivan de la misión eminentemente docente y a la vez social de la universidad: la formación de profesionales y la alimentación del saber que para ello se requiere, en el campo investigativo científico. El problema que plantean es el de las relaciones entre ambas funciones y el de la adecuación de la una a la otra que les da especificidad. Y la cuestión más importante para ambos filósofos es la de saber si son las únicas funciones o si, por el contrario, no habrá otra más alta que, englobándolas, les dé su cabal sentido universitario haciendo, como decíamos, de principio universalizante y conformador.

Pues bien, con el avance del conocimiento y de las técnicas se ha quebrado la antigua Universidad. Se trataba entonces de restablecer y reorientar la función de organización perdida y de encontrar, además -según pensaban nuestros dos filósofos- un organismo dentro de la propia Universidad que promoviera una cultura actualizada, interdisciplinaria y universal, una especie de lugar de encuentro, en un alto nivel, de todo lo desperdigado. En esta idea coinciden Ortega e Ingenieros, a pesar de las diferencias epocales que no alcanzan a afectar planteos comunes.

4. El punto de arranque: el "sistema de ideas generales".

Veamos la primera cuestión, la del restablecimiento y reorientación de la función de organización del saber, tema que en Ingenieros se plantea como una exigencia de alcanzar una "arquitectura espiritual" o "ideológica" y en Ortega como una propuesta de sistematización de lo que denomina "cultura". Interesa saber que ambos parten de la existencia de un nivel en el que de modo espontáneo se da ese plano que se desea alcanzar. *Cada sociedad* -nos dice Ingenieros-, *en cada época, engendra "sistemas de ideas generales" que influyen de manera homogénea sobre la conciencia colectiva y son aplicados a la solución de los problemas que más vitalmente les interesan* (p.15). Ortega, refiriéndose al mismo fenómeno, nos dice que ese "sistema" es una respuesta del hombre al caos con que inicialmente se le presenta la experiencia del mundo. Frente a él, el ser humano -nos dice- trabaja por encontrar "vías", "caminos", es decir *ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el*

mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra (p.321).

Y aquí aparece una de las primeras tareas que constituye parte de la misión de la Universidad: incorporar esas visiones en la medida en que sean adecuadas a los tiempos y a las necesidades. En efecto, Ingenieros nos declara que esa "ideología del pueblo" en cuyo contenido es posible distinguir doctrinas, normas e ideales, debe ser asumida por la Universidad *cuya función específica consiste en coordinar esos elementos, organizándolos en disciplinas científicas...* (p.16) y con algunos matices diferenciales Ortega nos viene a decir algo equivalente cuando nos habla de que dentro de ese mundo de ideas y de convicciones propias de cada época hay un *sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo* (p.342) y que es lógicamente el que ha de tener en cuenta la Universidad.

Así, ya sea que el "sistema de ideas generales" deba ser asumido en otro nivel en cuanto es expresión de renovación y no de vejez y, por eso mismo, no es anti-científico, ya sea que está dado en ese núcleo de "ideas vivas", abandonado todo lo muerto, la función de síntesis que ha de cumplir la Universidad parte en todo momento de una comprensión del mundo y la vida, espontánea primero y reelaborada después, que no puede ser ignorada.

Nos parece en este momento interesante detenernos en algunos conceptos de Ingenieros que nos ayudan a explicar las tareas de la Universidad particularmente en relación con la sociedad dentro de la cual funciona. Aquel "sistema de ideas generales" constituye para él un "pensamiento", concretamente el de un pueblo en un momento dado de su historia. Ahora bien, se trata de un pensar atado a la acción, por lo que es posible reconocer en él no sólo un cierto "cuerpo de doctrinas" surgidas de una experiencia, sino también un "plan normativo" con el que se regulan los individuos y los grupos y por último, una "previsión de ideales" en los que se encuentra incorporada toda la proyectiva social, incluidas en él las formas de un pensamiento utópico. Con todo ello queda en claro que aquel "pensamiento" es expresado a través de tres formas enunciativas básicas, el juicio categórico, el de valor y el hipotético, mas, incorporados en la praxis de la vida cotidiana. La tarea de la Universidad, en este caso, radica en recibir ese tesoro de conocimiento -depurando los residuos de lo caduco que se encuentra en él- y llevarlo a un "nivel de cultura superior" que no puede ser sino científico. *La Universidad* -dice- *debe representar el saber organizado y sintetizar las ideas generales de su época: ideas que son producto de la sociedad,*

derivadas de sus necesidades y sus aspiraciones. Para ello necesita adaptarse incesantemente a las nuevas orientaciones ideológicas; si no lo hace, deja de ser un instrumento útil para la civilización... (p.19). En resumen es función primera de la Universidad organizar en un nivel más alto un "saber de lo que es", un "saber del deber ser moral" y por último, y esto con evidente fuerza para Ingenieros, un "saber del deber ser social", con lo que la Universidad no renuncia evidentemente al "juicio de futuro".

5. ¿Producir ciencia o formar seres humanos?

Tanto en Ingenieros como en Ortega la idea de que una concepción del mundo depurada y enriquecida por el conocimiento científico debía ser punto de partida del quehacer universitario, muestra particular fuerza. Ortega nos dice, en efecto, que la "cultura", como él llama al "sistema de ideas generales", si bien no es ciencia, tampoco deja de tener de ella buena parte. En efecto, la "cultura" nos dice, *espuma (de la ciencia) lo vitalmente necesario para interpretar nuestra experiencia* (p.343). Ingenieros, por su parte, en una tesis equivalente nos dirá que las ciencias no pueden ser ajenas al "pensamiento" o "sistema de ideas generales" en cuanto que son en última instancia *técnicas de economía social* (p.36).

Lo anterior nos permite comprender el modo como la Universidad ha de encarar la tarea de síntesis del saber científico, que también le compete. En efecto, ni para Ortega ni tampoco para Ingenieros, las ciencias son trabajadas en la Universidad en función de una pretensión de purismo cientificista. La síntesis que se haga del saber científico no podrá ignorar aquel mundo de "ideas generales" dentro del cual toda forma de conocimiento se encuentra regida por su compatibilidad o no con la vida humana. Llevados a otro nivel, la "cultura" y el "pensamiento" funcionan como los principios integradores de la ciencia misma. En esto el positivismo cientificista de Ingenieros no era totalmente incompatible con el culturalismo de Ortega. Y ello debido al valor social que ambos asignan a todo tipo de conocimiento. Conforme con esto Ingenieros nos dirá que *la misión de la Universidad consiste en fijar principios, direcciones, ideales que permitan organizar la cultura superior en un servicio de la sociedad* (p. 17-18), entendiendo que en esa "cultura superior" se encuentran dialécticamente consustanciados el "pensamiento" y la "ciencia". Ortega, por su parte, llegará a afirmar que la "cultura" -que no es precisamente la ciencia- desarrollada por la institución universitaria será *un órgano de salvación para la ciencia misma* (p.348).

Llegados a este punto nos resulta claro que entre el "pensamiento" del que nos habla Ingenieros y la "cultura" a la que se refiere Ortega y la ciencia debería haber una interacción permanente y dinámica, tarea que se cumple en el seno de la Universidad. Por cierto que para eso es imprescindible producir conocimiento científico y, por eso mismo, una Universidad sin laboratorios sería inconcebible. En otros términos, será necesario definir para esa labor una determinada autonomía sin la cual, como es lógico, no serían posibles muchos desarrollos de la ciencia.

Mas, volvamos a aquella interacción de la que hablábamos. Ella permite en buena medida hacer que tanto la "cultura" como el "pensamiento" posean actualidad y sea conforme con esta virtud, capaces de servir en aquella misión de orientación de la vida. Es necesario despojar lo "muerto" que las visiones del mundo traen como acarreo y "vitalizarlas" (Ortega), desnudarlas de lo "viejo" y enriquecerlas con lo "nuevo" (Ingenieros). En esto los últimos descubrimientos de la ciencia tienen sin duda la palabra. Mas, no deberá olvidarse de que a su vez, en el momento de la síntesis, fuera ya de los laboratorios y metidos en la vida, los conocimientos que la ciencia provee deberán a su vez ser conformados. La interacción es, pues, mutua.

Las categorías que acabamos de señalar y que se expresan todavía de otros modos en ambos filósofos, se insertan dentro de la tradición de la modernidad que trajo como exigencia de base una renovación constante de las formas de vida. Ambos se sentían, además, plenamente modernos y entendían que el comienzo de esta empresa de la humanidad había tenido sus inicios particularmente con la Ilustración. Se trata, en última instancia, de ideales que implican, inclusive, una filosofía de la historia. Para Ingenieros un "hombre ilustrado" no podría nunca negar la función integradora que le compete a la Universidad (p.19) y para Ortega nada había de mayor importancia histórica que *devolver a la Universidad su tarea central de "ilustración" del hombre, de enseñarle la plena cultura de su tiempo...*, en cuanto que la posesión de la misma significaba el camino hacia la ordenación de la extrema complejidad del mundo. *De ahí que vayan juntos* -decía- *los vocablos método e iluminación, ilustración, Aufklärung" y que ser "hombre culto" era sinónimo de "hombre ilustrado"*. Ambos estaban, pues, de modo muy claro en ese programa inacabado de la modernidad que aún no ha concluido, a pesar de aquellos que pretenden reemplazarlo mediante imposibles regresos hacia lo pre-moderno -y que vienen a darle razón plena a Ingenieros cuando hablaba de medievalismo como la antítesis del tiempo- y aquellos otros que creen haber ya

dado el salto hacia lo post-moderno.

A esta altura ya podemos responder a la pregunta inicial. La síntesis que la Universidad ha de elaborar de los diversos tipos de conocimiento, entre ellos el científico, constituye sin duda alguna un objetivo fundamental, mas siempre tendrá como condición, según nos dice Ingenieros, el estar subordinado a otro, el de "formar hombres" que es la *razón que justifica la existencia de la Universidad* (p.21). Esto mismo es lo que desde otro ángulo nos quiere decir Ortega y Gasset cuando afirma que la Universidad debe regresar a ser antes que nada el estudiante, que no el profesor (p.333), el que debe formarse y no el que supone que ya ha alcanzado un nivel de formación.

Si quisiéramos señalar con más precisión lo que pretenden decirnos estos autores cuando nos hablan de "formación del hombre", deberíamos regresar a todo lo que hemos comentado respecto del tipo de conocimiento que dentro de la Universidad otorga sentido tanto a la investigación científica, como a los saberes profesionales que en ella se imparten. Y ese tipo de conocer se encuentra perfilado -más allá de las preferencias axiológicas epocales- por un valor permanente, a saber, el de "riqueza", entendido como el despliegue de las capacidades del género humano y la apropiabilidad de éstas por el individuo, cuya meta es la simple pero cargada fórmula de "más vida".

6. Exclaustración y arquitectura.

Las Universidades son, pues, para Ingenieros y Ortega "escuelas de vida", por cierto, de vida social, que enseñan y entrenan para el cumplimiento de necesidades por lo general profesionalizadas, todo ello sobre la base de una masa de conocimientos que provienen tanto del sistema de ideas y convicciones vigente, como del sistema científico, para lo cual han de agregar a su labor la de promover tanto la elevación a un plano superior de aquellas ideas como la producción de saber científico-técnico.

En cuanto "escuelas de vida" tienen en principio un acceso universal en favor de los integrantes de la sociedad civil, concepto asimismo omnicomprensivo nacido históricamente en el siglo XVIII con la noción de ciudadano. Nada más ajeno a esta Universidad que el antiguo espíritu corporativo que la enfrentó durante siglos a otras corporaciones. Lógicamente que aquella apertura, por la que han luchado y luchan los espíritus democráticos nuestros, tiene fuertes contradicciones con la estructura social y económica dentro de la cual ha surgido, las que explican

la dramática y hasta accidentada vida de la misma. Pero más allá de esas contradicciones, la profunda crisis del '18 en Córdoba significó la quiebra de una Universidad que de diversos modos continuaba el viejo corporativismo secular con el que surgió la institución en Europa. En aquella ocasión la naciente sociedad civil argentina se reconoció a sí misma a través de sus jóvenes, los que a su vez se reconocieron en las calles como lugar de encuentro social y de exclaustración violenta de la vieja Universidad. Sarmiento había tenido razón en describir a la Córdoba colonial como ciudad de encierros y en establecer, con un espíritu muy moderno, la relación entre clausura y muerte, lo que no alcanzó a percibir fue que del claustro a la exclaustración no hay mucha distancia. Así pues, a partir del '18 se genera un proceso de encuentros, que no ha concluido, un proceso de epifanías cara a cara que hizo sentirse a los jóvenes constructores de una nueva Universidad, inmersos en un cauce de vida.

De ese concepto de "escuela de vida" anticipado por José Ingenieros en los pródromos del '18, habrá de derivar la forma que se pensará para la institución. Se desprende del texto de Ingenieros que hay una arquitectura que abarca, a la Universidad como totalidad la que se manifiesta, a su vez, internamente, como una "arquitectura de los saberes" *(universitas litterarum)* y como una "arquitectura de las relaciones humanas" *(universitas magistrorum et scholarium)*. Pero hay todavía una última, a saber, la que rige al conjunto de las facultades en las que se divide el estudio, según el modelo clásico del mundo hispanoamericano.

¿Cómo debería expresarse en esta tercera línea arquitectural el espíritu que, según ya vimos, ha de imperar en las dos anteriores? Tanto Ingenieros como Ortega pensaron que debía crearse una institución especial dentro de la misma Universidad que asegurar a aquel espíritu ya señalado. A ese organismo, Ortega, con alguna reticencia, propuso denominarlo *"facultad" de cultura* e Ingenieros pensó que la función la podrían cumplir las facultades ya existentes en nuestras universidades, de Filosofía y Letras, de Humanidades o de Ciencias Morales. *En esta arquitectura universitaria* -dice- *las Facultades de Filosofía y Letras pasarían a ser los ejes espirituales de las Universidades* (p.33). *Yo haría* -decía por su parte Ortega- *de una "Facultad" de cultura el núcleo de la Universidad y de toda su enseñanza superior* (p.344-345).

7. Arquitectura y misión continental.

Ahora bien, ¿cuál es el ámbito de estas "escuelas de vida"? De modo

interesante, tanto Ingenieros como Ortega les atribuyen un marco que excede lo nacional. En efecto, la universidad española tiene, para Ortega, una misión europea. Ortega escribía pocos años antes de la cruel guerra civil que azotó a su patria y casi a las puertas de la Segunda Guerra Mundial y percibía una Europa quebrada, fragmentada. Desde una posición idealista atribuía estos fenómenos a defectos de la educación superior y pensaba, regresando una vez más a Hegel, en el destino que le toca jugar al intelecto dentro de la cultura europea. Es evidente que de muy poco le habían servido las lecciones de la historia mundial inmediata. *El desmoronamiento de nuestra Europa visible hoy* -decía- *es el resultado de la invisible fragmentación que progresivamente ha padecido el hombre europeo* (p.325) y ello por culpa de una universidad que con la especialización había provocado aquella división en fragmentos. ¿Quién debía solucionar este problema de antagonismos llevados en ese momento al paroxismo por el fascismo y el nacismo? ¿Quién podrá llegar a soldar una vez más *la unidad vital del hombre europeo? ¿Quién puede hacer esto sino la Universidad?* (ib.). Con lo que nos enfrentamos con lo que bien podemos considerar como la debilidad del proyecto misional que echaba a espaldas de la institución universitaria este *visionario de la desesperación cultural* como a Ortega le llama Marshall Berman en su desaflante y ya clásico libro **Todo lo sólido se desvanece en el aire** (Buenos Aires, Catálogos, 1989).

Si en al caso de Ortega se hablaba en un trágico momento de ocaso, Ingenieros se había planteado una temática semejante, pero ante un futuro inmediato -el que se abriría para la vida intelectual latinoamericana a partir de la Reforma Universitaria de 1918- en el que sí se llegó a uno de los movimientos de unidad más densos y entusiastas del siglo XX. En este caso no se trataba de añorar una unidad perdida, sino de retomar, una vez más, los sucesivos intentos de unidad. La Universidad debía ser el "laboratorio" en donde nuestras naciones lograrían construir "la ideología social" que necesitaban para su proyecto histórico. Es importante en este momento, sin embargo, señalar algunas diferencias respecto del planteo orteguiano. Lógicamente se proclamaba la unidad continental desde la Universidad y se pensaba que esa tarea dependía de nuestros "grandes pensadores". También se entendía por eso mismo que la "arquitectura" de nuestras universidades se proyectaría, como ya hemos dicho, hacia afuera. El breve escrito de Ingenieros muestra, sin embargo, planteos más ricos. En efecto, la Universidad tiene un papel respecto de aquella unidad continental, el mismo que habría de cumplir la explosión de la Reforma, mas si esa Universidad debía proyectar su "arquitectura" hacia afuera, antes recibiría precisamente desde lo exter-

no su posibilidad misma de una unidad interna. *No es aventurado suponer -decía- que cuando nuestros pueblos americanos hayan definido su constitución social podrán imprimir algún carácter propio a las corrientes ideológicas que incesantemente renuevan a la humanidad*" (p.29). Vale decir que aquella tarea universitaria de construir una "ideología social", un proyecto histórico, no era entendida en Ingenieros como parto exclusivo del intelecto, dependía de un "pensamiento" de unidad surgido de una realidad social que habría de alcanzarse en relación con los grandes movimientos de liberación de la humanidad. En este momento podemos entender con mayor claridad lo que nos quería decir, pues, cuando nos hablaba de que la Universidad ha de partir de un "pensamiento" anterior a ella misma y dentro de cuyo seno surge. Y todavía nos resulta interesante subrayar esa misión de los "grandes pensadores" cuyos sistemas de ideas habrían de influir sobre la "arquitectura de las Universidades" (p.28), los que no actúan en cuanto grandes desde una Universidad pensada como institución que habrá de mejorar las cosas, sino que lo son en la medida que están actuando desde aquel "pensamiento". Los "grandes pensadores" antes de ser "pensadores universitaros" son "pensadores sociales". En resumen, pues, la Universidad posee una "arquitectura" que se ha de proyectar hacia "afuera", mas ello será también posible en la medida en que esa arquitectura sea expresión de una realidad englobante al margen de la cual la Universidad no existe, la sociedad, sea ella la nacional o la continental.

De todos modos el planteo no quedaba para Ingenieros en esos términos. La misión de colaboración en la unidad se extendía a su juicio a la humanidad entera. Para eso la Universidad debería sumarse a esas "grandes corrientes ideológicas" renovadoras, pensando ello desde lo que podemos entender como un cosmopolitismo, resonancias de los proyectos de unidad del siglo XIX que tanta fuerza tuvieran entre nosotros, y no desde un plan de civilización organizado sobre una especificidad cultural sospechosa de ontología y con un disimulado imperialismo, como al modo de Hegel recordaba Ortega.

8. Civilización y barbarie en la universidad.

A propósito de la problemática de "civilización" y "barbarie" podría sin embargo entenderse el pensamiento de Ingenieros como anacrónico. Vemos que Ortega hace en su escrito una valoración positiva de la Universidad medieval en cuanto habría sido no sólo adecuada a su tiempo, sino que no habría padecido los males del cientificismo y del profesionalismo, enfermedades modernas según el pensador hispano,

agudizadas en el "pretencioso siglo XIX"; su misión habría sido de modo primordial la de "transmitir cultura". Frente a esta idealización que supone el olvido de la formación de las clerecías medievales, una de las funciones de mayor importancia que han hecho de la antigua Universidad el antecedente de los profesionalismos posteriores, Ingenieros se nos presenta rechazando en bloque todo lo medieval, subrayando la relación entre medievalismo y feudalismo, como signos de atraso y, por cierto, de barbarie y sobre todo afirmando la pervivencia de esos fenómenos en medio de la modernidad contemporánea.

A pesar de esta contraposición resulta evidente que las diferencias entre ambos filósofos, en lo que se refiere a civilización y barbarie, no eran tantas. En dos sentidos se usa la acusación de "barbarie" en Ortega: está dirigida contra los ignorantes y faltos de "ilustración": el médico, el general, el obispo, etc., que *ignora lo que es hoy el cosmos físico para el hombre europeo es un perfecto bárbaro* (p.323-324) y lo está contra los que denomina "nuevos bárbaros": aquellos que han caído en la ignorancia por exceso de conocimientos especializados: un "bárbaro que sabe mucho de una cosa" (p.347). El mismo hombre que en nuestros días Paul Feyerabend considera que ha quedado al margen de la vida civilizada por haber perdido su capacidad de comunicación de todo lo que no sea conocimiento científico (**Contra el método**, Bs. As., Hyspamérica, 1984, p.134). Ese tipo de bárbaro es precisamente el que ha hecho que, según Ortega, la Universidad deje de ser *principio motor de la historia europea* (p.353) como lo habría sido en la Edad Media. Decíamos que a pesar de lo último , el desacuerdo entre ambos no es de fondo, pues, lo que Ingenieros quiere subrayar con su anti-medievalismo es, precisamente, lo que Ortega también combate: el atraso, las actitudes arcaicas, la ignorancia de la vida moderna, en fin, todo lo que queda metido en lo reaccionario y represivo y que supone cerrar las puertas a impulsos vitales y renovadores.

Prolongando el esquema que ya había dibujado Sarmiento en el **Facundo**, Ingenieros nos hablará de la existencia de *dos civilizaciones* (p.18-19) expresadas en los opuestos sociedad "medieval", "feudal", "teocrática" versus sociedad "moderna", "democrática", etc. (Cfr. p.32-34). Si analizamos con cuidado el discurso de Ingenieros podremos ver que tales conceptualizaciones no eran anacrónicas y ello no por el hecho de que no existan un modo de producción feudal ni tampoco literalmente hombres medievales, sino porque había quienes pretendían organizarse dentro de la modernidad con un referente ideológico inspirado en un pasado, en este caso la Edad Media, que fungía como hori-

zonte simbólico. A propósito de este hecho es interesante observar que los *revivals* que caracterizaron al romanticismo han continuado sirviendo para la construcción de formas discursivas aún en nuestros días y que, casi sin excepción, expresan de modo disimulado o expreso ideales políticos represivos. De lo que comentábamos surge que la disputa de Ingenieros contra los contrincantes ideológicos de su época giraba en verdad sobre dos actitudes frente a la modernidad, dadas ambas dentro de la modernidad misma, posibilidad ilógica tal vez para el filósofo argentino, pero no para una perspectiva actual. Por último no podemos dejar de notar que la acusación de "feudalismo" lanzada contra la Universidad, con lo que se quiere denunciar el ejercicio de un poder patronal en cátedras e institutos, sigue vigente como podemos leerlo en el reciente trabajo de Augusto Pérez Lindo sobre "Ciencia y Universidad" (cfr. **Política científica**. Cámara de Diputados, La Plata, nº 3, 1989, p. 9.)

9. Niveles arquitecturales, metalenguajes y traducción.

Volvamos a la idea de Ingenieros y Ortega sobre la conveniencia que habría, según ellos, de destinar un organismo que fuera una facultad o algo equivalente para que se hiciera cargo de generar aquella "arquitectura espiritual" de la que hemos hablado. Ingenieros pensaba el problema como una sucesión de horizontes de unidad y universalidad: dentro de una facultad determinada se imparten, en efecto, saberes técnicos, mas también se ha de dar necesariamente la ciencia básica que les corresponde a los mismos (p.31). Es decir, que aún dentro de las especialidades profesionales existe la necesidad de referir lo particular a lo universal. Con esto no quedan sin embargo superados los límites de cada facultad y era por tanto indispensable alcanzar un plano mayor, el que a juicio de Ingenieros se lograría mediante dos niveles de doctorado, uno, al que podríamos llamar "doctorado de facultad" realizado a partir de una profundización de las ciencias básicas de cada sector del saber y el otro, un "doctorado de universidad" que permitiría elevar aquellos saberes básicos profundizados "a más altos vuelos y más vastos horizontes". El organismo en el que se llevaría a cabo esto último no era necesario crearlo, como proponía Ortega, sino que ya existía dentro de nuestras Universidades: el mismo podían constituirlo las facultades de humanidades. *En este dominio particular de las llamadas "humanidades"* -nos dice Ingenieros- *puede efectuarse la transubstanciación de la Universidad* y más adelante nos agrega que *En esta arquitectura universitaria las Facultades de Filosofía pasarían a ser*

los ejes espirituales de las Universidades (p.33).

Según Ortega y Gasset para que la Universidad pudiera cumplir con uno de sus objetivos básicos, el de "transmisión de la cultura", debía crearse un organismo que podría funcionar como "facultad", en el que hombres *dotados de genuino talento* intentarían alcanzar *vastas perspectivas en vigorosas síntesis y sistematizaciones* (p.348), labor para la cual no era necesario ser investigador científico, personaje que le provocaba a Ortega muy vivas desconfianzas. Esas "vastas perspectivas" deberían organizarse en "disciplinas culturales" las que habrían de abarcar cinco grandes campos de la realidad: lo físico, lo biológico, la historia, lo social y lo filosófico, formalizados desde un punto de vista del concepto de "cultura" conforme la definición dada por Ortega y destinados no a transferir conocimientos científicos ni información con un criterio de divulgación, sino a incorporar a los jóvenes en una visión del mundo y de la vida de ideas "claras y firmes" y de modo "sistemado". No se trataba pues de un programa de lo que se conoce como "extensión universitaria" sino de un nivel de formación de pretensiones universales y sintéticas, del que dependería cualquier tipo de extensión. En alguna medida se anticipaba Ortega con su concepto de "cultura" a la noción de "paradigma" propuesta por Thomas Kuhn y al problema de los cambios de mundo que acarrea cada nuevo paradigmatismo (Cfr. **La estructura de las revoluciones científicas**, México, F.C.E. 1971, p.176).

Lógicamente que esa tarea había de ser cumplida por gentes provenientes de las humanidades que tuvieran además muy en cuenta el desarrollo del conocimiento científico, con lo que su tarea se aproximaba bastante a la que Ingenieros atribuía a la filosofía en relación con las ciencias, todo ello a pesar de las diferencias que podrían establecerse entre el positivismo del filósofo argentino y el culturalismo orteguiano.

Observaremos, además, que para ambos pensadores el problema de la arquitecturación de la Universidad, así como la función que se le atribuye en relación con el mundo extra-académico, se resuelve en última instancia en una traducción de metalenguajes que había de concretarse en un nivel de *koiné* o lenguaje común intrafacultades, incomunicada cada una respecto de las demás en función de sus códigos; y otro nivel que permitiera la comunicación más allá de los claustros y que hiciera posible la exigencia enunciada por Ingenieros de una *exclaustración de la cultura universitaria* (p.24). El punto de partida, sobre todo en el pensador argentino, es siempre el lenguaje ordinario cuyo "tesoro" debe ser rescatado en un nivel científico, el que se eleva por su

parte en grados de universalidad tal como lo vimos al hablar de la propuesta de los dos doctorados. El punto de llegada es siempre el lenguaje ordinario al cual se comenzó en cierta medida negándolo y al que ahora se regresa en un momento de mayor riqueza, sobre todo en lo que respecta a verdad, solidez y rectitud de los conocimientos. Ingenieros entendía que este "regreso" era la base desde la cual había de entenderse la "extensión universitaria" y Ortega, por su parte, proponía llevar adelante una tarea equivalente, mas, haciendo que la Universidad entrara en competencia con el *poder espiritual de la prensa* (p.352-353). Desde este punto de vista de la necesidad de diversos tipos de "traducción" de lenguajes podemos, por lo demás, entender mejor aquel tipo de "maestro de cultura" que pedía Ortega. Sea dicho que ambos filósofos en lo que respecta a la exigencia de la exclaustración fueron conscientes de que esa traducción de la ciencia en "ideología social" o "cultura", requería una compatibilización entre "juicios de ser" que caracterizan básicamente al saber científico y "juicios de valor" que constituyen uno de los ejes del lenguaje natural. Y la compatibilización la vieron en el valor social del saber científico, comúnmente borrado por el cientificismo y el academicismo. Es verdad, que un cierto aristocratismo visible en Ortega -expresado en el estereotipo del "hombre medio" que fabrica y sobre el cual monta en buena medida la "misión" de la Universidad- hace que aquel punto de partida de los lenguajes naturales no tenga el mismo peso y sentido que podemos percibir en José Ingenieros. Como a su vez hemos de decir que el hombre común en el que pensaba nuestro sociólogo y filósofo no se salió de un plano de abstracción y que su democratismo se vio enturbiado por actitudes raciales.

10. Las humanidades, "clave de bóveda" del edificio universitario.

Hemos visto cómo la arquitectura de la Universidad necesitaba, según pensaban Ingenieros y Ortega, de un organismo interno que hiciera algo así como de "clave de bóveda" del edificio y con el que quedarían asegurados tanto el sentido como la misión de la institución universitaria. Si bien es cierto que los recursos de aquel organismo provenían en ambos del campo de las ciencias que podríamos llamar "básicas" respecto de la masa de conocimientos que abarca la Universidad, resulta evidente que hay una de ellas que juega un papel que excede aquella función dada en la relación entre el saber "básico" y el "aplicado": la filosofía. Esta ciencia que tanto en Ingenieros como en Ortega es colocada en el coronamiento del sistema del saber es valorada particularmente por su capacidad de universalidad y, sobre todo, por la muy especial virtud de ordenar a los demás saberes desde un sentido. De ahí que Ingenieros nos hablara de que la facultad "clave" del edificio universitario ya existía" era la Facultad de Filosofía y Letras.

Sin embargo es posible ver que nuestros filósofos no las tenían todas consigo cuando arriesgaron semejante propuesta. Ortega no estaba muy convencido de si el organismo de "cultura" había de ser "facultad", seguramente por el temor de que sus estudios podrían degenerar en un "profesionalismo", vicio que hace de las facultades verdaderos reductos celosamente resguardados. Ingenieros, a quien le parecía que sería fácil *transformar las Facultades de Filosofía en organismos destinados a la coordinación de las ideas generales* (p.33), afirmaba al mismo tiempo que *eran organismos inútiles, simples prolongaciones de la cultura medieval* colocados en medio de las otras facultades en las que, por el contrario, se procuraba *difundir la cultura moderna* (ib.). ¿En qué consistían pues los temores? Ateniéndonos a los textos de nuestros dos maestros resulta evidente que les preocupaba la diversa suerte que puede correr la "filosofía". En efecto, puede ser llevada adelante con un criterio cientificista y caer, según las palabras de Ortega, en la "nueva barbarie" que implicaba el desconocimiento de otros sectores del conocimiento; podía ser profesionalista, es decir, enseñada en vistas de un uso social inmediato conforme demandas establecidas y defendidas por la estructura académica imperante; y hasta podía proponer una "cultura" o una "ideología social", según lo pedían Ortega e Ingenieros, pero organizadas sobre la base de un saber aparentemente científico, aún cuando vestido de rigurosidad y método. En otras palabras, un saber cuyos universales pueden ser simplemente ideológicos -tomando el término en su sentido negativo- como es el caso de las ideologías que denunciaba Ingenieros, orientadas sobre la base de un referente simbólico distorsionador. El problema radicaba, en el fondo, en la profunda ambigüedad que caracteriza al saber filosófico y que se manifiesta a nivel institucional en los organismos que se dedican a su cultivo. La dificultad se encontraba en que se pretendía cambiar de misión -en el fondo lo que querían ambos filósofos era hacer de las Facultades de Filosofía un lugar de desarrollo de un saber crítico y con un sentido social abierto- a unas instituciones que las más de las veces funcionan como el órgano específico de producción y reproducción ideológicas, por lo menos tomadas en bloque sin desconocer aportes muchas veces de indudable importancia que pueden ser reconocidos por todas las épocas.

Como habíamos dicho, Ingenieros en su lucha contra lo que él deno-

mina "medievalismo" podía aparecer como anacrónico. Ya aclaramos en qué medida no lo era. Pues bien, si observamos que en esa categoría quedaban incluidas todas las expresiones o manifestaciones de lo que ahora ha venido a ser denunciado como "filosofía de la conciencia", denuncia que ha arrastrado consigo la crisis profunda de una determinada noción de "sujeto", no nos cabe duda que Ingenieros con herramientas teóricas no muy elaboradas, había barruntado algo que no es de poca monta: la contraposición entre una "filosofía del logos" y una "filosofía empírica" o, si se quiere decirlo de otra manera, entre una "filosofía de la presencia" y otra de la "representación".

La "arquitectura espiritual" propuesta por Ingenieros para la universidad se apoya manifiestamente en una forma de saber representativo y en tal sentido empírico, el que se caracteriza por negar la posibilidad de un saber de "presencia" y se funda en el reconocimiento del hecho universal del lenguaje como mediación. La afirmación de una "presencia" más allá del lenguaje y por tanto del mundo de los signos facilita una distinción entre un absoluto y lo relativo, la que viene a ser matriz generadora de todos los dualismos: significado-significante, sujeto-objeto, alma-cuerpo, varón-mujer y tantos otros. Y por cierto que acaba olvidando que sin significante no hay significado y que el primero tiene parte creadora y muchas veces de peso respecto del segundo.

Aquella "arquitectura" que proponía Ingenieros y por cierto no muy lejos de él Ortega y Gasset, se opone de modo abierto a la arquitectura *espeleoide* (cavernaria) sobre la que se funda, por ejemplo, un plan de estructuración corporativista de la Universidad propuesto en nuestros días dentro de una ideología neoplatonizante y medievalista (cfr. A. Caturelli. **La universidad**. Córdoba, 1963). Para esta posición la estructura de la Universidad, en particular de sus facultades de humanidades a las que se les asigna un papel preponderante como el que pensaban Ingenieros y Ortega, es sin más la de la Caverna de Platón, motivo por el cual se justifica el modo como la hemos denominado antes. Por cierto que se trata de un Platón, no precisamente el del diálogo **El sofista** en donde se produce un rescate de la *doxa* y de la *diánoia*, sino el de los Libros VI y VII de **La república**, leídos desde lo que para nosotros es un neoplatonismo simplificador. Felizmente Platón excede a estas lecturas como en la misma Antigüedad lo probó Espeusipo, sistemáticamente ignorado por sus contemporáneos. El academicismo como vicio tiene mucho que ver con esas propuestas que se organizan sobre el mito de una *nóesis* y que caracteriza a las diversas formas del logocentrismo. Si nos atenemos a una lectura de Platón que acentúa

una de sus tendencias, Caverna y Academia son definitivamente sinónimos. Un heideggerismo vulgar instalado entre nosotros, mezclado con versiones de una hermenéutica autóctona, ha venido a reflotar todas estas metafísicas de la presencia con todo su acarreo de irracionalidad y de vocación autoritaria. Y si vamos a continuar con las metáforas clásicas no podríamos olvidar que en el celebérrimo mito platónico, los esclavos encadenados padecen una "ceguera", como le sucede también a aquél de ellos que logra asomarse y enfrentar la luz del sol, de tal manera que la ceguedad resulta ser además el símbolo de la vida de la Caverna, tanto se esté dentro de ella como pujando por salir. El trasfondo de todo esto se encuentra en una teología fundamentalista que acentúa los dualismos hasta hacerlos irreconciliables y concluye en variadas formas de maniqueísmo como norma de conducta de la vida cotidiana. Ya podemos colegir de todo esto cuál es la arquitectura que se piensa para el edificio universitario y qué papel le toca jugar en él a las "humanidades" como "clave de bóveda" de la estructura.

11. El "sector creativo" y sus desplazamientos.

Ya hemos visto que la propuesta de Ingenieros y la de Ortega es la de institucionalizar ciertas funciones que tendrían la virtud de generar en la Universidad un impulso arquitectónico dentro de los ideales de una vida democrática y participativa, nacional y continental.

Si tuviéramos que señalar cuáles son esas funciones tendríamos que mencionar, en primer término, la de la creatividad y junto con ella, como complemento indispensable y propio en relación con los desarrollos del conocimiento y de la formación profesional, la actitud crítica.

Ahora bien cabe que nos preguntemos si realmente para el desarrollo de ambas funciones la propuesta de nuestros dos filósofos es la más adecuada. Por cierto que en una determinada facultad puede alcanzarse un grado de unidad y de universalidad, merced al desarrollo del espíritu creativo, apoyado éste en una eficaz actitud crítica. Mas, ¿es necesariamente en una determinada facultad tal como ellos lo proponen? La cuestión en el fondo es extremadamente amplia y nos lleva a preguntarnos, a su vez, respecto de cuál es el sector propiamente creativo dentro de las diversas formas de objetivación que dan sentido a la cultura en una época y para un pueblo y cómo incide sobre las estructuras académicas.

No pretendemos desconocer el papel que la filosofía ha jugado en la elaboración arquitectural del saber desde la época clásica hasta nues-

tros días. Pero es importante tener en cuenta que más de una vez se la ha desplazado por obra de los mismos filósofos, a un segundo plano. No vamos a hacer historia pormenorizada de cuestión tan compleja y rica. Recordemos que para Schelling el verdadero principio creativo y unificador de la cultura se encontraba en el arte. Dando un salto considerable no olvidemos que filósofos nuestros como Antonio Caso y Alejandro Korn concluyeron que la verdadera experiencia de la libertad se encontraba en el acto creativo estético. Y si nos atenemos a las ideas que salen del sugerente libro **Los signos del hombre** (PUCE-Cuenca y Universidad Central, Quito, 1985), obra en la que Mario Monteforte nos muestra de modo patético el lenguaje del arte entrañablemente unido a la palabra, bien podemos concluir que la expresión estética puede cumplir a cabalidad lo que tantas veces se le ha pedido exclusivamente a la filosofía.

La falta de una respuesta creativa y la pérdida de capacidad orientadora de la filosofía, aureolada precisamente por los clásicos con esas virtudes, ha hecho que fuera suplida por otras manifestaciones culturales que con mayor fuerza acabaron condicionándola y hasta sobre-pasándola en su función institucional. El siglo XIX nos muestra casos importantes al respecto. Lo creativo se desplaza en cierto momento hacia la tecnología, que se muestra como un mundo de magia y de capacidad creadora infinita. Como lo dice Marshall Berman (obra citada, p. 250), en ese momento el ingeniero y no el filósofo, se convierte en símbolo del espíritu creador. En esa misma época se produciría otro fenómeno de desplazamiento de la creatividad hacia las ciencias naturales, las que vendrían del mismo modo a ponerse en el centro orientador del saber humano en general. Y así como la tecnología provocaría la creación de una especie de anti-universidad, dejada la universidad como residuo del pasado a los filósofos, mediante la creación de las Escuelas Politécnicas, del mismo modo el saber científico-natural se institucionalizaría en los museos que vendrían a cumplir con la función que Ingenieros y Ortega le pedían a las facultades de filosofía y letras. En nuestro caso, recordemos la función cumplida por el célebre Museo de la Universidad de La Plata y el papel que desde él le tocó jugar a la paleontología en manos de Florentino Ameghino. Y también en ese siglo XIX la filosofía sufrió otro desplazamiento dentro de su función de estructuración, como consecuencia de la constitución de las ciencias sociales, surgidas en Europa como respuesta a las situaciones creadas por la Revolución Industrial. Estos tres desplazamientos son claramente visibles en nuestra propia historia, como en parte lo hemos señalado. Las "humanidades" quedaron teñidas y no se definieron tanto por la filo-

sofía, como por esas otras formas de saber dentro de las cuales quedó como un trasfondo. Entre fines del siglo XIX y comienzos del nuestro *se prefirió* -dice Alejandro Korn- *a todo otro el tema sociológico... aplicado a los fenómenos de la vida nacional en su aspecto histórico o político* (**Influencias filosóficas en la evolución nacional**. Bs As., Hachette, 1983, p. 247).

Se dirá que la afirmación de que el principio verdaderamente creador se da en la expresión estética, implica una filosofía; del mismo modo podría decirse que las Escuelas Politécnicas encerraban una filosofía propia de ellas; que otro tanto podría sostenerse respecto de los museos en los que se generó el saber científico natural y, en fin, que aún haciendo ciencias sociales se realiza, por lo menos, una filosofía social. Mas, aún así, desde el punto de vista institucional, se ha dejado de pensar la tarea filosófica con la majestad que le conferían los antiguos. El regreso a esa posición perdida, se presentará, entre nosotros, y para muchos de sus partidarios como uno de los tantos *revivals* de nuestros tiempos que no pueden ser considerados precisamente como "renacimientos" según el sentido que a éstos les da Ernesto Cassirer en su **Lógica de las ciencias de la cultura** (México, F.C.E., 1951, p. 166-167).

La reacción antipositivista que nos ha tocado vivir a los de nuestra generación, significó un intento de reordenación de los saberes y de reestructuración académica en buena parte dentro del espíritu señalado. Tanto Ingenieros como más tarde Ortega y Gasset habían propuesto centrar las funciones arquitecturales, poniendo ambos a la filosofía en un lugar desde el que se debía asumir la imponente masa del saber científico y todo ello dentro de planteos en los que imperaba una fuerte proyectiva social e histórica. No se trataba de los "regresos" como los que se impondrían en España después de concluida la Guerra Civil o los "regresos" que hemos vivido luego nosotros. La Reforma cordobesa del '18, tal como ya lo señalamos, estaba en aquella línea, sobre todo si tenemos presente a los que como Deodoro Roca no redujeron la Reforma a un mero hecho pedagógico. Los gobiernos que se sucedieron en Argentina en la década de los '30, cuya ideología se apoyó en un idealismo anti-positivista, promovieron una Universidad profesional, aséptica políticamente y acompañada de un regreso a un tipo de quehacer filosófico mediante el cual se intentaba devolver a la filosofía sus tradicionales prerrogativas. Pero fue una filosofía divorciada de la ciencia y en particular de las ciencias sociales, todo ello a pesar de algunos esfuerzos por dar entrada a nuevas formas de saber para aquellos años, como fueron los de la epistemología y la axiología. Se lo hacía además

regresando a las formas de la "filosofía de la conciencia" que imponía la moda alemana del momento, dentro del clima de Weimar y a su vez promoviendo un "renacer" de las humanidades clásicas, las que debían ser algo así como el *humus* del que habría de surgir el poder espiritual rector del filosofar.

A propósito de este regreso a los clásicos que respondió claramente a una determinada política educativa en la universidad argentina cabe preguntarse si realmente llegó a generar un impulso verdaderamente creativo. Pedro Henríquez Ureña dijo alguna vez que *una cultura fundada en la tradición clásica no puede amar la estrechez* (**Universidad y educación**, México, UNAM, 1969). Podemos afirmar sin embargo que los estudios clásicos han sido en nuestras universidades más un reducto que una atalaya. El hecho es antiguo. *quítese* -decía el inmortal Montaigne hablando del maestro de humanidades- *su birrete, su toga y su latín, que se deje de mencionar a Aristóteles y le hallaremos igual o peor que nosotros* (**Ensayos**, III, 8). ¿Significa lo que venimos diciendo que las humanidades clásicas no pueden cumplir con una función creadora y apoyar con sus estudios aquellos principios de unidad y de universalidad? Afirmar lo contrario sería desconocer la propia lección de Montaigne.

Y otro tanto hemos de decir respecto de la filosofía, siempre y cuando los filósofos sepan reconocer dónde está desarrollándose el impulso creador y tengan la capacidad de asumirlo con sus herramientas específicas. Mas, para eso no hace falta proponer necesariamente una facultad, ni tampoco asignarle al quehacer filosófico como cosa exclusiva, impulsos creativos en cuanto que también se generan en otros sectores de la cultura y de la sociedad.

12. Creatividad y función crítica

Parafraseando a Pascal diríamos que si al buscar a un filósofo no topáramos con un hombre, de nada habrá de servir la filosofía, sino para ocultar mediocres vidas abroqueladas en la seriedad y en el rigor académicos. Y también debemos decir que así como el espíritu creativo puede acompañar a la filosofía, no menos puede hacerlo -como hemos afirmado ya- respecto de la tecnología, el arte, las ciencias biológicas, las ciencias sociales y tantas otras. Tal vez la dificultad de todo esto se encuentre en la contradicción que encierra la institucionalización de un lugar creador, específico, del que se espera una misión que por el contrario debería cumplirse en lo posible, en la totalidad de los sectores productivos que encierra la Universidad.

El "lugar" de la creatividad puede encontrarse, o mejor, debería encontrarse pues en todos los poros del *corpus* universitario. Todos los saberes y todas las artes y todas las técnicas pueden ser ocasión de alcanzar la unidad y la universalidad y desarrollar una vitalidad que no es misión exclusiva de unos o de otros. La razón se encuentra en que lo creativo debe ser buscado más en el ser humano en cuanto creador, que en lo creado. *Lo verdaderamente valioso* -dice Ernesto Cassirer en su siempre fecunda **Lógica de las ciencias de la cultura**- *no son los bienes mismos, debe buscarse en los propios actos del hombre y en aquello que gracias a esos actos llega a ser* (edición citada, p.156), con lo que viene a indicarnos el camino correcto para la inserción entre lo creativo y lo justo, entre lo novedoso y su sentido para la vida humana. A esto se debe que Ingenieros y Ortega propusieran como tarea de la Universidad la elaboración de un proyecto histórico, que es a la vez un proyecto nacional no ajeno a lo humano.

Si nos propusiéramos responder a la pregunta acerca de qué cosa es "creatividad", tal vez podríamos hacerlo diciendo que significa en primer lugar la capacidad de producir algo nuevo, algo que no existía o que no lo había, al modo como es nuevo para la mujer, el hijo y para el alfarero, la olla de barro recién terminada. Primer nivel que no implica realmente aún creatividad, en cuanto que ésta se logra cuando a lo nuevo se le agrega un mundo de valor y de sentido, el que se establece no en sí mismo, sino en relación con una tradición la que a su vez no puede ser nunca una mera recepción. Y justamente se encuentra en eso uno de los secretos de la creatividad, que tanto vale para los ejemplos dados como para otros, como es el caso de la construcción de los paradigmas dentro de los cuales se produce el movimiento de la ciencia y de la tecnología de que nos habla Thomas Kuhn en su ya clásico libro sobre **La estructura de las revoluciones científicas**.

Debemos agregar que lo creativo, por lo que hemos dicho antes, no podrá ser ajeno nunca a lo universal, ya se trate de universales teóricos o axiológicos, universos conceptuales o de valor, los que siempre son históricos, supeditados a ser negados y replanteados desde otros universos. Como también debemos añadir que lo creativo se da siempre sometido a la mediación del lenguaje y no hay absolutamente nada de lo que integra las múltiples formas de objetivación en que consiste la cultura humana, que pueda salirse de ese ámbito omnicomprensivo del signo.

En este momento se produce la tangencia absolutamente indispensable de la función creadora con la función crítica, -sin la cual correríamos

el riesgo de quedar fijos en el plano de la universalidad propio de una dialéctica discursiva mientras que lo real avanza por otros caminos. La capacidad crítica es la que nos permite ser permeables y receptivos respecto de lo irruptivo que se da en el mundo social tanto como en el mundo de la ciencia. Ejemplos podríamos darlos, innúmeros, que cubren el variado espectro de la cultura y que son visibles, para poner tal vez extremos, desde formas de irrupción que pueden darse dentro de un saber teológico, hasta las que nos llevan a ese "estado de inseguridad profunda" del que habrá de surgir el nuevo paradigma. Si nos atenemos a estos ejemplos, como a tantos otros, la actitud crítica se nos presenta como una capacidad de "mirar desde afuera", actitud que es a la vez metodológica, pero que tiene como raíz la sospecha, la que no es un mítico "estado de ánimo originario", ni tampoco una insostenible posición que correría el riesgo de perderse en un infinito tal como afirma Foucault con su escepticismo elegante y derrotista. Hay siempre una praxis que corta toda cadena de ese tipo y no reconocerla es simplemente otra praxis de la que tenemos pleno derecho de sospechar.

Conforme con lo que venimos diciendo la "arquitectura espiritual" de la Universidad que pedía Ingenieros, depende para nosotros del reconocimiento de dos cosas: un "contexto creativo" y un "potencial creativo". Debemos afirmar que ninguno de los dos es exclusivamente intraacadémico y que la contextualidad a la que hacemos referencia excede a la Universidad, aún cuando sea en su seno que deba ser asumida. Otro tanto sucede con el potencial, el que está dado por factores diversos, uno de ellos, el más importante de todos según lo afirmaba Ortega y Gasset, el estudiante. No olvidemos lo que el alumnado en cuanto potencial crítico ha significado en las grandes crisis mundiales por las que ha pasado la Universidad en las décadas de los '60 y los '70. Mas, también el potencial creativo se encuentra en el sistema de relaciones intraacadémicas que se generen, las que habrán de ser pensadas de modo tal que pueda rescatarse desde ellas lo que de más fecundo ha tenido la política de seminarización, siempre y cuando entendamos la metáfora que contiene la palabra "seminario" correctamente, es decir, en el sentido de que el sujeto productor y sembrador de semillas es el acto mismo de la relación educativa. Pensarlo de otro modo sería negar los más caros ideales de una formación activa y participada.

Memoria de una experiencia universitaria

Julio E. Soler Miralles

La celebración del Cincuentenario de nuestra Universidad, es ocasión propicia para que quienes la hemos acompañado a lo largo de gran parte de su medio siglo, participando activamente en la labor académica, hagamos memoria personal, examinando los trazos que esa participación ha registrado en nuestro propio horizonte interior.

Durante décadas hemos sido parte de su vida y ella ha pasado a serlo de la nuestra, porque no se es parte de una institución de esta envergadura, no se integra un grupo humano compartiendo una labor trascendente, sin que ello nos afecte y comprometa en la rica complejidad de su significación existencial.

Para quienes la conocimos en sus principios, la Universidad de Cuyo, evocada en el recuerdo de nuestros contactos iniciales, se nos aparece como una planta joven, floreciente de promesas y pletórica ya de realidades germinales.

Accedí a ella como Secretario General en agosto de 1943, si bien ya en los meses precedentes había asistido como oyente a las clases de metafísica que dictaba el Pbro. Sepich.

La Universidad de Cuyo, que constaba de sólo dos Facultades, amén de otros entes superiores e institutos secundarios, comenzaba su quinto año de vida: era ya una presencia vi-

Julio E. Soler Miralles
Abogado (U. N. Córdoba). Prof. en Facultades de Ciencias Políticas y Sociales, Ciencias Económicas y Filosofía y Letras (U.N.C.) y Arquitectura y Urbanismo (U. Mendoza). Ex Juez de Cámara en la Cámara Federal de Apelaciones de Mendoza y Asesor del Ministerio de Bienestar Social (Mendoza).

va y operante en nuestro medio; bullía en sus claustros académicos, en sus talleres de arte, en sus conciertos sinfónicos, una novedad de vida que tornaba palpable el aletear del ave de su blasón, mostrando la verdad del lema, que, fundacionalmente suyo, postula en el espíritu la residencia de la vida.

En cincuenta años, la planta joven robusteció sus retoños, de la Facultad de Ciencias brotaron las de Ciencias Económicas, de Ciencias Agrarias y la de Ingeniería; parejo derrotero siguió luego el Instituto Pedagógico de San Luis. Todo en ella fue afianzando el cumplimiento de sus anuncios originales.

En ese lapso, esta Universidad ha hincado profundamente sus raíces en Mendoza y es parte inalienable de nuestra sustantividad. A tal punto es ello así que no sabríamos describir nuestro entorno vital de mendocinos, no podríamos concebir nuestro horizonte existencial, sin la referencia a su accionar sin pausa, a sus logros culturales, plasmados en generaciones de profesionales, de científicos, artistas e investigadores, materializados en cursos, jornadas, exposiciones, congresos y publicaciones.

Desde la personal experiencia de varias décadas de servicio universitario, es importante concurrir a testificar la memoria que fluye en nuestra interioridad y desemboca en ocasión de este aniversario; ello no concierne solamente al merecido homenaje que se rinde a la institución y a todos los que de un modo u otro, han puesto mucho de sí mismos en el decurso de ella, concierne también a reconocer lo que, en cada uno de nosotros, ha sedimentado la experiencia de nuestra participación en sus afanes.

Es bueno traer a la superficie todo aquello que se estratificó, en el nivel de hondura logrado por la profundidad en que nuestra pertenencia a la Universidad haya calado en nosotros, haciendo parte integral de nuestro ser personal. Es bueno actualizar el trasfondo anímico en que haya ido registrándose nuestro propio acontecer académico. No sólo y no tanto para explicitar lo que pueda haber de maduración en lo personal de cada uno, sino para que, al hilo de esa reflexión, pongamos a la luz el significado entrañable que guarda, en nuestro desenvolvimiento individual, el devenir de nuestra casa de estudios.

La propuesta de esta meditación finca primordialmente en avizorar la configuración interior de la vida universitaria, en lo que ella ofrece como común intencionalidad y compartida situación vital, abordándola desde la experiencia vivencial del concreto sujeto que la expone.

Queda así en claro la limitación de la propuesta, habida cuenta que

no puede sino ceñirse al referente individual que la formula; ello no obstante, reputo interesante destacar la reciprocidad entre nuestra realidad individual, con la faena de vivir de que es portadora, y la realidad social que es su circunstancia, su condición y su escenario, que le provee el plexo de significaciones y valores, el sistema de sentidos y de recursos para cumplimiento de los cometidos vitales atinentes a su esencia personal, libre y responsable.

Para decirlo en términos de Georges Gurvitch, se trataría de asumir un enfoque de complementariedad, de implicación mutua y de reciprocidad de perspectivas.

En el ámbito vital de los que tenemos o hemos tenido desempeño académico, la universidad constituye un contexto de clara y discernible estructura objetiva, así como de vigorosa significación convivencial, en la cual se define con específica precisión un rol de prestación docente que es tanto misión y compromiso para con el prójimo, cuanto -en la medida pertinente a su parcialidad- vía de realización y plenitud personal.

Me parece ocioso insistir acá en la influencia de las estructuras sociales sobre los comportamientos individuales, pero me resulta indispensable señalar cómo, en la vida de cada cual, su articulación estructural con la Universidad es uno de los perfiles que acuñan su tránsito por el tiempo, no el único por cierto.

Ni qué decir tiene que el peso y la tonalidad de tal impronta en la personalidad de cada uno, varía con la variada conjugación de los otros requerimientos y modos de abordar los propios cometidos vitales, pero ello no desdibuja la exigencia de parar mientes en la validez de este enfoque.

Interesa destacar esa reciprocidad de perspectivas, esa mutua implicación y complementariedad porque quedaríamos con una visión unilateral si categorizamos a la Universidad en términos de una forma sintetizadora desprendida de la vida, forma objetiva, trascendente o clausa en sí misma, a la que accediésemos individualmente sin otra conexión que el desempeño de un papel en una estructura formal de relaciones organizadas; la unilateralidad sería de signo contrario si nos viéramos cada uno como unidades discretas, impermeables al influjo del ente colectivo a cuya formación concurrimos con aquella dimensión de nuestro ser que hace a la intencionalidad que nos convocó: los fines, la misión de la universidad en la Nación.

Si retrotraemos el curso de una institución a los fundamentos anímicos de quienes son sus soportes existenciales, si dejamos de visualizar-

la como una forma sintetizadora desprendida del acontecer vital, para reparar en los sujetos cuyo accionar integra la red de interacciones, dinamizadas por los contenidos de sentido ínsitos en la forma, advertimos que es en nuestro propio desempeño, en el dinamismo de las tensiones de nuestra interioridad, donde día a día dichas conexiones han actuado en el sentido aludido, apareciéndosenos como el ámbito real de su formación y el sustrato de su efectiva validez.

Si colocamos ante nuestra mirada interior la experiencia vivida en el claustro y la consideramos, no como mera tensión de nuestra subjetividad, sino como el engarce en un acontecer del que somos parte, podemos advertir el verdadero sentido de este hacer memoria de nuestra trayectoria académica.

En el horizonte de esa memoria, la pertenencia a la universidad aparece como una dimensión vigorosamente estructurante de nuestra situación vital, aparece como una de las esferas relevantes de inserción y de articulación en la sociedad global. En la universidad, nuestras vidas encuentran un modo valioso de acceder a la Nación, a la vez que una vía para poner en conexión las demás esferas de cometidos a nuestro cargo, sin desmedro de la intencionalidad que a cada una le es propia -familia, profesión, militancia política, etc.- entre sí y con la superior realidad englobante de la comunidad nacional.

Haber integrado el claustro docente de la Universidad durante gran parte de nuestra vida activa, no ha sido solamente un desempeño funcional; hay en ello algo más hondo, atinente a nuestro ser personal, habida cuenta que ningún accionar que persiste en el tiempo, puede pasar sin dejar huella en nosotros, sin tallar alguna faceta de nuestra intransferible personalidad.

El ejercicio de la docencia -supuesta la vocación que le concierne- no se agota en lo que podemos llamar las rutinas del oficio, convoca energías espirituales que no se extinguen al desplegarse hacia afuera, en la faena de trasmitir el saber, sino que -como es propio de la auténtica praxis- revierten sobre el sujeto operante, imprimiéndole el trazo de un perfil que progresivamente acuña una linealidad que, como quedó dicho, habrá de ir conjugándose con las otras dimensiones que configuran su existencia, como situación de vida y perspectiva de destino.

La idea de una tal situación y perspectiva, como complejo dinámico de un conjunto de cometidos esenciales que vertebran la responsabilidad de la persona, en el contexto de un ámbito histórico particularizado, se impone acá como algo ineludible para quien haya pretendido

asumir con autenticidad su ejercicio docente. Lo cual reviste tanta mayor hondura y compromiso para quienes vivimos la convicción de existir en función de un destino personal que trasciende el tiempo y el espacio, persuadidos de que en nuestro tránsito por este mundo nos encaminamos a una patria que es la «Casa del Padre». Nuestros cometidos temporales, intramundanos, revisten así el carácter de una convocatoria ineludible para acceder a la trascendencia verdadera y absoluta. Como nos enseñaba el Dr. Sepich *el tiempo de lo social es la condición de nuestra eternidad personal*. En este sesgo se hace patente la insuficiencia de la tarea académica como mera trasmisión del saber, no se satisface la exigencia de su cometido si, además, no se adiestra al alumno a pensar, proveyéndole criterios de juicio que le permitan elevarse sobre la información que la cátedra le brinda, para tratar adecuadamente las realidades con que tiene que habérselas, interponiendo entre sí mismo y el mundo de esas realidades, el distanciamiento interior, indispensable como espacio para un proyecto de vida dotado del sentido que le haga digna de ser vivida.

Si nuestra acción docente no concurre a diseñar personas con capacidad de situarse libre y responsablemente en el mundo, para servir profesionalmente a los demás, apoyando solidariamente la realización de su plenitud humana, tal vez habrá facilitado la utilización instrumental del saber que ha trasmitido, pero no ha solventado bastante la cuota de desarrollo integral que estuvo a su cargo.

Claro es que en cada área disciplinar del saber, el aporte de la enseñanza de cátedra, en el sentido antes dicho, ofrecerá variadas posibilidades y modos, pero hay algo que cada uno puede y debe infundir en el ejercicio docente más allá de los contenidos propios de la asignatura de que se trate: es el ejemplo de seriedad y de rigor, de honestidad intelectual, de compromiso y de coherencia a lo largo y a lo ancho de su presencia ante los demás, en el aula y fuera de ella. Así como la pertenencia a la universidad es aprendizaje de convivencia, el ejercicio de la docencia académica es incompleto si no conlleva un claro estilo hecho de entrega, de vocación de servicio y de respeto a las personas.

Tengo la convicción de que la acción coadyuvante para la promoción integral de los otros, el acrecentamiento espiritual que ello procura, revierte enriqueciéndonos interiormente; el tratar al otro como persona, además de serle debido en estricta justicia, nos yergue interiormente porque, a no dudarlo, somos más como personas en tanto nuestro entorno social es más comunidad y, correlativamente, la comunidad que formamos asume mayor plenitud de ser en tanto es más entitativamente

pleno el ser la persona individual de sus miembros.

En el marco de estas reflexiones, estimo que la configuración interna, el dintorno de nuestra Universidad, tal como se hizo presente y se contiene en nuestra experiencia, puede describirse siguiendo ciertas líneas que proveen elementos para la localización existencial de la misma en esta memoria que estamos haciendo.

Ante todo, la que corresponde a la faz institucional, la estructura organizativa en la que nos hemos articulado en el ejercicio de roles específicos. Enseguida, la que toca a la realidad que subyace al aparato organizacional, realidad que agrupa a los ocupantes de los roles, con su mentalidad y con sus actitudes, con sus modos de pensar y de sentir, con los proyectos vitales que los insertan más o menos armónicamente con el proyecto universitario de conjunto. Por último, la que concierne a la trama de las relaciones inter-individuales.

En la primera de esas localizaciones, nuestra experiencia parece circunscribirse al hecho de ocupar un puesto, un cargo, un empleo al que corresponde una función o desempeño determinado; los mecanismos experienciales parecerían reducirse al proceso de acceder y dejar, voluntariamente o no, el empleo en cuestión: en el cargo se está o no se está y ahí pareciera terminar la enseñanza de lo vivido; sabemos sin embargo que no es así, más allá de lo anecdótico del acontecimiento, porque sabemos que en el plano del aparato institucional se registran alteraciones, sean de tipo normativo, en relación a la definición e interconexión de lo roles, o de orden político, en tanto los vaivenes de los procesos históricos, en derivación institucional, generan alternativas en punto a la composición de los equipos de la conducción universitaria. Sabemos bien que en ocasiones, el impacto de la mutación en la esfera del poder político, no se circunscribe a la integración de esos equipos, sino que incide sobre otros niveles o sectores y avanza sobre el ámbito académico a través de designaciones o cesantías. Quienes hemos itinerado los altibajos derivados de las alternativas ideológicas o simplemente político partidistas en el poder central, podemos dar suficiente testimonio de ello. Considero, no obstante, que a lo largo de los años se ha afianzado la tendencia al reconocimiento de méritos e idoneidad para el acceso a la docencia así como al aseguramiento de la estabilidad en su ejercicio, lo cual, sin descartar posibilidades adversas, permite abrigar un cauto optimismo en la materia.

Sin embargo, no es tanto esto lo que importa, sino apuntar que, a partir de nuestra experiencia académica a través del tiempo, es en el nivel de la estructura institucional, del aparato organizativo, donde se

acusa y refleja más netamente la dinámica de los procesos de composición y recomposición del poder en el plano de la Nación.

Podríamos decir que las fracturas y disrupciones en esa dimensión, ponen siempre en riesgo cierto la consistencia de la comunidad universitaria, altamente sensibilizada por el predominio del elemento intelectual en sus componentes y por ello, en principio más vulnerable a esos avances en tanto de sus resultas se agudizan tensiones y vitalizan conflictos. Eso es grave; todos sabemos que la pervivencia de la universidad en términos de realidad humana, no se asegura únicamente con la formalidad del sistema normativo que, a fuer de necesario pero no suficiente, requiere que subyazga un grupo humano con un monto mínimo de conciencia de comunidad en la que asienten actitudes continuas, en efectiva disponibilidad para la acción conjunta de poner por obra los propósitos que dan a la universidad.

Es obvio que la comunidad universitaria no puede sino conmoverse cada vez que la politización desborda su cauce en enojosa interferencia con los carriles propios de la vida académica; ciertamente también lo es el desborde que a la inversa fluye del empleo de la instancia académica en propuesta política partidista, pero acá el remedio parece asequible dentro de la misma agencia universitaria, si se sabe rescatar la jerarquía de la Política (así con mayúscula) sustrayéndola de un juego que, aunque legítimo en otros ámbitos, resulta subalternizante en la universidad. Sea de ello lo que fuere, creo que a estas alturas, la experiencia vivida muestra que, en nuestra casa de estudios, ha madurado una actitud pluralista que amortigua las estridencias extra académicas, y es válido pensar que se supera el estadio ideológico del que cree debilitarse si escucha al que disiente, así como el maniqueísmo simplista que divide el espacio de actuación en dos campos de los que sólo uno merece sobrevivir.

Podría ciertamente abonar lo expuesto con el pormenor de acontecimientos y actuaciones que, sin mengua de su valor anecdótico, ilustran la verdad de estas observaciones. Referirlos requeriría un espacio del que no disponemos y me apartaría de la línea que deseo mantener en mi discurso. Así y todo, quede constancia que he tenido y tengo el privilegio de compartir momentos de auténtica vivencia de la conciencia universitaria, a través de la actitud y el comportamiento de colegas con cuyo trato y frecuentación me he honrado en el pasado y me honro en la actualidad, pertenecientes tanto al elenco de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, como de las otras entidades académicas de la Universidad; colegas no siempre coincidentes conmigo en orden a la

profesión de fe religiosa, a la simpatía de afiliación política, o a la perspectiva de enfoque de la problemática que nos es común.

Como señalaba Ortega y Gasset aludiendo al Imperio Romano, la concordia es posible en tanto y en cuanto la discordia no cale más hondo de la profundidad de los estratos que aquélla tiene por suyos. Nuestro convivir en la universidad, el compartir un mismo sentido fundamental y fundacional para la comunidad universitaria, nos ha permitido consolidar una estima firmemente cimentada, proveyendo supuesto idóneo para el consenso en el marco de un diálogo franco y cordial.

En este terreno transparece un perfil insoslayable: el de las relaciones interpersonales. En mi caso -que presumo será el de numerosos colegas- ellas establecen una red que se extiende y abarca inclusivamente el conjunto estamental de la Universidad, con la variada matización que corresponde a la disímil relación que la diversidad de situaciones puede imponer.

Del conjunto de mi propio panorama destaco la vinculación con mis colegas a que ya he aludido, y la que mantengo con antiguos alumnos de mi cátedra, hoy graduados, y que se desempeñan en este ámbito tanto en tareas de investigación, como en el ejercicio docente y en cargos de alta jerarquía en la Facultad y en la conducción universitaria central. Se trata de personas en las que encuentro una entrañable dimensión de mi experiencia académica, porque al compartir con ellos algunos aspectos de la labor de la casa, abrigo la ilusión de haber contribuido a la continuidad de un quehacer que se mantiene a pesar de las difíciles condiciones actuales.

Cuando, por mi edad, el imperio de dispositivos legales vino a significar mi pasaje al status de pasividad, la autoridad universitaria me ha distinguido brindándome un espacio en el que puedo aportar, en la modesta medida de mis posibilidades, alguna cuota de colaboración, en apoyo de la cada vez más compleja tarea de la institución.

En **La imaginación sociológica**, Wright Mills atinadamente señala que las estructuras sociales no pueden pensarse como sistemas intemporales, desasidos de los requerimientos dinámicos de la existencia concreta; más bien, sostiene, debe pensarse que en la sociedad se encuentran, por un lado, la biografía (proceso secuencial de lo que el individuo hace y de lo que le acontece) y por el otro, la historia (proceso del devenir colectivo en su múltiple instancia), confluyendo en la concreta situación analizada.

Pues bien, creo que la memoria de nuestra experiencia puede develar-

nos la conciencia de que la pertenencia al claustro nos incorpora existencialmente, por el flanco académico de nuestra biografía, afluyendo al proceso de la historia por una vía de significativa relevancia: la del mantenimiento, elaboración y trasmisión de la cultura.

En la ardua coyuntura nacional, cuando no se advierte con certidumbre la presencia convocante de un proyecto nacional que vaya más allá del rigor del mero subsistir a través de la crisis, la articulación -siquiera sea parcial- de nuestro propio proyecto individual de vida en un proyecto universitario, y con su mediación, insertamos paulatinamente en la tarea de bien común que a todos nos es encomendada, tiene para nuestra persona el sentido de una experiencia del país en la que participamos como agentes activos de cambios que su perfectibilidad reclama.

Aún cuando tales proyectos no estén clara y distintamente diseñados, sabemos que hay lineamientos del esfuerzo universitario de los que ningún plan podría apartarse sin desvirtuar su propia razón de ser.

Tenemos claro que docencia, investigación y servicio, trazan el perfil identificatorio de la presencia universitaria; en la hora presente, esos trazos confluyen en un neto propósito de apertura a las demandas de la realidad. Sin descaecimiento de la apostura intelectual que transita la vertiente humanística de la cultura, resulta imperativo intensificar el énfasis en dos áreas que se presentan particularmente acuciantes: por un lado la detección y análisis de las falencias de nuestra sociedad, por el otro acudir a efectivizar la transferencia de tecnología, conectando el aprovechamiento de los recursos humanos de que dispone la universidad en este terreno, con las demandas concretas de las empresas que bregan en el mantenimiento del sistema productivo. Son respectivamente el sector público en la esfera de las definiciones de política social y el sector privado en la del crecimiento económico, quienes exhiben su legítima expectativa frente a la universidad como instancia estratégica.

Me consta que se está en ello en nuestra casa de estudios, que hay preocupación compartida por traducir en obra tales propósitos; creo poder aseverar que es ostensible entre nosotros la atención que suscitan esos desafíos, generando orientación de la actividad investigativa en esas direcciones y receptando las solicitaciones del medio.

Por ello considero que en la medida que se avance en el desarrollo de estas propuestas, se justifica nuestra existencia como Universidad y se ahonda prospectivamente la proyección de la experiencia académica como situación de vida.

¡ Dios lo quiera !

Propuestas para la reestructuración de la universidad argentina

La universidad y su inserción en la sociedad

Ricardo Manuel Tizio

La ciencia y la tecnología constituyen los motores que posibilitan el esclarecimiento y la ilustración del espíritu humano, y por ello representan los mecanismos decisivos e irreemplazables que tratan de emancipar al hombre frente al poder formidable de la naturaleza y el cosmos.

Es debido a ello que la mentalidad científica debe imponerse de modo indiscutible para convertirse en una realidad cultural enteramente natural y lógica dentro de la sociedad.

En ese sentido, es casi innecesario recalcar que la evolución de la civilización constituye un proceso de racionalización y su herramienta principal e insustituible es la ciencia y el conocimiento racional del mundo y sus implicancias en la sociedad y en la evolución del pensamiento y quehacer humanos.

El desenvolvimiento de todos esos procesos interrelacionados deben ocurrir y desenvolverse dentro de un ámbito que ofrezca las herramientas intelectuales y de infraestructura capaces de realizar aquellas tareas esenciales. El único recinto adecuado para emprenderlas es la universidad en relación armónica con el medio intelectual, social, científico y tecnológico en que se desenvuelve la humanidad.

Ricardo Manuel Tizio
Ingeniero Agrónomo.
Doctor de Estado (PhD) en Ciencias Naturales de Francia.
Investigador superior del CONICET
Profesor de Fisiología Vegetal de la Fac. de Ciencias Agrarias.
Profesor emérito de la Universidad Nacional de Cuyo.
Miembro de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires.

La misión básica de la universidad no es unilateral sino múltiple.

En la universidad debe desarrollarse, como tarea prioritaria, la investigación científica, que si bien debe tender a la resolución de los problemas básicos que se plantean en la sociedad, es también su deber propender a la formación intelectual, cultural y humanística del hombre. Ello como complemento indispensable y estructurador del pensamiento y desarrollo científico que humanice y no robotice la evolución de la sociedad en sus múltiples campos de acción.

Desarrollo científico, cultural y humanístico deben complementarse armónicamente, a fin de evitar desfasajes que plantean problemas en el proceso evolutivo de la sociedad, de las naciones, de sus pueblos y de las relaciones internacionales.

La investigación científica básica y la orientada a la resolución de problemas nacionales y regionales, el desarrollo y transferencia de tecnología apropiada, capaz de insertarse en una infraestructura adecuadamente receptora, y la formación de recursos humanos y profesionales, deben constituirse en entes que motoricen los cambios sociales que conduzcan a acrecentar el bienestar humano y el desarrollo integral de un país, amén de su adecuada inserción en el concierto de las naciones.

Sin embargo, no deben esperarse resultados inmediatos o de trascendencia en los conocimientos que la ciencia va adquiriendo. En cuanto a sus fines prácticos, en la mayoría de los casos sirven en forma indirecta y a menudo únicamente a las generaciones futuras. Ello permitirá acrecentar aún más el rol de la ciencia y sus derivaciones tecnológicas, al proyectarse en forma incesante en función, no sólo contemporánea, sino también del futuro de la sociedad.

En ese sentido, debe tenerse siempre presente que cuando la investigación científica languidece, o su actividad es limitada o entorpecida por actos o actitudes políticas mezquinas o coyunturales, la vida espiritual de la nación se ensombrece y se limitan las posibilidades de su proceso evolutivo.

No obstante, es aleccionador y estimulante el hecho que ciertas preocupaciones de la sociedad, en particular las de tipo económico, no alcancen a ahogar ni a disminuir la capacidad creadora, la voluntad y el amor que muchos investigadores profesan hacia la investigación científica permitiendo su avance, aunque más o menos lento, no por ello inexorable.

Los conceptos expuestos precedentemente nos llevan a sostener que

la universidad debe saber conjugar los progresos en la esfera de la investigación y del desarrollo en los frentes de la concepción tecnológica con una más cabal comprensión de las implicancias sociales y humanas de semejante desarrollo.

En otras palabras, la universidad desempeña un papel importante pero no decisivo en el devenir del progreso científico en su acepción integral. Quizás su función esencial sea la de conjugar los nuevos avances y desarrollo en la investigación y la docencia con los valores de las ciencias humanísticas y sociales tradicionales.

Que las universidades tengan por misión realizar una investigación e impartir una enseñanza de máximo nivel, no implica que no tengan y persigan otros objetivos como, por ejemplo, la preparación para determinadas profesiones, progreso tecnológico y logro de igualdad de oportunidades, tema sobre el que se volverá más adelante.

Mucho se ha especulado y escrito acerca de que las universidades deben constituirse en recintos de investigación y docencia. Pero pocas veces se ha señalado que su norte más importante se denomine «calidad» en los ámbitos apuntados. Dicha propiedad no es fácil de calibrar. Los criterios cuantitativos muchas veces no son los más adecuados: número de premios Nobel, cuantía de recursos para la investigación, número de exámenes aprobados con las más altas calificaciones, número de trabajos publicados, etc.

Quizás más importante que todo ello es la capacidad de promover movimientos migratorios, hacia otros centros de investigación calificados, como prueba de la idoneidad, capacidad e inteligencia del maestro o de equipos de investigación que formaron recursos humanos, y que sean objetiva y unánimemente valorados por aquellos investigadores de reconocida excelencia que trabajen en campos afines.

Todo ello induce a llegar a la conclusión que, a través del desarrollo científico, la universidad promueva la formación de recursos humanos que, a modo de retroalimentación, amplíen el espectro de acción en que se desenvuelve la disciplina científica dentro de la cual lograron formarse.

La calidad en la investigación científica y la docencia sólo puede alcanzarse en un clima de autonomía en el sentido más amplio del vocablo. Quien pretenda colocar a las universidades al servicio de fines secundarios, ello sólo se conseguirá al precio del resentimiento de la calidad de aquellas actividades.

Igualdad de oportunidades y calidad de la investigación y la docencia.

Sin lugar a dudas, las universidades deben mantenerse abiertas para cuantos estén intelectualmente dotados a acceder a la investigación y la docencia. Ello implica necesariamente la verdadera concepción de la igualdad de oportunidades.

Esta condición de acceder al quehacer universitario dentro de los lineamientos expuestos, no implique necesariamente una contradicción entre aquella condición, la expansión universitaria y la calidad de la investigación científica y la docencia. Ello es valedero si se llena una condición: que la igualdad de oportunidades no se oponga sino que permita la diferenciación selectiva. Este punto de vista implica la posibilidad que en la investigación y la docencia se abran y se sigan caminos especiales, no reservados naturalmente a todos, mediante la disponibilidad de estructuras orientadas hacia el perfeccionamiento de graduados (*colleges* americanos, *écoles* francesas); otras consagradas a la investigación (institutos) y recintos dedicados a impartir preparación especializada de alto nivel (Escuelas Superiores de Leyes, de Medicina, Filosofía, Agronomía, etc.) en sus diversas especialidades.

El concepto de calidad, que lleva implícito el de excelencia, bajo ningún concepto debe confundirse con el de élite en la acepción amplia del término.

En relación a lo expuesto precedentemente, cabe hacer una importante apreciación: quien propugne o aliente la iniciativa de la creación de universidades privadas, no debe sucumbir al error, muy generalizado por cierto, de considerarlas como garantía de calidad, cuando ellas reúnan requisitos de docencia e investigación aceptables.

Téngase como ejemplo ilustrativo el de ciertas universidades privadas americanas como las de Stanford, Princeton y Harvard, cuyos niveles de jerarquía académica no son más altos que los de algunas estatales, como las Universidades de Minnesota, Michigan y las mismísima Universidad de California.

La financiación privada de la universidad y la estatal.

La financiación privada puede constituir un complemento muy deseable de la financiación estatal, pero nunca habrá de reemplazar a ésta en medida importante, siempre y cuando desde los niveles más altos de la dirigencia política se tenga cabal idea y consideración del rol que las universidades deben desempeñar en la sociedad.

Ello también importa concientizar y alentar a donantes privados a que aporten recursos adicionales que sean administrados por las universidades en régimen de autonomía, pero sin que ello exonere a los parlamentos de su obligación de dotar de los más amplios medios a las universidades para que ellas cumplan cabalmente con sus funciones específicas.

Autonomía universitaria.

Es necesario puntualizar que los principios democráticos no deben quedar circunscriptos al funcionamiento de las instituciones políticas y de gobierno, sino que deben abarcar a toda la sociedad, y por ende a la organización jurídica y académica de la universidad.

Pero para que ello ocurra y tenga sentido, es necesario partir de la concreción del concepto de autonomía, que a su vez no signifique aislamiento del contexto económico y social de un país.

La autonomía universitaria debe asentarse en normas académicas, legales y presupuestarias sobre las que la universidad, a través de sus cuerpos orgánicos, pueda decidir libremente respecto de sus propios asuntos, tanto en cuanto a las políticas de investigación que se implementen, como en todo aquello que haga a cuestiones de enseñanza.

La autonomía universitaria debe canalizarse a través de un instrumento legal ágil, jurídicamente claro y preciso, adaptable a las necesidades que se planteen, pero que en esencia refleje el pensamiento, ideas y lineamientos académicos y normas de funcionamiento que los propios docentes e investigadores puedan, a través de la permanente vivencia del quehacer universitario, volcar en el espíritu y contenido de la norma legal.

Numerosos son los ejemplos a nivel nacional que reflejan el languidecimiento y desjerarquización de la actividad universitaria, cuando la misma se liga a los avatares políticos de los gobiernos de turno, sea a través de la dependencia de las universidades a instituciones oficiales (ministerios), que siempre reflejan una determinada línea de pensamiento político, como así también de intervenciones que, en la mayoría de los casos, cohartan o limitan la libertad de acción creativa a nivel de la investigación científica y de la docencia.

La instrumentación y puesta en vigencia de una ley universitaria adecuada, debería ser el fruto de un amplio intercambio previo de ideas entre docentes y científicos universitarios, y los legisladores que habrán de adecuar jurídicamente aquel instrumento legal. No hacerlo sig-

nificará, como ha sucedido casi siempre, no sólo soslayar aspectos básicos de la organización universitaria, con todas sus secuelas a cuestas, sino también lesionar los legítimos derechos de docentes e investigadores. Un lamentable ejemplo de lo expuesto precedentemente lo constituyó la norma que colocó en situación de estado en comisión a todo el personal universitario con las perniciosas y graves secuelas que derivaron de su vigencia.

Situación actual de la universidad argentina.

Un problema que constantemente se plantea es el relativo a si el nivel de jerarquía académica y docente alcanzado por las universidades argentinas, incluso naturalmente la de Cuyo, está a tono con el desarrollo científico, humanístico, social y tecnológico logrado por los países desarrollados y aun algunos en vías de desarrollo. En ese sentido, la carencia crónica de medios y la insensibilidad e incomprensión muchas veces mostradas por la dirigencia política, y a la -considerada por el autor- deficiente estructuración académica y docente actual, hace que la universidad argentina siga quedando progresivamente retrasada en relación al nivel alcanzado por muchas universidades extranjeras.

A ello debe agregarse otros aspectos negativos, como la falta de integración con el medio, ya que es muy poco lo que la universidad actualmente está en condiciones de ofrecer, y la escasa predisposición del medio para solicitarle colaboración y cooperación en los niveles económicos y de producción en que aquél se desenvuelve.

Ello trae como consecuencia que los profesionales que se van formando, frecuentemente no se adecuan de inmediato a las necesidades que el medio requiere, en cantidad y aun en calidad.

En ese sentido, es común apreciar un carácter selectivo a nivel profesional por parte de la actividad empresarial, que a menudo discrimina entre egresados de facultades distintas, en relación al quehacer técnico que se solicita.

Por otra parte, y como se sugirió con anterioridad, la universidad argentina ve limitada su esfera de acción y su actividad creadora, por ausencia de autonomía, tanto académica como económica y financiera. Ello conduce a limitar la fijación de grandes objetivos, ya que actualmente está dotada de una estructura anacrónica, inelástica, asfixiada burocráticamente y, para colmo de males, caracterizada por claustros-compartimentos estancos, facultades y departamentos aislados, inconexos y con programas rígidos que escapan al libre albedrío docente y

que los hacen, la mayoría de las veces, desactualizados.

Las bibliotecas, núcleos esenciales de la actividad docente y científica, carecen de un régimen que permita una actualización permanente, con acceso a textos y obras de consulta de actualidad y una fluida y completa recepción de revistas científicas y de perfeccionamiento docente, que atraigan la atención, no sólo de docentes e investigadores, sino también de estudiantes. Ello como medio de entrenarlos en la inquietud de la consulta bibliográfica y, por ende, selectiva de conocimientos que a su vez los sustraigan de la influencia estática y muchas veces perniciosa del apunte ya que, para muchos se «agotan» en ellos los conocimientos.

Constituye una tarea primordial privilegiar las actividades básicas que debe cumplir la universidad, tanto en el campo científico, social, humanístico y artístico, como en la política orientada a la resolución de problemas básicos en el orden nacional y regional.

Todo eso hace que la universidad se constituya en el centro principal para el desarrollo y transferencia de tecnología apropiada, y adecuación de la que necesaria y transitoriamente deba adquirirse en el extranjero.

Sobre las bases apuntadas precedentemente, la universidad estará en condiciones de instrumentar planes de formación de profesionales capaces de llevar a cabo la tarea de cambio tecnológico y social que el país imperiosamente necesita para modernizarse y entrar en una actividad productiva que, entre otros objetivos, retroalimente el quehacer científico y docente.

Necesidad de una estructuración departamental de la universidad.

En relación a los conceptos y apreciaciones expuestas, cabe hacer las siguientes reflexiones:

¿Es capaz actualmente la universidad de cumplir con objetivos que su misma creación y funcionamiento imponen?

Teniendo en cuenta la idiosincrasia tendiente al individualismo que, a criterio del que expone, caracteriza al hombre argentino, se considera dudoso el logro efectivo de aquellos objetivos.

En primer lugar, ¿existe realmente una armónica y permanente interrelación del quehacer de las facultades de nuestra universidad?

¿Existe conciencia y conocimiento cabal sobre qué nivel de actividades las mismas se desenvuelven?

¿Llena adecuadamente esa funcion la realización de Jornadas de Investigación que realiza la Universidad, durante las cuales se pueda adquirir un conocimiento por lo menos mínimo de sus realizaciones, logros y objetivos?

¿Son frecuentes los planes de investigación y de estudio que interrelacionen, no sólo la actividad de las facultades, sino también el de las cátedras dentro de cada facultad?

¿Existen, en fin, planes de investigación y estudio interdisciplinarios y aún interinstitucionales que constituyan la regla y no la excepción?

Mucho teme el autor que todos estos interrogantes deban ser contestados en forma parcial y aún negativamente. Todo ello sin perjuicio de no negar en absoluto la potencial capacidad que la universidad posee a través de su capital humano, para estar en condiciones de transmitir al medio los conocimientos, resultados y repercusión que emanen de la actividad que las facultades puedan desarrollar.

Por otra parte, existe otro problema crucial que, en muchos casos, contribuye involuntariamente a resentir y limitar la actividad académica, científica y docente. Aquél se plantea en relación a los diferentes niveles de dedicaciones con que el docente universitario desarrolla sus tareas.

Es dable destacar que, en general, el tipo de dedicaciones ha sido supeditado a las posibilidades y exigencias económicas que se plantean los interesados, la mayoría de las veces muy atendible dada la situación actual, pero que limitan la capacidad de trabajo de la unidad académica en la que están insertos.

Ello limita en grado sumo el quehacer académico pues reduce las posibilidades de formación y permanencia de equipos de trabajo y, en consecuencia afectando la calidad, en mayor o menor grado, de la actividad docente y de investigación.

Es un hecho incontrastable que una actividad fructífera e integral a nivel académico requiere la existencia de equipos de investigación y de docencia capaces de desarrollar una labor continua y de jerarquía. Además, ello posibilita, y muchas veces requiere, interrelaciones con otros equipos de investigación, de la propia facultad y aún de otras, progresándose de ese modo y creando una concepción interdisciplinaria y a veces institucional del quehacer académico.

Organización departamental de la universidad.

El logro de una actividad académica de excelencia, y por lo tanto de

calidad, se logra actualmente como ocurre en la mayoría de las universidades americanas y europeas, mediante la organización departamental de la universidad.

Ello trae aparejado una evidente jerarquización de la actividad académica que nutre, no sólo mediante la dedicación plena e integral de sus componentes a la investigación y docencia, sino también al desarrollo de otras expectativas. Entre ellas, por ejemplo la inherente a la formación continua de recursos humanos capaces de crear, en el devenir de sus actividades, otros centros de investigación, o enriquecer el acervo científico y el nivel del equipo del que forman parte.

La organización universitaria por departamentos obliga a conocer y trabar relaciones de todo tipo con departamentos afines de otras universidades del país y del extranjero, hecho que redunda en el intercambio, no sólo de conocimientos y modalidad de trabajo, sino también de infraestructura.

Vaya como ejemplo un caso concreto: el equipo del laboratorio de Fisiología Vegetal de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional de Cuyo, cuyos componentes desempeñan sus tareas en dedicación exclusiva, actualmente se dedica al estudio de aspectos fisiológicos de la micropropagación de especies vegetales útiles, y de los mecanismos involucrados en su desarrollo.

La falta actual de otros medios y recursos, ha hecho imposible que dicha unidad académica encare otras actividades conexas como por ejemplo el aislamiento, purificación, separación e identificación de la estructura química de ciertas hormonas endógenas que *a priori* se consideran responsables de los resultados obtenidos y del comportamiento del material bajo estudio. Ello debido a que la metodología que debe emplearse, en cierto modo compleja y sofisticada, no está al alcance del equipo que estudia el problema y que para ello es necesario disponer de una infraestructura adecuada.

Mediante un convenio suscripto entre la Facultad de Ciencias Agrarias con la Universidad Nacional de Río Cuarto a través de su Departamento de Ciencias Naturales, se logró acordar un plan conjunto por el que el laboratorio de Fisiología llevaba a cabo la experimentación y el Departamento aludido procedía al aislamiento, purificación y cuantificación del compuesto presuntamente interviniente en el fenómeno observado. Aislado, se lo cuantificó y se le asignó una estructura química provisoria, en base a la metodología empleada. Una vez completado el plan, el trabajo fue motivo de publicación en una revista especializada

de difusión internacional. El trabajo interesó a un grupo de investigadores de Fisiología Vegetal de la Universidad de Calgary, Canadá. En dicho laboratorio, y a base de las muestras que se le enviaron, pudo identificarse químicamente el compuesto de referencia. De esa manera pudo confirmarse definitivamente la tesis del equipo de Fisiología de nuestra Universidad, según la cual el sistema radical de la planta de papa sintetiza ese compuesto participando en el control del mecanismo hormonal de tuberización.

La organización de la universidad por departamentos implica eliminar además la estructura vertical, considerada anacrónica, del orden jerárquico docente imperante en las cátedras. La organización departamental modifica el sistema de una cátedra, un profesor titular, en otro de estructuración horizontal, en el que pueden coexistir varios titulares, cada uno de ellos dentro de su especialidad, que se integra con las restantes componentes del departamento.

Un ejemplo de lo expuesto precedentemente lo constituye, entre otros, el de Química Biológica de la Universidad Nacional de Río Cuarto. En él se desempeñan, con dedicación exclusiva, biólogos animales y vegetales, con el consiguiente beneficio mutuo derivado del permanente intercambio de resultados e información, líneas de trabajo, bibliografía, y del uso del mismo instrumental e infraestructura que el departamento posee. Todo ello con la economía que dicha estructuración significa.

La actividad no sólo se circunscribe al departamento en sí, sino que mantiene una relación fluida y de temas de trabajo con otros departamentos como los de Agronomía, Ciencias Naturales, etc.

La organización departamental posibilita además una labor interdisciplinaria con departamentos supuestamente diferentes. Así por ejemplo, el Departamento de Ciencias Naturales, a través de su laboratorio de Fisiología Vegetal, no insume tiempo en el aprendizaje de diseños y métodos estadísticos necesarios para la evaluación estadística de los resultados que arrojan las experiencias que realiza. Requiere para ello la colaboración del Departamento de Matemática y Estadística el que, sobre la base del trabajo que desea desarrollar, estructura el diseño estadístico adecuado y luego interpreta estadísticamente los resultados obtenidos. Es fácil deducir el mutuo beneficio académico que ello involucra.

Por otra parte, la organización departamental posibilita la creación, por peso propio y por decantación, de centros de investigación de excelencia, es decir, de alta calidad académica.

Ello presupone garantizar la efectiva formación de nuevos recursos humanos, no sólo a través de la disponibilidad de un sistema de becas nacional para posgraduados, sino también la efectiva realización de cursos de perfeccionamiento científico y tecnológico de nivel.

El logro de aquellos objetivos abrirá el camino para la creación de un sistema de carreras de posgrado a nivel nacional en esos centros, en lugar de los que aisladamente y con mayor o menor nivel académico desarrollan actualmente ciertas universidades.

Para finalizar, y a no dudarlo, dicha organización atraerá, como consecuencia lógica, la atención de la actividad privada, necesitada, particularmente hoy día, de disponer de tecnología renovada y actualizada, la que podría canalizarse a través de una relación fluida con organismos técnicos como el INTI y el INTA, convenientemente conectados con aquellos centros de investigación.

La jerarquización, por esos medios, de la actividad científica y tecnológica revalorizará la actividad de sus ejecutores los que, mediante remuneraciones adecuadas al grado de calidad demostrado, puedan sustraerlos de los problemas cotidianos de índole económica que actualmente los agobian y que en parte limitan la capacidad creativa que potencialmente poseen.

La Universidad Nacional de Cuyo y el desarrollo de las humanidades

Emilia de Zuleta

1. Las humanidades en la fundación de la Universidad.

Hace algún tiempo, el venezolano Arturo Uslar Pietri señalaba que muchos de los males políticos y sociales de América proceden de la aceptación sin examen de un tópico muy difundido: la juventud de nuestros pueblos. Sin embargo, detrás de su corta historia independiente, reflexionaba, hay un pasado que se extiende por milenios. No hacemos bien en renunciar a nuestra herencia, agreguemos, ya que ese pasado es el que dará sentido a nuestro futuro.

Quiero, ante todo, subrayar que un balance del primer Cincuentenario de la Universidad Nacional de Cuyo debe tener un sentido profundo y constructivo en estos momentos en que, una vez más y como al principio, vuelve a hablarse de la crisis de la universidad y las naciones más avanzadas del mundo encaran una reforma educativa exigida desde las entrañas mismas de la sociedad. Y tiene un sentido más profundo aún en el caso de nuestra Universidad la cual, desde su creación, se configura como una empresa extremadamente original que anticipa concepciones y tendencias que hoy, a diez años del próximo milenio, están de nuevo en el centro de la escena como unicas posibilidades de salvación de la ins-

Emilia P. de Zuleta

Profesora de Letras (U.N.C.). Profesora de Literatura Española, Moderna y Contemporánea y Jefa de la Sección Literatura Española, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.C.

Académica correspondiente de la Academia Argentina de Letras y de la Real Academia Española.

Premios «Cultura Hispánica 1981» y «Nieto López» de la Real Academia en 1988.

titución universitaria.

Es necesario, pues, volver a aquellos días iniciales, no en procura de restauraciones utópicas, sino para proyectar nuestro futuro a partir de la reflexión sobre nuestros orígenes.

Se abren ante nosotros varias vías posibles de retorno. La primera, que llamaré de la *reconstrucción sentimental*, es privilegio único de quienes fuimos los primeros alumnos, los que seguimos evocando aquellos espacios felices de la gran casona de Rivadavia 125 y sus construcciones anexas que se prolongaban hacia sus salidas por las calles 9 de Julio y Sarmiento. Aquella casa tenía un gran patio con ombú y otro patio con naranjo y con higuera, profundas galerías, una sala de conciertos y conferencias, una biblioteca silenciosa y magníficamente instalada y un club universitario donde alumnos y profesores charlábamos, discutíamos, escuchábamos música clásica o de jazz. (Cuando Julio Cortázar en su novela **Rayuela** nombra a Mendoza, está aludiendo a aquellas inolvidables sesiones de jazz que solían prolongarse durante largas horas. "*(...) una música que permitía reconocerse y estimarse en Copenhague como en Mendoza o en Ciudad del Cabo*" (1). Era un tiempo feliz -o así lo recordamos ahora-, en que la lectura, la música, el arte, no excluían la pasión ciudadana.

Pero hay otra vía de aproximación, otro modo de reconstrucción menos subjetivo, que quizá ensayará, en un remoto futuro, un arqueólogo imaginario. En la planta de ese edificio -o edificios agrupados-, se diseñaba con claridad extraordinaria, objetivamente, una concepción universitaria. Estaban allí los locales de la Facultad de Ciencias y los de la Facultad de Filosofía y Letras -poco después, únicamente los de esta última-; a la izquierda de la entrada, el Salón de Grados que era, como dijimos, al mismo tiempo sala de conciertos y de conferencias; más al fondo, en el corazón mismo del viejo edificio, la Biblioteca Central, y a su derecha el Club Universitario. Más allá, en los edificios anexos que daban sobre Sarmiento y sobre 9 de Julio, los talleres de pintura, escultura y grabado de la Academia de Bellas Artes.

Plasmada físicamente en esta agrupación y distribución, repetimos, se afirmaba una concepción universitaria extremadamente original si se la compara con la vigente por entonces en las restantes universidades argentinas.

En primer lugar, la unidad de la ciencia y la importancia concedida a las humanidades como portadoras de lo específicamente universitario. Esta Universidad nueva se iniciaba realizando desde sus comienzos lo

que en otras era un esfuerzo reciente que contravenía tendencias anteriores. Ponía en marcha, en suma, la misión histórica que Ricardo Rojas, al inaugurar en 1923 el Instituto de Filología, asignaba a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires: *(...) llamada a superar las tendencias utilitarias de nuestro ambiente, mediante una concepción más noble de la ciencia de la nacionalidad y de la vida* (2).

En segundo lugar, como eje de esa planta, la Biblioteca Central, no especializada, una biblioteca de humanidades, en el sentido de humanidades modernas, abarcadora de todo lo atingente a la vida humana. Una Biblioteca que al año de su creación reunía más de veinte mil volúmenes y era entregada al ilustre lingüista catalán Juan Corominas quien, en breve plazo, echaría las bases de su impecable organización.

En tercer lugar, la extensión universitaria corporizada en la ubicación preferente, al frente del edificio, del Salón de Grados como reflejando la primacía que a esta función se le acordaba. Así lo percibió el ilustre pedagogo Juan José Arévalo quien, en sus memorias, afirma: *La Universidad de Cuyo abrió un capítulo nuevo en la vida de las universidades argentinas: la tarea de impulsar la cultura en los medios no universitarios.* (3).

En cuarto lugar, la convivencia en el Club Universitario, ubicado también en el núcleo central de edificaciones, creado junto con la Universidad, en agosto de 1940, y presidido por el propio Rector, como modo de asumir desde el más alto nivel de conducción, ese propósito de crear «una vasta familia espiritual» y social encaminada a corregir el individualismo cerril, a educar y a perfeccionar a los universitarios mediante el intercambio intelectual y amistoso. Se procuraba responder, de este modo, a necesidades más personales y profundas del alumno y a transmitir un legado cultural, y no sólo determinadas destrezas y los contenidos de un currículo.

Intentemos ahora la tercera vía de recuperación de aquel pasado, a través de la lectura de sus documentos, discursos, ordenanzas, reglamentos. Ahorraré aquí detalles que, por otra parte, han sido descriptos y analizados en la considerable bibliografía histórica que sobre estos asuntos viene creciendo desde hace años. Detengámonos, una vez más, en la indagación del espíritu que se manifiestaba en aquella letra. En los primeros documentos y discursos, se traslucía la conciencia de una crisis de la sociedad -acababa de comenzar la Segunda Guerra Mundial-, y, en especial, de la universidad. En algunos textos este análisis remitía, expresamente, al ensayo de Ortega y Gasset **Misión de la Universidad** (1930), tan leído en la Argentina. Pero también exudaban un optimismo

sorprendente, análogo al que llevó -poco antes de la Guerra Civil Española-, a la trasformación, también originalísima, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, durante el Rectorado de Claudio Sánchez Albornoz y el Decanato de Manuel García Morente, y que Julián Marías acaba de describir en el volumen primero de sus memorias, **Una vida presente** (1988).

Ordenanzas, resoluciones y reglamentos iban, entretanto, configurando mediante la creación de los diferentes organismos, los planes de estudios, la definición de las funciones de profesores y de alumnos, una realidad ceñida, en lo posible, a los propósitos manifiestos de aquellos conductores. Allí estaban perfectamente regulados los medios de formación integral de los estudiantes y de respuesta a las necesidades del medio; la estructura de los institutos basada en el concepto de que la investigación es el eje fundamental de la vida universitaria, y no una mera prolongación de la cátedra: a la inversa, es «fuente de la enseñanza», como lo indican expresamente las ordenanzas 104 y 132, de 1944, de la Facultad de Filosofía y Letras. Más aún, la función de los profesores que, en lo posible, debería ser excluyente de otras labores.

¿Cómo fue posible todo esto? La respuesta, si quiere ser justa, debe nombrar a quien dio el primer impulso, el Rector Fundador Edmundo Correas, por entonces un joven abogado provinciano de apenas treinta y ocho años, pero con un gran talento y una inmensa energía. ¿Cuál fue su método? Mejor dicho, el fundamento de su método de creación de la Universidad y de su primer desarrollo. Creo que puede resumirse en una sola palabra -excluida durante décadas del léxico universitario-, y que hoy ha vuelto con fuerza arrolladora: «excelencia».

2. La búsqueda de excelencia

Búsqueda de excelencia, en el momento de creación de la Universidad. La sociedad mendocina estaba madura para esta fundación, pero carecía de elementos suficientes como para poner en marcha un plan de alto nivel: por ello el joven Rector recurrió a lo mejor que el país podía ofrecerle en aquellos años. Ricardo Rojas, Bernardo Houssay, Coriolano Alberini, Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Rafael Alberto Arrieta fueron sus primeros consejeros y, evidentemente, le sugirieron objetivos y procedimientos bastante diferentes de los que regían en la Universidades de Buenos Aires y de La Plata. Subrayo el mérito de estos consejeros, los mejores que se podían conseguir en aquel momento, pero a cualquiera que tenga alguna experiencia en la cosa pública -como actor o como espectador-, no se le escapará que hay

que tener visión y generosidad para elegir buenos consejeros; pero, sobre todo, y esto es infrecuente, claridad de objetivos y voluntad férrea para seguir sus consejos. (Evoca Juan José Arévalo en sus memorias un banquete que, en el Hotel Castelar de Buenos Aires, a mediados de 1940, los profesores porteños y platenses le ofrecieron a Correas, *motor del nuevo remolino cultural, didáctico y humano* -así lo llama Arévalo-; y se refiere, luego, al 20 de julio de 1943, fecha en que trascendió su renuncia al Rectorado, como a un *día de luto en la Universidad*) (4).

Su búsqueda de excelencia fue implacable y se aplicó a fondo en ese núcleo de las humanidades concebido como fuente generadora y unificadora del organismo universitario y, a través de él, de la trasformación de la vida pública de Cuyo. En primer lugar, debían ser excelentes sus profesores. *Hay que terminar con los baqueanos de las cátedras, con el profesorado de aficionados*, decía. *Profesor que sólo acepta o solicita la cátedra para ayudar a sus expensas es un enemigo perverso de cuantas promociones de alumnos deben ser víctimas de su inconducta.* Y añadía: *El sistema de contratos a full-time, será el preferido* (5). No creo necesario subrayar la extrema novedad de este concepto en nuestro país, donde por entonces las cátedras de humanidades estaban, en buena parte, en manos de abogados o médicos distinguidos; o en el caso de los pocos profesores en ejercicio, éstos debían simultanear sus tareas docentes con otras, dentro o fuera de la Universidad con la consiguiente dispersión de actividades y esfuerzo físico y mental. (Así cayó, derribado por un infarto, en el tren que lo llevaba a La Plata, uno de los hombres mayores que ha tenido América, Pedro Henríquez Ureña). Las cátedras estarían bien pagadas, trescientos pesos cada una, y un profesor podía dictar dos o tres. (Aquellos trescientos, seiscientos o novecientos pesos eran una suma considerable. Piénsese que un pasaje a Europa, en primera clase, costaba setecientos).

En Mendoza no existía ese profesorado universitario -¡cuántos resquemores causó en el medio mendocino esta convicción acertadísima de Correas!- y había que buscarlo mediante una vasta operación que fue ejecutada con extraordinaria eficiencia y sorprendente celeridad. Así, en poco tiempo, a mediados de 1940, ya estaba en Mendoza Claudio Sánchez Albornoz, el gran medievalista, ex decano y ex rector de la Universidad de Madrid en su mejor momento. En 1942, dos años más tarde, nuestra Universidad editaba su obra en tres volúmenes **En torno a los orígenes del feudalismo** que, cosa admirable y no igualada posteriomente, vendía y distribuía una de las mayores librerías de Buenos Aires y de América, El Ateneo. Llegaron también, en aquella

primera convocatoria, Juan Corominas, que sería figura sobresaliente de la lingüística; Salvador Canals Frau, antropólogo y etnógrafo; Roberto Marfany, historiador; Juan José Arévalo, el gran pedagogo que venimos nombrando y que sería luego presidente de Guatemala. Y un grupo de jóvenes que dejarían honda huella en la cultura argentina: Luis Felipe García de Onrubia, filósofo y psicólogo; Julio Cortázar, excelente profesor de literatura inglesa y francesa que aquí concibió los cuentos de su libro **Bestiario** y publicó su primera monografía, **La urna griega en la poesía de John Keats** (6,) Julio Caillet-Bois, primer profesor de introducción a la literatura y luego gran especialista en española e hispanoamericana; y su ayudante, Enrique Anderson Imbert, quien siempre recuerda como invalorable aquella primera experiencia cuyana. Treinta años más tarde, evoca: *Mi primera clase, en 1940, al ocupar la cátedra de Introducción a las Letras en la Universidad de Cuyo, fue una exposición del método estilístico de Spitzer* (7). (El fue el creador del Teatro Universitario y director de la primera obra de su repertorio, **El sí de las niñas**, de Moratín). Un grupo de entusiastas profesoras, recién graduadas en Buenos Aires, Elsa Solari, Oonah Murphy, América Sciarreta, Clara Di Giovanni, comenzaron la enseñanza de las lenguas vivas, inglés, francés, italiano, a las cuales se añadió pronto el alemán con la llegada de un pedagogo excepcional, Alfredo Dornheim.

Parejo esfuerzo se hacía en el área de las artes plásticas y la música, integradas en este vasto proyecto de humanidades clásicas y modernas. Y así llegaron a Mendoza Henri Gil Marchex, que había sido discípulo de Debussy, Julio Perceval, Isidro Maiztegui, la cantante Mary Lan, los pianistas Francisco Amicarelli y Antonio De Raco, el musicólogo Daniel Devoto, que sería luego, desde la Sorbona, uno de los mayores hispanistas argentinos. Galina Tolmacheva dirigiría la Escuela de Teatro y Nina Verchinina el Ballet Universitario. Simultáneamente crecía la Academia de Bellas Artes a impulsos de sobresalientes maestros, el pintor mallorquino Francisco Bernareggi, el escultor chileno Lorenzo Domínguez, el grabador belga Víctor Delhez y el triestino Sergio Sergi.

Entre tanto, el movimiento ascendente no se detenía. Entre 1947 y 1948 una segunda oleada comienza a completar esta búsqueda de excelencia con la contratación de Fritz Krüger, el ilustre lingüista alemán; el filósofo italiano Luigi Pareyson, el especialista en literatura española Rafael Benítez Claros, el historiador francés Alberto Falcionelli, el músico y compositor español Eduardo Grau; y, a partir del gran Congreso de Filosofía de 1949, los filósofos españoles Angel González Alvarez, Hilario Rodríguez Sanz y, luego, Antonio Millán Puelles. Todos los

nombrados alcanzarían posteriormente el reconocimiento de la comunidad científica internacional sobre la base de obras concebidas o publicadas en Cuyo. La pertenencia a este núcleo humanístico tan marginal, aparentemente, de los grandes centros, quizá decidió el destino individual de muchos de ellos y los salvó para la ciencia y la cultura universal. (Precisamente, en enero de 1989, Umberto Eco, mencionando la aparición de la **Estética** de Luigi Pareyson en la colección Bompiani de bolsillo, lo declaraba un clásico por la vigencia contemporánea de sus ideas concernientes al concepto de interpretación). Pareyson, durante su estada en nuestra Universidad, entre 1948-1949, preparó su **Fichte** editado en 1952, y la mencionada **Estetica, teoria della formatività** de 1954) (8).

En 1948, precisamente, se creó la Orquesta Sinfónica que, al decir de Ernesto Fluixá, era *parte integrante de un vasto plan universitario que habría de cambiar radicalmente la faz cultural y artística de Cuyo* (9).

Y como la búsqueda de excelencia de los profesores debía completarse con el perfeccionamiento de los alumnos, la Universidad puso su empeño en solucionar un problema no resuelto aún en nuestro país: las deficiencias del nivel medio de enseñanza. Y lo que pudo ser una complementación burocrática en un organigrama -la anexión a la Universidad de cuatro escuelas secundarias preexistentes y la creación de dos nuevas-, se convirtió en un objetivo preferente. Los mejores profesores universitarios enseñaban también en esos institutos, y así nació la Inspección General de Enseñanza a cuyo frente estuvo Ireneo Fernando Cruz, uno de los profesores empapados de este espíritu, aunque muchas de sus acciones y métodos habrían de colocarlo enseguida en abierto antagonismo frente al Rector Fundador. Luego fue Inspector General de Enseñanza el pedagogo Arévalo y cumplían las inspecciones, en suma, la conducción pedagógica, los mejores profesores de humanidades: Corominas, Anderson Imbert, García de Onrubia, Canals Frau, Pró. Las humanidades clásicas y las humanidades modernas, eran el eje integrador de las demás disciplinas. Discretas bibliotecas y actividades coprogramáticas completaban un proyecto educativo encaminado a la formación de los alumnos más que a la mera instrucción.

Este impulso originario no se detiene, más aún, se incrementa hasta el final de los años sesenta con la paulatina incorporación al quehacer universitario de sus propios egresados que, en el campo específico de las humanidades, han llegado a ocupar posiciones de primera fila en la comunidad científica internacional.

Hacia el final de esa década, bajo el Rectorado de Dardo Pérez

Guilhou, se crea la CAPI, Comisión Asesora para la promoción de la investigación -luego CIUNC-, el último gran intento de conservar la unidad de las diversas ciencias en la Universidad en su más alto nivel, la investigación. Desde el punto de vista de las humanidades, significó un cambio decisivo: nada menos que el reconocimiento institucional de su estatuto científico. Este difícil objetivo se logró de modo natural y de inmediato, y avanzó criterios que sólo mucho más tarde adoptarían organismos similares del país.

Poco después se produce el desmembramiento de la Universidad Nacional de Cuyo, con la creación de las Universidades de San Juan y de San Luis a causa de lo cual se debilita, casi hasta desaparecer, el concepto de integración regional que había prevalecido hasta entonces. Carecemos aún de perspectivas suficientes para juzgar esta transformación, coincidente con la multiplicación de universidades en todo el país. A través de la experiencia de los recientes concursos universitarios y desde los organismos de conducción de la investigación como el CONICET, se advierte que, al menos en las humanidades, no se ha producido aún, una consolidación de equipos en muchos lugares del país: faltan, sobre todo directores y evaluadores. El factor humano es, sin duda, fundamental y, contra lo que suponen los arbitristas, no puede ser suplido por recursos económicos o reglamentaciones burocráticas. Por otro lado, la llegada de investigadores extranjeros y aún en el intercambio dentro del país han cesado totalmente en el campo de las humanidades.

Pese a todo, la Universidad y con ellas las humanidades, continuaban su expansión durante las dos décadas siguientes entre la doble arremetida de la inestabilidad política y de la crisis económica. A ello vino a añadirse la crisis de paradigmas científicos aun curso, sobre todo en el caso de la investigación filosófica y literaria; y la compresión de toda el área entre el fabuloso desarrollo de las ciencias naturales, por un lado, y el invasor impulso de las ciencias sociales, por el otro.

No quedan ya grandes maestros extranjeros en nuestro campo -el último de ellos, Zdravko Ducmelic acaba de morir este año-, y muchos egresados de primer nivel, por razones políticas, de política universitaria o de realización personal, enseñan en universidades extranjeras.

Nuestro arqueólogo futuro no hallará en el *campus* actual signos físicos de una voluntad de integración del saber, y el historiador de la cultura universitaria registrará en las estructuras institucionales una reducción de las vinculaciones entre las diferentes facultades a meras cuestiones administrativas, así como una notable disminución, en los

planes de estudios, de aquellas materias fundamentales e integradoras. Hasta en la Facultad de Filosofía y Letras, pese a la vitalidad documentada en cientos de publicaciones, descubrirá el vaivén, el conflicto a veces, entre la fuerza centrípeta de la integración y la fuerza centrífuga de la especialización; entre la actualización armónica de los conocimientos y su momificación.

En cambio, la trayectoria de sus escuelas de nivel medio, entre altibajos, borrascas y casi milagrosas resurrecciones, mantiene en su conjunto mucho de su perfil originario y merece, por su dinámica actualizadora, un puesto muy relevante dentro de la educación argentina. Sus logros, sobre todo en determinadas etapas, las han colocado a la cabeza de las instituciones similares, públicas y privadas, de todo el país.

3. Proyección en el medio.

Pero el aspecto en el cual la Universidad ha obtenido sus mejores éxitos, y con ello supera a las demás universidades argentinas, es en su proyección en el medio social de que forma parte. Lo diré, primero, con una fórmula muy directa y sintética: hay una Mendoza anterior y una posterior a la creación de la Universidad. No entraré en el análisis del abstruso tema de la proyección en el medio, ni menos aún en el de la transferencia. Este problema ya ha sido abordado en varias oportunidades y el debate continúa, ligado, por otra parte, al concepto aún confuso e incipiente que la sociedad argentina tiene acerca de la prioridad fundamental que la investigación debe tener en nuestro tiempo. Y en esta subvaloración trasparece, en muchos casos, la inseguridad o el escepticismo que muchos universitarios sienten acerca de lo que hacen.

Porque -descontada la parte que pueda haber de utópico en el planteo actual de estos temas-, diré que no existe, estrictamente, un adentro y un afuera: la Universidad está en la sociedad y ésta se manifiesta en aquélla. Dejando a un lado, repito, esta cuestión, el caso de la Universidad Nacional de Cuyo puede ser definido por su alto grado de porosidad y en esto, una vez más y desde sus orígenes, las humanidades han tenido una función principalísima. La Universidad Nacional de Cuyo fue concebida como una avanzada de cultura, un ariete -éstas eran las imágenes en boga por aquellos años-, en esta sociedad provinciana. Y ha logrado serlo. *Los profesores universitarios éramos reclutados como tropa docente para derramar conferencias en ciudades fuera de la de nuestro dominio*, recuerda Arévalo. Durante los primeros años -yo alcancé a verlo-, numerosos mendocinos asistían regularmente a las clases de la Facultad de Filosofía y Letras, como si fueran estudiantes.

Mientras, crecía incansable la labor de los organismos de extensión que tuvieron en diversas etapas una eficacia en su acción verdaderamente memorable, única en la Argentina. Las funciones teatrales y de ballet, los conciertos (cuatrocientos se dieron en diez años, hasta la demolición de aquel Salón de Grados); las exposiciones, los cursos para autores y directores teatrales, componen un testimonio impresionante. El gran Congreso de Filosofía de 1949 reunió a figuras prominentes del mundo, de América y de la Argentina, cuyos trabajos, aún citados por los especialistas, componen tres volúmenes de actas. En 1950, el Congreso Sanmartiniano, cerrado espectacularmente en el Anfiteatro del Cerro de la Gloria con la **Cantata a San Martín**, escrita por Leopoldo Marechal y Julio Perceval, fue otro de los grandes acontecimientos universitarios que periódicamente han venido prolongando ese impulso que, desde nuestra Casa, satura la región.

Estas acciones se han completado siempre mediante la coordinación con otras instituciones surgidas de la propia Universidad o mantenidas con la participación predominante de universitarios: la Sociedad Cuyana de Filosofía, el Instituto Cuyano de Cultura Hispánica, la Asociación Filarmónica de Mendoza, el Instituto Cuyano de Cultura Alemana y muchas otras.

Menos conocida fuera del ámbito universitario, pero única en el país, fue la empresa de transformación de nuestras bibliotecas que se extendió a toda la red de servicios bibliotecarios de Cuyo. Primero se realizó el Curso Acelerado de Bibliotecología de 1961, organizado por la Biblioteca Central, el Rectorado y la Biblioteca San Martín, con un plantel de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires,. el mejor que existía por entonces en la Argentina y en América; luego, el Seminario Regional de Bibliotecas Universitarias de América Latina organizado por la UNESCO y la creación de la Junta de Bibliotecarios de la Universidad Nacional de Cuyo, integrada posteriormente en la Junta Nacional cuya presidencia ejercieron, por varios años, dos directores de la Biblioteca Central. Así se fortalecía aquel núcleo fundacional de 1939 que materializaba en sus colecciones y en sus servicios el concepto de la unidad y de la integración de las humanidades en el organismo universitario. Biblioteca general, cuya función no siempre comprendida, se mantiene entre el pasado y el futuro, en el corazón del *campus*, como estuvo en la vieja casona de Rivadavia 125. Aún hoy, las bibliotecas de nuestra Universidad, como conjunto, tienen una coherencia de conducción, un equilibrio y una calidad de servicios inigualada por otras universidades argentinas.

Sí, habrá que aludir de lleno a la enorme labor cumplida por nuestros egresados en el campo de la educación primaria y secundaria, ya sea directamente al frente del aula, o desde organismos de planificación y de condución en los cuales, desde hace muchísimos años, la participación de los universitarios es dominante. Este influjo traspasó las fronteras de la Provincia y es de recordar que algunas de las mayores transformaciones de la educación argentina se produjeron bajo la conducción de universitarios que hicieron sus primeras experiencias docentes en nuestra Universidad. Mencionaré solamente dos ejemplos. El primero, la creación de los departamentos de materias afines en las escuelas de nivel medio, en 1958, elaborada sobre la base de la reglamentación de dedicaciones exclusivas en el nivel universitario, aprobada también bajo su gestión, régimen que produciría un cambio cualtitativo cuyos alcances no han sido debidamente evaluados aún. El segundo ejemplo es el de la implementación del llamado Proyecto 13 de educación intensiva durante el Ministerio de Dardo Pérez Guilhou, ex-rector y ex-decano, pero sobre todo, ex-profesor del Colegio Universitario Central donde se aplicaban experiencias análogas.

4. El futuro.

No hay saber cierto sobre el futuro. Como en 1939 se habla hoy de una crisis de la sociedad y, por ende, de la institución universitaria. ¿Será la ilusión generacional de creer que cualquier tiempo pasado -el nuestro-, fue mejor? Sin embargo, hay datos objetivos alarmantes como el acentuado especialismo y utilitarismo, la separación creciente de los campos del saber, aun dentro de las propias humanidades, la desvalorización social de los universitarios que aleja de nuestras aulas y, ulteriormente, de nuestra profesión, a los mejores. Los egresados de humanidades encabezamos esta procesión de la decadencia, pero hay otros que, desgraciadamente, nos siguen, y ya se está extendiendo la idea de que la posesión de un título universitario no siempre garantiza conocimientos sólidos ni abre, necesariamente, un puesto en la sociedad. La pérdida de fe en su misión de los profesores es universal (**Insegnare stanca** -cansa-, se titula, sugestivamente, un libro italiano reciente).

Sin embargo, la tarea está allí, siempre urgente. Y sobre todo, quedan pendientes las grandes preguntas que, salvo en la dimensión religiosa, sólo en la universidad y, dentro de ella, en las humanidades, pueden hallar respuestas: ¿qué es el hombre?, ¿qué es la historia?, ¿qué es la ciencia?, ¿cuál es el sentido de la libertad intelectual?, ¿cuáles

son los deberes del universitario frente a la sociedad?.

En los últimos tiempos estos planteos están generando diagnósticos de fondo y propuestas de un inmenso valor para el futuro. Me detendré únicamente en algunos casos. El primero, el de Julián Marías quien, en un artículo reciente (10), frente a muchas distorsiones y confusiones redefine a la Universidad como el *órgano de transparencia de las sociedades* y señala que su verdadera función es *enseñar a pensar*. Compartimos esta idea de Marías: en los momentos de crisis hay que volver a las verdades elementales. Si lográramos que nuestros egresados aprendieran a pensar, todo lo demás, ciencia, idoneidad profesional, compromiso social, se construiría sobre bases sólidas y los universitarios recuperaríamos el respeto de la comunidad, erosionado por la imagen que muchos ofrecemos de desorientación, desorden conceptual y hasta expresión balbuceante y confusa.

Desde los comienzos de los años ochenta, una oleada incontenible viene planteando en los Estados Unidos la necesidad de una reforma educativa de fondo basada en los diagnósticos que indican una generalizada involución hacia el analfabetismo. «Our Nation is at risk» (11), comienza el informe de la Comisión Nacional sobre excelencia en la educación, designada en 1981 por el Secretario de Educación de los Estados Unidos. La Nación está en peligro, continúa, erosionada por una creciente mediocridad surgida de un irresponsable, unilateral desarme educativo. El trece por ciento de todos los jóvenes norteamericanos de diecisiete años son funcionalmente analfabetos y, por primera vez, inferiores a sus padres. El informe, que concluye con recomendaciones concretas, exhorta a lograr excelencia en todos los niveles: en el individual, en las escuelas y universidades y en la sociedad.

A este mismo movimiento de reforma educativa corresponde uno de los más importantes libros de las últimas décadas, **The Closing of the American Mind**, del filósofo político norteamericano Allan Bloom, un best-seller de 1987 que todo universitario debería leer por su análisis exhaustivo de la crisis actual. En él se esboza una función totalizadora de la Universidad, análoga a las que venimos examinando, y que culmina con esta apelación que cada alumno universitario está, implícitamente, haciéndonos: *I am a whole human being. Help me to form myself in my wholness and let me develop my real potential* (12).

En 1988 acaba de aparecer una nueva edición de **Cultural Literacy; What Every American Needs to Know** (13), de E. de Hirsch, una escalofriante denuncia del analfabetismo cultural que el autor atribuye a una teoría pedagógica equivocada, la de John Dewey, orientada al

desarrollo de destrezas, y que propone sustituir por una teoría antropológica de la educación que sume a aquéllas una masa de información específica que asegure el pleno dominio y conservación del alfabetismo adquirido. Alfabetismo cultural, puesto que la cultura es un vocabulario que toda la comunidad debe compartir.

Casi simultáneamente en Francia ha comenzado un proceso análogo de revisión ante los progresos del analfabetismo funcional, las dificultades en la lectura y en la comprensión de textos, aún de los enunciados más simples. Ello ha llevado a la revalorización de la formación literaria e incluso a la de las secciones clásicas de los bachilleratos. Algunas encuestas han revelado que las empresas requieren personal con formación literaria, complementaria de la formación técnica. *Les littéraires ont un esprit de réfléxion plus inductif, plus créateur que les scientifiques. Leurs qualités sont indispensables, et les entreprises ont besoin d'eux autant que des autres, contrairement a un préjugé répandu* ha dicho Michel Huteau, director del Institut National d'études du travail et de l'orientation professionelle (14).

Un fuerte acento en lo social caracteriza a estas propuestas polémicas y es lógico que así sea puesto que es la sociedad misma la que exige esta reforma. En los Estados Unidos, según la encuesta Gallup de 1982 sobre las «actitudes del público hacia las escuelas públicas», el desarrollo de la educación es considerado más importante que el sistema industrial o el militar. La educación ocupa el primer lugar entre doce categorías fundamentales, con el 55% sobre la salud, el bienestar y la defensa. En nuestro país, una encuesta análoga, realizada recientemente, revela que sólo el 15% de las empresas tienen contacto con la universidad, y el 29% consideran que sería necesario incrementarlo. El 65% juzgan de «regular» a «muy mala» la preparación que brinda la universidad, y el 95% creen en la conveniencia de desarrollar sus propias actividades sistemáticas de capacitación (15).

Pero así como la universidad es «órgano de la transparencia de las sociedades», puede influir sobre ellas, tal como lo demuestra la trayectoria de la Universidad Nacional de Cuyo durante estos cincuenta años. No nos escudemos en nuestra presunta juventud e inexperiencia, contra lo cual advierte Uslar Pietri, según indicáramos al comienzo del presente trabajo. Marías, Bloom, Hirsch y muchos otros en esta encrucijada de los años ochenta atribuyen a las humanidades y, en especial, a la filosofía, una función prioritaria en este necesario replanteo, puesto que ellas conservan los saberes acumulados durante siglos y por ello están en condiciones de encarar las grandes cuestiones universales en

una universidad y en una sociedad cada vez más sectorizadas.

En nuestra propia tradición americana hallaremos orientaciones, más aún, modelos para el nuevo proyecto. Entre ellos lo que Pedro Henríquez Ureña formuló como utopía, el de la unidad de América a través de la literatura que nos ha expresado. Un camino en el que -como ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot-, se unen lo particular, lo nacional y lo continental, las letras y la sociedad en que se producen, la tradición y la innovación, el pasado, el presente y el futuro; ruta que conduce a una sociedad nueva donde se realicen plenamente la sociedad y el hombre (16). Henríquez Ureña y su amigo entrañable, Alfonso Reyes, fundaron en las humanidades clásicas y modernas, un programa ético, científico y político que no ha perdido validez.

Nuestro proyecto para los proximos cincuenta años debe partir de unas convicciones muy simples: 1) que las ideas tienen consecuencias y que pueden modificar la realidad siempre que no la violenten; 2) que la función social de la universidad, que consiste en «enseñar a pensar», sólo puede cumplirse desarrollando al máximo la capacidad de sus alumnos y profesores; 3) que la enseñanza y la investigación -inescindibles por naturaleza-, deben tener en cuenta al hombre en su integridad. A la vista de estas bases surge con toda evidencia la inusual, sorprendente actualidad de aquella concepción fundadora de hace cincuenta años. Aquel programa sólo se ha realizado en parte, en muchos aspectos ha involucionado, en los menos ha caducado; pero sigue ofreciendo poderosas sugerencias para afrontar una nueva formulación que requerirá hondas transformaciones, ante todo de mentalidad y, luego, de estructuras básicas, organismos y funciones. Unidad de la ciencia, reinstalación de las humanidades en el núcleo unificador que les corresponde, convivencia e interrelación entre los universitarios, extensión con el nivel de profundidad necesario.

Mientras este ambicioso proyecto se pone en marcha, habrá que implementar medidas de emergencia que sirvan para sentar sus bases sólidamente. Ante todo, una real promoción de la investigación fundada en realismo, exigencia y rigor. Los escasos recursos deben ser administrados para que sirvan a un verdadero adelantamiento de la ciencia y no para el sostenimiento de estructuras improductivas y proyectos ineficientes. En segundo lugar, selección y perfeccionamiento docente y, en tercer lugar, extensión intra y extrauniversitaria.

Entendemos por extensión intrauniversitaria a aquella que apunta a integrar y perfeccionar a los estudiantes de las diferentes facultades mediante actividades comunes. Un método elemental, el de la lectura de

los grandes libros, que desde hace años se viene utilizando en cursos libres de muchas universidades norteamericanas -y que en la Argentina difundió hace cuarenta años Pedro Henríquez Ureña-, sigue manteniendo toda su eficacia. (Difícilmente podrá transmitirse la experiencia directa de las grandezas y miserias de la profesión médica a un estudiante de medicina mejor que a través de la lectura de **Martin Arrowsmith**, de Sinclair Lewis; y pocos textos de sociología política superan en el análisis del fenómeno del terrorismo a la novela de Jorge Semprún **Ha vuelto Netchaiev.**

La universidad no puede suplir las deficiencias culturales que los estudiantes arrastran desde la escuela media, ni mucho menos desarrollar el hábito de la lectura que se forma en la escuela primaria; pero sí puede despertar estos apetitos y, en cierta medida, satisfacerlos.

En cuanto a la extensión extrauniversitaria, deberá tener muy presente aquella inolvidable caracterización del poeta Antonio Machado en un texto titulado, precisamente, **Extensión Universitaria**: *No soy partidario del aristocratismo de la cultura en el sentido de hacer de ésta un privilegio de casta. La cultura debe ser para todos, debe llegar a todos; pero antes de propagarla será preciso hacerla. No pretendamos que el vaso rebose antes de llenarse. La pedagogía de regadera quiebra indefectiblemente cuando la regadera está vacía*" (17).

A esta altura de mi trabajo, quizá piense el lector que éstos son tiempos de crisis, poco propicios para la acción. Sin embargo, siempre recuerdo una frase de Renan que dice: *El estado habitual de Atenas era el terror.* Bajo el terror y en condiciones extremadamente dificultosas, nacieron las creaciones mayores del espíritu humano. Sin caer en el ingenuo optimismo positivista de quienes sostenían que la humanidad jamás crea problemas que no puede resolver, pensemos que esta Universidad tiene, desde sus orígenes, prefigurado un rumbo cuyo acierto el tiempo ha venido confirmando. Poner en acto lo que quedó en potencia, restituir a las humanidades el puesto central integrador de los distintos saberes y funciones -investigación, docencia, extensión, educación individual y social, y convivencia universitaria-, sigue siendo un proyecto realizable, perfectible y a la altura de nuestra imaginación, de nuestra capacidad y de nuestros recursos. Un programa, en suma, para los próximos cincuenta años.

(1) Julio CORTAZAR, **Rayuela**, Madrid, Cátedra, 1984, p.17.

(2) Ricardo ROJAS, **Discurso del decano don Ricardo Rojas en la inauguración del Instituto de Filología** (6-6-1923), Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923, p. 8.

(3) Juan José AREVALO, **La Argentina que yo viví; 1927-1944**, México, Costa Amic, 1974, p. 451.

(4) Ibid., p. 472-473 y 483.

(5) Universidad Nacional de Cuyo, **Creación, organización y planes de estudio**, Mendoza, 1940, p. 329.*

(6) Julio F.[lorencio] CORTAZAR, *La urna griega en la poesía de John Keats*, en **Revista de estudios clásicos**, U.N.C. t. II,1946, p. 45-91.

(7) Enrique ANDERSON IMBERT, *Leo Spitzer y la estilística*, en **Sur**, 311, Buenos Aires, mar/ab. 1968, p. 59.

(8) Umberto ECO, *El filósofo y el lector*, en **La Nación**, 15-I-1989, Supl. lit., p. 1.

(9) Emilio FLUIXA, **Un siglo de música en Mendoza**, Mendoza, AFIM, 1960, p. 120.

(10) Julián MARIAS, *El porvenir de la universidad*, en **La Nación**, 9-3-l989, p.7.*

(11) **The Nation at risk; The Imperative educational reform. A report to the Nation and the Secretary of Education by The National Commission on Excellence in Education**, april 1983, p. 5.

(12) Allan BLOOM, **The Closing of the American Mind**, New York, Simon and Schuster, 1987, p. 339.

(13) E. de HIRSCH, **Cultural Literacy; what every american needs to know**, New York, Vintage Books, 1988.

(14) Veronique Maumusson, **Contre la tyrannie des maths les litteraires contre-attaquen't, Le Point,** 848, 19 décembre 1988, p. 31-35.

(15) U.I.A., **Estudio sobre la oferta y la demanda de graduados universitarios en la Argentina (elaborado para la U.I.A. por el Instituto Gallup de la Argentina),** Buenos Aires, noviembre de 1988.

(16) Rafael GUTIERREZ GIRARDOT, *La histografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío, en* **Aproximaciones**, Bogotá, Procultura, 1986, p. 65-86.

(17) Antonio MACHADO, **Obras; poesía y prosa**, Buenos Aires, Losada, 1964, p. 807.

Las artes en la Universidad Nacional de Cuyo

El Arte

La comunidad mendocina identificó desde un principio a la Universidad Nacional de Cuyo, por la actividad artística que paulatina y crecientemente desplegó en el medio. Por supuesto que tal identificación no solamente fue un fenómeno de cantidad de hechos exhibidos, sino también algo inherente a su calidad.

Sin embargo, hay que aclarar que esa situación se dio porque, previo a la existencia de la Alta Casa de Estudios, ya era patrimonio de Mendoza, un quehacer cultural manifestado tanto en el aspecto creativo de los artistas locales, como también en el desarrollo cultural de un público que tuvo la oportunidad e inquietud de apreciar espectáculos artísticos de toda índole que llegaban a la Provincia.

De ese modo, la Universidad ya encontró abonado el terreno desde donde iban a surgir sus sucesivas y renovadas generaciones de artistas.

Por otra parte, y como en el resto de la vida universitaria, las artes y sus escuelas sufrieron los avatares de los acontecimientos históricos. Hubo discontinuidades, incomprensiones y hasta indiferencias, que cada vez fueron sorteadas por la vocación y el entusiasmo de individuos que han hecho del fortalecimiento del espíritu un quehacer cotidiano que se demuestra en infinidad de obras.

Por ello, el balance que, a cincuenta años del comienzo, puede hacerse, es plenamente satisfactorio y estímulo suficiente para emprender nuevas etapas de búsquedas y realizaciones.

Luis A. Villalba

Escuela de Artes Plásticas

Luis Comadrán

La actual Escuela de Artes Plásticas de la Facultad de Artes nació, como la Universidad Nacional de Cuyo, el 16 de agosto de 1939, con la denominación al uso europeo de «Academia de Bellas Artes», y según el decreto de fundación comprendía Arquitectura, Pintura y Escultura.

En la concepción de sus creadores surgió íntimamente unida al Conservatorio de Música, hoy Escuela de Música. Ambas dependencias se organizaron y funcionaron independientemente, pero en varios proyectos de creación de una Facultad de Artes, se programó unirlas.

Las primeras autoridades de la Academia de Bellas Artes fueron, el arquitecto Manuel Civit como director y el doctor Francisco B. Correas como vicedirector.

Su plan de estudios, previsto para la formación de educadores especializados en la enseñanza de las artes plásticas, se organizó según la doble finalidad de esa especialidad: 1º. enseñanza de las artes plásticas y difusión de las experiencias artístico-estéticas; 2º. formación cultural y pedagógica de profesores especializados en la enseñanza de las materias estéticas.

En 1941 se organizaron dos ciclos: la Escuela Preparatoria, ciclo secundario especializado

Luis Comadrán
Profesor de la Facultad de Artes y Director de la Escuela de Artes Plásticas, U.N.C.

y la Escuela de Artes Plásticas, ciclo profesorado y especialización en plástica.

Al preparatorio, que tenía una duración de tres años, se ingresaba con sexto grado aprobado, previo examen de aptitudes que consistía en una prueba de dibujo, se los ubicaba en primero, segundo o tercer año del preparatorio, según fuera el resultado de esa prueba. Pocas veces se dio el caso de que se los ubicara directamente en el profesorado.

En 1966 se suprimió el ciclo preparatorio y se impuso la exigencia del título secundario para su ingreso.

Desde 1943 funcionó como dependencia, la actual Escuela de Cerámica y, desde 1958, el Departamento de Diseño, hoy Escuela de Diseño.

Transcurridos los años, la «Academia» pasaría a ser Escuela Superior de Artes Plásticas.

La Facultad de Artes se creó en 1980 y la componen las Escuelas de Teatro, de Cerámica, de Diseño, de Música y de Artes Plásticas. También los Organismos, tales como la Orquesta Sinfónica, el Ballet, los Coros, etc.

Desde su creación la «Academia» contó con un distinguido cuerpo de profesores especialistas en artes plásticas, siendo los primeros, maestros de la talla de los pintores Francisco Bernareggi, Ramón Gómez Cornet y Roberto Cascarini; el escultor Lorenzo Domínguez y los grabadores Víctor Delhez y Sergio Hocevar (Sergio Sergi). Posteriormente, José Lorda, Héctor Nieto, Oscar Capristo, Roberto Azzoni, Julio Suárez Marzal, Rosa Stilerman y Zdravko Ducmelic.

En la actualidad, también destacadas figuras de la plástica provincial y nacional, están a cargo de la titularidad de las cátedras y de sus adjuntías y jefaturas de trabajos prácticos.

Las demás asignaturas, las teóricas y teórico-prácticas, tuvieron y tienen entre sus profesores, idóneos especialistas e investigadores, acordes con la profundidad de los estudios que se cursan. La preparación pedagógica merece especial cuidado, orientándose hacia la pedagogía estética y una didáctica y práctica de la enseñanza especializadas en lo estético.

El actual plan de estudios contempla las carreras del Profesorado y Licenciatura en Artes Plásticas y del Profesorado y la Licenciatura en Historia del Arte. Estas dos últimas opciones son de más reciente creación. Las licenciaturas excluyen las asignaturas pedagógicas.

A lo largo de los tiempos, la «Academia» ocupó tres edificios. El primero, el de su fundación, se ubicaba en la esquina sudoeste de las calles Sarmiento y 9 de Julio. Era un caserón vetusto que se extendía por muchos metros sobre ambas calles. Su frente, pintado a la cal de un gris claro, era de estilo neoclásico, con pilastras adosadas a la pared, cuyos capiteles remataban sosteniendo una alta cornisa. Su gran puerta de entrada, de dos hojas, decorada con molduras y con dos bocas de buzón con agarraderas cilíndricas, de bronce estriado. Su zaguán ancho y no muy largo, con baldosas blancas y negras, conducían a un patio de regulares dimensiones; a la izquierda, las habitaciones que daban albergue a la administración y, enfrente, un gran salón, el taller de pintura. También a la izquierda, luego de pasar la administración, un corredor tenía a sus costados, dos grandes aulas usadas para materias teóricas y arquitectura. Al fondo, una amplia puerta, también de dos hojas, permitía el acceso a un ámbito destinado al taller de escultura. Internamente, subiendo tres escalones, este espacio contenía otra habitación que servía de estudio al maestro Lorenzo Domínguez. Desde el patio de la administración, otro pasillo, pero esta vez más bien angosto, partía desde su ángulo sudoeste hacia el oeste, pasando frente a la cocina e intendencia para ir a desembocar en el patio principal, también embaldosado como un tablero de ajedrez. Casi cuadrado, estaba enmarcado por galerías sostenidas por columnas cilíndricas, de madera, con capitel formando una cruz con el fuste. En su centro, un enorme cantero circular con geranios, violetas y margaritas y, en el medio, una recta y alta palmera que, en la época propicia, se coloreaba con el salpicado amarillo y naranja de sus dátiles. Alrededor de este patio las demás aulas y, desde el centro de su costado sur, otro pasillo comunicaba con un tercer patio en el que dormitaba una hermosa y vieja higuera. Su cantero, de cierta altura, estaba recubierto con coloridas piedras lajas. Hacia el costado este, el taller de grabado y enfrente, la Biblioteca Central. Allí terminaban los dominios de la Academia. Desde allí, otro pasaje algo angosto, con peldaños, se dirigía hacia el sur. Comunicaba con otro patio, esta vez enorme, con un hermoso y admirado ombú. Sus aulas, galerías y oficinas habían, anteriormente, oído el bullicio de los alumnos de la escuela primaria Arístides Villanueva. Ahora estas instalaciones eran ocupadas por la Facultad de Filosofía y Letras. Desde adentro, pasando por lo que ahora era el salón de actos y la sala de conciertos, un zaguán alto y ancho abría su boca hacia calle Rivadavia. Allí, a todo lo largo del frente, jardines custodiados por fuertes y bellas rejas verdes de *esas que se hacían antes*.

Todo configuraba un ambiente grato y simpático dentro del cual

nacían, revoloteaban y a veces morían los sueños y ambiciones, alegrías y tristezas de los primeros alumnos de la «Academia». También sus amores.

Ya iniciada la década de los años '50, la Escuela de Artes se vio obligada a dejar ese edificio. Nuestros mejores recuerdos quedaron allí. Se mudó a uno, también viejo y de estilo neoclásico, pero lleno de vericuetos oscuros y tortuosos, antipático, ubicado sobre costado oeste de Avenida San Martín, a unos metros de Montevideo. Los que veníamos de la otra casa nunca aprendimos a amar a ésta. Quizás los que no conocieron aquella, sí.

Tan vieja y peligrosa era esta construcción que, por su mal estado, después de no muchos años la Escuela tuvo que buscar otra. En un momento se habló de Playas Serranas. Lo cierto es que al cabo, los galpones que la Universidad tenía destinados para la maestranza (taller mecánico, carpintería, etc.) en el Centro Universitario, fueron «adaptados», y allí se instalaron la Escuelas de Cerámica, de Diseño y de Artes Plásticas, ocupando cada una, uno de sus tres cuerpos. Esto ocurrió en 1970. Hoy, en parte, esos galpones son ocupados, además, por el decanato con sus secretarías y las oficinas de la Dirección Administrativa y la Contaduría de la Facultad.

Por muchos motivos y a pesar de sus modificaciones, el edificio fue siempre inadecuado y su espacio físico exiguo. Con decir que las Escuelas de Artes Plásticas y de Cerámica sólo cuentan para el desenvolvimiento de las asignaturas teóricas y teóricas prácticas, con cinco aulas compartidas. La cátedra «Dibujo I», desde hace seis años funciona en dos aulas que se encuentran en un segundo subsuelo, cedidas por la Facultad de Filosofía y Letras.

Por fortuna, desde nuestros «galpones» y a través de las copas de los árboles, se divisa la techumbre del nuevo edificio que se construye expresamente para la Facultad de Artes.

La acción de la Escuela de Artes Plásticas y la de las demás Escuelas y hoy la de la Facultad de Artes, ha contribuido a transformar el aspecto cultural de nuestra provincia, en un centro artístico del interior del país, al que se atiende con interés en el orden nacional.

«Romance»
Retrato de un pionero

L.A.V.

¡Cascarini! El ministro Coll quiere hablar con usted.

Las palabras de José León Pagano, director del Salón Nacional de Primavera, lo intrigaron. Sus expectativas se centraban en la opinión del jurado, y el interés que podía haber despertado en el funcionario, lo sorprendía. Se acercó al pequeño grupo que rodeaba su obra, la única expuesta en caballete, y casi no tuvo nada que decir. El ministro se encargó de las palabras, de los elogios y de la invitación al joven pintor para que lo visitara en su despacho.

La obra no fue premiada pero el estímulo fue suficiente. Volvió a su atelier del décimo quinto piso, a seguir trabajando con las líneas y los colores como siempre, pero la concentración se dispersaba conjeturando el porqué de la entrevista. El funcionario que lo atendió fue derecho al grano.

-¿Quiere ser profesor de la nueva Universidad Nacional de Cuyo, que hemos creado este año?

Dijo sí, por supesto, y partió, pero de eso hace ya cincuenta años. Ahora, con noventa y cuatro de edad, escucha las palabras de agradecimiento del actual rector, por la donación que ha hecho a la Universidad de aquel mismo cuadro del Salón de Primavera. Vuel-

Síntesis de una entrevista al maestro Roberto C. H. Cascarini, primer profesor de dibujo y pintura de la Universidad (desde 1939). La obra «Romance» fue donada por su autor y se encuentra en el Rectorado de la U.N.Cuyo.

Luis A. Villalba.

ve a mirarlo por enésima vez y reconoce satisfecho el dibujo clásico y el color impresionista, una constante de toda su obra. Su estilo había comenzado a cimentarse desde sus primeros años, allá por el novecientos.

La familia no se opuso a su clara vocación. El padre, ebanista, sabía del amor que descubría en la madera, sus texturas y matices. Siempre repetía con orgullo que había construido el coro de canónigos y las portadas de la catedral de Buenos Aires, tallados en roble renacimiento. Y el vaivén de la memoria le trajo el nombre de Francisco Pablo Parisi, pintor del cielorraso de la catedral y su primer maestro.

El periodista interrumpe sus recuerdos. Roberto ¿C.H.? Cascarini. Sí. C.H. También le intriga el nombre del cuadro. ¿Por qué «Romance»? Nunca pensaba mucho al bautizar sus obras, pero al tener que dar una respuesta, intenta relacionar las imágenes. Una mujer contemplándose, tal vez como él buceaba en su interior frente a la tela blanca, en el estudio del Pasaje Barolo. Tal vez el mismo paisaje de cuando caminaba en las orillas del río en las poblaciones costaneras, en los bosques de Palermo y tomaba bocetos en su carpeta de apuntes. Después iba en un coche de plaza, con la caja de óleos y el caballete, a recrear el paisaje elegido. Sin prisa, en hermosas mañanas, porque el cochero lo esperaba, disfrutando tanto como él. ¡Lejana época la de los treinta! Cursaba dibujo y pintura en la Academia Nacional de Bellas Artes. Allí se recibió de la mano de Quirós, Giudice, Ripamonti, Rossi y de tantos otros. La época de Spilimbergo, Petorutti, Bermúdez, y de sus condiscípulos de entonces como Pedemonte, Gigli, Tesandori y Larrañaga.

Hubiera querido compartir todos esos recuerdos con el rector que ahora lo elogia con tanta consideración, pero es difícil retroceder medio siglo con alguien que tiene aproximadamente esa edad, como la mayoría de los que lo acompañan en el homenaje. Mira alrededor, un edificio nuevo como todo el centro universitario, tan distinto de los primeros tiempos, cuando llegó a Mendoza. El arquitecto Manuel Civit le había dado una sala amplia pero vacía, en aquella legendaria manzana de Rivadavia, 9 de Julio y Sarmiento. La acondicionó lo mejor que pudo y con los escasos materiales que consiguió, pero el resultado lo dejó conforme: gradas, iluminación especial, todo según lo aprendido en la Academia Nacional. Y los alumnos fueron llegando, Venditti, Alonso, Scilipotti, Pardo, en una armónica relación donde primaba la delicadeza. Compartió charlas e inquietudes con los otros profesores, Delhez, Domínguez, Suárez Marzal, Sergio Sergi, De Lucía, Azzoni, Bernareggi...

En Buenos Aires había aprendido el oficio, pero Mendoza le permitió

el desarrollo total de su vocación. Una Mendoza agradecida y generosa. La que le otorgó el premio principal del Primer Salón Municipal de Mendoza. La que le brindó su confianza con el cargo de vicedirector de la Escuela de Artes Plásticas. Ireneo Cruz lo designó en esa función, que conservó hasta su último día en la Universidad. Una vida entregada a su vocación. Los recuerdos se hilan desordenados; pasan rostros de amigos, profesores, alumnos y tantos retratos que surgieron de su mano precisa y su ojo detallista. Margarita Corvalán, la patricia mendocina, en el Salón de la Bandera o el General Espejo en el Liceo Militar, y tantos más que desfilan por su memoria.

Sus manos, el caballete, los pinceles, su mirada, la caja de óleos... ¿Era esa respuesta que buscaba el periodista?, ¿Por qué el cuadro se llamaba «Romance»? Volvió a recordar la enorme sala vacía que había recibido en la vieja Universidad, y las cortas semanas de trabajo para levantar las gradas y colocar la iluminación, hasta aquella noche del año 1940, cuando en mitad de la clase de pintura fue visitado por el rector Edmundo Correas que no hizo ningún comentario pero su mirada fue aprobatoria. Cuando Cascarini reanudó la clase con sus alumnos, supo que se quedaría en Mendoza.

Escuela de Música

María Antonieta Sacchi de Ceriotto

Estas líneas no pretenden ser el resultado de una investigación sobre la historia de la institución, sino simplemente la revitalización de algunos recuerdos, seguramente fragmentarios.

Creo que desde la fundación del Conservatorio de Música y Arte Escénico en 1939, su organizador, el compositor Julio Perceval, pensó en una Facultad o Instituto Superior de Música donde los tres aspectos de docencia, extensión e Investigación se desarrollaran armoniosamente superando el esquema organizativo del Conservatorio Nacional de Música, modelo oficial por aquellos años.

Si no fue así desde el primer momento, dicho criterio debió consolidarse bien pronto puesto que en 1948 nos encontramos con un Instituto Superior de Artes e Investigaciones Musicales del cual dependía el Conservatorio inicial. Finalmente en 1949, se le impone el nombre de Escuela Superior de Música que mantuvo hasta 1980, fecha en que se convierte en una de las Escuelas de la Facultad de Artes. En los primeros años, la actividad se centró en el aspecto docente y en la extensión musical hacia el medio, esto último realizado sistemáticamente por los profesores y desde 1944, también por los alumnos. Los conciertos de los sábados en el Salón de Grados reunían mucho público y significó el inicio de una actividad creciente y organizada que si bien

María Antonieta Sacchi de Ceriotto.
Profesora de la Escuela de Música, Facultad de Artes, U.N.Cuyo.

tuvo altibajos durante estos cincuenta años, nunca se interrupió, ni aún en los peores momentos.

Cantantes como Mary Lan, Jean Bathory y Franca Cavalieri; pianistas como Antonio De Raco, Henri Gil-Marchex, Francisco Amicarelli y Luis La Via y Julio Perceval como ejecutante e improvisador en el órgano, lograban llenar la sala; los programas de cuarteto de cuerdas, formado por Roque Citro, Ferrucio Cattelani, Aquiles Romani y Ernesto Cobelli, luego Luis Mario Pontino, más exigentes para un auditorio en formación, convocaban menos oyentes.

El público estaba formado en su mayor parte por alumnos y profesores universitarios y de los cursos preparatorios del Conservatorio, de la escuela de Artes Plásticas y de la Facultad de Filosofía y Letras. Los edificios estaban próximos y asistir a los conciertos del Salón de Grados no implicaba grandes desplazamientos por lo que se convirtieron en la reunión esperada al final de una semana de estudio. También era frecuente la presencia de gente de Ciencias Económicas, Agrarias y Petróleo. Así apreciamos cómo esta actividad compartida, ayudaba insensiblemente a la formación de una conciencia de comunidad universitaria.

Evidentemente la primera preocupación del Conservatorio fue la formación de músicos ejecutantes de diversos instrumentos y de cantantes. La excelencia de los profesores que se trasladaron desde Buenos Aires cimentó una escuela instrumental sólida cuyo prestigio nacional aun internacional se mantiene; los egresados de las aulas del Conservatorio fueron cubriendo además, las necesidades artísticas de otras provincias argentinas y muchos de ellos se encuentran en el exterior donde han realizado carreras exitosas.

En primer lugar, se estimuló el estudio de aquellos instrumentos necesarios para la formación de una orquesta lo que permitió, ya en 1942, la constitución de un pequeño conjunto de cámara formado por profesores y alumnos que dirigía el clarinetista Ruta.

Esta escuela local de instrumentistas se benefició con sucesivos aportes de otros maestros como Alberto Vázquez, Francisco Caradonna, Josefina Prelli, Enrique Iniesta, Laura Manghi y muchos más provenientes de otros medios musicales a lo que deben agregarse las experiencias de los propios egresados de la institución.

La formación coral de los alumnos y la organización de coros con el fin de cubrir otros aspectos de la extensión musical, fue otra de las preocupaciones de los primeros años de vida institucional. Daniel Devoto, Isidro Maiztegui, Julio Perceval y luego Blanca Cattoi dirigieron los co-

ros de alumnos que actuaban en conciertos y en la tradicional misa del 8 de diciembre. La costumbre de cantar este oficio al final del año lectivo se inició en 1942 permitiendo la actuación de formaciones corales y orquestales en un ambiente y situación adecuados para abordar un repertorio sacro. Más tarde la misa comunitaria y otros cambios sociales hicieron que la costumbre se perdiera, tal vez definitivamente. Fue así como se escucharon por primera vez en Mendoza, misas de Palestrina, Perosi, Perceval, misas gregorianas, etc., atendiendo a la divulgación de un riquísimo repertorio de la creación musical universal. Este género de música, hoy sólo se la puede escuchar en concierto.

Hacia 1950 se creó un coro de profesionales llamado de Madrigalistas, que fue dirigido por Eduardo Grau, Carlos Barraquero, Luis Castellazi y actualmente, con el nombre de coro de Cámara está en manos de María Munafó de Vallesi. En 1964 inició su actividad un coro vocacional formado por alumnos de todas las facultades de la Universidad, el Coro Universitario. Poco después, la inauguración de la cátedra de Dirección Coral significó el comienzo de la tarea formativa de directores de coro en el medio, que contribuyó a la multiplicación de formaciones corales vocacionales y a elevar la calidad de la actividad coral en la Provincia.

Tanto el coro de Cámara, como el de Niños y el Universitario han realizado giras nacionales e internacionales actuando y compitiendo en diversos festivales; el Coro Universitario se hizo acreedor a diversos premios, incluido el primero, en el Festival Internacional de Arezzo en 1975.

Esta actividad coral de excelencia que se ha realizado en la Facultad de Artes y en otros institutos de la Universidad Nacional de Cuyo con un repertorio argentino y universal, así como la labor profesional de sus egresados en escuelas corales, colegios y otros ámbitos de la provincia ha llevado al reconocimiento de Mendoza como «tierra de coros».

La creación musical estuvo representada desde la fundación misma del conservatorio por un grupo de compositores de distinta formación. Julio Perceval había estudiado en Bélgica y Francia y desde la década del treinta había actuado en los grupos de vanguardia. Daniel Devoto era su discípulo y dictaba las clases de Historia de la Música. Emilio Dublanc, Elifio Rosáenz y más tarde Luis Francese y Jorge Fontenla, provenían del Conservatorio Nacional de Música y dictaron diversas asignaturas técnicas y teóricas y Juan Pedro Franze y Eduardo Grau siguieron con las clases de Historia de la Música, habiéndose formado con Dimitri Macridimas y Joannes Franze el primero y con Jaime Pahissa y Erwin Leuchter el segundo. A pesar de la presencia de estos compositores, no se dictaron clases formales ni hubo talleres libres de composi-

ción auspiciados por la Escuela. Los compositores noveles como Carlos Barraquero, Juan Salomone, Bartolomé Romeo y más tarde Susana Antón, recibieron oportunos consejos de aquellos profesores, pero en general trabajaron solos con las ventajas y desventajas que eso significaba. En todos ellos, la creación musical fue una actividad paralela a otras que absorbían la mayor parte del tiempo de profesores y alumnos.

Mucho más tarde, en 1974, se intentó crear un taller de composición que sólo alcanzó a funcionar durante un año a cargo de Jorge Fontenla y actualmente Dante Grela dicta un curso de posgrado. Hoy, compositores jóvenes reciben consejos de Susana Antón.

En 1944 se inició la costumbre de realizar una conferencia explicativa de orientación para el oyente que dictaron profesores como Dornheim, Devoto, Franze, Lange y Grau. Se las llamaba conferencias-conciertos y con el tiempo fueron sustituidas por los conciertos didácticos.

En 1948, la creación del Departamento de Musicología y de la Orquesta Sinfónica amplió el espectro de acción del Conservatorio. Se editó una **Revista de Musicología** dirigida por Francisco Curt Lange en cuyos números se recogieron investigaciones del director y de las mayores figuras de la musicología y etnomusicología del momento: Kolinsky, Herszkovits, Barbacci, Grenón, Fonseca, Mendoza, Kinkeldey, etc. También se editaron obras de compositores argentinos como suplemento de la Revista: López Buchardo, Sammartino, Gianneo, Grau, Rosáenz, Francese, Perceval, etc. Este Departamento se cerró en 1957 y no se hizo más investigación en música, sino esporádicamente a través de subsidios de CAPI y desde 1980, también de CIUNC. Un hermoso proyecto que quedó trunco a pesar de un comienzo tan auspicioso.

La Orquesta Sinfónica agregó nuevas programaciones a las ya existentes, permitiendo el acceso del público a obras para orquesta en conciertos semanales y se iniciaron las conferencias sobre música argentina y americana y folklore, con sus conciertos respectivos. Sin embargo, es bueno recordar que en todos los conciertos conmemorativos de las fechas patrias era de rigor la ejecución de música argentina. Esta abarcaba la mayor parte del programa y era recibida con gran entusiasmo por el público.

En 1948 también se iniciaron los estudios de teatro. A pesar del nombre de la institución no se habían dictado asignaturas teatrales. Ponferrada, el actor catamarqueño, da conferencias y al año siguiente recuerdo los recitados con acompañamiento musical de los actores Lange y la llegada de Galina Tolmacheva a Mendoza.

Desde entonces se multiplicaron las audiciones de cámara, las conferencias sobre temas musicales, los conciertos sinfónicos, la participación de conjuntos musicales en los actos académicos de la Universidad, los conciertos de estímulo, se creó el taller de luthería y de órganos y el Coro de Madrigalistas.

Es decir, el antiguo conservatorio se estaba convirtiendo en una institución que tendía a desempeñar un rol múltiple en la región.

La incorporación de la labor de investigación es una prueba más de que se estaba pensando en la creación de una facultad o instituto superior de artes. Docencia y extensión estaban prácticamente cubiertas con el conservatorio y con los organismos artísticos existentes y podía pensarse ya en una institución de nivel superior que involucrase las tres funciones básicas de la universidad. Sin embargo, la muerte del rector Cruz y los acontecimientos de 1955 interrumpieron el proyecto y se produjo el alejamiento definitivo de aquel ideal que pareció ser el motor de los años cuarenta.

Con esta apreciación no queremos decir que no se hubieran hecho progresos significativos en el camino emprendido; en los años '60 y '70 la Orquesta Sinfónica llegó al punto máximo como organización musical; otros conjuntos como el cuarteto de cuerdas y el quinteto de vientos, aún sin estar institucionalizados, realizaron una encomiable labor; la creación del Coro Universitario y la del Coro de Niños en 1974 ampliaron las posibilidades de la extensión musical apoyada en organismos artísticos. A todo esto debe agregarse la institución de los conciertos didácticos a cargo de los organismos artísticos; de profesores y alumnos de diversos grados de preparación. La extensión que había comenzado en el Salón de Grados, cuyos recitales eran llevados esporádicamente a San Juan y San Luis, ahora es un sistema organizado de conciertos de diferentes niveles de complejidad que se realizan en la capital, departamentos y provincias vecinas por conjuntos profesionales y de alumnos. Estos, al mismo tiempo que hacen sus primeras armas frente al público y la crítica, colaboran eficazmente en la actividad de extensión. Lo que es importante destacar es que esta labor de los profesores fue extensión de cátedra en varios sentidos. Sólo en pocas ocasiones se ha contado con los fondos necesarios y facilidades para desarrollarla. Era habitual que los profesores llevaran alumnos e instrumentos en sus propios autos y salleran a los departamentos. Es además justo reconocer que muchas veces se contó con los ómnibus de la Universidad y siempre con el calor de entidades auspiciantes.

Debemos mencionar también, la realización ininterrumpida desde

1976 hasta el presente, de los Encuentros Juveniles de Estudiantes de Música y los cursos internacionales de Práctica y Dirección Orquestal que congregaron músicos argentinos y de países vecinos y cuyos resultados se han proyectado a la comunidad mediante conciertos públicos.

Hasta la década del '60 la preocupación había sido tener los organismos y profesionales necesarios para realizar la labor de extensión y de docencia pública. El tema de la inserción de la educación musical en la escuela primaria y secundaria no había sido abordado todavía. El único antecedente que yo recuerdo es un curso de iniciación musical para maestros, que organizó el departamento de Musicología en la Escuela de Verano.

Recién alrededor de 1965 se hace conciencia en un grupo de profesores la necesidad de atender también a este problema educativo. Se implementa una carrera para la educación musical con la consiguiente diversificación de las posibilidades laborales de los egresados de la escuela. Sin embargo, debieron pasar varios años antes que esta nueva tarea fuera aceptada por todos como un camino legítimo y tan prestigioso como cualquier otra actividad musical. Creo que esta dificultad se debió en parte a que no todos comprendieron que el papel que se había asignado al Conservatorio, y después a la Escuela Superior de Música, debía ser ampliado ante la pasividad general en aquellos años, en materia de educación musical.

Aún hoy, a pesar de que aquella situación ha cambiado el crecimiento demográfico y la consiguiente necesidad de mayor cantidad de escuelas primarias y secundarias, exige que se amplíe la capacidad de egreso en educación musical.

Esta labor desarrollada durante cincuenta años también admite críticas; en mi opinión no siempre se hizo lo mejor y lo más oportuno. Actividades que deben nutrir la extensión, como la investigación y la creación no han tenido la atención que merecen. El desarrollo de los aspectos creativos en la educación y el estímulo a la creación artística no ha sido encarado en forma sistemática y permanente y la investigación ha sido esporádica y errática.

Esto ha traído como consecuencia una ausencia de estudios críticos, teóricos y estéticos sostenidos por una labor de creación musical intensa y variada y la imposibilidad de crear un pensamiento propio sobre estos problemas.

La atención de estos dos aspectos, creo, es la tarea que la comunidad espera de la Escuela de Música en el futuro.

Escuela de Cerámica

Ilda López Correa

El origen de esta casa de estudios, fue la concreción del anhelo de un grupo de personas amantes de la cultura, que veían la carencia en la región de Cuyo, de un centro donde pudiera desarrollarse un estudio sistemático del hacer cerámico.

Al ser creada la Universidad Nacional de Cuyo, entre facultades y escuelas, figura el nacimiento de la entonces Academia de Bellas Artes. En ese centro cultural faltaba una Escuela de Cerámica que cubriera las necesidades de los nuevos momentos históricos que se estaban viviendo.

Para ello, por ley provincial Nº 1514, promulgada el 24 de setiembre de 1942, se *otorga un subsidio a la Universidad Nacional de Cuyo para la creación de una Escuela de Cerámica que funcionará bajo su dependencia.* Con posterioridad, en el año 1943 pasó a depender de la Academia de Bellas Artes.

Para desempeñar el cargo de primer director organizador, se invitó al señor Fernando Arranz, por su reconocida experiencia en las artes del fuego. Don Fernando, como así se lo llamaba, con gran entusiasmo, inicia el funcionamiento de la Escuela, en una vieja casona que poseía un luminoso patio central, cubierto de frondosos y añosos árboles. Ese edificio se ubicaba en calle Belgrano al 400

Ilda López Correa
Profesora de la Escuela de Cerámica, Facultad de Artes, U.N.Cuyo.

de nuestra ciudad.

En un primer momento, la Escuela reunía las características de un taller cerámico europeo, más precisamente, un taller de tradición valenciana. Preparación de pastas, modelado, alfarería, esmaltado y manejo del horno, fueron las principales actividades que se impartían y, con ello, se inicia una actividad que pronto comienza a dar sus frutos.

Para ingresar a la Escuela se exigía a los alumnos tener aprobado sexto grado. El trabajo que allí se realizaba era de colaboración mutua. Luego de cuatro años de práctica y estudio con algunas materias complementarias, se otorgaba el título de Ceramista Decorador, y si habían incrementado sus conocimientos con materias como física y química, obtenían el título de Técnico Químico Ceramista.

En forma general, podemos definir tres aspectos del hacer cerámico: el artesanal, el artístico y el industrial. Tres aspectos que no siempre han sido comprendidos. El arte de la cerámica no se entiende sin la ayuda de la química y la física.

Arte y ciencia se funden para definir la creación cerámica. Si bien, la arcilla es un material plástico que permite una buena comunicación, para lograrlo se necesita también de un profundo conocimiento científico basado en el estudio teórico-práctico de la química y la física.

Cabe recordar aquí, que la Escuela de Cerámica tuvo la suerte de vivir una época de gran renovación.

En 1950, fue designado el arquitecto César Jannello director de la Escuela. Fue en esos momentos que entraron a ella nuevas inquietudes. César Jannello no sólo era arquitecto, integraba en Buenos Aires, junto a Héctor Cartier y otros artistas, el primer grupo que se dedicaba al estudio de Composición Plástica y Visión. A su vez, comprendía muy bien el vasto panorama de las posibilidades del hacer cerámico. Su familia poseía en nuestro medio, una industria de cañerías de gres cerámico para la construcción, la materia prima que se empleaba en la fábrica, procedía de yacimientos locales.

Para lograr la renovación y activación de la Escuela, el arquitecto Jannello incorporó dos valiosos profesionales, son ellos: la doctora Carmen Ibáñez de Moreno y el ingeniero Enrique Arnulphi.

La doctora Moreno venía de la ciudad de Córdoba, con profundos conocimientos sobre la preparación de pastas y elaboración de esmaltes. También, cabe destacarlo, con mucho entusiasmo y alegría de trabajo. Organizó y puso en marcha un laboratorio que sus alumnos recuerdan: *Cuando la doctora Moreno entraba, el laboratorio se*

llenaba de vida. Su saber y generosidad por transmitir sus conocimientos, no tenían límites.

El ingeniero Enrique Arnulphi nos dice: *Cuando acepté la invitación de Jannello para trabajar en la Escuela, tuve que dedicar varias horas al estudio específico que la cátedra, Tecnología del Calor, requería. El objetivo de la misma era el de enseñar básicamente a generar calor y manejar calor, a los fines de la cocción cerámica. Había que estudiar mucho y adecuar la enseñanza a la capacidad de los alumnos. En una oportunidad, el director me solicitó colaboración en la construcción de un horno para operar a altas temperaturas, dio mucho que hablar ese horno. En él, se logró la cocción de la primer porcelana que se elaboró en Mendoza. Yo trabajé en la parte referente al calor. Era un horno de combustión a gas y, con gran éxito, se alcanzó un estadio de 1400º C. El diseño y sus accesorios los realizó el arquitecto Jannello. Allí se logró la cocción de vajillas de porcelana con diseños propios. Fue todo un éxito para la Escuela y el medio.*

También participaron en este grupo la arquitecta Colette Bocara, que se había inscripto como alumna para colaborar en la ampliación del espectro de la actividad cerámica.

Además de los profesionales ya citados, en las cátedras de Dibujo y Plástica, trabajaban Beatriz Capra, Dora Antonacci, José Carrieri, Marciali, Leonor Rigan y otros, que asistían como docentes a las reuniones donde se discutían las actividades y medios que podían llevar adelante a la Escuela.

En esos años, alrededor de 1955, egresa un grupo de ceramistas que van a tener una interesante actividad no sólo en el medio, sino en distintos lugares del país. Son entre otros: Aldo Poletto, Edgardo Pagés, Torres, Ariel Vaca, Alberto Ramponi, Colette Bocara. Unos se dedicaban a la docencia, otros organizaron industrias o talleres cerámicos. Colette Bocara instaló un taller en Guaymallén, Mendoza, para la elaboración de revestimientos, vajilla de mesa, fuentes térmicas, etc., con gres natural y esmaltes.

En el año 1968 la Escuela de Cerámica debió dejar su antiguo edificio. De la vieja casona debimos trasladarnos a los galpones que la Universidad tenía destinado para la Maestranza, en el Centro Universitario. Cerámica pasó a ocupar el galpón del lado sur.

Los dos primeros años fueron agradables, teníamos espacio y un amplio salón para exponer las piezas más representativas de profesores y alumnos reunidas desde su creación. En 1970, se traslada la entonces

Escuela de Artes Plásticas, más tarde, las salas donde se dictaban clases, y donde se exponía el Museo, fueron ocupadas por el Decanato. Desde entonces las clases se dictan donde se puede y las piezas del Museo «duermen» esperando un lugar digno.

Desde 1969, para ingresar a la Escuela, fue necesario el certificado de estudios secundarios.

Otro momento que marcó una época en la Escuela de Cerámica fue la llegada de escultores cerámicos desde la Capital Federal. Los primeros en arribar fueron Mireya Baglietto y Aída Beck en 1975. Introdujeron en la Escuela la escultura cerámica, utilizando el material como medio de expresión y los esmaltes, como elementos de enriquecimiento de la forma. Mireya Baglietto dio las bases que permitieron a cada ceramista preparar sus propios esmaltes. Era algo que ya había iniciado la doctora Moreno y poco se había continuado. Mireya Baglietto otorgó una beca que consistía en dos meses de estudios en su taller privado. Esta distinción correspondió a Elio Ortiz.

Desde 1975 la Escuela pasó a tener un contacto directo no sólo con ceramistas de la Capital Federal, sino que profesores y alumnos comenzaron a exponer en salones nacionales y provinciales obteniendo los primeros puestos.

La escultura cerámica ya había sido iniciada por Beatriz Capra y otros con buenos resultados. El aporte de Mireya Baglietto consistió en animar a que cada ceramista preparara sus propios esmaltes. Enriqueció la paleta pictórica del ceramista, hizo ver texturas, craquelados, cuarteados, etc. Las superficies de las piezas dejaron de ser decoradas. Los volúmenes cerámicos se trataron como piel de esos cuerpos. Fue así como se incentiva el taller de escultura cerámica independiente al taller de escultura de la Escuela de Artes.

Otros grandes escultores cerámicos visitan la Escuela, así llegan Rafael Martín, Leo Tavella, Vilma Villaverde, Beatriz Orozco, Carlo Carlé, etc. Artistas considerados como los más grandes a nivel internacional.

Deseo recordar que el movimiento de escultura de vanguardia se inicia en Argentina en los años '50 y su eje central fueron Mercedes Burnichón y Roberto Ovarrio. El conocimiento de este movimiento y más tarde la presencia de varios de sus componentes entre nosotros se debió a un trabajo sobre «La cerámica de vanguardia en Argentina» que yo iniciara en 1974. Actualmente estos escultores, más otros contemporáneos de distintos lugares del mundo, son analizados y estudiados en la Cátedra de Historia de la Cerámica que se dicta en la Escuela.

En esta reseña, es necesario recordar a la profesora Dora Antonacci que desarrolló una marcada influencia italiana en su obra. A Miguel Fiordelisi con sus búhos, a la señora del Castillo, a don Eduardo Araníbal, de origen boliviano, buen alfarero y de los pocos que supo trabajar los engobes con las características de los ceramistas prehispánicos. Muchos de sus «secretos» de elaboración y uso de engobes, fueron transmitidos a Elio Ortiz. También se recuerda al profesor Llano de la Cátedra de Mineralogía.

En la Escuela de Cerámica, el quehacer que ha sido postergado es el referente a la artesanía, la que responde a la expresión más antigua del hombre, y la que es más cerámica. No por ello deja de haber buenos artesanos en Mendoza, algunos conectados con la Escuela, pero investigan y trabajan solos.

De lo expresado, se definen tres momentos: 1) época de fundación y organización con don Fernando Arranz; 2) época de renovación con el arquitecto Jannello, y 3) época de la visita de Mireya Baglietto y otros escultores cerámicos. Pronto deberá surgir un cuarto momento con la valoración que corresponde a la artesanía y con ello, el nivel de la artesanía local.

La Escuela de Cerámica ha dado sus frutos que se han extendido al país. En Mendoza, numerosos talleres e industrias cerámicas viven de ella. A distintos niveles corresponden sus productos, es de esperar que pronto se logre una selección de calidad.

Escuela de Diseño

Marcelo J. Vernhes

Escuela de Diseño. Estas tres palabras, tienen por cierto una honda significación para quienes, de una manera u otra han estado, o estamos, relacionados con esta Institución. La Escuela de Diseño, que actualmente integra la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Cuyo, nace formalmente como Departamento de Diseño y Decoración a través de una Ordenanza que firma el entonces rector Dr. Rodolfo Cucchiani Acevedo (Ord. 34/58), de acuerdo con la propuesta elevada por el Dr. Juan Carlos Silva, director de la Escuela de Artes Plásticas.

La idea fue originada y promovida por el profesor Abdulio Giúdice, quien tuvo la primera visión de la importancia de esta especialidad, visión a la que no debe ser ajena su amistad con Tomás Maldonado. No debemos olvidar que nos encontramos en los primeros años de la Hochschule für Gestaltung de Ulm en donde este último era entonces docente.

Así, con enfoques desde las artes plásticas, la arquitectura y el propio diseño industrial europeo, se concibe lo que sería la primera base de la futura Escuela de Diseño. El cuadro no sería completo si en este espectro no mencionáramos conceptos provenientes de la Bauhaus que también se incorporaron.

Como sucede frecuentemente, los primeros

Marcelo J. Vernhes.
Profesor de la Escuela de Diseño, Facultad de Artes, U.N.Cuyo

pasos fueron inciertos, con tropiezos y dificultades de diversa índole. Es por ello que recién en 1962 se asienta definitivamente la Institución, ya con el nombre de Departamento de Diseño de la Escuela Superior de Artes Plásticas. Así, aunando el esfuerzo de diversas personalidades, trabajo de comisiones, el tesón de un grupo de alumnos y bajo la dirección del arquitecto Samuel Sánchez de Bustamante, se formaron los primeros profesionales del diseño. A fines del año 1966 -precisamente un 24 de octubre- egresaba la primera diseñadora universitaria del país. Es por eso que recordamos esta fecha y que la hemos instituido como el «Día del Diseñador». Es por ello también, que consideramos el comienzo efectivo del funcionamiento del Departamento de Diseño en 1962 ya que en ese año inicia, o reinicia, el cursado el grupo de alumnos del que surgieron los primeros egresados.

El Departamento creció rápidamente. Su población estudiantil aumentaba, superando año tras año su capacidad. Estas circunstancias aún se mantienen. El crecimiento a lo largo de casi tres décadas ha sido sostenido. El permanente aumento del alumnado, los requerimientos del campo de trabajo, han hecho que la lucha por superarse, sea en Diseño cosa cotidiana. Y si bien es cierto que a menudo han faltado los recursos, las instalaciones, la cantidad de docentes, también es cierto que el empuje y la voluntad jamás han decrecido, supliendo con coraje y entusiasmo, la escasez de medios.

En 1967 se incorpora al Departamento, procedente de Buenos Aires, Amado Muñoz quien al poco tiempo asumirá la dirección de la Institución. Trae la experiencia de la labor en una gran empresa nacional e inyecta nueva vida y una verdadera mística del diseño. Permanecerá al frente del Departamento hasta 1971. En cinco años de fecunda labor, da una nueva orientación a la formación y emprende una incisiva acción de penetración en el medio local.

Por ese entonces se produce otro hecho trascendente: algunos de los primeros egresados se incorporan al plantel docente. Se inicia así una tendencia que no se ha detenido hasta el presente.

En el orden académico, el Departamento cuya estructura se inspirara inicialmente, como ya dijimos, en diversas escuelas de diseño del mundo, recibe el aporte del diseño científico que, nacido en el campo de la arquitectura, se desarrolló a lo largo de la década del sesenta. Esta corriente, se manifestará en el plan de estudios con la incorporación de asignaturas como Metodología y Cibernética. Se orientan los proyectos hacia el diseño de sistemas complejos, de cúpulas geodésicas, se promociona la programación y el diseño metódico.

En 1971, la Escuela Superior de Artes, ahora con esta denominación, modifica su estructura académica, y el Departamento de Diseño, en condiciones de igualdad con los de Artes Plásticas y Cerámica se incorpora al cuerpo directivo de la institución. Esta transformación inspirada y protagonizada por el Prof. Luis J. Quesada, recibió de este director, un apoyo decisivo que permitió, entre otras cosas, reforzar su planta docente. Y es que nuestro Departamento había crecido al punto de contar entonces con más de la mitad de la población estudiantil de la Escuela Superior.

Entre las muchas personalidades que honraron con su presencia a nuestra Escuela, quisiera recordar particularmente, a principios de la década del setenta, al diseñador Gui Bonsiepe, ex docente de Ulm, y a Julio Colmenero, verdadero pionero del diseño en la Argentina.

Se puede decir que por entonces Diseño ya había afirmado una personalidad propia. Esto se tradujo en esfuerzos por independizarse y seguir su propio camino. Es así que en 1975, el Departamento se transforma en la Escuela Superior de Diseño, iniciando el sendero de su adultez. La labor académica es intensa, bajo la conducción de diversos directores -entre ellos un egresado de la institución-, se llevan a cabo trabajo de comisiones, se participa en diversos eventos y se multiplican las exposiciones de proyectos de docentes y alumnos.

Los frutos de la Escuela se hacen sentir en el medio, donde los primeros diseñadores profesionales comienzan a actuar. Se crean los primeros estudios, se incorporan algunos diseñadores a empresas e instituciones. Hacia fines de la década se irá constituyendo la ADIOA, Asociación Profesional de los Diseñadores del Oeste Argentino.

Otro hecho académico y profesional debe recordarse. La formación que desembocaba en el título de Diseñador o Diseñador Industrial, se abre en dos especialidades: la del Diseño Gráfico y la del Diseño de Productos, división ésta ya tradicional en el campo del diseño internacional.

En 1968 se había logrado la adquisición de algunas máquinas y herramientas para formar un taller de modelos. En 1976 se constituye formalmente el Taller de Productos que bajo la jefatura de un docente irá cimentando sus recursos y funcionamiento. Este logro se reflejó pronto en un mejoramiento del nivel de maquetería y modelos, alcanzando años más tarde, una calidad que ha sido reconocida en más de una oportunidad, en nuestro medio y fuera de él.

En 1980 se crea la Facultad de Artes a la que se incorpora la Escuela

de Diseño. El hecho fue resistido por muchos de los docentes, particularmente los diseñadores, ya que asocia la actividad del diseño con el arte, del cual precisamente la mayoría de los diseñadores queríamos diferenciarnos. El espíritu de independencia, de afirmación del propio destino, de manera más o menos explícita ha estado y está siempre presente en la gente de diseño.

La incorporación a la Facultad trae aparejado algunos inconvenientes, debido sobre todo al carácter atípico de la misma, pero significó también un beneficio en el orden académico. Se depuran y perfeccionan las reglamentaciones, los mecanismos de funcionamiento académico, se revén objetivos y contenidos de las asignaturas. El nivel general se ve beneficiado por ello. En 1983 se pondrá en marcha un nuevo plan de estudios que intenta coordinar los contenidos de las asignaturas medulares (las cátedras de Diseño) y las instrumentales, todo ello en orden a mejorar la formación de los egresados, particularmente en lo que hace al oficio de diseñador.

La Escuela, preocupada por una permanente actualización y una efectiva inserción en el medio, no desperdicia oportunidad alguna para traer personalidades de distinto origen: Buenos Aires, Rosario, Estados Unidos y Chile. Entre ellos cumplieron una significativa trayectoria el arquitecto Ricardo Blanco y el diseñador gráfico Eduardo López.

La normalización, emprendida por el gobierno constitucional, a través de concursos no siempre bien implementados, significó la efectivización de algunos docentes y la pérdida lamentable de otros que con su tesón y capacidad habían colaborado durante años a hacer de la Escuela de Diseño lo que es hoy.

Desde principios de la década del ochenta, la Escuela se ha proyectado también en la actividad investigativa, de actualización y de formación de posgrado. Así, varios jóvenes profesionales, han desarrollado y siguen desarrollando investigaciones, tanto en el área gráfica como en la de productos, en el marco de posibilidades que ofrecen el Consejo de Investigaciones de la Universidad (CIUNC) y el Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).

Diseño está presente en el Instituto Argentino del Envase, en cursos de esa especialidad, y a través de su cátedra de Ergonomía en los cursos de Higiene y Seguridad en el Trabajo así como en los de Medicina del Trabajo.

Como hecho reciente, no podemos dejar de señalar la importancia de la creación, en 1987, del Taller de Gráfica, que igual que su equivalente de Productos, brinda hoy un apoyo significativo a la ejecución de los proyectos de los estudiantes de esta especialidad.

Hasta el presente, la Escuela de Diseño ha formado varios cientos de diseñadores. Un cierto número de ellos ha asumido la función docente, otros se desempeñan en el medio regional o nacional, en forma independiente o incorporados a empresas o instituciones. Algunos -como tantos profesionales argentinos- han emigrado hacia otras latitudes: Estados Unidos, Australia, Italia. Nuestros egresados han demostrado su capacidad diseñando elementos gráficos y productos para nuestro medio regional y aún para la exportación y obteniendo galardones en concursos nacionales e internacionales. Diseño sigue teniendo más alumnos de los que, en términos académicos, podría formar adecuadamente, pero ello no merma su empuje ni sus ansias para alcanzar el mejor nivel.

Lo dicho constituye apenas un esbozo, un vuelo rasante sobre la realidad de la Escuela de Diseño. Muchos han sido omitidos, muchos nombres deberían aparecer aquí ya que son numerosos los profesionales que han entregado algo de sí para construir esa realidad. Pido disculpas por las omisiones y dedico este bosquejo, en primer lugar, a nuestros alumnos, a todos mis colegas, los de hoy y de ayer, los presentes y los ausentes, porque en verdad nuestra Escuela les pertenece un poco a todos ellos.

De Pitágoras a la vida cotidiana

L.A.V.

Pitágoras no encontraba la armonía en los números, como suele afirmarse. Los números eran solamente la representación de la música. Ahí estaba la armonía. La afirmación de Juan Carlos Silva surge en medio de una conversación donde su palabra transita con igual facilidad por el tango, la arquitectura, el box, el derecho y el diseño. Difícil es sustraerse al encanto que emana de una personalidad tan multifacética y llana a la vez. Casi pasa a segundo término el motivo de la entrevista: interesarnos en los grandes lineamientos que enmarcaron la creación de la Escuela de Diseño.

Cuando se fundó nuestra Universidad, en la particular distribución de disciplinas que se hicieron entre las tres provincias cuyanas, San Juan fue favorecida con la Facultad de Arquitectura. Y los mendocinos se quedaron largo tiempo con las caras largas. Ocurría que ya desde la década del treinta, se había creado un ambiente favorable al funcionamiento de esa institución en Mendoza y la frustración fue grande. ¿Con qué reemplazarla? Juan Carlos Silva explica que en la base de la arquitectura está el diseño. Y agrega, soñando un poco o queriendo dar más fuerza a sus argumentos, que el diseño participa activamente en todas las actividades del ser humano. *Al*

Síntesis de una entrevista al Dr. Juan Carlos Silva, ex profesor de la Escuela Superior de Artes Plásticas y director de la misma cuando se creó el Departamento de Diseño y Decoración.

Luis A. Villalba.

fin y al cabo, muchas veces se lo designa a Dios como el Gran Arquitecto o como el Gran Diseñador. Esto último afirmado con una sonrisa que morigera la exageración.

El ambiente no se quedó quieto de todas maneras. Eran numerosos los interesados en que, de algún modo, la arquitectura estuviera presente en nuestro medio: Giúdice, Sergi, Delhez, Domínguez y el abogado Juan Carlos Silva, entre tantos otros. Para no crear roces innecesarios con San Juan, se lo denominó Departamento de Diseño y Decoración. Sobre el particular, el doctor Silva, que fue el primer director, aclara taxativamente que la palabra decoración en el nombre del nuevo instituto era puramente «decorativa», ya que lo que se perseguía era *el diseño auténtico, funcional, depurado, no decorativo.* En este sentido recuerda que en un viaje por Europa, en un pequeño restaurante pueblerino, destapó la botella de un buen vino con un pequeño y singularmente despojado sacacorchos, que en su empuñadura tenía un racimo aplicado, totalmente prescindible. Ahí estaba el diseño funcional perfecto y el toque decorativo innecesario.

La conversación con el doctor Silva toma giros inesperados, cuando muestra su concepción de un universo diseñado en formas puras y funcionales en actividades de apariencia irreconciliable. Como ocurre cuando sus amigos subrayan un pasado sobresaliente de boxeador estilista o cuando en los pasillos de los tribunales se recuerda la perfección matemática de sus escritos legales. En esta época donde curiosamente la especialización limitante es exhibida como una virtud, una personalidad desarrollada integralmente llama poderosamente la atención.

Esa visión integral de la problemática humana fue de gran ayuda cuando se desempeñó como director de la Escuela de Diseño, en 1958 y 1959, cargo que luego hubo de abandonar, a pesar suyo, debido a la imposibilidad de compatibilizar sus innumerables actividades. Pero su impronta personal señaló futuros caminos. Sus ideas sobre la función del diseñador en nuestra sociedad aún tienen vigencia.

En primer lugar destaca la necesaria integración del diseñador con el arquitecto, relación que a su entender beneficia a ambos, pues sus actividades son complementarias. También hace notar un error en el que suelen caer los diseñadores cuando pretenden acercarse a los plásticos o a los matemáticos, porque ambos los rechazan. Este tema lleva inevitablemente a si la comunidad tiene suficiente información sobre la utilidad que pueden prestar los diseñadores, y a la salida laboral de los egresados de la Escuela.

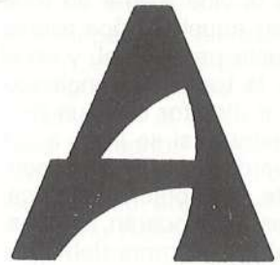
Aquí el entusiasmo y la reflexión algo romántica vuelven a ganar el discurso del doctor Silva. *Desde los sumerios para acá siempre ha existido la atracción por la belleza. Sin duda que nace como decoración, como agregado. Ya que a la belleza quiere tenerla el individuo como parte de su vida cotidiana. Claro está que en el camino los gustos se refinan. Tampoco hay que olvidar los avances de la tecnología, los nuevos materiales, porque el material es el estilo.*

Es fascinante seguir los laberintos de su fluido discurso que va desde **El Timeo** de Platón hasta Celedonio Flores. Así surge su apasionamiento por el tango, aquella milonga pampeana que se transforma en los arrabales de la ciudad a comienzos de siglo. *Creo que el verdadero tango está allá, en el tango milonga, como también quería Borges.* Esta afirmación no es la de un dogmático o la de un nostálgico estéril, todo lo contrario, es lo que ofrecen sus vigorosos ochenta y ocho años. Se trata de la actitud del estudioso que quiere desentrañar lo mejor de cada aspecto de la realidad. Así obró también cuando hubo que designar al primer jurado para los concursos docentes de la Escuela de Diseño. Los nombres de sus integrantes eximen de comentarios. El escultor Bigatti, el pintor Soldi y el crítico León Pagano, siendo éste reemplazado debido a razones de salud, por Romero Brest.

Riquísimo en vivencias y experiencias auténticas, el doctor Silva no se refugia en el pasado. Sus reflexiones aún exploran el escondido camino que une a la gran tradición de las artes plásticas con un pensamiento contemporáneo que se plasme en el diseño, y que termine de enmarcarlo como disciplina independiente.

Escuela de Teatro

José Francisco Navarrete



mediados de la década del '40 el ya creado Conservatorio de Música y Arte Escénico no había implementado los estudios teatrales. En cambio los de música estaban dando sus primeros frutos. En 1948 el dramaturgo catamarqueño Juan Oscar Ponferrada vino a dictar una serie de conferencias sobre teatro. El rector Cruz aprovechó su estadía y le pidió que creara la Escuela de Teatro porque había detectado en el medio el interés por esta forma expresiva. Ponferrada llamó a inscripción y perfiló un plan de estudios. Se presentaron numerosos postulantes para la nueva carrera, pero Ponferrada no pudo hacerse cargo de la conducción de la Escuela por sus compromisos en Buenos Aires. De todos modos, ante la enorme expectativa creada, el autor le propuso al rector una persona en su reemplazo que ya gozaba de prestigio en la Capital por la seriedad y la creatividad en su trabajo de formación actoral. Es así como llegó Galina Tolmacheva a Mendoza en 1949 y fijó aquí su residencia hasta su muerte, en 1987.

José Francisco Navarrete
Profesor de la Escuela de Teatro y vicedecano de la Facultad de Artes, U.N.Cuyo.

La Escuela contaba con muy pocos profesores: uno para gimnasia rítmica, otro para el estudio de la voz, otro en historia del teatro, otro (el italiano Tanzi) para escenografía y la misma directora en improvisación e interpretación. De este modo la enseñanza tomaba

un carácter casi artesanal y absolutamente personalizado. Las clases se impartían en algún aula que quedara libre en la vieja casona de la Universidad, en la calle Rivadavia. Otras veces partían todos, profesores y alumnos, a la casa de alguno de ellos, en cuyo patio o garaje se dictaba clase. Otras veces, cuando el tiempo lo permitía, hasta en los prados del Parque se practicaban los ejercicios teatrales.

Por fin, la Escuela logró asentarse en una vieja casona y comenzó una vida casi comunitaria en torno al arte teatral. Los alumnos estaban todo el día y mientras un empleado les preparaba el almuerzo, al que contribuían todos, ellos ensayaban, construían y armaban los trastos escenográficos, cosían su vestuario, en fin, vivían la vida teatral en toda su plenitud. La tónica que tomó la Escuela en aquellos años estaba basada en la ética de Stanislavsky, como conducta profesional, y en el teatro de arte como meta a alcanzar. Es decir, la toma de conciencia de que el actor no es arcilla en las manos de un director o de un profesor, sino que es un verdadero creador. Solamente así se llega a ser un Artista con mayúsculas. La autenticidad, la verdad escénica, la sensibilización presta a aflorar cuando se la necesite, la captación estética, no sólo del teatro sino de todas las otras artes, provocarán la transfiguración del actor en el personaje; personaje al que siempre debe servir y no servirse de él para canalizar problemas personales no resueltos.

En 1951 egresaron los primeros actores -nueve en total-, entre ellos Nina Cortese, Eva Cabral, Aldo Braga y Tino Pascali. Más adelante egresará Luis Politi y otros nombres de valía. La aplicación concreta de lo aprendido durante los primeros tres años se plasmó en la creación del elenco Teatro de Cuyo, con esos egresados y la dirección de la Sra. Tolmacheva. Este fue el inicio de lo que luego se llamó Elenco Universitario y que siguió una trayectoria estrechamente ligada a la de la Escuela; al punto que, hasta 1981, una sola persona ejercía ambas direcciones.

Administrativamente la Escuela dependía de Extensión Universitaria, lo mismo que el ballet creado por otra artista rusa, Nina Berchinina.

Con el transcurrir de los años la Escuela recibió distintas denominaciones: Escuela de Teatro, Departamento de Teatro, Departamento de Arte Escénico y Coreográfico, Escuela Superior de Teatro, nuevamente Departamento de Teatro y, actualmente, Escuela de Teatro de la Facultad de Artes. Los diversos nombres reflejan los altibajos y vicisitudes administrativas, edilicias y artísticas por los que atravesó. A veces su destino fue una dependencia directa de Rectorado, otras de Extensión Universitaria y otras de intervenciones rectorales; los edificios que ocupó

en estos '40 años fueron, por lo menos, ocho, entre los que se destacan la casona «art nouveau» de Las Heras 430, que había desocupado Filosofía y Letras. Allí fue más estrecha la relación Escuela-Elenco porque se contaba con una salita teatral de actividad permanente y la calidez del ámbito estimulaba la reflexión creadora.

Con los años la Escuela fue complejizando sus planes de estudio y aumentaron los profesores. Personalmente opino que perdió aquel sabor artesanal y vocacional en la formación artístico-profesional, tan beneficioso para los estudios artísticos, que la caracterizó por muchos años. Pero, por otra parte, fue ganando en el nivel académico universitario y en la profundidad de una preparación más integral.

Por su parte, el Elenco Universitario atravesó etapas de verdadero esplendor, tanto artístico como de recursos materiales. A finales de los años '60 y principios de la década siguiente contaba con presupuesto abultado para el montaje de obras de costosa escenografía y deslumbrante vestuario. También se contrataba a los mejores directores del momento de la Capital Federal, como Tulio Carella, Enrique Ryma, Juan José Beoletto, Jorge Della Chiesa, Jorge Pretaglia, Juan José Bertonasco y Mario Rolla. Estos directores alternaban sus trabajos con puestistas del medio, como Galina Tolmacheva, Eloísa Cañizares, Antonio Baena y José Tovar en años anteriores y, en la etapa que nos ocupa, Benito Talfiti, Walter Beltrán, Leónidas Monte, Carlos Owens, Lidia Lamaison, Maximino Moyano, Rafael Rodríguez y otros. De aquella época (1967-1973), en la que se desempeñaba como Director de la Escuela, y por ende del Elenco, el Prof. Guillermo Bibiloni, un hombre entrañablemente unido al teatro, recordamos puestas como **Barranca abajo** y **Tartufo** con actuaciones memorables de Rafael Rodríguez y Luisa Gámez; **Ha llegado el inspector** y **El reñidero**, donde realizaba papeles estelares Josefina Otero, o los éxitos de **Nuestro pueblo** y **Tovarich**, con destacadas intervenciones de Walter Beltrán y Luisa Gámez, que fueron llevadas a la Capital Federal, con singular éxito, cosechando excelente crítica y el premio TALIA al mejor elenco del año. También recordamos un hito importantísimo que fue **El jardín de los cerezos** de Chejov, con la dirección de Pretaglia y en homenaje a Galina Tolmacheva.

Seguramente podremos preguntarnos cuáles eran los objetivos de estos montajes, con qué criterio se elegían las piezas, cómo las recibía el público en ese momento, qué condicionaba la elección de las obras.

En primer lugar este Elenco, el único universitario del país, se fijó como objetivo elevar la calidad teatral del medio. Para ello, y en una etapa de gran asistencia de público a las salas, elegía obras del repertorio

nacional o universal que significaran jalones en la historia del teatro y que, por lo complejo de los montajes, no podían realizar los elencos independientes.

Como todo conjunto teatral el Elenco Universitario contó siempre con un público que seguía todos los estrenos con la seguridad de no salir defraudado. Además, representando a la Universidad, ofrecía funciones en varias provincias y en Buenos Aires.

En Mendoza, de larga tradición teatral, había un público conocedor de este arte, ya como espectador del Municipal, el Avenida o el Independencia, ya por haber participado en numerosos «cuadros filodramáticos» que desde 1912 hasta, aproximadamente, 1950 proliferaban en la provincia y que veían en el único elenco profesional del medio la posibilidad de gozar de espectáculos que los otros elencos no podían brindar.

Por otra parte, el movimiento independiente, que desde 1939 aparece en Mendoza, interrelacionó su existir con el Elenco Universitario. ¿de qué modo? Teatralmente: es decir, con apasionadas muestras de amor o de odio, al mejor estilo trágico. A veces, sin advertirlo los mismos protagonistas. En principio la Universidad se dedicaba a los clásicos u obras de envergadura, mientras que los Independientes, que generalmente se dedicaban más a las vanguardias, tuvieron su paso por el elenco oficial, así como varios actores del Elenco Universitario dirigieron y promovieron la creación de numerosos elencos. Basta recordar la positiva tarea que les cupo en las realizaciones de las muestras intercolegiales de teatro, brillante iniciativa de Extensión Universitaria y la Escuela de Teatro y que se extendió desde 1968 hasta 1975; desde el '79 en adelante la continuó el gobierno provincial. Así como la labor docente desplegada en la Escuela por algunos miembros del Elenco: Josefina Otero, Luisa Gámez, Benito Talfiti y Walter Beltrán, entre otros.

Con el tiempo, la escasez de presupuesto que llevó a montajes más reducidos fue permitiendo cumplir un viejo anhelo del Elenco: extender sus funciones a todo el ámbito provincial.

Es de destacar la acción conjunta con la Escuela de Teatro y el Elenco en la creación del curso anual de Formación de Autores Teatrales que se inicia en 1976 y que, hasta la fecha, ha promovido numerosos dramaturgos. Por ejemplo **La amarga** de Barcia Gigena y **El teorema**, de Elvira Maure de Segovia, que fueron premios nacionales de Argentores y también llevada al escenario por el Elenco Universitario.

Como vemos, Escuela y Elenco han ocupado y ocupan un importante sector en la historia de la cultura mendocina de los últimos 50

años, al igual que el Cuerpo Estable de Ballet. Este Organismo sufrió numerosos avatares desde su institución. En efecto, desde la creación por parte de Nina Verchinina han participado directores locales como María Teresa Carrizo y de otros lugares como Octavio Cintolessi, Abaca, Cavallini y algunos invitados.

Todos ellos han contribuido a enriquecer a los integrantes del elenco, quienes, a su vez, transmiten sus enseñanzas a los niños y adolescentes aspirantes a ingresar al Cuerpo. Fue memorable la puesta de **Giselle** así como la versión integral del **El lago de los cisnes**. Ahora contribuyen con su empuje y creatividad la nuevas generaciones de coreógrafos y bailarines: Mónica Subirats, Vilma Rúppolo, etc.

Escuela de Teatro, Elenco Universitario de Teatro, Cuerpo Estable de Ballet: tres manifestaciones de las artes de escenario que, luchando con su intrínseca inmediatez, constituyen puntales en la proyección al medio de la Universidad Nacional de Cuyo.

II. Datos y documentos

Cuadros Cronológicos

Con estos «Cuadros Cronológicos» se intenta esbozar en forma esquemática algunos de los principales hechos de la historia de la Universidad Nacional de Cuyo.

Esta primera versión es, necesariamente, incompleta pero pretende adelantar para la futura historia, una enumeración breve y objetiva de los acontecimientos que signaron la vida universitaria. En la recopilación intervinieron varios profesionales, entre ellos, la profesora Claudia Isman de Oppenheimer, quien, con indudable paciencia y dedicación, preparó los primeros originales.

La falta de tiempo nos obliga a dar a conocer este trabajo en forma parcial con la intención de perfeccionar de inmediato la versión «preliminar» con el aporte de todos los miembros de la comunidad universitaria que puedan ofrecer informaciones que nutran y completen el trabajo y posibiliten una mejor comprensión de la historia de nuestra Universidad Nacional de Cuyo.

Los «Cuadros» tienen dos columnas. En la de la izquierda se registran los principales sucesos ocurridos en la Universidad Nacional de Cuyo y en la columna de la derecha se mencionan algunos de los hechos acaecidos en el orden provincial, nacional e internacional, siempre con la indicación del año correspondiente.

Aspiramos a publicar una segunda edición que recoja todas las informaciones, observaciones y sugerencias que la comunidad universitaria nos pueda hacer llegar. Es una colaboración que agradecemos por anticipado.

René Gotthelf

Sucesos ocurridos en la U.N.C. y sus dependencias	Sucesos en el orden provincial, nacional e internacional
Año 1939	
• Fundación de la Universidad Nacional de Cuyo en las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis (Dec. Nº 20.971 del 21/3/39 P.E.N.)	• Presidente de la Argentina es el Dr. Roberto M. Ortiz (1938-1941).
• El Dr. Edmundo Correas es designado primer rector.	
• El acta de fundación se firmó el 27 de marzo.	
• Integran la U.N.C.: Facultad de Ciencias (Escuela Industrial de San Juan, de Agricultura de Mendoza, de Ciencias Económicas, de Mendoza, Liceo y Escuela de Comercio de Mendoza y Escuela Normal de San Luis); Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza (Institutos de Filosofía, de Historia y de Literatura, Biblioteca, Archivo y Museo Cuyano); Academia de Bellas Artes y Conservatorio de Música en Mendoza.	• Mendoza es gobernada por el Dr. Rodolfo Corominas Segura y A. Guevara Civit (1938-1941).
• Pasan a depender de la U.N.C.: la Escuela de Minas e Industrial de San Juan, la Escuela Superior de Comercio de Mendoza, la Escuela de Agricultura y Enología de Mendoza y la Escuela Normal de Maestos de San Luis.	• Finaliza la Guerra Civil Española. Comienza el régimen del Gral. Francisco Franco. España vuelve a ser monarquía, pero con trono vacante.
• La U.N.C. comienza a funcionar en el local de la Escuela «Arístides Villanueva».	• Alemania invade Checoslovaquia.
• El 16 de agosto se inician ofi-	• Suicidio de Lisandro de la Torre, destacado político argentino.
	• Comienza a funcionar la Destilería de Luján de Cuyo.

cialmente los cursos con la conferencia inaugural de Ricardo Rojas.

- Se recibe la donación de objetos indígenas de gran valor histórico del Prof. Draghi Lucero y se le encomienda la creación del Museo Cuyano.

Año 1940

- Aprobación de los planes de estudios de la Escuela de Ciencias Económicas, de la Academia de Bellas Artes, de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Escuela de Lenguas Vivas, de la Escuela de Agronomía y de la Escuela de Ingeniería.
- Aprobación del reglamento interno del Consejo Superior.
- Llamado a concurso para la provisión de todas las cátedras que integran los planes de las escuelas secundarias dependientes de la U.N.C.
- Fundación del Instituto de Petróleo, que luego se llamó Departamento de Combustibles y posteriormente Escuela Superior de Ingeniería de Combustibles.
- Creación de los Institutos: de Etnografía Americana, de Lingüística, de Estudios Económicos, de Investigaciones Históricas y de olivotecnia.
- Creación de la Inspección Gral. de Enseñanza Secundaria, Especial y Primaria para las escuelas dependientes de la U.N.C.

- Hitler invade Polonia. Comienza la Segunda Guerra Mundial.
- Violento terremoto en Chillán, Chile.
- Al pie del Cerro de la Gloria se inicia la construcción del nuevo Jardín Zoológico de Mendoza.
- Expropiación de terrenos para el trazado de la Avenida de Acceso a Mendoza.
- «Guerras relámpago» de los alemanes en Holanda, Bélgica, Francia y otros países Europeos.

- Creación de la Inspección Médica, para aspirantes a ingresar a la Universidad.
- Llamado a licitación para la impresión de las tres primeras publicaciones periódicas de la Universidad y aparece la «Revista de la Universidad».
- Creación de la oficina de Estadística y Archivo de la U.N.C.

Año 1941

- El senador nacional Gilberto Suárez Lago es designado representante de la U.N.C. ante las universidades de los EE.UU.
- El rector y el director de la Escuela de Ciencias Económicas, viajan a EE.UU. para estudiar la organización universitaria.

- Intensa guerra aérea entre alemanes e ingleses («Batalla de Inglaterra»).
- El presidente Ortiz delega interinamente el mando en Castillo.
- Asumen la gobernación de Mendoza los Dres. Adolfo Vicchi y José María Gutiérrez (1941-1943).
- Inicio de la construcción del Hospital Central de Mendoza.
- Hitler invade Rusia (junio '41).
- Ataque japonés a Pearl Harbour. Estados Unidos entra en la guerra.

Año 1942

- Aprobación de los Estatutos del Hogar y el Club Universitarios.
- Renuncia del vicerrector, Arq. Manuel Civit.
- Creación de los Institutos de Estudios Ingleses, Germánicos, Franceses e Italianos.

- Conferencia panamericana en Río de Janeiro. Creación de la Junta Interamericana de Defensa.
- Muere el presidente Roberto M. Ortiz y lo sucede el vicepresidente Dr. Ramón S. Castillo.

Año 1943

- Creación del Colegio Nacional Central, de la U.N.C.
- Creación de dos bibliotecas públicas en Las Cuevas y Puente

- Las victorias aliadas en El Alamein, Stalingrado, Kursk, Midway y Guadalcanal, cambian el curso de la Segunda Guerra Mundial.

del Inca a cargo de la U.N.C.

- Intervención de la U.N.C. Asume como rector el Dr. Carlos A. Pithod (31/7/43).
- Fundación del Museo Fader.
- Derrocamiento del Presidente Castillo. Asume el Gral. Rawson. Dos días después es reemplazado por el Gral. Pedro P. Ramírez.
- Mendoza es intervenida por el Cnel. H. Sosa Molina. Lo sucedió el Gral. (R) Luis E. Villanueva y luego el Cnel. A. Vargas Belmonte.

Año 1944

- Asume como rector el Dr. Rafael Guevara (17/3/44) y posteriormente el Dr. Ramón Doll (17/7/44).
- Incorporación de las materias Religión y Educación Física como asignaturas en los programas de las escuelas secundarias de la U.N.C.
- Violento terremoto en San Juan. Destrucción de la ciudad.
- La Argentina rompe relaciones con el Eje.
- El Gral. Edelmiro J. Farrell asume la presidencia. Se disuelven los partidos políticos.
- Desembarco aliado en Normandía (junio '44).
- Creación del Fondo Monetario Internacional.

Año 1945

- El rectorado de la U.N.C. es asumido sucesivamente por el Dr. Agustín de la Reta, el Dr. Jorge V. Vera Vallejo, el Dr. Carlos Alberto Cuello, el Ing. Agr. Enrique Schiel y el Dr. Salvador Doncel.
- Prescripción de las normas para elección de autoridades en las Universidades Nacionales.
- Suspensión de aranceles a los alumnos domiciliados en San Juan antes del terremoto.
- Conferencia Interamericana sobre problemas de la Guerra y de la Paz (Chapultepec).
- Argentina declara la guerra al Eje.
- Bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki. Capitulación de Japón. Ofensiva de los aliados y fin de la Segunda Guerra Mundial.
- Creación de la O.N.U.
- Creciente popularidad del Cnel. Perón. «17 de octubre».

Año 1946

- El Dr. Alfredo M. Egusquiza es designado rector. (mayo '46).
- Aprobación del reglamento de la inspección médica de la Universidad.
- Creación del Instituto del Trabajo (Instituto de Acción Social Universitaria).
- Creación del Instituto del Vino dependiente de la Escuela de Agronomía, y de la Estación experimental de Chacras de Coria.
- Creación del Instituto de Investigaciones Mineras dependiente de la Escuela de Ingeniería.
- Creación del Instituto Superior del Agua con sede en Mendoza.
- Los EE.UU. publican el «Libro Azul» sobre actividades realizadas en favor del Eje.
- Tras la victoria electoral asume el binomio presidencial Juan D. Perón y Juan H. Quijano.
- Para el gobierno de Mendoza son electos Faustino Picallo y Rafael César Tabanera.
- Juicios de Nüremberg.
- Creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI).
- Reformulación de la legislación laboral nacional.
- Independencia de la India.

Año 1947

- Creación de las facultades de Ciencias Agrarias y de Ciencias Económicas en Mendoza; de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en San Juan, y de Ciencias de la Educación en San Luis.
- Designación del Dr. Ireneo F. Cruz como rector (set. '47).
- Creación del título de «miembro honorario» de las facultades que integran la U.N.C.
- Creación de la Licenciatura en Administración dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas.
- Creación de la Escuela Superior del Magisterio en la Escuela
- Primer Plan Quinquenal (1947-1951).
- Definición de principios de la OEA en la Conferencia de Petrópolis.
- Fundación de la FAO.
- Firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR).
- Promulgación del sufragio femenino en Argentina.
- Plan Marshall de EE.UU. para ayudar al restablecimiento económico europeo.
- Nuevo régimen universitario nacional (Ley 13.031/47).
- Censo de población en Argentina: 16.100.000 habitantes.

de Lenguas Vivas.

- Creación de la oficina de Divulgación e Informaciones Universitarias destinada a difundir la acción que cumple la U.N.C.
- Creación del Instituto de la Energía.

Año 1948

- La Escuela de Lenguas Vivas se convierte en el Instituto de Profesorado Secundario, y abarca: el Departamento de Profesorado, Escuela Superior del Magisterio, Departamento de Aplicación y cursos de Traductores Públicos Nacionales.
- Creación de la Orquesta Sinfónica de la U.N.C.
- Creación de la Escuela de Higiene y Pedagogía Social.

Año 1949

- Creación de la Escuela Técnica de Seguridad Industrial.
- Creación del Departamento de Extensión Universitaria integrado por cuatro divisiones: Extensión Cultural, Salud Física, Asistencia Social y Prensa y Protocolo.
- Primer Congreso Nacional de Filosofía organizado por la U.N.C. con proyección internacional.
- Curso de Idioma Castellano para extranjeros.
- Creación del Instituto de Arte Coreográfico.
- El gobierno nacional resuelve comprar los ferrocarriles.
- El Parque del Oeste cambia su nombre por Parque General San Martín.
- Independencia del Estado de Israel.
- Aprobación de los Estatutos de la OEA en la Conferencia de Bogotá.
- Creación de la Universidad Obrera (actualmente Universidad Tecnológica Nacional).
- Congreso para considerar reformas a la Constitución Nacional.
- Promulgación de la Constitución Nacional de 1949 que autoriza la reelección presidencial.
- Creación del Liceo Militar General Espejo en Mendoza.
- Asumen como gobernador y vice de Mendoza el Tte. Cnel. Blas Brísoli y Rodolfo Schmidt.
- Creación de la Subsecretaría Universitaria de la Nación.
- Suspensión de la vigencia del «patrón oro».
- Construcción del nuevo Hospital de Infecciosos de Mendoza.

- Creación de la Dirección de Investigaciones folklóricas.
- Creación de la oficina de Publicaciones de la U.N.C.
- Creación de la especialidad de Ingeniero Químico en la Facultad de Ingeniería (San Juan).

Año 1950

- Creación de la Escuela de Esquiadores dependiente del Hogar y Club Universitarios.
- Creación del Departamento de Investigaciones Científicas (D.I.C.) del que dependen el Observatorio Astronómico de San Juan y el observatorio de Rayos Cósmicos de Mendoza.
- Creación de la Escuela Superior de Arte Escénico.
- El Teatro Independencia pasa en locación a la U.N.C. Es utilizado como Salón de Grados y sede de la Escuela Superior de Música.
- Fijación del 16 de agosto de cada año para la realización de las colaciones de grado universitarias.
- Primer Congreso Nacional de Historia del Libertador Gral. José de San Martín.
- Creación de la Escuela de Comercio «Libertador San Martín» en San Juan.
- Creación de la Facultad de Ciencias Médicas.
- Año del Libertador General San Martín.
- Piedra fundamental del edificio de la Biblioteca Pública San Martín, Archivo Histórico y Museo Conmemorativo de Mendoza.
- Comienza la guerra de Corea.
- Creación del Museo de Ciencias Naturales de San Rafael.
- Inauguración del Anfiteatro Griego de Mendoza y presentación de la «Cantata Sanmartiniana» de Leopoldo Marechal y Julio Perceval.
- Estreno de la primer película rodada íntegramente en Mendoza.

Año 1951

- Creación del Departamento de Asistencia Médico-Social Universitaria (D.A.M.S.U).
- Creación del Departamento de Ceremonial y Prensa que comprende: Protocolo, Prensa, Publicidad, Ornamentación, Imprenta, Memoria Anual y Digesto Universitario y Boletín Informativo.
- Creación de las Escuelas de Formación Política y de Administración Pública.
- Aprobación del Plan de Estudios de la Escuela de Arquitectura y Urbanismo.
- Creación del Departamento de Extensión Universitaria que abarca: Escuela Superior de Arte Escénico, Instituto de Arte Coreográfico, Teatro Experimental, Teatro Independencia y Escuela de Verano.
- Creación de la Escuela de Farmacia en San Luis.

- Construcción de la Villa Fronteriza de Las Cuevas.
- Fracasa un alzamiento militar encabezado por el Gral (R.E.) B. Menéndez. Se decreta el estado de «guerra interno».
- La mujer vota por primera vez en Argentina.
- En los comicios queda reelecto el binomio Perón-Quijano.

Año 1952

- Creación de la Escuela de Temporada (Escuela Internacional de Temporada y Escuela de Verano), especialmente para becarios extranjeros y argentinos.
- Modificación del nombre del «Colegio Nacional Central» por el de «Colegio Universitario José de San Martín».
- Creación del Instituto de Artes e Investigaciones Musicales.

- Juan D. Perón y Juan H. Quijano inician el segundo período presidencial.
- En Mendoza asumen la gobernación Carlos H. Evans y Juan de la Torre.
- Nuevo terremoto en San Juan.
- Fallecimiento de Eva Perón.
- Revolución nacionalista en Egipto.

- Creación de la Escuela de Estudios Políticos y Sociales.
- Creación del Departamento de Arquitectura y Urbanismo (Facultad de Ingeniería, San Juan).
- La Universidad recibe de la Provincia la cesión de 12 has. de tierra con destino a la construcciones universitarias.
- Creación de la Delegación de la Facultad de Ciencias Agrarias en San Rafael.
- Creación del Instituto de Kinesiofisicología (Ciencias Médicas).
- Creación de la Delegación de la U.N.C. en la ciudad de La Rioja.

- Revolución Boliviana.
- Cortes de luz por escasez de energía eléctrica.
- Creación del Ministerio de Economía en Mendoza.

Año 1953

- Creación del Instituto Forestal de la Facultad de Ciencias Agrarias.
- Creación de la sección Regional de Planificación de la Zona de Secano, con sede en San Luis.

- Segundo Plan Quinquenal.
- Inauguración del autódromo en el Parque Gral. San Martín y de la Central Hidroeléctrica El Nihuil.
- Proclamación de la República de Egipto.

Año 1954

- Creación del Departamento de Estudios Teológicos (Facultad de Filosofía y Letras).
- Creación de la Escuela de agricultura de General Alvear.
- Gestión rectoral del Prof. Toribio Lucero (abril '54).
- Fallecimiento del Dr. I. F. Cruz.
- Suspensión del Boletín de la U.N.C.

- Primera expedición argentina al Himalaya.
- Grave crisis político-militar en Guatemala afecta la X Conferencia Interamericana en Caracas.
- Aprobación de la Ley de Divorcio.
- Tensiones entre el gobierno agentino y la Iglesia. Declaración del estado de «guerra interno».

- Creación de la carrera de Licenciado en Economía (Facultad de Ciencias Económicas).
- Título de «miembro honorario» de la U.N.C. al embajador de Italia Dr. Giustino Arpesani.
- Creación de la Escuela de Montaña.
- Creación del Curso Médico Legista en la Facultad de Ciencias Médicas.
- Aprobación del Reglamento de funcionamiento del Consejo Universitario.

- El contraalmirante Alberto Teisaire reemplaza a Quijano en la vicepresidencia.
- Perón e Ibáñez del Campo acuerdan la «unión económica» entre Argentina y Chile.
- Inauguración en Mendoza de la «Feria de las Américas».
- Pascual Pérez, primer argentino campeón mundial de boxeo.
- Descubrimiento de yacimientos uraníferos en Malargüe.

Año 1955

- Creación del Consejo de Enseñanza Media, Secundaria y Especial de la U.N.C.
- El Ing. Agr. Roberto V. Carretero asume el rectorado (junio '55).
- Convenio entre la U.N.C. y la Comisión Nacional de Energía Atómica para fundar un Instituto de Física en Bariloche.
- Creación de la Orquesta Sinfónica Ligera, sobre la base de la Orquesta Sinfónica de la U.N.C.
- El Dr. Germinal Basso es nombrado rector interventor (octubre '55).

- Perón es derrocado por la autodenominada «Revolución Libertadora» que encabeza el Gral. Lonardi y se exilia en el Paraguay.
- Derogación de las leyes universitarias e implantación de un nuevo régimen (Dec. ley 6403/55).
- Lonardi es desplazado por el Gral. Pedro E. Aramburu.

El Almte. Isaac F. Rojas continúa en la vicepresidencia.

- Gobierna Mendoza el Gral. Roberto Nazar que es reemplazado por el Gral. Héctor J. Ladvocat.
- Epidemia de poliomielitis.
- En la Conferencia de Bandung surge el «bloque de los no alineados».
- El Dr. Isidoro Busquets asume la intervención federal en Mendoza.

- Inauguración de la Biblioteca Gral. San Martín.
- Interrupción de las relaciones entre la Argentina y Venezuela.
- Inauguración del Monumento a la Bandera en Rosario.

Año 1956

- La Escuela Superior del Magisterio pasa a dependencia del Rectorado de la U.N.C.

Se confiere el título del «Dr. Honoris Causa» al escritor Jorge Luis Borges.

- Creación del Consejo de la Universidad.
- El Cnel. Víctor Arribau es designado interventor provisorio (agosto '56). Es reemplazado por el Dr. Luis Carlos Caggiano (set. '56).

- Es sofocado un movimiento militar encabezado por el Gral. Valle.
- Conmoción por la crisis del Canal de Suez.
- La rebelión húngara es reprimida por la URSS.
- División de la Unión Cívica Radical en U.C.R. Intransigente y U.C.R. del Pueblo.

Año 1957

- El Dr. Rodolfo A. E. Cucchiani Acevedo es designado rector interventor (abril '57).
- Creación del Instituto de Psicología Médica (F. C. Médicas).
- Disolución del Departamento de Investigaciones Científicas. El observatorio «Félix Aguilar» pasa a depender de la Facultad de Ingeniería (San Juan).
- El Departamento de Ingeniería en Combustibles se transforma en Escuela Superior de Ingeniería en Petróleos (Mendoza).

- Creación del Mercado Común Europeo.
- Creación de las «62 organizaciones» y los «32 gremios democráticos».
- La URSS pone en órbita el «Sputnik I», primer satélite artificial.
- Interrupción de la Convención Nacional Constituyente de Santa Fe.

Año 1958

- Creación de una delegación del Departamento de Asistencia Médico Social Universitaria (DAMSU) en San Rafael y otro en Gral. Alvear.
- El Dr. Pascual A. Colavita es electo rector por la Asamblea Universitaria (marzo '58).
- Creación del Departamento de Orientación Vocacional dependiente de la Facultad de Ciencias de San Luis y creación de los Consejos de Orientación Vocacional en las escuelas secundarias de la U.N.C.
- Creación y aprobación del plan de estudios del Departamento de Diseño y Decoración en la Escuela Superior de Artes Plásticas.
- Creación del Centro de Salud Universitaria dependiente de la Facultad de Ciencias Médicas.
- Creación del Coro de la U.N.C.
- Creación de la representación de la U.N.C. en Buenos Aires.
- Elecciones generales en Argentina. Triunfa el binomio presidencial Arturo Frondizi y Alejandro Gómez (UCRI).
- En Mendoza gana la fórmula Ernesto A. Ueltschi y Pedro L. Luja.
- Promulgación de las leyes de amnistía, de asociaciones profesionales y de nacionalización del petróleo.
- Muere el Papa Pío XII. Lo sucede Juan XXIII.
- EE.UU. lanza el satélite «Explorer I».
- Transferencia de algunas emisoras de radiodifusión a universidades nacionales.
- El submarino nuclear «Nautilus» pasa bajo el casquete polar ártico.
- Promulgación del Estatuto del Personal Docente (ley 14473/58).
- Alejandro Gómez renuncia a la vicepresidencia.
- Promulgación de la ley de universidades privadas (ley 14557/58).

Año 1959

- El Dr. Pascual A. Colavita inicia su segundo período como rector (marzo '59).
- Creación del Instituto de Sociología.
- Creación de la sección Publicaciones y Prensa (incluye boletín mensual, memoria anual, etc.).
- Construcción del Policlínico Ferroviario de Mendoza.
- Triunfa la revolución encabezada por Fidel Castro en Cuba.
- Creación del Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET).
- Creación de la Universidad Católica Argentina.

Año 1960

- Creación de la Escuela de Aplicación y Jardín de Infantes, en la Escuela Superior del Magisterio.
- Designación del Prof. Jean Bernard «Dr. Honoris Causa» de la U.N.C.
- Creación de la Comisión Asesora de Promoción de Investigación Científica.
- Año del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo.
- Creación del Banco de Previsión Social y Lotería de Mendoza.
- Fracaso del levantamiento militar en San Luis.
- Argentina aplica el «Plan Conintes» para combatir el terrorismo.
- Independencias nacionales en varias colonias de Africa.
- Guerra civil en el Congo.

Año 1961

- La Asamblea Universitaria elige para el rectorado a los Dres. Alberto Corti Videla y Mariano Zamorano (abril '61).
- Creación del Cuerpo de Taquígrafos del Consejo Superior.
- Designación como «Dres. Honoris Causa» de Gerald Maurice Clemence, Jean Schilt y Jorge Eduardo Coll.
- En Mendoza asume el gobernador electo Francisco J. Gabrielli.
- Normalización gremial. Restitución de la CGT a los trabajadores.
- Juan XXIII publica su encíclica «Mater et Magistra».
- Creación del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE).
- Construcción del Muro de Berlín.
- El presidente Kennedy inaugura la «Alianza para el Progreso».
- Llega la televisión a Mendoza.
- Inauguración del Mercado de Valores de Mendoza.

Año 1962

- El Instituto de Física de Bariloche recibe el nombre de «Dr. José A. Balseiro».
- Fallecimiento del rector Corti Videla. Asume interinamente el Dr.
- Un golpe militar derroca al presidente Arturo Frondizi. Es reemplazado por el Dr. José M. Guido.
- Creación de la Universidad de Mendoza.

Juan Antonio Orfila y posteriormente el Dr. Mariano Zamorano hasta finalizar el mandato.

- Escrituración de terrenos en Villa La Angostura (Neuquén) para la U.N.C.

- Cuba es expulsada de la OEA.
- La «crisis de los cohetes» pone a EE.UU. y a la URSS al borde de la guerra nuclear.
- En Mendoza se suceden los interventores federales brigadier Segundo C. Armanini y Dr. Joaquín Guevara Civit.
- Las FF.AA. se dividen en «azules» (legalistas) y «colorados».

Año 1963

- Creación de la Junta de Bibliotecarios de la U.N.C., integrada por los directores de las Bibliotecas de las facultades, institutos y escuelas que forman parte de la Universidad (6-4- 63).
- La Asamblea Universitaria elige al Dr. Carlos A. Saccone y al Ing. Agr. Máximo F. Bocklet como rector y vice (mayo '63).
- Creación del Centro Interamericano de Sociología Rural.
- Dr. Georges Osterberg de la Universidad de Northwestern, es declarado huésped de honor,
- La U.N.C. acepta la transferencia de LV8 Radio Libertador.

- Otros interventores en el gobierno de Mendoza: brigadier Augusto F. M. Lavalle Cobo y Dr. Sergio D. Moretti.
- Los Dres. Arturo Illia y Carlos H. Perette ganan los comicios presidenciales.
- Se reabre el Congreso Nacional.
- El Ing. Francisco J. Gabrielli es electo gobernador de Mendoza.
- Pablo VI realiza la primera visita a Tierra Santa.
- Es asesinado en Dallas el presidente John F. Kennedy.

Año 1964

- Bodas de Plata de la U.N.C. y II Jornadas Nacionales para el Fomento de las Humanidades.
- El Departamento de Diseño y Decoración se convierte en Departamento de Diseño de la Escuela Superior de Artes Plásticas.
- Se inicia la planificación del Centro Universitario.

- Construcción de la Facultad Regional Mendoza de la U.T.N.
- Fracasa la «operación retorno» de Juan D. Perón, quien desde Río de Janeiro debe regresar a España.
- Inauguración de la presa de Valle Grande.

Año 1965

- El Dr. Carlos A. Saccone es reelecto por la Asamblea Universitaria (junio '65).
- El 13 de noviembre queda establecido como «Día del Bibliotecario».

- Sorprendentes avances en la investigación espacial.
- Guerra civil en la R. Dominicana.
- Incremento de la intervención armada de EE.UU. en Vietnam.
- Tensa situación entre Argentina y Chile por el enfrentamiento en la zona de Laguna del Desierto.
- Acuerdo de límites entre las provincias de San Juan y Mendoza.

Año 1966

- Reestructuración de la Oficina de Diplomas dependiente de la Secretaría General.

- El movimiento militar encabezado por el Gral. Juan Carlos Onganía derroca al presidente Arturo Illia. Comienza el período de la «Revolución Argentina». Disolución de los partidos políticos.
- En Mendoza asume la intervención el Gral. Tomás Caballero y luego el Gral. (R.E.) José Blanco.
- Intervención de las Universidades. «Noche de los Bastones Largos».
- Inauguración del edificio del Poder Judicial de Mendoza.
- Mao Tsé Tung inicia la «Revolución Cultural» en China.

Año 1967

- El Dr. Dardo Pérez Guilhou es designado rector por el gobierno nacional.
- Creación de la Comisión Asesora de Promoción de la Investigación (C.A.P.I.)
- «Guerra de los Seis Días» entre Israel y los países árabes.
- III Conferencia de Cancilleres americanos en Buenos Aires.
- Derogación del decreto sobre transferencia de emisoras a las universidades nacionales.
- Nuevo Régimen de Universidades Nacionales (Ley 17.148/67).
- Mendoza es la principal provincia abastecedora de petróleo.
- Inauguración del Policlínico Ferroviario de Mendoza.

Año 1968

- Creación de la libreta universitaria.
- Determinación de distintas categorías de subsidios para la promoción de la investigación.
- Creación de la Secretaría de Asuntos Estudiantiles y de Acción Social.
- Creación del Servicio de Planeamiento Integral de la Educación Universitaria.
- Año Internacional de los Derechos Humanos.
- Agitación estudiantil en varias ciudades europeas.
- Asesinato de Martin Luther King.
- Inauguración del aeropuerto «El Plumerillo» de Mendoza.
- «Primavera de Praga». La URSS aplasta un intento reformista en Checoeslovaquia.

Año 1969

- Creación de la Escuela de Arte Dramático dependiente del Departamento de Arte Escénico y Coreográfico.
- Creación de las carreras de licenciatura y doctorado en Ciencias Geológicas en la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas y Naturales (San Juan).
- El Acuerdo de Cartagena funda el «Pacto Andino».
- Agitación estudiantil y sindical. «El Cordobazo», alzamiento de protesta encabezado por obreros.
- El gobierno designa rector al Dr. Julio J. Herrera (junio '69).
- Creación de nuevos Departamentos en la Escuela Superior de Música.
- Desdoblamiento de la Facultad de Ciencias de San Luis en las Facultades de Pedagogía y Psicología y de Ciencias Físico-Químico-Matemáticas.
- Creación de la Comisión Estudiantil asesora de la Secretaría de Asuntos Estudiantiles y Acción Social.
- Creación de la Asesoría de Esclarecimiento y Motivación dependiente de la Secretaría de Asuntos Académicos.
- Acuerdo de la Cuenca del Río de la Plata.
- Los tripulantes de la nave Apolo XI pisan por primera vez suelo lunar.
- Implantación del estado de sitio para contener la agitación de grupos terroristas.
- Inauguración del túnel subfluvial «Hernandarias» Entre Santa Fe y Paraná.
- Juan Carlos de Borbón es elegido para suceder a Franco en el gobierno de España.
- El Gral. Juan Carlos Onganía firma la ley de amnistía.

Año 1970

- El Departamento de Lenguas Extranjeras se convierte en Colegio de Lenguas Extranjeras. Reestructuración del Curso de Aplicación.
- Creación del Servicio de Prensa y Difusión de la U.N.C., con las secciones de Prensa, Difusión y Archivo y Fotografía.
- Reglamentación del funcionamiento de los refugios de la Universidad.
- Creación de la Dirección General de Obras y Servicios.
- Cambio de moneda en la Argentina. Comienza a circular el peso Ley 18.188.
- Desborde del Zanjón Frías en Mendoza. El aluvión provoca víctimas y pérdidas materiales.
- Secuestro y posterior asesinato del Gral. Pedro E. Aramburu.
- El Gral. Onganía es depuesto y asume la presidencia el Gral. Roberto M. Levingston. En Mendoza es designado gobernador el Ing. Francisco J. Gabrielli.
- Luis Federico Leloir recibe el Premio Nobel en Química.

Año 1971

- Creación del Cuerpo Estable de Ballet de la U.N.C.
- Creación de la credencial para profesores de la U.N.C.
- Reglamentación de la residencia estudiantil femenina.
- Presentación del Elenco Universitario en el Teatro Nacional Cervantes.
- Creación de Departamentos de Graduados en Facultades y Escuelas Superiores.
- El rector de la U.N.C. presidió la delegación nacional al «Encuentro de rectores hispano-argentinos» en España.
- Inauguración del Laboratorio de Idiomas.
- La carrera de magisterio pasará a ser de nivel terciario.
- El Gral. Alejandro Lanusse asume la presidencia de la República y convoca al «Gran Acuerdo Nacional».
- Inauguración del dique «El Carrizal».
- Promulgación de la ley orgánica de los partidos políticos.
- Continúa la acción guerrillera en el país.
- Nueva epidemia de poliomielitis en todo el país.
- Llegada al país de los restos de Eva Perón.
- Como consecuencia del «Mendozazo» el gobernador Francisco Gabrielli presenta su renuncia.

Año 1972

- Creación del Instituto Argentino de Nivología y Glaciología por convenio entre las Universidades de Cuyo y del Sur, el CONICET, y otros organismos.
- «Semana de la Cultura Italiana», en la U.N.C.
- IV Congreso Nacional de Cardiología.
- El Prof. Ricardo Caillet Bois es distinguido como «profesor honorario» de la U.N.C.
- Ciclo de «Cultura Francesa» en la U.N.C.
- El Gral. Luis Carlos Gómez Centurión es designado interventor federal en Mendoza. Luego lo sucede el Dr. Félix E. Gibbs.
- Creación de varias universidades nacionales (Río Cuarto, Catamarca, Salta, etc.).
- Grave atentado terrorista en las Olimpíadas de Munich.
- EE.UU. retira sus tropas de Vietnam. Richard Nixon visita China.
- I Conferencia Internacional para el Medio Ambiente (Estocolmo).

- «II Jornadas Argentinas de Zoología», organizadas por la Facultad de Ciencias Agrarias.
- Inauguración de la Terminal de Omnibus de Mendoza.
- Acuerdo sobre limitación de armamento estratégico entre la URSS y los EE.UU. («Salt I»).

Año 1973

- Institución del Coro de la U.N.C. como organismo vocacional dependiente de la Escuela Superior de Música.
- Creación del Club Infantil de Teatro dependiente del Departamento de Arte Escénico y Coreográfico.
- División de la U.N.C. por decreto presidencial. Creación de las Universidades de San Juan y de San Luis.
- El Ing. Agr. Roberto V. Carretero es designado rector (junio '73).
- Institución del 11 de octubre como «día del personal no docente de la U.N.C.».
- Creación del Centro de Altos Estudios Jurídicos, con sede en Mendoza y en San Rafael.
- Triunfa en elecciones generales Héctor Cámpora y V. Solano Lima.
- En Mendoza el gobernador Gibbs, es reemplazado por el Gral. Ramón G. Díaz Bessone y posteriormente por el gobernador electo Alberto Martínez Baca.
- Escalada terrorista en el país.
- Creación de universidades nacionales (La Pampa, Misiones, Patagonia, Stgo. del Estero, etc.).
- EE.UU. firma la paz con Vietnam. Brezhnev y Nixon proclaman el inicio de la «distensión».
- Sanción de la Ley de Amnistía.
- Guerra del «Yom Kippur» en Medio Oriente.
- Derrocamiento de S. Allende en Chile. Asume Augusto Pinochet.
- Regreso de Perón a la Argentina. Enfrentamientos en Ezeiza.
- Llamado a nuevas elecciones Triunfa la fórmula Perón-Perón.
- Inauguración de la Central Hidroeléctrica «El Carrizal»
- Escándalo de Watergate. Renuncia del presidente R. Nixon.
- Argentina ingresa al Movimiento de Países No Alineados.

Año 1974

- Creación de la Escuela Superior de Bibliotecología.
- El Dr. Guido O. G. Liserre se hace cargo del despacho del rectorado.
- Es destituído el gobernador provincial y asume Carlos Mendoza. Luego se designa interventor federal al Dr. Antonio Cafiero.
- Nuevas medidas económicas «Rodrigazo».
- Régimen de universidades, Ley 20654/74.
- Muere Perón. Asume la presidencia María E. Martínez de Perón.
- Fallecen Pablo Neruda, Pablo Picasso y Pablo Casals.
- Relaciones diplomáticas entre Cuba y países latinoamericanos.
- Sanción de la Ley de Contrato de Trabajo.
- Continúa la violencia política, con centenares de muertos. Tucumán es el centro de las acciones.
- Italo Luder, titular del Senado, asume temporalmente la presidencia. Estado de sitio.

Año 1975

- El gobierno nacional designa rector normalizador al Prof. Otto H. Burgos.
- Creación del Instituto de Reconocimiento Médico de la U.N.C.
- Creación del Curso de Iniciación Musical para niños de la Escuela Superior de Música.
- Año Internacional de la Mujer.
- En Mendoza Luis M. Rodríguez asume la intervención federal.
- Prórroga del plazo de normalización de las universidades.
- Muere Francisco Franco. Asume el poder el príncipe Juan C. de Borbón. España inicia período de democratización.

- Creación del Archivo Central de la U.N.C.
- Creación de las carreras de Relaciones Internacionales y de Servicio Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Primeras cesantías de personal en la U.N.C.
- Creación de la Escuela de Odontología dependiente de la Facultad de Ciencias Médicas.
- Inauguración del puente internacional Colón-Paysandú entre Argentina y Uruguay.

Año 1976

- El Cdoro. Héctor E. Ruiz asume como rector interventor (mar. '76).
- Implantación de la asignatura Educación Moral y Cívica en los colegios secundarios de la U.N.C.
- Designación del Dr. Pedro Santos Martínez como rector (set. '76).
- Unificación de la Escuela del Magisterio y de la Escuela Superior de Formación Docente en la Escuela Superior del Magisterio.
- Creación de la Comisión Asesora de Planeamiento Universitario.
- Continúan las exclusiones de personal y alumnos en la U.N.C.
- Las FF.AA. toman el poder. El Gral. Jorge R. Videla asume la presidencia.
- Inicio del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional».
- En Mendoza es nombrado interventor federal el General Pedro L. Lucero. Lo suceden en el cargo el Coronel Tamer Yapur y el Brigadier Jorge Sixto Fernández.
- Constitución de la Comisión de Asesoramiento Legislativo.
- La ONU resuelve que el tema Malvinas sea tratado en el Comité de Descolonización.

Año 1977

- Creación del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo (CIUNC).
- Creación de la Dirección General de Sanidad Universitaria.
- Inauguración de la bodega ex-
- El presidente egipcio Anwar El Sadat viaja a Israel para concretar la paz.
- Se otorga a Chile la soberanía sobre las islas Picton, Lennox y Nueva.

perimental en la Facultad de Ciencias Agrarias.

- Suspensión del Departamento de Extensión Universitaria como estructura orgánica del Rectorado.
- Transferencia de servicios y bienes patrimoniales del Hogar y Club Universitario a la Dirección de Educación Física y Deportes.
- Creación del Centro de Informaciones Científicas y Técnicas (CICYT).
- Institución de las Jornadas de Investigación de la U.N.C.
- Creación del Catálogo Colectivo Regional de Cuyo, en la Biblioteca Central.
- Creación de la carrera de Ingeniería Nuclear en el Instituto Balseiro de Bariloche.
- Se otorga al Hospital Central carácter de Hospital Escuela Universitario.
- Inauguración del Salón de Grados de la U.N.C.

- En Argentina se extiende la jornada laboral. Se prohíben las sectas religiosas. Se firma un importante convenio comercial con China Popular.
- El Poder Ejecutivo asume la facultad de designar rectores o presidentes de universidades y decanos o directores de unidades académicas.
- Confirmación de profesores ordinarios que hubieran obtenido su categoría por concurso.
- Creación del Centro de Medicina Nuclear en Mendoza.
- Movimiento sísmico en San Juan con epicentro en Caucete.

Año 1978

- Donación a la Municipalidad de Luján de un monumento al Libertador General San Martín realizado en el taller de escultura de la Escuela Superior de Artes.
- El Coro Universitario obtiene el Sagitario de Oro en Europa.
- Se otorga al Policlínico Ferroviario el carácter de Hospital Escuela Universitario.

- Mundial de Fútbol en Argentina.
- Sigue vigente el estado de sitio.
- Muere el Papa Pablo VI, lo sucede Juan Pablo I y a su muerte Juan Pablo II.
- Inauguración del Museo del Vino en el Barrio Cívico.
- Distensión entre Egipto e Israel por los «Acuerdos de Camp David».

- Creación de la Fundación Universidad Nacional de Cuyo para apoyo de la investigación científica.

- Chile y Argentina aceptan la mediación papal para superar el diferendo austral.

Año 1979

- El Dr. Pedro Santos Martínez es redesignado por el P.E.N. como rector.
- Conmemoración del Centenario de la Campaña del Desierto.
- Reglamentación del funcionamiento del Jardín Maternal.
- Creación del Departamento de Ingreso.
- Creación del Subsistema automático de información de la función pública.
- Creación del Instituto de Genética en el Departamento de Medicina Interna.

- Firma del Acta de Montevideo entre Argentina y Chile.
- Encuentro argentino-chileno al pie del Cristo Redentor.
- Feria Nacional del Libro dedicada à «La Universidad».
- Visita Buenos Aires la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.
- Derrocamiento de la monarquía en Irán; proclamación de la República Islámica y ruptura de relaciones con EE.UU.
- Tropas soviéticas intervienen en la guerra civil de Afganistán.
- Triunfa la revolución sandinista en Nicaragua.

Año 1980

- Unificación de las Escuelas Superiores de Artes, de Diseño, de Música y de Teatro en la Facultad de Artes.
- Curso de posgrado para médicos especialistas en Medicina del Trabajo.
- Institución del torneo deportivo anual para el personal docente y no docente de la U.N.C.
- Convenio de cooperación entre

- El brigadier Jorge Sixto Fernández renuncia al gobierno provincial. Asume el brigadier Rolando Ghisani.
- Ley orgánica de las universidades nacionales (22207/80).
- Inauguración del nuevo túnel internacional a Chile.
- Guerra civil en El Salvador.
- Premio Nobel de la Paz para Adolfo Pérez Esquivel.

la U.N.C. y la Comisión Nacional de Investigaciones Espaciales.

- Comienza la guerra entre Irán e Irak.
- Elección de Ronald Reagan en EE.UU.
- Surge el movimiento sindical «Solidaridad» en Polonia.

Año 1981

- Reglamentación de la designación de profesores eméritos y consultos.
- El gobierno nacional designa rector al Prof. Enrique Zuleta Alvarez (mayo '81).
- Institución de competencias deportivas intercolegiales anuales en los colegios secundarios de la U.N.C.
- Creación del Servicio de Orientación Vocacional.

- La Junta Militar designa al Gral. Roberto E. Viola como presidente de la Argentina.
- Atentado contra Juan Pablo II.
- Formación de la «multipartidaria». Se agrava la crisis económica en Argentina.
- El Gral. Leopoldo F. Galtieri asume la presidencia de la Nación.

Año 1982

- Creación del Instituto de Inmunología en la Facultad de Ciencias Médicas.
- Creación del Centro Bibliográfico de la U.N.C.
- Creación del Instituto de Comercio Exterior y del Instituto de Estudios Económicos Regionales en la Facultad de Ciencias Económicas.

- El Dr. Bonifacio Cejuela es designado gobernador de Mendoza.
- Tropas argentinas ocupan los archipiélagos del Atlántico Sur. «Guerra de Malvinas».
- Inauguración del nuevo Hospital Lagomaggiore de Mendoza.
- Juan Pablo II visita la Argentina.
- Suspensión de las restricciones políticas y modificación de la ley orgánica de los partidos políticos.
- Fallecimiento del ex presidente Arturo U. Illia.

- Eliseo Vidart Villanueva asume la gobernación de Mendoza.
- Lech Wallesa recibe el premio Nobel de la paz.
- Creación del Parque Provincial Aconcagua.
- El Peso Argentino reemplazó al peso ley 18.188.
- Inauguración de las obras civiles de Yacyretá.

Año 1983

- Aprobación de las modificaciones en el escudo universitario.
- El Dr. Isidoro Busquet es designado rector normalizador por el Poder Ejecutivo Nacional.

- Elecciones generales en el país. Triunfa la fórmula presidencial de la U.C.R.: Raúl Alfonsín y Víctor Martínez.
- En Mendoza gana la gobernación Santiago F. Llaver y José Genoud.
- Intervención y normalización de las universidades nacionales.

Año 1984

- Creación de la Facultad de Derecho y aprobación de su plan de estudio.
- La U.N.C. solicita la creación de la Facultad de Odontología.
- Creación de la Delegación Universitaria en San Rafael.
- Creación de las carreras de Ingeniería en Petroquímica y Mineralurgia e Ingeniería en Industrias de la Alimentación en San Rafael.
- Creación de la carrera de Ciencias de la Educación en la Facul-

- Régimen provisorio de normalización de las universidades nacionales (ley 23.068/84).
- Plan Alimentario Nacional.
- Plebiscito nacional y acuerdo entre Argentina y Chile sobre el Canal de Beagle.
- La CONADEP eleva su informe final.

tad de Filosofía y Letras.

- Plan especial de Sociología para alumnos perjudicados durante el proceso militar.

Año 1985

- Concursos para cubrir cargos de profesores con carácter de efectivos.
- Creación de la carrera de Licenciatura en Comunicación Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Reapertura de Sociología como carrera de grado.
- Año Internacional de la Juventud.
- Mendoza es sacudida por un terremoto.
- Implementación del «Plan Austral» y nuevo signo monetario.
- Gorbachov inicia un proceso de apertura en el sistema soviético («Perestroika» y «Glasnost»).
- Los Reyes de España visitan Argentina.

Año 1986

- El gobierno nacional dispone la creación de la Facultad de Odontología.
- La Asamblea Universitaria elige al Lic. Luis Triviño y al Dr. Alberto Binia como rector y vicerrector.
- La práctica deportiva se convierte en optativa en las carreras universitarias.
- Institución del premio «Llama de Plata del Aconcagua» por prestación de servicio distinguido en la Universidad.
- Creación del Museo Universitario de Arte.
- Creación del Departamento de Orientación Vocacional e Información Educativa.
- Trágico accidente nuclear en Chernobyl.
- Fallece el escritor Jorge Luis Borges en Suiza.
- Inglaterra mantiene el control de la «Zona de Exclusión».
- Argentina gana el campeonato mundial de fútbol en México.
- Constitución del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) integrado por los rectores de todas las universiddes nacionales.
- El cometa Halley se acerca a la Tierra.

- Constitución del gabinete de Bienestar Social Universitario.
- Colocación de la piedra basal de la Escuela de Medicina Nuclear.
- Creación del Centro de Estudios e Investigación para la Integración de América Latina (CEIPIAL).

Año 1987

- Constitución del Comité Universitario de Defensa de la Democracia entre consejeros de la U.N.C. y la U.T.N.
- Reunión del Consejo Interuniversitario Nacional en Mendoza con la presidencia de la U.N.C.
- Promoción de la Plaza de las Artes por la U.N.C. y la Subsecretaría de Cultura de Mendoza.
- Organización del Foro de Educación Sexual.
- Jornadas de «Educación por la paz» con la Universidad Nacional de Rosario y el «Llamamiento de los 100 para seguir viviendo».
- Creación del Ateneo de Ciencia y Técnica «Bernardo A. Houssay».
- Incorporación de la U.N.C. a la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL).
- Creación de la Junta Calificadora de Méritos del personal docente de los colegios secundarios de la U.N.C.
- Año Internacional de la vid y el vino.
- Levantamiento militar de Semana Santa.
- El Papa Juan Pablo II visita Argentina y Chile.
- Suscripción del «Acta de Montevideo» entre Argentina y Uruguay.
- El SIDA es considerado epidemia a nivel mundial.
- Aprobación de la ley de divorcio vincular en la Argentina.
- Sanción de la ley de «Punto Final».
- Aumenta la tensión en la región del Golfo Pérsico.
- El Colegio Nacional «Agustín Alvarez» es declarado «Monumento Nacional».
- Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía en Córdoba.
- Aumenta el tamaño del «agujero» de la capa de ozono.

- Creación de las delegaciones zonales: Valle de Uco y Sur con sede en los departamentos de San Carlos y San Rafael.
- Colocación de la piedra fundamental de la Facultad de Artes de la U.N.C.
- Creación del Laboratorio de Derechos Humanos de la U.N.C.
- Seminario sobre Transferencia Tecnológica en la Universidad.
- El CIN designa a la U.N.C. a cargo del Sistema Interuniversitario de Cuarto Nivel (SICUN) y acuerda para Cuyo ocho proyectos de posgrado.
- Constitución del Consejo Superior de la Universidad Iberoamericana de Posgrado, en Puerto Rico.
- El presidente francés François Mitterand visita Argentina.
- Descubrimiento de restos arqueológicos del templo del Rey Salomón en Jerusalén.
- Asumen la gobernación de Mendoza José Octavio Bordón y Arturo Lafalla.
- Interprovincialidad del río Atuel entre Mendoza y La Pampa.
- Acuerdo entre EE.UU. y Rusia sobre eliminación de cohetes nucleares en Europa.

Año 1988

- Inauguración de la primera etapa del edificio del Liceo Agrícola y Enológico.
- Convenio con la Policía de Mendoza para la enseñanza de Derechos Humanos en sus Institutos.
- Convenio con el Lewis & Clark College para que sus alumnos realicen estudios en la U.N.C.
- La Asamblea Universitaria elige como rector al Ing. Agr. Armando Bertranou y como vice al Dr. Ricardo Sardi (abril '88).
- Jornadas Universitarias sobre «Comunicación Social para la Democracia».
- III Reunión Nacional de Imprentas y Editoriales Universitarias.
- Aprobación de la ley de reconversión de la industria vitivinícola.
- Sanción de las leyes de Defensa Nacional y de Promoción Industrial.
- Ola de violencia en Colombia.
- Cuarta conferencia cumbre sobre el desarme entre Reagan y Gorbachov.
- El gobierno de Mendoza crea la Asesoría de la Mujer.
- La URSS comienza la evacuación de sus tropas de Afganistán.
- Entrega de las conclusiones del Congreso Pedagógico Nacional.
- La Argentina preside la Asamblea General de la O.N.U.

- Jornadas sobre la «Ley Universitaria» con los legisladores nacionales autores de los proyectos.
- Aprobación del programa de Orientación Universitaria Global para el ingreso a la U.N.C. (información, orientación y confrontación).
- Creación de la Editorial de la U.N.C. (EDIUNC).
- Aprobación de las pruebas de selección para el ingreso a Medicina. y ampliación de la oferta de salud: enfermería, técnicos en salud.
- Acuerdo del CIN para colaborar en tres proyectos de posgrado para Cuyo: Gestión de organismos públicos, Riego y drenaje, Tecnología rural adecuada.
- Inauguración de nuevas aulas para Odontología y de la primera parte del Programa de recuperación y transformación de espacios verdes.
- El CIN ratifica a la U.N.C. en la Secretaría de Posgrado.
- Inauguración de una fábrica de polipropileno en Luján de Cuyo.
- Pinochet es derrotado en el plebiscito y promete elecciones presidenciales libres.
- Segunda reunión cumbre del «Grupo de los ocho» en Punta del Este.
- Bush es electo presidente en EE.UU.
- Violento terremoto en Armenia.
- Crisis energética afecta a la Argentina.

Año 1989

- Creación de la Secretaría de Planeamiento Universitario.
- Seminarios de Criminología y Derechos Humanos y de Relaciones Internacionales y Derechos Humanos.
- Visitan la U.N.C. Adolfo Pérez Esquivel (premio Nobel de la paz) y Manfred Max Neef (premio Nobel alternativo de economía).
- Intento de copamiento subversivo del Regimiento La Tablada.
- Elecciones presidenciales y legislativas. Triunfa la fórmula del partido justicialista Carlos Menem-Eduardo Duhalde quienes asumen el 8 de julio.
- Transformaciones políticas en los países del este europeo. Apertura del «Muro de Berlín».

- Visita la U.N.C. Julio Le Parc.
- Actos en conmemoración del Cincuentenario de la U.N.C.
- Habilitación definitiva del edificio del Liceo Agrícola y Enológico.
- Inauguración de los edificios de la Facultad de Artes, de la Escuela de Agricultura de General Alvear y de la segunda etapa del Departamento de Aplicación de la Escuela Superior de Formación Docente.
- Seminario Internacional sobre «Universidad y Sociedad».
- Jornadas de vinculación entre sectores productivos y la U.N.C.
- III Congreso Argentino de Hispanistas.
- Jornadas de Pensamiento Latinoamericano sobre «Universidad e identidad latinoamericana».
- Inauguración del Complejo Pileta en la Dirección de Deportes y de las mejoras edilicias en el Comedor Universitario.
- Incremento de la violencia en El Salvador.
- Cruenta lucha contra el narcoterrorismo en Colombia.
- Violento terremoto en California.
- Picos de hiperinflación en Argentina.
- Invasión de Panamá por tropas norteamericanas.
- Inauguración de la peatonal Sarmiento en Mendoza.
- Política de privatización de empresas estatales. Canales 11 y 13 de TV pasan a manos privadas. En Mendoza se privatiza «La Colina».
- Collor de Mello triunfa en elecciones generales en Brasil y Patricio Aylwin derrota al oficialismo en Chile.
- Creación del programa «Empresa Joven» en Mendoza y aprobación de financiamiento para proyectos de ciencia y técnica.

Discurso del rector en la inauguración de la Universidad Nacional de Cuyo

Edmundo Correas

Discurso pronunciado por el primer rector de la Universidad Nacional de Cuyo, doctor Edmundo Correas, al inaugurar los cursos, el 16 de agosto de 1939.

He aquí una jornada que se inicia aún fresco el recuerdo de aquella otra en que el ilustre Ministro de Justicia e Instrucción Pública doctor Jorge E. Coll dejó fundada la Universidad Nacional de Cuyo en nombre del Poder Ejecutivo de la Nación. Jornada es ésta sin término pero con derrotero fijo entre sendas ásperas y risueñas, con días desapacibles y serenos, animada por la fe vigorosa de su noble misión.

Y puesto que ya emprendemos la marcha, sea el primer saludo de la flamante Universidad para todas sus hermanas argentinas: para la más antigua, la de Córdoba, tan grata a mi corazón, por cuyos claustros olorosos a jazmines y azahares, impregnados de recuerdos seculares que preside la figura hierática de Trejo y Sanabria, nutrí mi espíritu en días inolvidables que quisiera retener burlando el vuelo a las horas. Allí aprendí la ciencia grave de los pretores en la sabia lección de maestros insignes a los que rindo mi gratitud y homenaje en vuestra persona, eminente doctor Novillo Corvalán.

A la muy grande e ilustre de Buenos Aires que identificada con la vida nacional goza de justo privilegio por la amplia y profunda labor de sus institutos y la jerarquía espiritual de sus maestros. De ella ha sido magnífico conductor el doctor Ricardo Rojas, cuya presencia exalta esta ceremonia liminar soñada con su inmenso fervor de maestro de la juventud, a la que ha dado páginas inmortales de civismo y ar-

gentinidad que han pasado los lindes de América para honra y gloria de la cultura nacional. Vaya el saludo amigo para esa Universidad en cuyas aulas se formaron los núcleos más nutridos que en la vida pública y privada van labrando la grandeza de la Nación, y que tan dignamente representa el doctor Rafael Alberto Arrieta, a cuya cátedra es fama se allegan presurosos quienes aspiran a gustar la belleza ática que resuma su palabra encantadora con la que labra sutiles y deliciosos versos.

Para la de La Plata, encarnación del sueño genial de Joaquín V. González. Universidad experimental y científica que se apartó de los clásicos moldes para investigar la esencia de la vida y sus misterios y que tiene digna representación en este acto en dos de sus decanos, el Dr. Magliano y el Ing. Boaglio; Universidad inspirada en la prestancia delicada de su fundador, cuyo numen dirige el ritmo de su progreso a través de espíritus selectos como Rébora y Levene.

Para la del Litoral que, al modo de Oxford y Cambridge, abrió sus puertas dejando salir a raudales la ciencia para que el propio pueblo indocto guste los frutos de la cultura. Tarea noble de extensión del saber cuyos beneficios ciertos se empiezan a notar en todos los estratos sociales hasta los que llega su luz espléndida, que difunden espíritus selectos como el Dr. Molinas que la representa en este acto.

Y vaya el saludo más fraterno para la muy benemérita Universidad de Tucumán, técnica y regional en sus albores, que acaba de celebrar su primera juventud bien afianzada en la tierra y con la visión en el ideal, en el ensueño que anima la vida y alienta el espíritu. *Pedes in terra ad sidera visus*, como la concibió el talento de Juan B. Terán su fundador y adalid y la conduce su prestigioso rector Dr. Julio Prebisch.

Y vaya, también, el homenaje cordial para una Universidad extranjera, de un hermoso país amigo, para la de San Felipe de Chile, cuya fundación fue solicitada al regio gobernante allá en los comienzos del siglo XVIII para servir las impaciencias intelectuales del reino de Chile y de esta jurisdicción cuyana, instancia a la que accedió el quinto Felipe treinta años después, mandando que allí se adoctrinase en vísperas, cánones, leyes e instituta. Y en esas cátedras, que llegaron a famosas, abrevaron muchos cuyanos ilustres que llevaron, como en la panatenea griega, su antorcha encendida hasta el seno de la aldea natal. Hijos espirituales de aquellos claustros fueron Tomás Godoy Cruz, Juan Agustín Maza, José Cavero, Martín Zapata, Narciso Laprida, José Ignacio de la Rosa, Laureano Rufino. Varones preclaros que honraron el nombre del *alma mater* esparciendo los frutos de su sabiduría al modo del mandato heráldico de la Casa de Trejo: *Ut portet nomen meum coram gentibus.*

Representáis, señores, universidades características, de noble linaje y más noble misión, a cuyo influjo severo muchas generaciones acrecentaron el patrimonio intelectual y moral de la Patria comunicando a los ámbitos de su acción los beneficios de la ciencia y las emociones íntimas de la belleza.

La historia de las instituciones, de las ideas y de los sentimientos argentinos es la historia misma de sus estudios superiores recogidos, elaborados y esparcidos desde sus universidades.

Fue en sus claustros coloniales, hasta los que llegaba tan débil la luz de la ciencia como la de sus velones de sebo, que entre vísperas y cánones, restando horas al sueño y aplicación a los dogmas, a hurtadillas, con el corazón saltado y los sentidos en suspenso, se leía a Rousseau, Montesquieu y Voltaire, iconoclastas de legendarias tradiciones que venían furtivos a suscitar en los jóvenes espíritus visiones jamás sospechadas, ensueños nunca acariciados y amargas decepciones no presentidas.

Años más tarde, cuando la incultura en libertad -ese leviatán terrible e implacable- asolaba el suelo patrio aniquilando cuanto ennoblece la vida, en esos claustros quedó prendida alguna luz cuyos pálidos reflejos fueron bastantes para detener a los bárbaros, como en las sombras de la selva la fogata encendida contiene a las fieras en acecho.

Después brilló la edad de oro. A los claustros llegaba la juventud como predestinada a realizar gestas grandes y memorables. Un fulgor romántico iluminaba la senda y un amor muy hondo por la patria y la raza animaba los corazones. De la cátedra salían a la vida pública a profesar principios y virtudes y de la palestra política o del foro hacían otra cátedra. ¡Tan nobles y patriotas eran los sentimientos de esos varones!

¡Gloriosa edad aquélla de conductores de la vida nacional en que cada abogado y médico ofrendaba a la Patria su ciencia y sus fuerzas hasta el último aliento! Tiempos de Avellaneda, Gorostiaga, Alsina, Vicente Fidel López, Vélez Sarsfield, Argerich, Gutiérrez, Pirovano, Pellegrini, Tejedor, Cané y cien universitarios más cuyos nombres están grabados en el corazón agradecido del pueblo argentino.

Y llegamos a nuestros días con la Nación grande y gloriosa, como la soñaron sus fundadores, con las instituciones más democráticas y libres de la tierra y con la fe inquebrantable en su destino superior.

En esa labor tejieron cinco universidades argentinas, a cuyo conjuro civilizador millares de doctores, técnicos y artistas difundieron la sabiduría que fructifica al calor del esfuerzo humano en ideas, riquezas y

emoción.

Sin embargo, una crisis honda y universal amenaza a la cultura. El profesionalismo y el tecnicismo han olvidado al hombre que está sumido en penumbras e inquietudes penosas. Tiempo es ya de pensar en el espíritu y salvarlo de la materia que le ahoga. Lo he dicho y lo repetiré hasta que las energías me abandonen y de la redención de la cultura haré mi gestión obsesionante en la vida universitaria.

Las ideas y sentimientos acumulados por los siglos de civilización occidental están en peligro de exterminio. Los sillares en que descansaban las creencias y conceptos de humanidad, patria, honor y justicia; los refugios mismos que levantó el alma para mitigar los dolores terrenales y amparar la existencia inmortal, se aniquilan y disfuman entre sórdidos intereses y amargo escepticismo.

El mundo se agita convulsionado por ficciones y artificios. Conquistas portentosas de la ciencia han transformado al hombre en resorte insignificante de un instrumento colosal y como si quisiera mudar la vida misma o dirigir sus arcanos con precisión matemática, se llega a sustituir la concepción natural y el propio corazón humano por dispositivos de laboratorio y mecánica.

Se apagan las ideas, se afloja la moral y la acción desplaza al pensamiento.

En las universidades clásicas de la atormentada Europa se encienden nuevas controversias muy distintas a las que agitaban a San Anselmo y Abelardo, que llenaron toda una edad de la historia, más oscura pero más feliz que la actual.

Los hombres han perdido personalidad, se han estandardizado y se agrupan en series con caudillos que los conducen. Ya no se busca la felicidad del espíritu; se persigue el triunfo de «causas» y halagos materiales. Se mira de soslayo a los sentimientos delicados, se hace mofa de la mística, se contienen las emociones, la belleza se cultiva a hurtadillas y la frivolidad y la nadería se imponen.

Jamás se ha escrito tanto como en estos tiempos y, por extraña paradoja, se lee poco. La sabiduría se adquiere por los diarios, por la radio, por lo que se dice en la calle o por síntesis que construyen mercaderes de librería. Las fuentes mismas de la sabiduría están herméticas y descansan en anaqueles de bibliotecas solitarias.

Mientras tanto la juventud ve agotarse sus ideales entre la indiferencia de los conductores apremiados por la inquietudes objetivas.

No deduzcáis, señores, de mis palabras desprecio a lo moderno ni exaltada devoción por lo que fue. Atravieso una edad que considera el tiempo sin impaciencia ni nostalgias. Me duele, simplemente, y muy hondo, que los hombres no adviertan que sólo un caudal de fuerzas morales de pensamientos nobles puede conjurar las inclemencias de la vida y conquistar la felicidad que es la suprema aspiración humana.

Un hombre, cuyo espíritu selecto está muy próximo a esta casa donde su nombre y virtudes serán siempre veneradas, el doctor Jorge Eduardo Coll, ha escrito profundas páginas sobre los males que afligen a nuestros días, *se ha roto para siempre* -dice- *esa continuidad de clase que perfilaba nuestra nacionalidad. El pasado se trasfunde en el alma popular, es cierto, pero transcurrirán años antes de que sea posible sedimentar lo que la enturbia por una mezcla de elementos contradictorios provenientes de corrientes inmigratorias de razas que antes nos eran desconocidas. El fenómeno de psicología colectiva por otros motivos es también universal. Las sociedades han ido nivelando un tipo humano cada vez más distanciado del modelo antiguo, el gentleman del siglo XIX. Al formarse entonces la burguesía, pareció se iba a crear y mantener el tipo de una cultura; posteriormente, con el poderío de las masas, se hace imposible toda obra de selección, lo cual requiere tiempo y principios morales, más bien que mayor suma de goces materiales en el pueblo. La sociedad no pretende ya mantener una clase siempre renovada, de la cual surjan los más capaces en todas las esferas del saber, busca más bien, formar el hombre-serie, que aun cuando posea talento confúndese en su aspecto, modales y gustos con la muchedumbre anónima. Por eso, si alguna crisis puede afirmarse que existe hoy, es la del sentimiento estético, crisis que puede penetrar más hondo, afectando la moral y preparar así una radical transformación en la sociedad futura.*

Hermosa síntesis de una época de pragmatismos y objetivos económicos enseñoreados de los sentimientos y afanes del alma.

Tiempo es, pues, de reaccionar y oportunidad feliz es ésta que toca en suerte a una nueva Universidad nacida al amparo de un ambiente propicio y animada por la fe inextinguible en las potencias superiores del espíritu, porque en ellas está la esencia misma de la vida, cuanto de noble e ideal anima al ser humano, como reza el lema de nuestra Casa: *in spiritus remigio vita.*

Decía Joaquín V. González que *las universidades no son solamente institutos de altas especulaciones ideales, ni sitios consagrados de conservación y progreso de las ciencias y las artes: son, en primer*

término, focos de luz y de calor, donde germinan y toman formas prolíficas, los sentimientos de solidaridad social en que se funde el único patriotismo verdadero, aquel que no se diluye en palabras ni se pierde en movimientos o agitaciones estériles, sino que consiste en esa virtud de generar grandes inspiraciones del bien en cada ciudadano y en la colectividad; no en el ciego impulso de correr a la revolución o a la guerra tras de un espejismo de gloria personal, sino en un concepto real sobre el porvenir del país, fundado sobre bases duraderas de trabajo y de cultura, de fuerza general difundida en la masa, de manera que su defensa en la lucha esté en su propia salud, y sus probabilidades de expansión reposen en el cultivo persistente de una voluntad bien orientada y de una energía bien sostenida.

Y otro gran ciudadano argentino que ha consagrado sus mejores energías de universitario, legislador y gobernante al servicio de la cultura de su provincia y de su país; que ha proyectado esta Universidad con amor y devoción profundas y que tiene una fe inquebrantable en su destino luminoso, el Excmo. Gobernador de la Provincia Dr. Rodolfo Corominas Segura, ha dicho:

La Universidad de Cuyo, casa joven con nombre secular, con catedráticos eminentes y estudiantes responsables, está llamada a recoger en su seno, esencialmente democrático, a los hijos de estas tierras, donde se vive bajo la emoción diaria de la labor y del trabajo, para que le arrimen todo el entusiasmo, toda la fe y todo el calor de sus corazones limpios. Han de ocupar sus aulas, nietos, descendientes y discípulos de Sarmiento, de Rawson, de Fray Justo, de Juan Llerena, de Lafinur, de Pringles y de Pedernera, de Manuel A. Sáez, de Godoy Cruz, de Damián Hudson, de Juan Gualberto Godoy, de Olascoaga, de Gerónimo Espejo, de Martín Zapata y Agustín Alvarez, que han de transponer los umbrales de la casa de estudios y han de penetrar en las aulas, vivos, prestos y despiertos en la interpretación de sus derechos, con los libros de estudios en el flanco que antaño pendía el arma de guerra, con su espíritu libre de prejuicios y con una gran fe en el porvenir.

Una universidad moderna que profese esos ideales y no descanse en las necesidades mismas de su medio, tendrá una vida efímera o artificial. La de Cuyo, al par de la cultura general que es su fin dominante, pulsa y dirige las necesidades regionales en lo que al espíritu, la economía y las industrias se refiere. Por ello es punto indispensable ampliar los recursos para dotar a San Luis y San Juan de aquellos estudios que caracterizan a sus centros y que la juventud de esas provincias solicitan

con justos derechos y noble ambición.

Tarea de inmensas responsabilidades es la que comienza desde hoy para esta Casa, pero tengo la certeza que ha de cumplir con dignidad y eficacia su misión porque ha nacido al influjo de la devoción de un pueblo ávido de cultura y está destinada a una juventud sana de cuerpo y alma en cuyos ideales reviven los principios y afanes de los próceres que forjaron nuestra nacionalidad.

Más que a mis escasas fuerzas, toca a los maestros que me acompañan en esta jornada la tarea de dirigir y estimular los ensueños y aspiraciones de esa juventud que algún día ha de volver a esta misma Casa para nutrirla desde la cátedra con sus ideales y sabiduría.

Señores profesores: Por primera vez en la historia se levanta entre nosotros la cátedra universitaria que os entrego en este momento. Desempeñadla con fervor y devoción; dignificadla con vuestras enseñanzas y ejemplos para honra de vuestra misión y gratitud de la posteridad.

Jóvenes alumnos: Sois la fuerza más pura y poderosa de la vida porque está incontaminada y alentada por ensueños. En vosotros todo es augurio y esperanzas. Tenéis la fortuna de emprender una jornada que os brinda la Nación para servirla y honrarla. Reparad que os quedan muchos años para madurar y que en cada etapa del camino se ve nuevos aspectos de la vida. Por ello os aconsejo no adoptar posiciones definitivas de las que pudiereis arrepentiros en la plenitud. Pensad que el orden es la base de la libertad y que nadie ha mandado jamás sin aprender a obedecer. Y si alguna vez en horas opacas las acechanzas o el desconsuelo golpean a vuestra existencia, renovad el ideal en el recuerdo de los que sufrieron por la civilización humana y la grandeza de la patria.

Señores:

Bajo el augurio promisorio de quienes representan aquí las fuerzas que gobiernan los diversos afanes de la vida, con la advocación de los manes de quienes rindieron sus energías en aras del progreso e invocando la protección de Dios, fuente misteriosa y eterna de la existencia, dejo inaugurados los cursos de la Universidad Nacional de Cuyo.

Catorce apotegmas

Ricardo Rojas

I

La Patria no es solamente el suelo y el pasado,
sino el trabajo actual, que fecunda a la tierra,
y el pensamiento prospectivo, que prolonga en lo porvenir
la empresa de un pueblo.

II

La geografía es ciencia del espacio y la historia
es ciencia del tiempo; pero una y otra no alcanzan
validez sino en el espíritu del hombre que las refunde
por el sentido de la cultura y de la acción.

III

La cultura necesita elaborarse en cada pueblo y
renovarse en cada generación; no puede inmovilizarse
en el tiempo ni trasplantarse en el espacio;
no es arte mecánica sino vida espiritual.

IV

Cada generación, al entrar en la vida histórica,
necesita poseer conciencia del espacio inmediato
que la circunda y del momento en que le toca vivir;
ambos condicionan su ideal y su deber.

Estos catorce pensamientos de Ricardo Rojas fueron algunas de las ideas centrales que el autor de «El Santo de la Espada» desarrolló en la clase inagural de la Universidad Nacional de Cuyo, el 16 de agosto de 1939.

V

Nueva promoción juvenil sólo es nueva generación
en el sentido biológico, con relación a sus padres,
que la engendraron; pero nueva generación en el
sentido histórico no lo es sino aquella juventud capaz
de generar nuevas formas vivas de cultura.

VI

La juventud de nuestro país y de nuestro tiempo
debe precaverse de dos peligros que podrían malograrla:
el anacronismo de las tradiciones superadas
y el anatopismo de las teorías exóticas.

VII

El patriotismo tórnase parásito de sus muertos ilustres
si no crea nuevos valores, y fracasa en estéril declamación
si sólo ve en las glorias pretéritas un tema retórico
para discursos conmemorativos, sin estímulos vitales
para la nueva creación.

VIII

El afán de novedad, que algunos llaman progreso,
es gran riesgo para un joven, si se entrega a los fantamas
de ideologías creadas por otros pueblos para sí mismos:
cada nación posee su módulo y su ritmo propios.

IX

El ser humano es la substancia doliente y viva de la historia
y si lo que llaman civilización carece de este sentido humano,
las sociedades se anarquizan y perecen en la miseria o en la violencia.

X

Los que alcanzaron el conocimiento reciben
misión de caridad y cura de almas, para elevar moral y
materialmente a sus hermanos menores, porque la patria
reposa en la solidaridad social y en la justicia.

XI

En una patria federal como la nuestra, el primer deber
de los jóvenes estudiantes es conocer su provincia,
porque el territorio, la población, el gobierno y la cultura
de cada estado son los instrumentos inmediatos de la acción.

XII

Las soluciones de economía, higiene, legislación, arte,
pueden ser teóricamente universales; pero cada generación,
según las respectivas vocaciones individuales,
necesita adecuar las teorías a su lugar geográfico y a su
momento histórico, a fin de no perderse en vanas quimeras.

XIII

El progreso de las investigaciones científicas,
al universalizar las comunicaciones, ha dado perspectiva
planetaria a la vida del hombre moderno,
y el progreso de las investigaciones filosóficas
ha dado una perspectiva profética a la historia.

XIV

La mayor dificultad para un joven de nuestros días,
consiste no tanto en asimilar una ciencia enciclopédica
o en adquirir una técnica especializada,
cuanto en conocer su momento, -ecuación de pasado y futuro-
y su ambiente, -acorde de la religión en la patria,
en el continente y en la tierra toda-.

Nómina de rectores de la U.N.C. 1939-1989

- **Dr. Edmundo Correas**
27/3/39 al 31/7/43.
Rector (Dec. P.E.N. 26.971/39).

- **Dr. Carlos Alfredo Pithod**
31/7/43 al 7/3/44.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 3.954/43).

- **Dr. Pedro D. Moretti**
13/3/44 al 17/3/44.
Decano Facultad de Ciencias en ejercicio del Rectorado.

- **Dr. Rafael Guevara**
17/3/44 al 30/6/44.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 5.735./44).

- **Dr. Ireneo Fernando Cruz**
10/7/44 al 14/7/44.
Decano Interino Facultad de Filosofía y Letras a/c. Rectorado.

- **Dr. Ramón Doll**
15/7/44 al 15/2/45.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 16.370/44).

- **Dr. Agustín de la Reta**
19/2/45 al 8/3/45.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 68/45).

- **Dr. Jorge Vera Vallejo**
8/3/45 al 10/4/45.
Comisionado Nacional (Dec. P.E.N. 5.206/45).

- **Dr. Carlos Alberto Cuello**
10/4/45 al 22/6/45.
Comisionado Nacional (Res. Rect. 5470/45).

- **Ing. Agr. Enrique Schiel**
23/6/45 al 10/7/45.
Vicerrector electo a cargo del Rectorado.

- **Dr. Salvador Doncel**
10/7/45 al 3/5/46.
Rector electo por Asamblea Universitaria el 10/7/45.

- **Dr. Alfredo M. Egusquiza**
7/5/46 al 15/7/47.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 12.195/46).

- **Dr. Ireneo Fernando Cruz**
11/9/47 al 13/2/48.
Delegado Interventor de la Facultad de Filosofía y Letras a/c de la intervención y luego rector interventor interino.
(Res. 9.825/47).

• **Dr. Ireneo Fernando Cruz**
13/2/48 al 26/4/54.
Rector (Dec. P.E.N. 2.765/48 y Dec. P.E.N. 143/52).

• **Prof. Toribio Lucero**
27/4/54 al 5/4/55.
Designado por Consejo Universitario vicerrector a/c del Rectorado. (Res. 1/54).

• **Ing. Agr. Roberto Vicente Carretero**
5/4/55 al 28/9/55.
Rector (Dec. P.E.N. 4.400/55 y Dec. P.E.N. 8.769/55).

• **Dr. Randolfo Paolantonio**
29/9/55 al 7/10/55.
Presidente Junta Provisoria del Gobierno Universitario.

• **Dr. Germinal Basso**
7/10/55 al 23/8/56.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 275/55).

• **Cnel. Víctor Arribau**
28/8/56 al 5/9/56.
Interventor Provisorio (Res. 1.025/56 Interv.)

• **Dr. Luis Carlos Caggiano**
5/9/56 al 12/2/57.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 16.183/56).

• **Dr. Rodolfo A. E. Cucchiani Acevedo**
26/4/57 al 20/3/58.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 3.508/57).

• **Dr. Pascual A. Colavita**
20/3/58 al 30/3/59.
Rector electo por Asamblea Universitaria el 16/3/58.

• **Dr. Pascual Colavita e Ing. Agr. Luis L. Rabino Mathus**
30/3/59 al 4/4/61.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria el 25/3/59.

• **Dr. Alberto A. Corti Videla y Dr. Mariano Zamorano**
4/4/61 al 24/5/62.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria el 29/4/61.

• **Dr. Juan Antonio Orfila**
26/5/62 al 26/6/62.
Decano Facultad de Ciencias Médicas a/c del rectorado (Res. 739/62).

• **Dr. Mariano Zamorano**
27/6/62 al 29/5/63
Completa el mandato del Dr. Corti Videla. (art. 22 Estatuto Universitario).

• **Dr. Carlos A. Saccone e Ing. Agr. Máximo F. Bocklet**
30/5/63 al 31/5/65.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria.

• **Dr. Carlos A. Saccone e Ing. Agr. Máximo F. Bocklet**
1/6/65 al 26/9/67.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria el 27/5/65.

• **Dr. Dardo Pérez Guilhou**
27/9/67 al 15/6/69.
Rector (Dec. P.E.N. 7.085/67 y Res. 1.831/67 R.)

• **Dr. Julio José Herrera**
26/6/69 al 14/5/73.
Rector (Dec. P.E.N. 3.452/69 y Dec. P.E.N. 1.048/70).

• **Ing. Agr. Roberto Vicente Carretero**
8/6/73 al 3/9/74.
Rector Interventor (Dec. P.E.N. 121/73).

• **Dr. Guido O. G. Liserre**
4/9/74 al 23/1/75.
Encargado de Despacho (Dec. P.E.N. 642/74).

• **Prof. Otto H. Burgos**
Interventor 24/1/75 al 15/9/75
Rector Normalizador 16/9/75 al 25/3/76 (Dec. P.E.N. 1.976/74 - 800/75 -1.669/75 - 2.511/75.

• **Comodoro Héctor E. Ruiz**
29/3/76 al 15/9/76.
Rector Interventor (Res. 1/76 R.I.)

• **Dr. Pedro Santos Martínez**
15/9/76 al 18/5/81.
Rector (Res. Ministerial 907/76 y Dec. P.E.N. 721/79).

• **Cont. José Jorge Maselli**
18/5/81 al 29/5/81.
Decano de la Fac. de Ciencias Económicas a/c. Rectorado (Res. 1.009/81 R.)

• **Prof. Enrique J. M. Zuleta Alvarez**
29/5/81 al 28/12/83.
Rector (Dec. P.E.N. 284/81).

• **Dr. Isidoro Busquets**
28/12/83 al 6/5/86.
Rector Normalizador (Dec. P.E.N. 228/83).

• **Lic. Luis Triviño y Dr. Alberto Binia**
6/5/86 al 30/4/88.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria el 29/4/86 .

• **Ing. Agr. Armando Bertranou y Dr. Ricardo Joaquín Sardi**
30/4/88 al 29/4/90.
Rector y vice electos por Asamblea Universitaria el 29/4/88.

Distinciones otorgadas por la Universidad Nacional de Cuyo

Doctores «honoris causa»

Dr. Juan Pablo Echagüe
Gral. Juan Domingo Perón
Dr. Adrián Ruiz Leal
Prof. Jorge Luis Borges
Prof. Paul Hindemith
Dr. Jean Bernard
Dr. Maurice Clemence Gerald
Prof. Jan Schilt
Prof. Jorge Eduardo Coll
Dr. Rodolfo Corominas Segura
Dr. Clarence Crafoord
Prof. Juan José Nissen
Dr. Vicente Palacio Atard
Dr. Guillermo Díaz Plaja
Dr. Luis Federico Leloir
Prof. Abdus Salam
Prof. Roger J. Gautheret
R.P. Prof. Dr. Ismael Quiles S.J.
Dr. Raúl Prebisch
Prof. Dr. Ramón Enrique Gaviola
Prof. Juan Draghi Lucero
Prof. Dr. Viktor Emil Frankl
Prof. Antonio Di Benedetto
Dr. René G. Favaloro
Dr. Guido Beck
Dr. Pedro Emilio Olivares
Dr. Julián Marías
Dr. José Ferrater Mora
Dr. José Luis Comellas
Dr. Alberto C. Taquini

«Profesores Honorarios»

Prof. Jean Ribereau Gayon
Prof. Erdhard Ludwig
Dr. Julio C. A. R. Rodríguez Arias
Dr. Venancio Deulofeu
Prof. Ricardo R. Caillet-Bois
Prof. Ugo Sorbi

Profesores Eméritos

Prof. Dr. Hugo F. Abitbol
Prof. Dr. Francisco A. Amengual
Cnel. (R.E) Jorge E. Atencio
Dr. Manuel Ruffo Baro
Dr. Carlos Alfredo Becker
Prof. Aldo Bruschi
Prof. Dr. Mario Burgos
Prof. Rubén Calderón Bouchet
Dr. Arturo Damián Cereza
Prof. Spartaco Copertini
Prof. Héctor Hugo Crescentino
Dr. Juan Cutropia
Prof. Víctor Delhez
Prof. Zdravko Ducmelic
Prof. Dr. Juan Carlos Fasciolo
Prof. Dr. Justo P. Garate
Prof. Dr. Juan Ramón Guevara
Prof. Dr. Fritz Kruger
Ing. Agr. Luis Orlando Melis
Prof. Dr. Rodolfo Muratorio Posse
Ing. Agr. León Nijensohn
Prof. Dr. Humberto Joaquín Notti
Dr. Hector Perinetti
Prof. Luis Mario Pontino
Ing. Agr. Rafael Edmundo Pontis
Prof. Diego Francisco Pró
Dr. Alberto Genaro Retta
Prof. Elifio Eduardo Rosáenz
Prof. Galina R. Von Schoultz
Prof. Ramón J. Octavio Ruis Bates
Prof. Dr. Adolfo Federico Ruíz Díaz
Prof. Dr. Alfonso Ruiz López
Dr. Carlos Alberto Saccone
Prof. Dr. G. Sánchez Guisande
P. Dr. Juan Ramón Sepich
Dr. Jorge Roberto Enrique Suárez
Prof. Alberto Vázquez
Prof. Dr. Roger Eleazar Zaldívar
Prof. Dr. Mariano Zamorano
Ing. Agr. Pedro Andrés Zuluaga

Profesores Consultos

Dr. Leonardo Juan Beltrán Plos
Prof. Ladislao Pablo Boda
Prof. Aurelio Bujaldón
Dr. Aníbal Bustos
Ing. Enrique Cabeza
Dr. Julio Enrique Cantón
Ing. Agr. Fanore Canali
Cont. Alberto Mario Cherubini
Ing. Agr. Carlos Cherubini
Dr. Osvaldo José Costa
Prof. Guillermo Kaúl
Prof. Dr. José Lentini
Cont. Vidal Linares Benegas
Ing. Raúl Salvador Llano
Sra. I. López de Medina de Fader
Ing. Agr. Adolfo Mallea
Dr. Oscar Luis Marsano
Dr. Alfonso Martínez Caballero
Prof. Jorge Osvaldo Milone
Dr. José Minoprio
Ing. Francisco Sentinelli
Ing. Agr. Roberto Vega

La Universidad Nacional de Cuyo y sus Académicos Nacionales

Hugo Abitbol
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

Oscar Edberto Acevedo
Academia Nacional de Historia.

Héctor Angel Benelbaz
Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba.

Rodolfo Antonio Borello
Academia Argentina de Letras.

Mario Héctor Burgos
Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

Ricardo Gerónimo Capitanelli
Academia Nacional de Geografía.

Jose Carrieri
Academia Nac. de Bellas Artes.

Germán Céspedes Barbery
Academia Nacional de Historia.

Jorge Fermín Comadrán Ruiz
Academia Nacional de Historia.

Edmundo Correas
Academia Nacional de Historia.

Juan Carlos de la Mota
Academia Nac. de Bellas Artes.

Víctor Delhez
Academia Nac. de Bellas Artes.

José Roberto Dromi
Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba.

Juan Carlos Fasciolo
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.
Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Rafael Lucas Manzur Luna
Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.

Pedro Santos Martínez
Academia Nacional de Historia.

Carlos Massini Correas
Academia Nac. de Bellas Artes.

José Luis Minoprio
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

Rodolfo Muratorio Posse
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

Carlos Orlando Nallim
Academia Argentina de Letras.

Francisco Navarro Vilches
Academia Nacional de Ciencias Económicas.

León Nijensohn
Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

Humberto Joaquín Notti
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.
Academia Argentina de Cirugía.

Dardo Pérez Guilhou
Academia Nacional de Historia.
Academia Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

Rafael E. Pontis Videla
Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

Diego Francisco Pró
Academia Argentina de Letras.

Emilia M. Puceiro de Zuleta
Academia Argentina de Letras.

Adolfo F. Ruiz Díaz
Academia Argentina de Letras.

Antonio Salonia
Academia Nacional de Ciencias de la Educación.

Jorge Tacchini
Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

Ricardo Manuel Tizio
Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

José Felipe Vallesi
Academia Nacional de Bellas Artes.

Enrique Viacava
Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

Mariano Zamorano
Academia Nacional de Geografía.

Enrique Zuleta Alvarez
Academia Nacional de Historia.

Indice

Nota editorial (René Gotthelf) 5
Armando Bertranou: *Universidad, crisis y proyecto político* 9

I. Historia y testimonios

Mario H. Burgos: *La Universidad y su contribución al desarrollo médico-biológico de la región.* 29
Lisandro Héctor Calderón: *Estudios de posgrado en la Facultad de Ingeniería. Pasado, presente y futuro.* 39
Juan Carlos Fasciolo: *Mis siete lustros en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo.* 53
Esteban Fontana: *Cómo se gestó la Universidad Nacional de Cuyo.* 65
Angel Ginestar: *Experiencias y proposiciones académicas sobre Ciencias Económicas en la Universidad Nacional de Cuyo.* 87
Alfonso Martínez Caballero: *Medio siglo para el saber y la cultura.* 99
Julio R. Millán: *Bodas de Oro de la Universidad Nacional de Cuyo.* 111
Rodolfo Muratorio Posse: *Nuestra Facultad y la medicina de Mendoza.* 117
León Nijensohn: *Algunos aspectos de la contribución universitaria al progreso científico y técnico del agro cuyano.* 127
Diego F. Pró: *La cultura filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza.* 147
Alberto F. Puchmüller: *Universidad Nacional de Cuyo, después de medio siglo.* 169
Arturo Andrés Roig: *Sentido y arquitectura de la Universidad.* 173
Julio E. Soler Miralles: *Memoria de una experiencia universitaria.* 197
Ricardo Manuel Tizio: *Propuestas para la reestructuración de la universidad argentina.* 207
Emilia de Zuleta: *La Universidad Nacional de Cuyo y el desarrollo de las humanidades.* 219

Las artes en la Universidad Nacional de Cuyo
-*El arte* (Luis A. Villalba). 237
-Luis Comadrán: *Escuela de Artes Plásticas.* 239
-*«Romance» Retrato de un pionero* (entrevista). 243
-María Antonieta Sacchi de Ceriotto: *Escuela de Música.* 247
-Ilda López Correa: *Escuela de Cerámica.* 253
-Marcelo J. Vernhés: *Escuela de Diseño.* 259
-*De Pitágoras a la vida cotidiana* (entrevista). 265
-José Francisco Navarrete: *Escuela de Teatro.* 269

II. Datos y documentos
Cuadros cronológicos. 277
Edmundo Correas: *Discurso del rector en la inauguración de la Universidad Nacional de Cuyo.* 309
Ricardo Rojas: *Catorce apotegmas.* 317
Nómina de rectores de la Universidad Nacional de Cuyo. 321
Distinciones otorgadas por la Universidad Nacional de Cuyo. 325
La Universidad Nacional de Cuyo y sus Académicos Nacionales. 327

Indice. 329

Este libro,
primera obra de la
Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo,
creada en el año de su Cincuentenario,
se terminó de imprimir el 1 de marzo de 1990 en
INCA Editorial y Talleres Gráficos
Cooperativa de Trabajo Ltda.
Ituzaingó 3073, de la ciudad de Mendoza,
República Argentina.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Rector
Ing. Agr. Armando Bertranou

Vicerrector
Dr. Ricardo J. Sardi

Sec. de Asuntos Académicos
Lic. José Francisco Martín

Sec. de Finanzas y Presupuestos
Cont. Juan Carlos Rosell

Sec. A.. Estudiantiles y Ac. Social
Sr. Ivo Salamunovic

Secretaria Administrativa
Lic. M Alicia Fernández de Caloiro

Secretario de Planeamiento
Lic. Carlos Finochio

Sec. Salud y Bienestar Universit.
Odont. Gerardo Di Paolo

Dirección Extensión Universitaria
Prof. Fanny Muñoz

Presidente del CIUNC
Dr. Ramón Salvador Piezzi

DECANOS
Facultad de Artes
Prof. Elio F. Ortiz

Facultad de Ciencias Agrarias
Ing. Agr. Félix S. Olmos

Facultad de Ciencias Económicas
Cont. Mauricio Wajchman

Facultad de Ciencias Médicas
Dr. Alberto Binia

Fac. Ciencias Políticas y Sociales
Dr. Daniel Peña

Facultad de Derecho
Dr. Oscar Dimas Agüero

Facultad de Filosofía y Letras
Prof. Miguel Verstraete

Facultad de Ingeniería
Ing. Antonio Adolfo Barnabó

Facultad de Odontología
Dr. Onofre Cipolla

U.N.C.
50 ANOS